
CRISTINA PUJADAS
EN TERRITORIO FAE
WOLVES & FAES

En territorio fae

WOLVES AND FAES

(PARTE II)

CRISTINA PUJADAS

Tres razas. Un destino.
Y una chica sin lobo que puede cambiarlo todo.

© Noviembre 2025, Cristina Pujadas, SafeCreativity.
DL B 23025-2025

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación o trasmisión sin autorización expresa y por escrito de la autora, excepto el uso de citas puntuales siempre y cuando se incorpore la referencia correspondiente al libro y/o a la autora.

Los personajes y sucesos que aparecen en este libro son ficticios. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas es mera coincidencia no intencionada por parte de la autora.

Portada: Imágenes Midjourney® con edición, retoques y maquetación mediante Procreate® y Canva®

Mapa: Ilustración y edición por Cristina Pujadas con Procreate®

Correcciones: @v3ron1k_ de @_romanticascorreccion

Sinopsis

Un vínculo imposible. Un lazo que nunca pidió.
Un amor que desafía a todos. Y a todo.

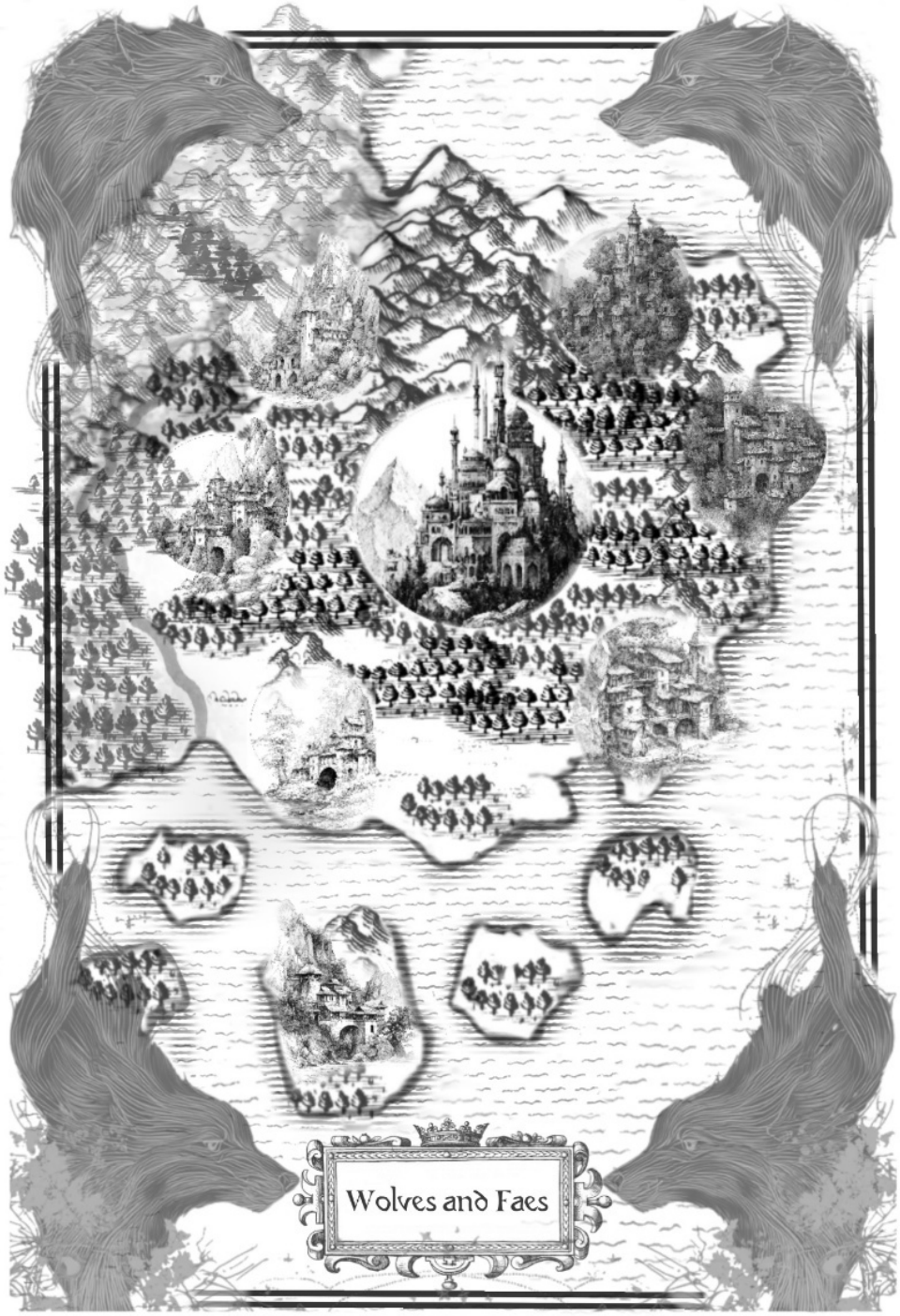
Tras la traición de quien juró protegerla, Rubis huye acompañada de Eryon, un fae enigmático y distante que asegura ser su alma gemela.

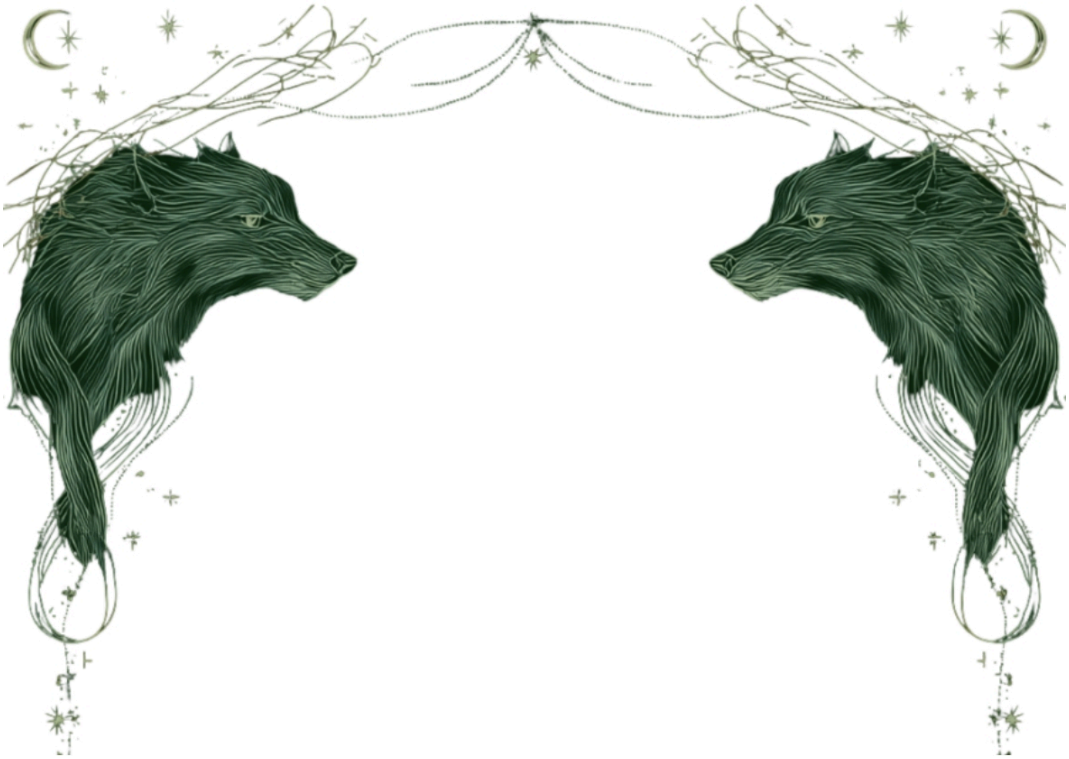
Herida, pero no rota, descubrirá la magia que impera en el territorio de los faes, que no todo es lo que parece y que, a veces, el amor verdadero no grita: susurra.

¿Puede una loba incompleta reconstruir su vida tras sobrevivir a la tormenta?

Confiar en Eryon podría ser la única manera de descubrir quién es el responsable de los incidentes con plata líquida, pero abrirse a él podría hacer que no solo peligre su frágil corazón,
sino también su vida.

El destino los unió.
El mundo hará todo lo posible por separarlos.


Wolves and Faes



CAPÍTULO 1

SOBREVIVIR

SENTÍ UNA ARCADA Y EL VAIVÉN PARÓ. Jadeé mientras las sombras que me arrastraban se volvían de nuevo sólidas y, con ellas, también mi cuerpo.

Tomé apenas una bocanada de aire antes de que el contenido de mi estómago se convirtiera en un chorro a presión que salió disparado hacia delante. Tosí, asqueada por el sabor a bilis que empapaba mi boca.

—¿Estás bien? —Un brazo me sostenía mientras, inclinada y con las manos apoyadas en las rodillas, seguía escupiendo restos de comida, jugos gástricos y saliva. ¡Si solo pudiera eliminar aquel sabor atroz!

Cuando conseguí valerme por mí misma me incorporé y el hombre que me sujetaba me liberó de su contacto.

Sus ojos azules brillaban. Joder… Nunca había visto unos ojos así. Como si en ellos bailaran las estrellas.

No era humano.

Ni un lobo.

No tenía sentido negarlo.

Pero, en serio, ¿un fae?

Me tendió un trozo de tela suave al tacto, un pañuelo, justo antes de que me pasara el antebrazo por la boca para limpiarme. Lo cogí, sintiéndome un poco culpable por utilizar aquel pedazo de tela exquisita en mi rostro, pero al ver que se limitaba a quedarse quieto, observándome, acabé por usarlo. No quería cabrearle.

Aún no sabía cómo gestionar aquello.

En primer lugar, que el hombre que me había acompañado en mis sueños existiera.

Que fuera un fae, en segundo.

Que se hubiera proclamado mi marido, seguía el listado.

Y, como traca final, estaba el hecho de que Riker me había mordido.

¿Era cierto lo que había dicho, que si no le devolvía el mordisco acabaría muriendo?

Tampoco es que tuviera la certeza de que, aun mordiéndolo de vuelta, sobreviviría a la vinculación siendo una Sinlobo.

Una mierda, pero como había tocado fondo, ya ni siquiera estaba segura de si quería seguir viviendo. No así. Humillada. Traicionada. Como si fuera una prisionera.

Sin embargo, tampoco me apetecía morir.

Era demasiado orgullosa como para tirar la toalla.

—No había considerado la posibilidad de que no toleraras esta forma de desplazamiento. Lamento que te haya incomodado. —Me observó con expresión neutra. Indiferente.

Lo estudié. ¿Qué se suponía que tenía que hacer yo con aquel pañuelo? No sabía si devolvérselo, pese al pringue; si dejarlo caer en el suelo, como si tal cosa; o si lo más adecuado sería meterlo en uno de los bolsillos de los tejanos y fingir que todo estaba bien. Que no lo estaba. Nada.

—¿Esta forma de…? —Dejé la frase en el aire y hui de su mirada.

Estábamos en un bosque, en medio de ninguna parte.

La tormenta no había amainado y el agua nos estaba calando, pero él no parecía molesto y a mí, en realidad, era lo que menos me preocupaba.

—¿Qué diablos ha pasado? ¿Dónde estamos?

—Nos habremos desplazado entre las sombras unos pocos kilómetros, nueve, diez a lo sumo. —Lo miré, sin acertar a comprender, intentando encontrar un sentido a sus palabras.

No sé si fue mi ceño fruncido, la incredulidad de mi mirada o el hecho de que me limité a observarle como si no hubiera entendido nada en absoluto.

Empezó a impacientarse. De mi ignorancia, tal vez.

—Algunos podemos usar las corrientes y los flujos mágicos para desvanecer nuestro cuerpo y llevarlo a otro lugar. —Creo que ni siquiera fui capaz de parpadear, así que acabó añadiendo—: Es como si pudiéramos descomponer lo que somos y dejar que una ráfaga de viento nos arrastre hasta un lugar que fijamos en nuestra mente y en el que ponemos nuestro foco energético.

Aquello sonaba chungo.

Pero que muy chungo.

—Eres un fae.

¡A qué gran conclusión acababa de llegar!

—Lo soy. —Sus ojos azules brillaron con un deje alegre—. Entiendo que tú eres una loba.

¿Se estaba burlando de mí? Podía sentir su diversión, pese a que su rostro parecía no reflejar absolutamente nada.

Inspiré aire con fuerza.

Mejor que me fuera mentalizando.

De acuerdo, el hombre frente a mí era un fae.

No es que me quedaran muchas dudas al respecto, pero prefería establecer unas bases. No diré en nuestra relación, pese a las marcas que aún podían verse en mi brazo.

Al margen de ser un fae, aquel tipo era un friki. Uno que vestía unos pantalones de cuero oscuros y un chaleco del mismo color hecho de escamas. Jamás había visto otro igual, de un negro tan brillante que reflejaba la luz azul de sus ojos.

Lo que me hizo volver hasta ellos, y allí me quedé, porque me fascinaban. Era como si tuvieran vida propia.

Me desasí del hechizo de su mirada cuando un dolor agonizante recorrió cada centímetro de mi cuerpo haciéndome gemir y que las rodillas se me doblaran.

Sin embargo, no llegué a caer al suelo, porque el fae, Eryon, llegó hasta a mí y me sostuvo entre sus brazos, de nuevo, con delicadeza.

—¿Estás bien?

—No lo sé. Es la mordida. —Apreté los dientes con fuerza para evitar gritar cuando me acosó una nueva descarga de dolor—. Existe la posibilidad de que me esté matando.

—¿Se debe a tu rechazo? —me cuestionó mientras su expresión se volvía más dura y sus ojos se deslizaban hacia mi cuello para observar con repulsión la marca aún sangrante que evidenciaba el origen de mi sufrimiento.

—Riker es un alfa, así que es posible que mi cuerpo hubiera claudicado ante su mordida incluso si le hubiera aceptado. Él lo sabía, pero no le importó. —Me obligué a sufrir en silencio una nueva sacudida—. Antes de que te hagas falsas expectativas, como todos, es mejor que lo sepas: soy débil.

—¿Débil? —Sus ojos me estudiaban con atención, como si le interesara cada palabra, cada gesto, cada silencio.

—Se supone que hace mucho que debería tener la capacidad de convertirme en lobo —le expliqué—. ¿Adivinas a quién llamaban la Sinlobo en el instituto?

Una pequeña sonrisa se reflejó en mi mirada. Mi patética existencia se merecía un final épico. Un fae. Me estaba sosteniendo entre sus brazos un fae. Era ridículo. Absurdo. Y se sentía bien. Si moría esa noche, nadie podría negar que lo había hecho por todo lo alto.

—Ahora me tienes a mí, *faelan*. Vivirás. —Sentí esa energía templada recorrerme de nuevo y percibí, esa vez, que eran sus manos, su tacto, lo que conseguía calmar el fuego que quería fundirme, matarme, desde dentro. Poco a poco, bajo esa mirada repleta de estrellas, sentí que el dolor se atenuaba.

—¿Quién eres?

—Es complicado.

—Pensaba que los faes no mentían.

—Y no lo hacemos. —Me observó—. No sé qué conoces sobre mi mundo, pero, por lo visto, soy tu alma gemela.

—Eso no tiene ningún sentido. Eres un fae y yo lo que vendría a ser un lobo. Más o menos. —Intenté incorporarme, pero mi cuerpo apenas respondía.

—No te negaré que nuestra situación también me sorprende, pero puedo sentirte, *faelan*, igual que tú puedes sentirme a mí. —Colocó su mano sobre mi mejilla y consiguió atenuar el dolor hasta convertirlo en algo que solo sentía de fondo.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué? —se interesó, sin dejar de mirarme.

—Calmar el dolor. Sé que eres tú. —No lo negó y se limitó a asentir.

—Somos uno desde el momento en el que me aceptaste, así que puedo transferirme tu dolor. —Los grabados sobre su piel se habían vuelto más evidentes, como si de alguna forma esas marcas estuvieran vivas y aparecieran y desaparecieran a su antojo. Vio que fijaba mi atención en ellas, así que añadió—: Estas runas evidencian lo que somos el uno para el otro.

—¿Almas gemelas? —Solté aquello por seguirle la corriente. No podía estar hablando en serio. ¿No?

—No es habitual que lleguen a encontrarse, pero si lo hacen y se sienten la una a la otra se activa una magia fae tan antigua como sagrada. Querías la verdad, y lo cierto es que te pertenece. Eso es lo que somos.

Almas gemelas.

Magia fae.

Una conexión.

Entre él y yo.

Creo que dejé de respirar. Unos segundos, al menos.

Era imposible procesar aquello.

—Debería haberme contentado con ese «complicado». —No sonrió, pero sentí que le divertía mi comentario.

¿Podía notar ese tipo de cosas? Los lobos percibían las emociones de sus compañeros tras la vinculación, pero siempre había pensado que algo así era imposible con los faes. De todos era sabido que ellos no tenían sentimientos. Miré a Eryon. No como nosotros, al menos.

Se oyeron varios aullidos en la distancia. Riker estaba agrupando a su manada. Preparándose para la caza. No fui la única en escucharlos; el fae frunció el ceño, apenas un poco, pero lo suficiente como para que fuera evidente su incomodidad.

—Deberíamos avanzar. —Supuse que nuestra pequeña pausa no podía dilatarse más en el tiempo—. Cuando te sientas mejor y estemos fuera del territorio de los lobos podremos hablar con calma, si eso es lo que quieres.

No le contesté, porque no tenía la más remota idea de qué quería. Huir de allí. De los Atrum. De Riker. Sí, eso sí.

Cuanto más lejos, mejor.

Tras tomarme un tiempo, asentí.

—Bien. Déjame ayudarte con tu carga. —Me tendió la mano y la acepté.

Di un par de pasos y fui consciente de que algo había cambiado. Me sentía un poco menos rota y abrumada por el dolor asfixiante de la mordida de Riker. Seguía teniendo una náusea aferrándose en mi estómago, pero era algo más controlable, igual que los calambres que me recorrían por todo el cuerpo.

Tenía la certeza de que, sin la ayuda de Eryon, estaría hecha un ovillo en el suelo, gimoteando, presa de un dolor que estaba segura de que me superaría. No tenía ni idea de cómo lo hacía, pero no tenía intención de quejarme al respecto.

Empezamos a caminar.

No es que hubiera muchas más opciones.

Solo podía seguir avanzando. Sobrevivir.

Dejar atrás la esperanza de que mi pareja predestinada y yo pudiéramos crear un algo de lo que enorgullecernos. Ya no más. Él había tomado sus decisiones. Y yo no podía vivir con ellas.

Caminamos durante un buen tramo, uno junto al otro; Eryon mantenía su mano enlazada a la mía, pero lo hacía para contener parte del dolor de la mordida de Riker y que pudiera seguir avanzando. No es que hubiera un algo entre nosotros. Por muy almas gemelas que afirmara que éramos.

Cómo gestionaba él aquel dolor era un misterio. Me había dicho que podía transferirlo a su persona, pero era imposible que lo estuviera haciendo. ¿No? Quiero decir que, a diferencia de mi rostro perlado en sudor y las convulsiones que de tanto en tanto sacudían mi cuerpo, él se mostraba impasible, indiferente, como si estuviéramos paseando plácidamente una noche cualquiera y no huyendo de una manada de lobos, cuyos aullidos cada vez se sentían más cerca, bajo la que era una tormenta de proporciones épicas.

—¿A dónde se supone que vamos? —le cuestioné tras darme cuenta de que mi orientación estaba noqueada, un poco como el resto de mi sentido común y mi coherencia.

—A territorio fae. —Me paré y lo miré.

—Bromeas.

¿Lo hacía? Por su expresión, hubiera jurado que estaba hablando en serio. Diría, vamos. Era imposible leerle. Sería un buen jugador de póquer. ¿Les gustaban a los faes los juegos de cartas?

—¿Tengo aspecto de estar bromeando?

—¿Puedes leerme la mente? —Elevó una ceja con aspecto molesto.

—Soy un fae, no un adivino.

Me dio por la risa tonta.

Sin más.

Quizá era cosa de la fatiga. La fiebre que estaba tomando el control de mi cuerpo. El dolor. Riker. El compromiso. Todo. Me pudo la situación mientras frente a mí, el autoproclamado fae, se limitó a observarme incómodo. No tenía la más remota idea de qué hacer conmigo.

—Vale, me lo tomaré como un no —sentencié cuando conseguí controlar esa mezcla de ansiedad y enajenación que había tomado el control de mi cuerpo.

—Correcto. ¿Podemos seguir?

—El Moonwhisper es el río más jodido de atravesar a nado que existe. Nos arrollará. —Intenté darle argumentos coherentes para evitar esa idea descabellada, pero, teniendo en cuenta su mirada indiferente, era como si no habláramos el mismo idioma—. Gluglú, ¿sabes?

—¿Gluglú?

—Apenas me sostengo, por si no te has dado cuenta; vamos a morir ahogados o, al menos, yo.

—Supongo que eso te preocupa. —Era muy agudo el tipo. Su mirada se volvió afilada antes de añadir—: No será necesario cruzarlo a nado. Hay otras formas de desplazarse de un sitio al otro, ¿recuerdas? —Parecía divertido, y hasta diría que orgulloso.

—Ya, eso, ¡cómo para olvidarlo! —mascullé entre dientes y creo que mi comentario le molestó—. Incluso si consigues hacer eso y transportarnos, o lo que sea, hasta la otra orilla, me parece que te has olvidado de que soy una loba. —Me miraba como si esperara que añadiera algo más, como si no entendiera lo que era obvio—: Si pongo un pie en el otro lado del río me matarán.

Frunció el ceño y me estudió.

—No lo harán. —Su voz sonó firme.

—Ya, claro… —Elevó una ceja. Solo un poco.

—Podrías intentar, no sé… ¿confiar en tu esposo?

—Vale, podría darte muchísimas razones de por qué no tiene ningún sentido que te autoproclames mi esposo. —Sus labios formaron una línea recta—. Empezando por recordarte que jamás te había visto antes, porque conocer a alguien en un sueño no cuenta, ¡joder! —Lo solté como quien dispara con una ametralladora, y necesité coger una bocanada de aire para poder continuar—: Discúlpame si no salto de alegría porque, según tu gente, se *supone* que somos almas gemelas, pero ya has visto lo bien que me ha ido con el lobo que se *suponía* que era mi pareja predestinada. —La marca que latía en mi cuello volvió a lanzar una descarga que hizo que tuviera que apretar los dientes y hacer una pausa antes de poder seguir—: ¿Cómo voy a confiar en ti? ¡No eres más que un desconocido que hace cosas raras y se comporta como si tuviera un

palo metido en el culo! —gruñí aquello último, enfadada con él y conmigo misma. Con el mundo.

—¿Has acabado? —Sus ojos azules brillaron mientras una pequeña sonrisa asomaba en su rostro, como si mi discurso, en lugar de irritarle, le divirtiera.

—¿Qué es lo que te hace gracia? —Se lo pregunté con un tono de voz que evidenciaba mi cabreo, pero no pareció percatarse.

—¿Un palo metido en el culo? ¿En serio? —Le gruñí, a modo de respuesta, y deslizó el pulgar sobre el dorso de mi mano, lo que se sintió como si, de una forma hermética y fría, estuviera intentando tranquilizarme—. Incluso si pueden existir cientos o tal vez miles de razones, no has negado lo que somos, *faelan*, porque, aunque no alcances a entenderlo, también lo sientes. —Inspiré una bocanada de aire bajo su mirada, porque sentía de nuevo aquel hormigueo recorriendo mi cuerpo—. Los lobos sois criaturas mucho más físicas, *faelan*, y también lo son vuestras costumbres. Nosotros necesitamos una conexión mucho más profunda, una en la que nuestras almas se reconocen y se sienten como si fueran una sola y, sí, eso es lo que compartimos esa noche. —Hizo una pausa, sus ojos sobre los míos, como si quisiera decirme muchas más cosas, pero acabó apretando los labios mientras se escuchaban los aullidos de la manada cada vez más cerca—. Entiendo tus dudas, *faelan*, y me encantaría disponer del tiempo necesario para poder resolverlas, pero apremia que sigamos avanzando.

—De acuerdo.

Iríamos por pasos.

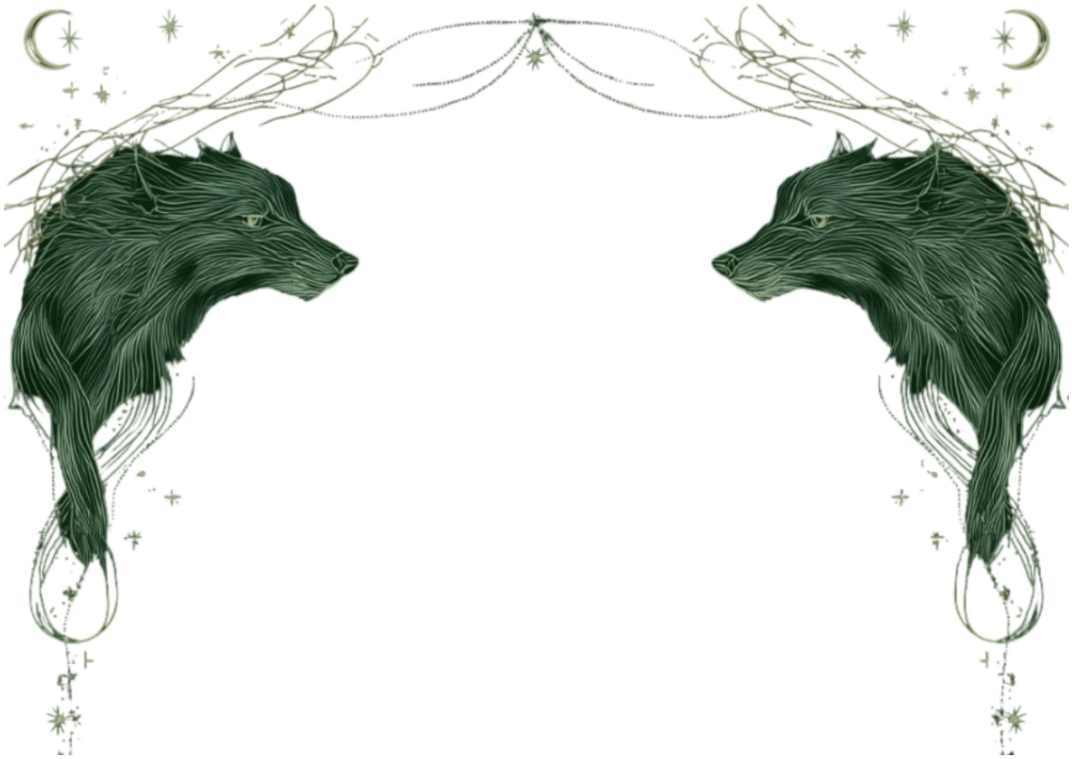
Objetivo actual: seguir avanzando y, a ser posible, sobrevivir. Algo que era incompatible con su idea de meterme de hurtadillas en territorio fae.

—Solo quiero que tengas en cuenta dos cosas, Eryon. —Sus ojos brillaron al escucharme decir su nombre, como si hubiera sopesado la posibilidad de que no lo recordara, como si ese sueño no hubiera dejado algún tipo de marca más allá de los dibujos que cubrían mi brazo—. Los lobos que entran en el territorio fae no vuelven, y si la manada de Riker te encuentra a este lado del Moonwhisper te matarán. —Le sostuve la mirada mientras analizaba los pros y los

contras. Por desgracia, no es que tuviéramos muchas opciones—. Lo único que estoy haciendo es enlentecerte. Vete y cruza el Moonwhisper, ponte a salvo. Aunque Riker esté enfadado, a mí no me hará daño.

—Quieres decir no más del que ya te ha hecho. —Su expresión era crítica, hasta diría dura.

—Lo que sea. Vete. Estaré bien —mentí.



CAPÍTULO 2

UNA OPORTUNIDAD

NO ESTABA SEGURA de cómo actuaría Riker tras descubrir que su compañera tenía las marcas de compromiso de un fae en su cuerpo.

Era una curiosa venganza que el destino se había tomado en su contra, dado que él estaba casado con esa zorra que sus padres habían considerado apropiada.

Volvería a ser su prisionera.

Me había dicho que si lo marcaba anularía el pacto con su luna y que sería solo mío, pero no podía perdonarlo. No después de que, pese a saber lo que él era para mí, hubiera estado con otra loba, y no una sola vez. No después de ver en primera persona cómo se la follaba, entre gemidos y gruñidos, mientras ella chillaba su nombre.

Sentí una sacudida. Una convulsión. La marca que latía en mi cuello. Apreté los dientes.

Riker sabía que su mordida podía matarme y no le había importado. Había preferido arriesgar mi vida a negarse a lo que los otros le exigían. Como alfa heredero, su voz tenía suficiente fuerza para que tomara sus propias decisiones. No como yo, que jamás había tenido ni voz ni voto.

Jamás me perdonaría que estuviera vinculada a un fae, por injusto que fuera, teniendo en cuenta que él había aceptado a otra y yo ni siquiera sabía que me estaba comprometiendo, o lo que fuera, durante aquel sueño.

Aunque me justificara con la verdad no lo haría mucho más llevadero. Conocía demasiado bien ese sentimiento de traición, la herida que se abre desde dentro, la rabia y la frustración.

Si se dejaba llevar por su temperamento, tal vez mi cabeza también peligraba si me alcanzaban los Atrum. Quizá ni siquiera le importaba. Mi vida. Me había mordido aun sabiendo que tal vez no sobreviviría.

Eryon se acercó a mí y colocó la palma de la mano sobre mi mejilla, ayudándome a calmar parte del dolor que volvía a sacudirme.

—He venido a buscarte, *faelan*, así que hazte a la idea de que no voy a irme sin ti, no después de ver cómo te estaban tratando, forzando, esos animales. —Sus ojos azules tintinearon y pude sentir la rabia latir en ellos—. Los faes te aceptarán. Eres mi esposa, Rubis, nadie se atreverá a negar el vínculo que nos une.

—¿Incluso si soy una loba? ¿Estás seguro?

—Lo estoy.

—Hasta que dejes de estarlo —murmuré entre dientes, evitando su mirada. Me obligó a levantar el mentón y a centrar mi atención en sus ojos.

—No voy a mentirte: muchos no van a aprobarlo y la mayoría no llegarán a entenderlo. Yo tampoco lo hago, si te he de ser sincero, pero eso no quiere decir que no vaya a respetar y honrar el hecho de haberte encontrado. —Una corriente de aire nos rodeó y removió mi cabello. Era absurdo, pero se sentía como si su magia me

reconociera—. No puedes negar que el hecho de que seas una loba y yo un fae no se siente como un verdadero reto. Tal vez tendremos que reinventarnos para que esto entre nosotros pueda funcionar, no lo sé, pero no hay nada que no esté dispuesto a hacer por y para mi alma gemela, porque ahora somos uno, y eso es lo único que me importa.

Sus ojos descendieron hasta mis labios y me tensé, incluso si un gusanillo dentro de mi estómago me jugó la puñalada trapera de emocionarse ante esa posibilidad.

Descubrir cómo sabían en el mundo real sus besos.

La magia que latía entre nosotros se rompió cuando se escuchó un aullido a escasa distancia, obligándonos a despertar de aquel trance.

—Te van los imposibles, ya veo.

—Eso parece, *faelan*. Hemos de seguir avanzando.

—Creo que han encontrado nuestro rastro —le advertí intentando fingir que esa pausa, ese momento de intimidad entre él y yo, no había existido.

—Lo sé. Cada vez están más cerca.

—Sí. —No tenía la certeza de que fuera una pregunta, pero decidí tomármelo como tal.

—No estamos lejos de la frontera. ¿Te ves capaz de seguir caminando?

—No es que tengamos otras opciones.

—Tenerlas, las tenemos. —Me hizo gracia ese punto arrogante suyo, pero cuando se inclinó hacia mí y me alzó entre sus brazos, presionando mi cuerpo contra su torso, solté un gemido. O algo así.

Me había impresionado la velocidad de aquel movimiento, que apenas había sido capaz de seguir con la mirada. Mentiría y diría que no me afectaba eso de que me estuviera acunando contra su pecho como si fuera un cachorro. La proximidad entre nosotros.

—¿Te he lastimado? —Su mirada era neutra y no sabría decir si en realidad le preocupaba la posibilidad de que me hubiera hecho daño o solo pretendía ser cortés.

Por mi parte, intenté fingir que el rubor en mis mejillas era por cualquier otra cosa que no fuera el hecho de que se sentía agradable

que me arropara de aquella forma. Tal vez eran los últimos delirios de una *casi* loba *casi* moribunda.

—No, es solo que no me lo esperaba. —Empezó a trotar a un paso ligero, cargando conmigo—. Eres rápido y, la verdad, pensaba que los faes erais unos flojuchos.

—¿Flojuchos? —Elevó una ceja, aunque no se detuvo—. Ignoraré la segunda parte y me tomaré la primera como un cumplido, así que gracias.

—Si se nos echan encima, puedes hacer eso de volatilizarnos, o lo que sea. Prefiero acabar vomitando que volver allí.

—Jamás dejaré que te lleven contra tu voluntad, *faelan*; tu etapa entre lobos ha acabado.

Que no significaba que lo que me esperaba al otro lado del Moonwhisper fuera lo más, pero desde que Riker había tomado la decisión de elegir a otra loba para que fuera su luna, lo único que había deseado hacer era justamente eso: huir, alejarme de él y de los Atrum.

Jamás me habría planteado cruzar la frontera y adentrarme en territorio fae para conseguir ese objetivo, pero es lo que tiene la vida, a veces te lleva hacia donde menos te lo esperas.

Los aullidos se escuchaban cada vez más cerca y sentía en su intensidad la excitación de quien está de caza. Si nos atrapaban…

Enterré mis miedos focalizándome en la sensación cálida, casi familiar, que el contacto con el cuerpo de Eryon me transmitía. Tardé un tiempo en darme cuenta de que la cota que cubría su pecho era de finas placas de un metal que se sentía suave y caliente, como si hubiera estado expuesto al sol durante un buen rato. Se notaba un pequeño cosquilleo cuando la piel de mi mano lo tocaba, más por curiosidad que por otra cosa.

Incluso si no corría, la velocidad a la que avanzábamos era asombrosa. Me estremecí al darme cuenta de aquello. Magia. Eryon estaba usando magia, una mucho menos evidente que la que había utilizado cuando nos había hecho desaparecer del comedor de aquella casa perdida en la nada, pero era magia, después de todo.

Intenté fijarme en los detalles. En cómo el mundo parecía desplazarse al mismo tiempo en que él caminaba a un paso fluido,

un trote suave, de forma que en cada zancada avanzábamos un tramo mucho más largo del que sería esperable. Era fascinante. Asombroso. Y aterrador. Sí, eso también.

Me abstraje en la cadencia rítmica de cada vaivén, de cada paso, de cada fragmento de camino que dejábamos atrás, hasta que cruzamos la última línea de árboles antes de llegar a un extenso descampado que se extendía hasta la orilla del Moonwhisper.

Jamás había visto la que era la frontera entre el territorio de los lobos y el de los faes.

Nunca me había planteado llegar a verla.

Y ahora, frente a mí, se dibujaba con una majestuosidad que era tan hermosa como abrumadora.

El río era fiero y se sentía como si tuviera vida propia. Como si supiera que su misión era dividir dos razas que antaño crearon el caos sobre la tierra.

Vi las corrientes arrastrar troncos pesados como si apenas fueran motas de polvo suspendidas sobre sus aguas y entendí por qué tantos lobos habían perdido la vida intentando cruzarlo.

—No es una casualidad que sea la línea que marca la frontera, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —me cuestionó mientras me depositaba en el suelo, con cuidado. Mis piernas me sostuvieron sin dificultad, como si aquel rato en sus brazos me hubiera servido para reponer parte de mis maltrechas fuerzas.

—Al río. —Hice una pausa mientras lo observaba con una cierta fascinación—. Parece infranqueable.

Capturó mi mano con la suya y, al hacerlo, los grabados de nuestros brazos se hicieron evidentes de nuevo.

—Para los lobos, tal vez. —Me observó y tiró de mí para que le siguiera—. Pero sí, no fue una casualidad: lo elegimos para asegurarnos de que gozaríamos de una cierta intimidad.

—No sé si quiero morir. —Lo dije en voz alta, pese a que se trataba de poco más que un pensamiento fugaz, intrusivo, que había hecho acto de presencia.

—Te aseguro que no tengo intención de permitir que eso ocurra, *faelan*. —Me miró—. Igual que tampoco permitiré que vuelvan a

hacerte daño. —Sus ojos se deslizaron a la herida de mi cuello—. ¿Puedes creer en mí? ¿Al menos por esta vez?

Los aullidos se escuchaban más cerca. Percibí que jadeaban por la fatiga de aquella carrera contra reloj, pero también cómo se exaltaban sus gruñidos, presos de la excitación de saberse a punto de alcanzar a sus presas.

Llegamos hasta la orilla del Moonwhisper y observé el río con respeto y temor.

No podía titubear, lo sabía.

Los segundos, cada uno de ellos, contaba.

¿Podría hacerlo? ¿Creer en un fae? ¿Arriesgarme a cruzar con él aquella barrera acuática infranqueable? ¿Sobreviviría, si lo hacía, a la mordida de Riker?

Tenía que tomar una decisión. Aceptar la oferta de Eryon. O quedarme allí. Junto a Riker. Aceptar que le pertenecía. Consolarlo y complacerlo cuando no lo hiciera la loba que acabaría engendrando a sus cachorros.

El cauce del río bajaba furioso y atravesarlo sería una epopeya digna de ser contada a modo de leyenda. Aquello era una locura. Al menos para un lobo.

Miré al hombre que me acompañaba.

Tal vez Eryon podía usar su magia para llevarnos al otro lado, pero eso no significaba que los que habitaban allí consideraran que pesaba más el hecho de que yo era una loba que no las marcas que lucía en mi brazo. No podía descartar la posibilidad de que decidieran darme muerte, por mucho que el fae que me acompañara diera por sentado lo contrario.

—Supongamos que acepto cruzar esta trampa mortal contigo, que sobrevivimos y que los faes resultan ser más acogedores que no despiadados y deciden no matarme. —Eryon entrecerró los ojos, estudiándome—. Pero ¿y si no me gusta lo que hay al otro lado? ¿Y si algún día quiero volver?

—¿Volver con él? —Su tono fue neutro, pero frunció ligeramente el ceño, y supe que aquello le crispaba.

Era demasiado hermético como para poder leer por completo su rostro y eso era un tanto irritante, porque los lobos son como un

libro abierto: no pretenden ocultar lo que sienten, sino que, más bien, lo prodigan a los cuatro vientos.

—Igual soy una loba, pero no soy tan idiota, ¿sabes? —Lo reté con la mirada, pero nada en su aspecto denotó que le molestara mi contestación—. No estaba pensando en volver a vivir entre lobos; hace tiempo que tengo la sensación de que no encajo entre ellos.

—Eso no tiene sentido. Eres una loba. Puedo percibirlo. —Cómo podía hacerlo sin nuestro sentido del olfato, era un misterio, pero decidí no rebatírselo.

—No sé si has estado con muchos lobos, pero podría decirse que soy una en versión reducida, sin músculo, sin el instinto del cazador y sin la capacidad de cambiar de forma. Una ganga, vamos. —Le sonreí para quitarle un poco de hierro al asunto mientras él se limitaba a observarme—. Otra de mis muchas anormalidades es que no pertenezco a ninguna manada, así que no tengo las obligaciones que cabría esperarse de una omega de bajo grado como yo. —Hice una pausa, pero como Eryon se mostraba impasible, añadí—: Se me dan bien los estudios y antes de lo de Riker me estaba planteando seguir estudiando para buscarme la vida entre humanos.

Con un movimiento suave, fluido, se colocó frente a mí. Una corriente de aire nos rodeó. La capa de Eryon se elevó y la capucha acabó cayendo a su espalda. Solo entonces pude ver el rostro del hombre que había aparecido en mis sueños con todo detalle. Ese perfil afilado en el que destacaba una mandíbula cuadrada y masculina. Sus negras cejas pobladas, su cabello oscuro ligeramente revuelto y como, entre algunos mechones ondulados, podía verse la forma puntiaguda del hélix de sus orejas.

Una evidencia de lo que era.

Un fae.

Por si me quedaba alguna duda, lo que sería ridículo, a esas alturas. Pero uno se aferra a un clavo ardiendo cuando la situación no le es propicia.

—De acuerdo, no voy a volver a pedirte que confíes en mí, porque te mereces que sean mis acciones las que demuestren que puedes hacerlo. —Me estremecí ante su mirada, sintiendo que había más que palabras en sus labios. Una promesa que latía, viva, entre

nosotros—. Llevo mucho tiempo en este mundo, más de lo que jamás un lobo podría llegar a entender, pero lo cierto es que encontrarte es un regalo, una oportunidad y también un reto.

Cientos de estrellas tintineaban en sus ojos mientras aquella corriente de aire seguía rodeándonos, bailando a nuestro alrededor, como si solo fuéramos él y yo, ese nosotros.

—Siempre serás libre, Rubis, decidas o no permanecer a mi lado. —Colocó su mano sobre mi mejilla—. Me gustaría conocerte y, quizá, aprender a amarte, si ese es nuestro destino, pero jamás te forzaría a vivir a mi lado porque lo que tú sientes, lo que tú eres, es también mío. Si tú no eres feliz, yo tampoco podría serlo.

Deslizó sus dedos por mi hombro y resiguió las marcas de mi brazo hasta enlazar nuestras manos. Tiró de ellas para que las palmas quedaran enfrentadas a la altura de nuestros corazones. Las líneas cobraron intensidad, como si hubiera algo vivo en ellas. Magia fae. Era abrumador, pero ¡se sentía tan perfecto!

—Somos uno.

—¿Por qué vienen y van?

—Siempre están y siempre estarán —me corrigió él—, aunque de momento solo se manifiestan cuando uno de los dos usa el vínculo, porque aún es frágil.

—¿Qué quieres decir…? —Un aullido sonó cerca. Demasiado.

Me giré para observar las siluetas de varios lobos asomar por el límite del bosque que daba al claro en cuyo linde estábamos, justo al lado del Moonwhisper.

—No nos queda mucho tiempo. —Su mirada estaba centrada en los lobos que habían entrado en el claro. Eran muchos.

Inspiré con fuerza, asumiendo que había de tomar una decisión: debía huir para sobrevivir, incluso si existía la posibilidad de morir en el proceso.

Vivir sin vivir, a la sombra de la luna de Riker, sería como ir muriendo lentamente. Era lo que llevaba haciendo desde que él había vuelto con ella. Con su olor cubriendo su cuerpo. Verlo solo me había hecho tomar consciencia de que jamás podría aceptar vivir sabiendo aquello. Alcé el mentón y me negué a doblegarme. Quizá era una Sinlobo, pero valía más que eso.

—Te sigo. —No sé si mi determinación le sorprendió, porque dejó de prestar atención a los lobos para centrar su mirada en mis ojos; me estremecí.

No tenía ese atractivo masculino, un tanto primitivo, de los lobos, pero, sin embargo, me encontré admirando sus facciones y el brillo de sus ojos. Era apuesto. Hermoso. Sopesé la posibilidad de que hubiera sido capaz de sentir mi desliz, porque una media sonrisa confiada asomó en su rostro.

—¿Significa eso que estás dispuesta a intentar que nuestro compromiso funcione?

—Es un: estoy dispuesta a intentar cruzar este maldito río y, si no acabamos muriendo ahogados ni uno de tus congéneres decide matarme antes de que pueda culparte a ti por mi osadía, tal vez podríamos seguir hablando de todo esto con más calma. —Miré las palmas de nuestras manos. Las marcas que cubrían nuestros antebrazos—. Eso siempre que los lobos no nos maten antes siquiera de que intentemos cruzarlo.

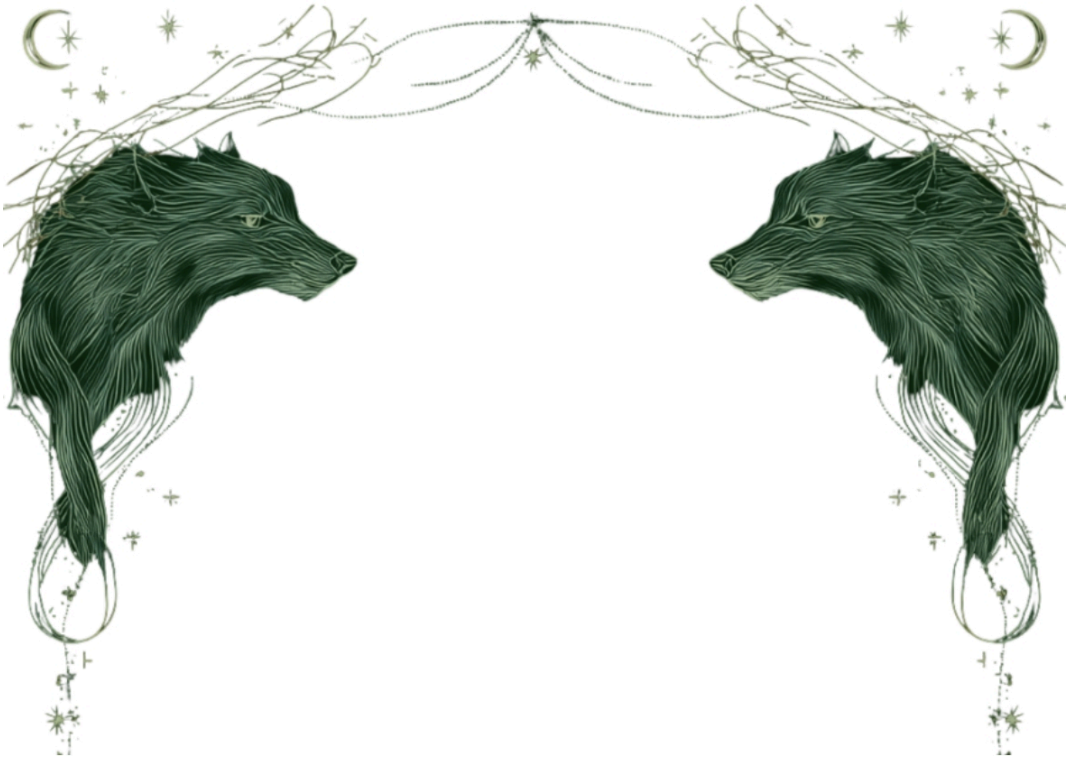
—Solo dime que, si somos capaces de sobreponernos a esos riesgos vitales que tanto te preocupan, estarás dispuesta a quedarte durante un tiempo bajo mi protección para que podamos conocernos.

—¿Solo eso? —No sonaba como la peor de mis opciones—. De acuerdo.

—Eso me suena a un trato, *faelan*, lo sabes, ¿verdad?

—A mí me huele a oportunidad. —Sonrió.

—Lo es. Para ambos. Y se siente perfecto.



CAPÍTULO 3

EL MOONWHISPER

ME OBLIGUÉ A SEPARARME DE ÉL para enfrentar el río que se extendía frente a nosotros. Los remolinos y la espuma visible en su superficie no era solo un aviso de que el agua bajaba a gran velocidad, sino una advertencia de que, además, tendríamos que sortear afiladas rocas.

Algunos llamaban al Moonwhisper el Matalobos, porque no se sabía de ninguno de mis congéneres que hubiera vuelto, tras intentar cruzarlo, para poder contarlo.

No tenía del todo claro si todo era culpa del elemento natural que estábamos dispuestos a enfrentar o si eran los faes que habitaban al otro lado los que se merecían, en realidad, ese título.

—La parte buena es que se llega a ver la otra orilla. —Era cierto: podía intuirse entre la espuma del agua y una sutil bruma mágica que ocultaba el mundo de los faes.

Desvié la mirada al escuchar un rugido.

Supe que era Riker porque la marca de mi cuello me quemó, aunque conseguí mantenerme erguida, negándome a su llamada de alfa.

—Será mejor que empecemos a nadar, o lo que sea, o nos harán pedacitos.

—Pensaba que habías dicho que solo me harían picadillo a mí. —Me giré para mirarle y vi que sus ojos brillaban con algo parecido a la diversión. ¿Pretendía ser una broma? ¿En esos momentos?

—¿En serio vas a ponerte puntilloso justamente ahora?

En la parte distal del claro se habían organizado varias decenas de lobos. Mis ojos se deslizaron hasta los del gran lobo negro que encabezaba la marcha. Su paso era firme, aunque sus movimientos eran cautos y su mirada se mantenía fija en Eryon. Apenas podía notarse el esfuerzo de la carrera en él, pero sí en muchos de los lobos que le acompañaban. Era un ejemplar majestuoso, en realidad. Un gran alfa.

Sentí una punzada de dolor en el pecho. No sabría decir el porqué. Tal vez aún seguía enamorada de él. Pese a todo lo que había hecho. Tal vez se debía a la marca que latía en mi cuello. Esa que me instaba a volver a su encuentro y que me recordaba que él debería haber sido mi compañero.

Se irguió y se transformó en hombre.

Su cuerpo era puro músculo, y había tensión en cada uno de ellos. Estaba dispuesto a enfrentarse a cualquier cosa. A cualquiera. Sin importarle si lo hacía como lobo o como hombre.

No tenía del todo claro qué le movía a hacerlo.

No podía, no quería, pensar que, si estaba allí, exponiendo su vulnerabilidad al usar su forma humana, era porque me amaba. Sabía que lo hacía. Y yo seguía amándole a él. Pese a todo lo que había pasado.

Por un momento, olvidé los peros. Algo en mí me instaba a acortar la distancia que nos separaba. Volver a él. Pero me negué a

hacerlo. Anulé ese instinto. El de la loba. El que me empujaba hacia el que era mi pareja predestinada.

Él no me había amado lo suficiente como para negarse a las exigencias de los suyos. Se había casado con otra loba y había mantenido relaciones sexuales con ella, aun sabiendo cómo eso podía quemarme por dentro, porque era mi pareja predestinada. Ni siquiera el hecho de que la diosa Luna hubiera enlazado nuestros caminos había sido suficiente. Cuando había llegado el momento de la verdad, había pesado más su responsabilidad para con la manada.

Tal vez yo no lo amaba, tampoco, lo suficiente como para aceptar esas condiciones. Recordé el discurso de su madre. Lo que se suponía que debía aceptar por ese amor incondicional que me unía a él.

Como si se tratara de un recuerdo, llegaron a mí las palabras de Eryon mientras me obligaba a liberarme de la influencia de la presencia autoritaria y dominante de Riker. Las palabras del fae habían sonado a una promesa. La forma en que me había dicho que serían sus acciones las que demostrarían que era digno de mi confianza.

Sentí un escalofrío, consciente de que, pese a las palabras a veces dulces de Riker, eran sus acciones las que me habían empujado a alejarme de él. Esa revelación me ayudó a liberarme de la atracción que me empujaba a acercarme a él, bien fuera por nuestro vínculo o por el control que ejercía sobre mí el ritual del reclamo que había iniciado con su mordida.

—¡¡Suéltala!! —A su alrededor había varias decenas de lobos en formación. Un centenar, tal vez más. Me estremecí ante aquel despliegue de fuerza y poder.

Eryon se limitó a observar al hombre y a los lobos que avanzaban hacia nosotros, creando un semicírculo perfecto a nuestro alrededor, limitando cualquier posible vía de escape, excepto por el río que bajaba furioso a nuestra espalda.

—Ella es libre, lobo, y no te pertenece. —Al lado de Riker apareció un lobo del mismo pelaje negro carbón, que también se transformó en su forma humana.

—Si tu intención es debilitar a la manada llevándote a la pareja de nuestro alfa, siento decirte que no vamos a permitírtelo. —La voz de Dorian sonó fría. Carente de vida. Pero la amenaza en sus palabras sonó firme.

—Si no fui digna para ser vuestra luna, tampoco lo soy para ser su compañera. —Creo que Eryon no esperaba que yo interviniera, pero sentí su presencia, dándome fuerza.

—Rubis. —Riker me llamó. Había una mezcla de miedo y dolor en su mirada.

Un lobo que estaba apenas a unos metros de él gruñó de forma amenazadora y me tensé. Mis colmillos se alargaron y le gruñí de vuelta como si estuviera, no sé, dispuesta a enfrentarle. La enorme bestia agachó las orejas en un acto de sumisión. Supuse que a Riker no le había gustado ese comportamiento.

Alcé el mentón.

—Si la obligas a cruzar el Moonwhisper, quebrantarás el Tratado —le advirtió Dorian al fae, volviendo a tomar el control de la negociación, porque Riker apenas era capaz de contener la desesperación que albergaba su lobo.

—No podéis exigir una compensación y argumentar que os he quitado algo que os pertenece, porque ella no forma parte de vuestra manada. —Dorian apretó la mandíbula—. Es libre. Incluso si, al mismo tiempo, resulta que es mi alma gemela y, por tanto, la magia fae la reconoce como a mi esposa. —Los grabados en nuestros brazos volvieron a hacerse más evidentes—. Así que, lamentando tener que posponer esta cálida recepción, voy a llevar a mi esposa a su casa.

—Te mataré, fae. —La voz de Riker sonó letal. Desvió la mirada y, fijando sus ojos en mí, añadió—: Aléjate de él, Rubis, nosotros nos ocuparemos de todo.

Usó su autoridad de alfa. Y sentí que me quemaba la marca del cuello. Me aferré a la mano de Eryon mientras me negaba a someterme y el fae me devolvió el apretón.

Temblaba, pero conseguí mantenerme de pie, quieta en el lugar en el que estaba.

—Se queda conmigo, adiós y gracias. —Eryon inclinó la cabeza a modo de despedida y Riker empezó a convulsionar.

Sentí un hormigueo justo antes de que un rayo azul surcara el cielo para impactar a pocos metros de él. Un arbusto prendió en fuego y un viento caótico arrastró las llamas hacia todas las direcciones al mismo tiempo, obligando a que los lobos que nos rodeaban retrocedieran unos pocos metros.

—¿Nos vamos, *faelan*? —Los ojos de Eryon brillaban con intensidad y sentí que la magia le rodeaba o, tal vez, él era magia en estado puro—. Espero que nunca sientas la tentación de mirar hacia atrás y que al otro lado puedas darle un sentido a lo que somos.

El poder latía en él, como si la naturaleza le reconociera y respondiera a su voluntad, a sus antojos. Centró su mirada en el Moonwhisper y escuché que susurraba palabras en un idioma antiguo.

Se me erizó el vello de los brazos cuando frente a nosotros, parte del agua de aquel río empezó a elevarse y, en apenas unos pocos segundos, se convirtió en una superficie sólida de hielo, creando un puente. Un puente helado. Me estremecí. No sé si por el frío o por el poder que ostentaba Eryon.

Dio un primer paso hacia aquella estructura que acababa de crear de la nada, como si confiara que nos sostendría. ¿Lo haría?

Me quedé quieta, desconcertada, y él esperó pacientemente, nuestras manos enlazadas, hasta que encontré el valor de seguirle.

Mis primeros pasos fueron trémulos, como si no acertara a creer que aquello fuera posible, pero, contra todo pronóstico, la estructura era sólida, firme, y soportó sin dificultad nuestro peso. ¿Qué tipo de magia poseían los faes para crear semejante maravilla?

—Es increíble —susurré.

—Me alegro de que aprecies su belleza, *faelan*.

Era imposible no hacerlo. Avanzamos unos pocos metros cuando un aullido, a nuestra espalda, nos advirtió de que no estábamos solos.

Riker había vuelto a su forma de lobo y, junto a él, otros cinco lobos que habían osado atravesar las gruesas columnas de fuego. Tenían el pelaje maltrecho y podía olerse que parte de su carne

había sufrido bajo las llamas, pero habían conseguido aplacarlas rodando por el suelo.

Había determinación en los ojos verdes de la enorme bestia que se alzaba frente a nosotros y que había llegado hasta el borde del mismísimo puente de hielo. No llegaríamos a tiempo hasta el otro lado y, aunque lo intentáramos, sabía que Riker y sus lobos nos seguirían hasta el mismísimo territorio fae si hacía falta.

—No puedes enfrentarte tú solo a todos ellos —espeté al observar que Riker daba sus primeros pasos por aquella estructura gélida; varios de sus lobos lo seguían, cubriendo sus costados. Reconocí a Dorian. A Nathiel. Al menos Emma no era uno de los otros.

—Deberías tener en más consideración las aptitudes de tu esposo, *faelan* —protestó con esa voz neutra, llena de cadencias—. Además, ¿quién te ha dicho que estoy solo?

Una bruma oscura llegó hasta nosotros y, como si se tratara de una aparición, una silueta se dibujó en ella hasta convertirse en otro fae. Uno cuyo aspecto no podía ser más diferente al de Eryon.

Un guerrero.

Dos espadas ligeramente curvadas pendían de un grueso cinturón que llevaba sobre una cota de escamas negras que lucía a juego con las piezas de armadura que le cubrían los antebrazos y parte de las piernas. Sus orejas puntiagudas sobresalían entre los mechones de un cabello rubio con tonos cobrizos.

Movió una mano, una sola vez, y los lobos sobre el puente salieron disparados, como si una fuerza invisible los hubiera empujado, haciendo que cayeran sobre la orilla de la que provenían.

Me estremecí ante aquel poder y mis pies se deslizaron de forma descontrolada sobre la superficie helada. Eryon tiró de nuestras manos unidas para arrastrarme hacia él. Impacté contra su cuerpo en un movimiento un tanto seco, pero era mejor opción que hacerlo contra el suelo, así que no tenía intención de quejarme.

—Solo por no dar las cosas por sentadas, ¿es una loba?

—Lo es. —Me pasó un brazo por la cintura para estabilizarme, quizá se había dado cuenta de que jamás había caminado sobre una superficie como aquella.

—Podría tratarse de una conspiración, los lobos andan revueltos, y lo sabes. Harían cualquier cosa con tal de poder introducir un espía en nuestro territorio.

—Me lo he planteado, sí, pero no creo que debamos preocuparnos por eso.

Riker y el resto de los lobos volvieron a acercarse al puente. Eryon elevó la mano con la que no me estaba sosteniendo contra su cuerpo y el extremo del puente que daba a la orilla en la que ellos estaban empezó a desquebrajarse y romperse en mil pedazos.

Los grabados se hicieron visibles en su brazo, pero también en el mío. El fae que acababa de materializarse junto a nosotros se tensó. El resto de los cambios fueron aún más sutiles: sus pupilas se dilataron y su pulso se agitó, pero nada en su rostro evidenció hasta qué punto aquello le había sorprendido.

—Ya veo. —Se humedeció los labios para apretar la mandíbula después, como si quisiera preguntar muchas cosas, pero no supiera por cuál de todas ellas debía decantarse, así que decidió esperar a tener sus pensamientos en orden antes de hacerlo.

Al menos no parecía interesado en matarme incluso si yo había imaginado cómo el filo de sus espadas acababa clavándose en mi cuerpo.

—Supongo que uno nunca es lo suficientemente viejo como para haberlo visto todo. —Eryon dijo aquello con una media sonrisa en su rostro, creo que divertido por la expresión fría de su compañero fae.

—Es, cuanto menos, sorprendente —admitió el otro fae después de sacudir la cabeza, como si saliera de un trance. Desvió la mirada hacia los lobos que aullaban frente al puente destruido—. ¿Qué debemos hacer con ellos?

No me costó identificar a Riker. Ni a Nathiel. Y a Dorian. A su manera, me habían acogido. Sentí un nudo en el estómago. Quizá Emma estaba en aquella orilla, entre los restos de un fuego que ya se estaba consumiendo.

Durante un tiempo, había pensado que los Atrum se convertirían en mi familia. Supuse que ya no debería quedar nada de todo aquello, pero las emociones seguían allí, a flor de piel. Lo que podría haber sido.

—Tú decides.

—¿Yo? —Miré a Eryon como si se hubiera vuelto loco.

—Podemos limitarnos a contenerlos al otro lado del río, pero también podemos enfrentarlos. Si quieres que venguemos el daño que te han hecho, para mí será un placer ajusticiarlos. —Sus ojos azules brillaron con luz propia y un rayo volvió a surcar el cielo iluminándonos durante unos pocos segundos.

—¿Y el Tratado? —Su rostro apenas mostró emoción alguna y supe que, si se lo pedía, lo haría. Negué con la cabeza—. Tengo amigos entre esos lobos, y algunos de ellos han sido durante un tiempo mi única familia.

—Así sea. —Se giró para observar al fae que había a nuestro lado—. Asegúrate de que no crucen, Miles, solo eso.

Las grietas en el puente de hielo se habían detenido a unos pocos metros del lugar en el que estábamos.

Hice contacto visual por última vez con los que debería considerar los míos, hasta que me fijé en la silueta de Riker. Cuando vio que lo miraba, intentó lanzarse al río, pero un lobo, Dorian, intervino y chocó con él cuando estaba saltando, evitando así que se arriesgara a llegar hasta nosotros.

No quise ver más.

Y les di la espalda.

El fae que estaba junto a nosotros se convirtió en poco más que una sombra y Eryon me instó a seguir caminando sobre el puente de hielo. Sabía lo que dejaba atrás. Y me dolía. Una lágrima surcó mi mejilla, pero me decanté por ignorarla.

—Son muchos. ¿Podrá contenerlos?

—¿Miles? —Me miró y asentí, suponiendo que ese era el nombre de aquel fae, su amigo, o lo que fuera—. Podría, sí, pero dudo que los lobos piensen igual.

—Si no fuera por el Moonwhisper, ya los tendríamos encima. Intentarán contener a Riker, no pueden permitirse que su alfa arriesgue su vida por una causa perdida.

—Antes de que se planteen algo así, tal vez deberíamos dejar que vean lo que hay al otro lado. —Vi diversión en sus ojos.

—¿Qué quieres decir? —le cuestioné.

Señaló con el mentón la orilla fae, cubierta por aquella misteriosa bruma. Había oído hablar de ella. Se decía que los faes vivían entre las sombras y, después de lo que había visto, empezaba a sopesar que no se trataba solo de habladurías.

—Tú solo observa, *faelan.*

Seguimos caminando mientras el puente de hielo seguía quebrándose tras nuestros pasos, siguiendo el ritmo de nuestro avance. Frente a nosotros la bruma empezó a dispersarse y comencé a identificar varias siluetas al otro lado.

Faes.

Tragué con cierta dificultad.

Había cientos de ellos, separados los unos de los otros en una distancia equidistante perfecta, creando una barrera puntiforme que se perdía de la vista al mismo tiempo que la propia costa.

No fui la única en verlos. Los lobos, al otro lado del río, también lo hicieron.

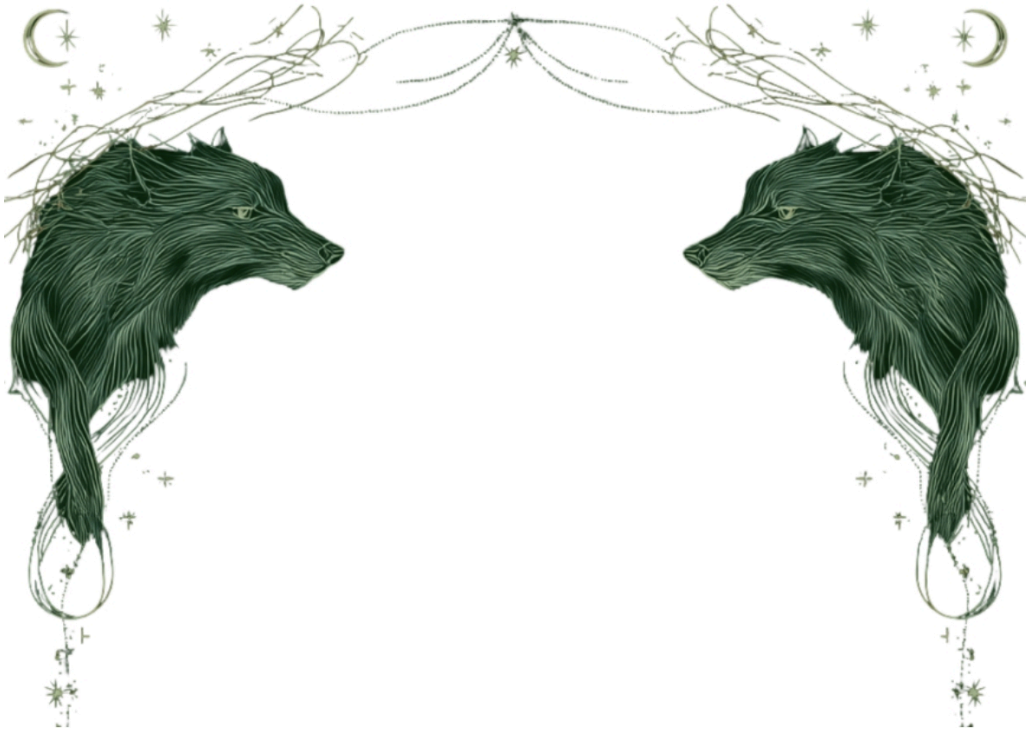
Joder.

Era un maldito ejército.

Armaduras doradas, arco a la espalda y espadas que olían a acero y a plata enfundadas en sus cintos.

Un ejército de tiempos pretéritos nos esperaba al otro lado.

¿Dónde diablos me estaba metiendo?



CAPÍTULO 4

EN TERRITORIO FAE

INTENTÉ FINGIR QUE EL EJÉRCITO DE FAES no era la cosa más aterradora que había visto en toda mi vida. Ni que tenía el vello erizado por los aullidos que se escuchaban a mi espalda y el crujido del hielo que se fragmentaba detrás de nosotros.

—¿Estás seguro de esto?

—¿De qué exactamente? —Seguimos avanzando.

El dolor de la mordida se había vuelto más intenso desde que Riker había entrado en escena, pero sabía que Eryon seguía usando su magia para mitigar parte de esa agonía.

—Los faes. Hay un ejército. ¿Siempre están ahí? ¿En la orilla?

—Si Miles te escuchara, daría por sentado que pretendes saber de nuestras costumbres ofensivas.

—Solo quería… —Levantó mi mano para llevarla hasta su boca y sus labios rozaron mis nudillos con suavidad. No diré que fuera un beso, porque no lo fue, pero me quedé tan aturdida como si lo hubiera sido.

—Lo sé. —Me sentí un poco menos mal, aunque me sorprendió la fe ciega que parecía mostrar en mí—. Algunos faes tenemos habilidades telepáticas.

—¿Como los lobos?

—Supongo, no sé bien bien cómo funciona en vuestro caso. —Un movimiento sutil en el vaivén de su capa me hizo pensar que se había encogido de hombros—. No tenía intención de involucrar a nadie, pero cuando he visto que no podría traerte a través de las sombras he valorado la posibilidad de que tal vez podríamos necesitar algo de apoyo.

—Así que normalmente no están cubriendo el perímetro —supuse y él asintió—. ¿Y cómo demonios has conseguido que vinieran a la frontera?

—Miles se ha ocupado.

El fae del puente. Debía de ser algo así como un buen amigo. Uno importante. Con un ejército. O con una pasta brutal como para contratar semejante montón de mercenarios.

—¿Estás seguro de que no intentarán matarme? —le cuestioné observando las armaduras doradas de los soldados cuando apenas nos separaban unos pocos metros de la orilla.

Se paró y me obligó a detenerme. Volvió a levantar mi mano para que nuestras palmas quedaran enfrentadas. Sentí un hormigueo y los grabados de nuestros brazos volvieron a palpitar. Azabache en su piel. Nácar sobre la mía. Brillaban. Y latían al mismo tiempo. Sentí su calidez. Y me encontré buscando la mirada de Eryon.

—Nadie puede negar lo que somos, *faelan*. Saben que eso pesa más que el hecho de que seas una loba y que, si alguien intenta lastimarte, yo me sentiría más que complacido en darle muerte. —Hizo una pausa—. Así que sí, estoy seguro. Nadie volverá a hacerte daño mientras decidas quedarte a este lado del Moonwhisper.

—¿Qué significa *faelan*?

—Pequeña loba en gaélico. —Se colocó a mi lado y volvimos a retomar nuestro caminar—. Se me antojó que te venía como anillo al dedo, y me gusta cómo suena.

—¿Por lo de fae? —arremetí y no lo negó, al contrario, una media sonrisa asomó en su rostro.

—Permíteme el capricho. A veces nos gusta jugar con las palabras. —Vi que aquello le divertía y no supe cómo tomármelo.

Tampoco importaba, porque habíamos llegado a la orilla del territorio de los fae.

Frente a nosotros, delante del puente, había dos guerreros que parecían sacados de los libros de historia o de cuentos épicos. No podría describirlos de otra forma.

Sus rostros estaban cubiertos por yelmos dorados que relucían cuando un rayo decidía deslizarse sobre ellos. Apenas nos prestaron atención. Sus miradas estaban fijas en la otra orilla. Aquella en la que se habían reunido la mayor parte de los lobos de Riker.

Como si uno fuera un reflejo del otro, los dos faes que nos cortaban el paso se giraron a un tiempo y retrocedieron para crear un pasillo por el que Eryon y yo pasamos.

No sé si notó cómo le apretaba la mano cuando atravesábamos la línea imaginaria entre aquellos dos soldados para pisar tierra firme después.

—Ya estás en casa, a salvo, *faelan*. —Una sonrisa asomó en su rostro.

Miré con recelo a los soldados, que volvieron a moverse para colocarse en la posición que estaban ocupando hacía apenas unos segundos. Observé los arcos que colgaban de unos pequeños ganchos que había sobre la placa de metal que les protegía la espalda.

Si no tenían intención de matarme, y su máxima sería ignorarme, tal vez Eryon estaba en lo cierto. Quizá estaba segura, protegida, por primera vez en mucho tiempo.

Solo entonces, sabiéndome a salvo, me atreví a mirar al otro lado del Moonwhisper.

Los lobos habían ocupado la orilla. Pude reconocer a Riker, sorteado por los que no podían ser otros que sus betas. Había

desistido de cruzar el Matalobos, porque sabía que, aunque llegase a hacerlo, no podría enfrentarse al ejército que había al otro lado. Sentí su pena. Un dolor sordo. Lacerante. La bloqueé.

—Se ha acabado —susurré.

—Yo diría que no ha hecho más que empezar.

Miré a Eryon. Su rostro no expresaba emoción alguna, pero supe que estaba satisfecho. Contento.

—Gracias.

—¿Por? —Ladeó la cabeza.

—Por rescatarme, supongo.

—No podía no hacerlo.

—Te has arriesgado mucho.

—Yo más bien opinaría que lo justo.

—Un fae en territorio de lobos… —Negué con la cabeza—. ¿Estás seguro de que no habrá consecuencias? No querría que consideraran que el Tratado ha sido vulnerado por mi culpa, y menos teniendo en cuenta cómo están las cosas.

Me observó mientras empezábamos a alejarnos de la orilla. El suelo era muy diferente a la roca y la arenilla gruesa que abundaba en la ribera del territorio lobo. Allí, en el margen de los faes, la arena era fina, blanquecina, y nuestros pies se hundían un poco a cada paso.

—Creo en las leyes antiguas y en ese viejo Tratado. Nos ha permitido vivir en paz durante mucho tiempo y, la verdad, no me apetece tener que volver a enterrar a ninguno de los míos.

—Hablas como si hubieras vivido en aquel entonces.

Pretendía ser una broma, pero las palabras acabaron volviéndose rasposas en mi boca cuando una media sonrisa asomó en su inmaculado rostro.

—Y tú como si pensaras que eso es imposible.

—Estamos hablando de cientos de años.

—Soy un fae. Supongo que sabes que somos longevos.

—Longevos, sí, pero no puedes pretender… —Me quedé en silencio. Pretender. ¿Qué exactamente? ¿Que tenía más de quinientos años?

Me paré en seco y lo miré.

Sus ojos brillaron con lo que no podía ser otra cosa que diversión. ¿Me estaba tomando el pelo? ¿O pretendía advertirme de que era algo así como una momia fae? ¡Llamarle viejo era quedarse corto!

—¿Cuántos años tienes?

—Muchos más que tú, *faelan*.

No sé si fue la posibilidad de que fuera tan anciano como sugería o si fue el hecho de que, tras la emoción del momento, la adrenalina cayó en picado y las piernas me fallaron, pero volvió a retenerme entre sus brazos.

Empecé a tiritar mientras un fuego candente me arrasaba por dentro. La mordida de Riker latiendo con fuerza de nuevo.

—Tienes fiebre. —Observó la herida de mi cuello, pero no dijo nada al respecto—. En condiciones normales, preferiría llevarte a casa deslizándonos por las sombras, pero viendo el éxito de nuestro primer intento, y que apenas te sostienes, me parece demasiado arriesgado. —Siseó algo entre dientes—. ¿Tu malestar es culpa de ese mordisco?

—La mordida es la primera parte del ritual del reclamo de los lobos. —Tragué saliva mientras intentaba contener el dolor—. No te ha mentido cuando te ha dicho que es posible que acabe muriéndome.

—Es poco probable. —Lo miré, confundida—. Se siente como si te hubiera inyectado un veneno. Te está quemando por dentro, ¿verdad?

¿Podía él sentirlo? Asentí.

—¿Cómo…?

—Somos uno, ¿recuerdas? —Me acarició la mejilla, colocando un mechón de cabello detrás de la oreja—. El vínculo nos permite usar una magia antigua conocida bajo el nombre de transferencia. Puede aplicarse tanto a un nivel físico como emocional o mental.

—Puedes leerme la mente. —No fue una pregunta. Era una afirmación.

—Podría, sí, pero eso no quiere decir que tenga intención de hacerlo. —Creo que vio que me tensaba, por lo que añadió—: Tú también podrías intentar husmear en mi vida, si quisieras.

—¿Y podría conseguirlo?

—Con un poco de paciencia y práctica, supongo que sí. Nunca nadie lo ha conseguido, porque a los faes se nos enseña a crear murallas más allá de nuestras defensas físicas, pero esto… —Rozó con el pulgar la piel de mi brazo y las runas emitieron una sutil luz blanquecina—. Esto podría compararse a una llave maestra con la que abrir todas y cada una de mis defensas.

—¿No te asusta?

—¿Debería?

—Soy una loba. —Los ojos de Eryon tintinearon y me quedé presa en ellos.

No sé cuándo se inclinó hacia mí. Ni por qué no me negué a aquello. Sus labios buscaron los míos. Lo sentí. No solo como un roce furtivo, sino como si todo él estuviera fundiéndose con todo lo que yo era. Algo despertó en mí. Un tirón. Un anhelo. Totalmente físico. Y desproporcionado.

El deseo cobró vida, arrasando con cualquier duda. Jadeé y mis colmillos se elongaron mientras mis brazos se agarraban a su cuerpo, como si temiera que si no lo hacía me caería. No sé bien bien a dónde. Quise profundizar aquel contacto, pero Eryon se separó de mí tras lo que me supo a demasiado poco. Me arqueé contra él.

—Te está subiendo la fiebre.

—Es el celo. —Apreté la mandíbula, obligándome a contener aquello. La necesidad de frotar mi cuerpo contra el suyo—. Es un instinto. Por el reclamo. La mordida.

Tartamudeé aquello mientras volvía a arquearme, buscándole. Frunció el ceño y colocó una mano sobre mi mejilla. Sentí que al hacerlo me aliviaba de aquel fuego que me consumía. La necesidad de sentir su cuerpo junto al mío. No tenía sentido que deseara a Eryon de esa forma, pero no podía evitar hacerlo.

—¿Mejor? —susurró y solo su voz, ligeramente ronca, me advirtió que lo que fuera que se hubiera transferido le había afectado de alguna forma—. ¿Sabes montar?

Sentí una contracción entre las piernas y vi cómo se mordía el labio inferior, en un acto reflejo. Quise pensar que fue un intento de

contener una carcajada. Debía de verme patética. Débil. Y afecta de la voraz ansiedad de culminar el apareamiento.

Un enorme caballo blanco apareció en el horizonte y su presencia me ayudó a mitigar mi libido. Era enorme. Más que un caballo, parecía el descendiente de, no sé, Godzilla, por mucho que corriera a cuatro patas, tuviera crines blancas y aspecto equino.

Eryon levantó el brazo y el caballo se acercó a nosotros mientras yo me apretujaba contra su cuerpo.

—A pie tardaríamos varias horas hasta mi casa y apenas te sostienes. —El animal colocó la cabeza sobre la palma de su mano, como si le reconociera de alguna forma, mientras yo intentaba contener el aliento—. Hasta que no sepamos si es seguro para ti que nos deslicemos entre las sombras, preferiría no repetirlo. Una montura me parece la opción más sensata.

—Los caballos y los lobos no suelen llevarse bien.

—Di que tenías en mente otra cosa, cuando te he preguntado si sabías montar —ronroneó aquello con un tono pícaro y me encontré golpeándole en el pecho.

Escuché lo que no podía ser otra cosa que una carcajada, y creo que eso le sorprendió a él tanto como a mí.

—Voy a confesarte que me parecía más llevadero tu dolor que eso del celo.

—Dime que tú no te has…

—¿Transferido esa ansia que te está devorando por dentro? —Hizo una pausa y sus ojos brillaron mientras me miraban de una forma anhelante—. Lo he hecho, sí. Puedo sentir esa mezcla un tanto confusa de emociones y deseos. Se me hace extraño. Es algo muy físico, en el sentido literal de la palabra. —Ladeó la cabeza, como si estuviera analizando lo que sentía para poder describirlo—. Supongo que al ser un fae no me afecta tanto como a ti, pero me quedaré más tranquilo cuando un sanador valore tu situación y nos dé una solución.

—¿Una solución?

—La herida de tu cuello sigue sangrando y su influjo en tu persona cada vez se nos está haciendo a ambos más evidente. —Vi que su mirada se volvía un poco más oscura, como si la tiñera su

propio deseo—. Es como un veneno que primero ha intentado doblegarte y ahora pretende dominar tu mente mediante la sumisión de tu cuerpo. —Me sentí cohibida y un tanto culpable de que él pudiera sentir aquello, la forma en la que necesitaba que sus manos me sostuvieran, me tocaran, notar su aliento contra mi piel y perderme en ese olor a bosque y a tormenta—. No sé cómo, pero estoy seguro de que la magia fae podrá revertir sus efectos.

—Bien —susurré.

—Bien —convino.

El enorme semental relinchó, como si él también quisiera participar en nuestra conversación. O quisiera mostrar su descontento ante mi presencia.

No le mostré los colmillos porque me sentía tan cansada y débil que apenas tenía fuerzas ya para desperdiciarlas con aquel animal.

Eryon se agarró a las crines de aquella bestia y se subió a él de un salto. Se suponía que los lobos éramos más fuertes. Más rápidos. Sin embargo, el hombre que me acompañaba no solo era capaz de desvanecerse y aparecerse a varios kilómetros de distancia en el tiempo en el que un lobo chasquea los dedos, sino que había mucho más; sus movimientos eran gráciles y su velocidad asombrosa. Me planteé que supiéramos menos de lo que nos pensábamos de ellos.

Me tendió la mano.

Inspiré antes de acercarme a él y aceptarla.

Me levantó sin dificultad y me colocó a horcajadas sobre aquella bestia, delante de él.

Jamás había ido a caballo, y no bromeaba cuando decía que esos animales no se sentían cómodos en presencia de lobos. Sabía de manadas que los cazaban, así que tampoco podía culparles por tenernos algo así como manía.

Sin embargo, aquel enorme semental no pareció molestarse por mi presencia. Tal vez no había estado nunca frente a alguien como yo. Al fin y al cabo, estábamos al otro lado del Moonwhisper.

Eryon emitió un chasquido y el animal empezó a moverse. No parecía molesto por llevar dos jinetes y no solo uno, pero a mí aquello me parecía la cosa más inestable del mundo.

—Es tarde y necesitas descansar, si quieres, intenta dormitar un rato.

—¿Encima de un caballo? —mascullé—. Dudo que eso sea posible.

—Hay quien considera que el vaivén es relajante —opinó el fae mientras el caballo empezaba a moverse a un paso ligero, pero sin llegar a ponerse al trote.

—Creo que después de esto me dolerán partes de mi cuerpo cuya existencia desconocía —murmuré.

—Si es necesario, puedo masajeártelas cuando lleguemos —ronroneó y me puse tiesa como un palo, a lo que Eryon, tras una risa suave, masculina, añadió—: Bromeaba, *faelan*, pero debo admitir que esto del celo es bastante inconveniente.

—Eso no puedo negártelo.

—Se me antoja como una forma de coaccionar a otra persona. —Me quedé en silencio, reflexionando sobre aquello—. Sabía de los humanos y su afición al poder y el dinero, pero no de esa necesidad voraz que sentís los lobos por copular unos con otros.

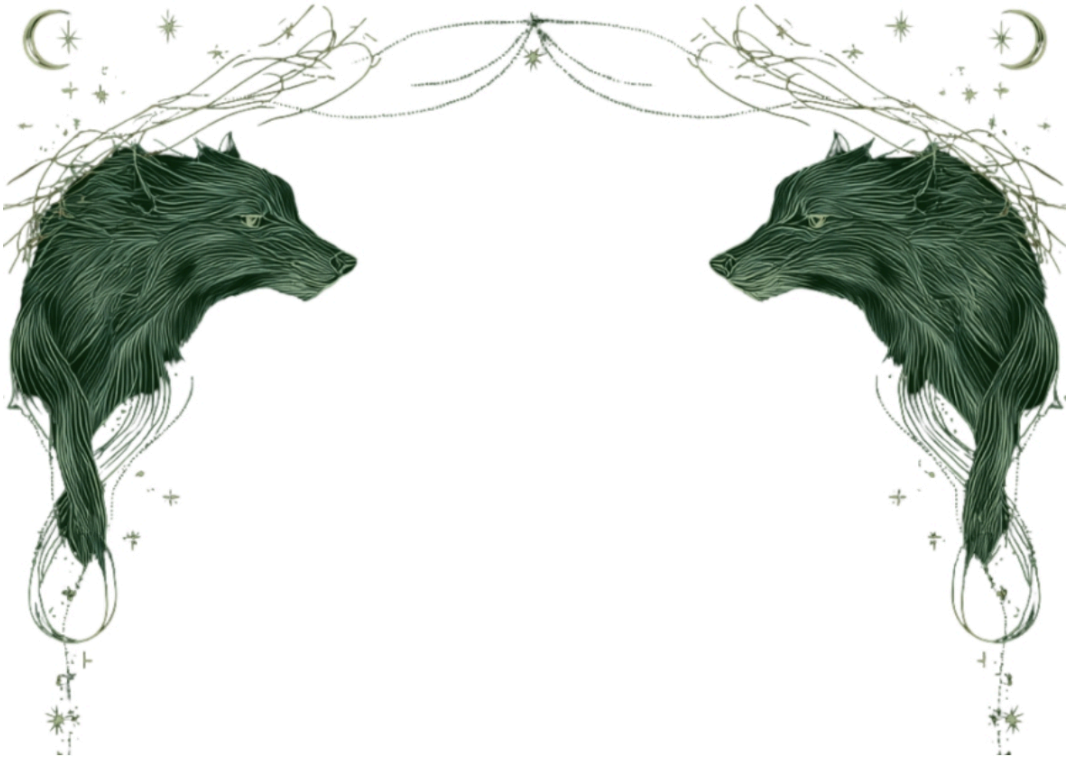
—Es culpa del ritual de apareamiento, no nos pasamos toda la vida en este estado —me defendí, aunque llamarle al sexo «copular» había hecho que mi libido se aplacara de forma considerable—. ¿Qué hay de vosotros? ¿Qué es lo que puede hacer que perdáis la cabeza?

—La magia, supongo. Puede llegar a ser adictiva.

—¿En qué sentido?

—Más de un fae ha muerto queriendo abarcar más de lo que podría considerarse sensato.

—En tal caso, me quedo con las adicciones de los lobos: no conozco a ninguno que se haya muerto a base de polvos. —Soltó un bufido, pero yo sonreí como si considerara aquella la broma más aguda que a alguien se le podía haber ocurrido. A mi favor diré que cargaba con la mordida de Riker. Y con el calentón del celo. Así que no es como que fuera mi mejor momento.



CAPÍTULO 5

EL DESPERTAR

PARA CUANDO RECUPERÉ la consciencia, era como si llevara una eternidad prostrada y hubiera recibido la paliza de mi vida: me dolían todos y cada uno de los huesos.

Apenas era capaz de elevar los párpados para ver dónde estaba y, cuando logré hacerlo, se sintió como un esfuerzo titánico. Tras percibir un atisbo de luz, me encontré cerrándolos de nuevo. Aturdida. Agotada.

—Está en su naturaleza, Eryon.

Era una voz suave y delicada, cargada de matices.

—Dime todo lo que sepas del proceso. —Reconocí su voz. Tenía un timbre único: masculino, fuerte, pero al mismo tiempo fluido y

aterciopelado, lo que le daba matices tan sensuales como seductores.

Sentí de nuevo el calor. Mi cuerpo ardiendo. No era capaz de moverme, así que me propuse un objetivo plausible. Estabilizar mi respiración. Intentar calmar el latido de mi corazón, que volvía a desbocarse.

—Los fundamentos ya los conoces, pero quiero que lo valores desde otra perspectiva. —La mujer parecía usar un tono conciliador, como si quisiera convencerle de algo que sabía que al fae no le gustaría—. La mordida es la primera parte del ritual del reclamo, una forma un tanto física y primitiva de establecer un vínculo afectivo y emocional entre dos lobos.

—Sigo sin entender dónde quieres llegar.

—Ella ha sido sometida a esa parte del ritual y su cuerpo está respondiendo a esa llamada. Está en su instinto, Eryon, así que no puede evitarlo, igual que tú no podrás controlar eternamente el dolor y la lujuria que late en ella y que forma parte de ese proceso.

—Tiene que haber una forma de estabilizarla.

—Lo natural, para ella, sería consolidar ese vínculo mediante el reclamo.

—Es mi alma gemela, no pienso dejarla en manos de ese perro. —Hubo una pausa—. ¿Y si él muere?

—El consejo no estaría demasiado satisfecho si descubren que no solo has estado vagando en territorio lobo una vez, sino dos.

—No me has respondido.

—Creo que hay otra forma. Una en la que no expongas el bienestar de nuestro pueblo.

—Es solo un lobo, no exageres. Sabes que existen los accidentes.

—No es un lobo cualquiera, pondría la mano en el fuego de que se trata de un alfa. Uno extremadamente fuerte, teniendo en cuenta el daño que le está ocasionando su mordida. —Un golpe seco. Como si algo se hubiera caído al suelo. O alguien hubiera golpeado una superficie de madera—. Tal vez él no lo sabía. Lo de la debilidad de la que me hablaste.

—No sientes su dolor, su sufrimiento ni la abrumadora necesidad que la quema por dentro. No se merece mi respeto, la marcó pese a

su evidente rechazo. —Hubo una pausa—. Debería haberle matado.

—Antes de que decidas desencadenar el inicio del fin del mundo, ¿qué te parece si te cuento mi teoría?

—Te escucho, pero eso no significa que haya descartado hacerlo. —Estaba enojado. Podía sentirlo. En mis entrañas.

—Eryon, deja de comportarte como un chiquillo —le reprendió la mujer—. Nunca nos habíamos planteado que algo así fuera posible, que el alma gemela de un fae pudiera ser alguien de otra especie; sin embargo, mirándolo desde una cierta perspectiva, lobos y faes tenemos algunas características comunes.

—Déjame decirte que lo dudo.

—En primer lugar, hemos de tener en cuenta que los lobos poseen una cierta habilidad mágica que les permite cambiar de forma, poseer una mente colectiva en su versión animal y forjar vínculos, los de la manada. —Una pausa—. También hay algo de mágico en el ritual del reclamo en el cual dos lobos se convierten en lo que ellos llaman compañeros.

—¿Crees que depende de algún tipo de habilidad mágica?

—La vida, en sí, es magia en estado puro.

—Es una teoría peculiar, pero no puedo negar que le encuentro un cierto sentido.

—Gracias. Siendo tú es toda una concesión. —Creo que había un timbre alegre en su voz, pero al mismo tiempo seguía sonando plana—. Por lo que sabemos, tras el reclamo se crea un vínculo afectivo y mental, sólido, entre dos miembros. —Hubo una pausa—. No puedes negarme que existe un cierto paralelismo con el sagrado vínculo que se crea entre dos almas gemelas que se encuentran y se reconocen.

—Continúa.

No podían hablar en serio e hipotetizar que los lobos poseíamos algún tipo de magia, ¿no? Quise rebatirles ese disparate, pero el cuerpo no me respondía. Ni siquiera había conseguido abrir los párpados, y eso que me moría de ganas de ver a la mujer. Descubrir dónde estaba. Y por qué mi espalda yacía cómodamente en algo que apostaría que era una cama.

—Los lobos que quieren ese tipo de vínculo basado en relaciones monógamas, que no creo que sean muchos, pueden elegir de forma voluntaria a la persona con la que formalizar ese ritual, pero en los tratados que disponemos en la biblioteca también se habla de la posibilidad de que exista una conexión entre dos lobos a los que ellos se refieren como parejas predestinadas. —Una pausa, de nuevo—. Atribuyen la existencia de esa conexión a la diosa Luna y son poco frecuentes, de ahí que se las considere como enlaces que pueden fortalecer los linajes y un símbolo de prosperidad y fortaleza.

—Es posible que usara ese término, lo de las parejas predestinadas, cuando se refería al lobo.

—Eso iría contra mi teoría.

—Esa que aún no has compartido conmigo.

—Estaba pensando en que, pese a vuestras diferencias, existe una cierta similitud con ambas tradiciones y podría darle un sentido al hecho de que podáis sentiros.

—No necesito justificar que la siento, Lillan, sé que lo hago. —Me pareció notar cansancio en su voz.

—Ahí es donde quería llegar: tal vez deberás aprender a sentirla de otra forma, Eryon.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo he dicho antes, pero que no hayas llegado ya a la única opción posible me hace pensar que te está empezando a afectar. ¿Hace cuánto que no duermes?

—¿Hace cuánto que llegamos? —Escuché algo parecido a una risa baja cantarina. ¡Sonaba tan femenina y delicada!

—Piénsalo. Es tu esposa. Tu alma gemela. —Una pausa—. Sin embargo, ella es diferente. No tiene sentido negarlo. Es una loba. Sus necesidades no son como las nuestras; nacen de sus instintos. Dadas las circunstancias, supongo que es tu obligación complacerla.

Se escuchó un ruido, como si Eryon estuviera tosiendo.

—No pienso tocarla. —Me dolió aquello, porque era justo lo que ansiaba. Sus manos. Su calor. La necesidad que me quemaba. Por todo el cuerpo—. No en ese estado.

—Pero bien podrías morderla.

—No bromeas.

—No. Ambos sabemos que está sufriendo. —Un silencio se alargó antes de que la mujer volviera a tomar la palabra y me asustó que Eryon estuviera planteándose siquiera aquella locura—. Creo que existe la posibilidad de que el instinto de su lobo pueda reconocerte, igual que tú has podido sentirla a ella, pero eso requiere que emuléis el ritual del reclamo de los lobos y que, además, en esta ocasión ella te elija y te marque con su mordida. Si no me equivoco, eso podría anular, o al menos bloquear, el efecto de la mordida del alfa.

—¿Y qué hay de la segunda fase del ritual?

—Puedes hacer que sea más llevadera si no quieres intimar con ella, pero habrás de saturar sus sentidos.

—¿Cómo?

—Los lobos son especialmente sensibles a los olores, aunque ella necesitará sentirte no solo a nivel mental, Eryon, sino también de una manera física.

—¿Funcionará?

—Tiene sentido que lo haga.

—De acuerdo. Déjanos solos.

Me estremecí.

—¿Eryon? —Escuché la voz de la mujer.

—¿Sí?

—Está despertando. —Tras decir aquello, escuché pasos y una puerta cerrarse.

Apenas era capaz de procesar la conversación que acababa de escuchar. A mi favor estaba el hecho de que él no lo sabía, pero yo disponía de la información. Ahora solo tenía que buscar una forma de gestionarla. Y convencerle de que aquello era una locura.

Gruñí. El dolor volvió a atizarme. Sin piedad. Pero no era la peor parte. Estaba esa sensación de que me faltaba algo. No quería ponerle nombre. Eryon había dejado muy claro que no pensaba tocarme. Con todo, más que su rechazo me asqueaba el hecho de que yo sí deseaba que lo hiciera.

Puto celo.

Maldito Riker.

¡Esa no era yo, joder!

—¿Estás despierta, faelan? —La voz de Eryon resonó en mi cabeza, lo que hizo que de forma instintiva me tensara, aunque no llegué a conseguir moverme.

Estaba segura de que no había oído su voz con mis finos sentidos lobunos, sino que, de alguna forma, la había proyectado dentro de mí.

Telepatía.

Me estremecí.

Tanto tiempo deseando formar parte de algo…

Me esforcé en responderle, pero lo único que conseguí fue mover ligeramente los labios. Ni siquiera un mal balbuceo.

El peso de alguien sentándose a mi lado hizo que me tensara, esperando algo que sabía que no iba a pasar. Sin embargo, sentí una mano firme acariciar con suavidad mi rostro antes de que mis labios se impregnaran de algo húmedo y dulce.

Me encontré saboreando algo que me recordó a la miel, pero que desprendía una fragancia floral que nunca había olido. No conseguí identificar qué era, pero sí que era un sabor tan delicioso como adictivo.

Como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, fue humedeciendo mis labios con una esponja que impregnaba cada poco en aquel producto. Conseguí normalizar mi respiración y, haciendo acopio de mi fortaleza, logré abrir los ojos.

Lo justo para ver que mis recuerdos no se trataban de una pesadilla: el hombre que estaba sentado a mi lado era Eryon.

Observé la esponja que sostenía en la mano y el cuenco que había sobre la mesita de noche, al lado de la cama.

Sus ojos se quedaron presos en los míos.

O yo en los suyos.

El calor volvió a abrirse paso en mi interior.

Era atractivo.

Pese a ser un fae.

—No hay prisa, *faelan*. —No sonrió, pero pude sentir que se alegraba de que hubiera encontrado la fortaleza para despertarme.

No sabría decir dónde estábamos, pero el lugar era hermoso, luminoso, y parecía sacado de un libro de fábulas antiguas, porque

era pura fantasía.

Una preciosa lámpara de lágrimas blancas pendía del techo, las paredes eran de mármol blanco con vetas doradas y la cama en la que estaba tumbada tenía un dosel de un suave color hueso.

El espacio era enorme, como si fuera una gran sala de baile, pero lo único que había en ella era esa gran cama y dos pequeñas mesitas de un material brillante blanco, tal vez marfil, a ambos lados de ella.

Quise preguntarle muchas cosas, pero sentía la boca seca, áspera y pesada. Me fallaban las fuerzas.

—Intenta beber un poco. Te reconfortará. —Vi como humedecía de nuevo la pequeña esponja en el recipiente de porcelana blanco y me la acercaba a la boca. La abrí, con cierta dificultad, y exprimió con suavidad la esponja, lo justo para que un poco de su contenido acabara sobre mi lengua.

Tras repetir el proceso durante unos minutos, dejó el cuenco a un lado, considerando que había bebido lo suficiente. Su aspecto parecía neutro, pero podía intuirse que estaba satisfecho.

—¿Cómo te sientes?

¿Para qué fingir?

—Mal. —Vi que pequeñas chiribitas iluminaban sus ojos azules.

Esperaba que su alegría nada tuviera que ver con mi malestar personal. Me dolía todo y apenas era capaz de moverme.

Hice un amago de incorporarme un poco, por eso de que estar postrada en una cama frente a un fae me parecía que no jugaba a mi favor, en cuanto a lo que dignidad se refiere. Predijo mi intención y se acercó para ayudarme.

Con la espalda sobre el respaldo de la cama, parcialmente sentada, al menos tenía la sensación de que estábamos a la misma altura.

El problema era que me sabía a poco.

Desearía no sentir esa necesidad de captar su olor. Ese que se me había recordado a un bosque, pero no a uno cualquiera, sino al olor que desprende a primera hora, con el rocío. Me encontré cerrando los ojos para poder memorizarlo, evitando cualquier distracción. Podría reconocerlo en cualquier lugar. Como si fuera una maldita

huella dactilar que mi subconsciente acababa de tatuar en mi red neuronal.

Cuando abrí los párpados de nuevo, me estaba observando. No parecía molesto. Ni enojado. Solo curioso, tal vez. Sus movimientos eran delicados, como si tuviera miedo de que pudiera romperme en mil pedazos.

Acercó unos pocos cojines y los acomodó para dejarme lo más cómoda posible, pero al hacerlo la sábana se me deslizó por el cuerpo, dejando visible algo parecido a un camisón de satén de color gris perla.

Llegué a la conclusión de que alguien me había desnudado cuando estaba inconsciente, lo que en otras circunstancias tal vez me habría preocupado. No allí. Con él. Teniendo en cuenta el tono áspero que había usado respecto a su carencia absoluta de interés de —¿cómo lo habían llamado?— «intimar conmigo», estaba claro que mi virtud en el mundo fae no corría peligro alguno.

Lo que me hizo recordar que los faes eran emocionalmente planos; pero, viendo el temperamento pasional de Riker y dónde nos había llevado, tampoco era el peor de los contextos posibles.

Tenía ganas de preguntarle mil cosas, pero también me asustaban todas y cada una de sus respuestas, así que me decanté por algo más básico.

—¿Y mi ropa? —Una media sonrisa asomó en sus labios, como si aquello fuera lo último que esperaba que le preguntara y le hiciera gracia que, de todas las cosas posibles, esa fuera la que más me preocupaba.

—No sabría decirte. Es posible que la hayan quemado. —No es que le tuviera mucho apego a lo que fuera que había llevado en nuestra intrépida huida, pero me molestó el hecho de saberme vulnerable, expuesta, y haber perdido lo único que me pertenecía—. Estabas empapada y durante el camino empezó a subirte la fiebre; dejarte con esos harapos no era una opción válida.

Aunque su justificación sonaba aceptable y no tenía especial interés en morirme de una neumonía, me negué a mostrarme agradecida.

—¿Cuánto llevo aquí? —No quise decir «en tu casa». O donde diablos estuviéramos. Necesitaba tiempo y la información a dosis pequeñas para que pudiera digerirla.

—Llevas más de dos días inconsciente.

—¿Dos días? —Me atraganté con las palabras. Pude ver una sombra de preocupación cruzar su mirada, así que volvió a acercarme la esponja y bebí de ella.

—¿No es ese el proceso natural que sufre una loba tras lo que llamáis la mordida?

—Lo normal sería que a estas alturas estuviera muerta.

—Te dije que eso no pasaría.

Sentí un tirón en el cuello y vi que habían colocado un apósito en la zona en la que Riker me había mordido.

Aunque no podía verse la sangre tiñéndolo, pude olerla; la herida seguía rezumando. Lo que, siendo yo, no tenía ningún sentido. Excepto que hubiera algo, magia, como había insinuado aquella mujer, que impedía que mi habilidad de cicatrización la sellara.

Me estudió y me perdí en las luces que proyectaban a nuestro alrededor sus ojos azules.

—Pareces cansado.

—No me gusta verte en este estado. Si no estuviera usando parte de lo que soy a través de nuestro vínculo, tu cuerpo habría claudicado y no habrías sobrevivido. —No me impresionó la dureza crítica de la verdad que embebía sus palabras—. Vuestras costumbres son brutales y primitivas.

—Vaya, gracias. —Elevé el mentón, irritada.

—Aún no tengo claro si ese lobo te deseaba o quería matarte.

—Yo tampoco.

Asintió. Solo eso.

Esperé, pero no parecía tener intención de adelantar el tema que a mí me inquietaba. Ese sobre que yo debería marcarle si pretendía solucionar el reclamo que Riker me había impuesto. Era una locura.

—Antes…, había una mujer. —No pareció preocuparle que lo supiera. Que los hubiera escuchado.

—Responde al nombre de Lillan —me contó, empapando de nuevo la esponja en el líquido del cuenco y tendiéndomela—. Es una

de las mejores sanadoras a este lado del Moonwhisper y, además, es alguien de confianza.

—Os he oído.

—Lo que sea que te preocupa, podemos hablar de ello. No tengo interés en ocultarte nada, *faelan*.

—No puedes plantearte en serio hacer lo que ha dicho.

—Tu dolor no se atenúa ni tampoco deja de sangrar la marca en tu cuello. —Dejó la esponja dentro del cuenco y colocó la mano sobre mi mejilla—. No me importa canalizarlo para ti, pero dudo que desees pasarte el resto de tu vida prostrada en una cama, y tarde o temprano a mí acabaría debilitándome.

—No has dormido mucho.

—Me sería imposible hacerlo sabiendo que me necesitas.

—No hace falta que lo hagas. —Me observó y, tras un escalofrío, un latigazo de dolor hizo que me retorciera a la vez que el calor me quemaba por dentro.

Ni siquiera fui capaz de gritar, porque dejé de respirar. Durante unos segundos. El tiempo en que tardó en desaparecer. Todo. El dolor. Esa sensación asfixiante. Un hormigueo me recorrió mientras las marcas del brazo de Eryon se volvían más intensas, igual que las mías.

Tardé un tiempo en conseguir recuperar el aliento y lo miré, totalmente abrumada y sobrecogida. Ladeó la cabeza.

—Creo que sí que es necesario.

¿Estaba anulando toda aquella mierda? Tragué saliva con dificultad.

—¿Cómo lo haces?

—Es un don que compartimos, *faelan*, somos uno.

—¿Cómo puedes soportar ese dolor y apenas inmutarte?

—Soy un fae. —Parpadeé, confundida—. Nos enseñan a crear barreras y murallas para evitar que otros puedan manipular nuestra mente, bien sea con ataques directos o mediante agresiones físicas.

Tal vez esas murallas eran las que condicionaban esa carencia emocional suya y que les daba fama de ser apáticos. Planos.

Apreté los labios. Yo había podido percibir pequeños resquicios de emociones fugaces en él. Diversión. Enojo. Tal vez hasta

preocupación. Ladeé la cabeza.

—¿Hacéis lo mismo con las emociones? —Me observó y asintió.

De acuerdo. Incluso si las bloqueaban, Eryon acababa de admitir que las tenían. Era menos malo que pensar que eran una raza de psicópatas desprovistos de ellas.

—No es justo que tengas que cargar con mis problemas.

—Lillan cree que la forma para eliminar el efecto de la mordida de ese chucho es que recreemos vuestro ritual, pero entiendo que no te guste la idea.

—A ti tampoco.

—Me genera un cierto malestar, sí. —No lo negó.

—¿En qué nos deja eso?

—No lo sé, dímelo tú, *faelan*.

—¿Yo?

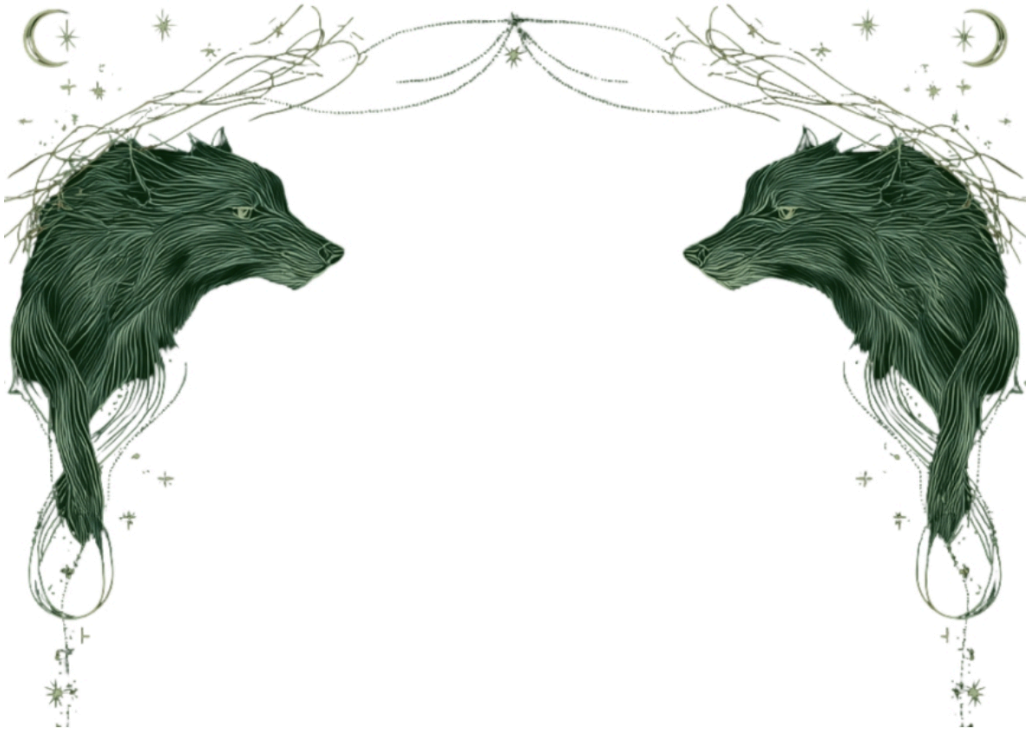
—Morderte me parece un absurdo, pero si con eso puedes encontrar un poco de paz y existe la posibilidad de que te liberes de él, estoy dispuesto a probarlo. —Se encogió de hombros—. Sin embargo, para que funcione, sabes que tú también tendrás que hacerlo.

—Quieres que te marque.

—Querer, lo que se dice querer… —Hizo un mohín, pero vi sus ojos brillando con algo parecido a la diversión antes de que una media sonrisa iluminara su sereno rostro—. Mi prioridad, *faelan*, eres tú. No me ha supuesto ningún inconveniente adentrarme en el territorio de los lobos para encontrar a mi alma gemela, lo que sea que deba hacer, lo haré.

Todo, excepto tocarme.

Me callé que había escuchado como decía eso en voz alta. Porque, aunque no tenía sentido, me dolía su rechazo.



CAPÍTULO 6

EL RITUAL DEL RECLAMO

SU PROPUESTA GENERABA en mi interior emociones contradictorias.

Me sentía culpable y no quería que Eryon sufriera mi maldición en sus huesos, incluso si era capaz de contener parte de aquel dolor lacerante mediante esas barreras que decía poseer.

Además, morderle me parecía una traición por y para lo que yo era. A mi lobo, ese que no había sido capaz de mostrarse, pero que en el fondo sabía que existía en mi interior. Era su instinto el que había percibido a Riker como mi pareja predestinada.

También existía la posibilidad de que convertirme en su compañera fuera la única forma de conseguir la fortaleza que me restaba para poder transformarme en loba.

Y el hecho de que, tal vez, si esa absurda teoría de que podía vincularme mediante el reclamo a Eryon era cierta, no pudiera descubrir jamás la historia de mis padres. Que esa debería ser la menor de mis preocupaciones, pero era algo que llevaba tanto tiempo enraizando en mi interior que no podía desecharlo sin más.

Sin embargo, hay algo que siempre había destacado en mí. Ese instinto que me empujaba a sobrevivir.

—De acuerdo. —A la mierda la diosa Luna. La manada. Riker. Mi loba. Los padres que me abandonaron. Lo que yo era. Nunca había sido suficiente para ninguno de ellos.

Le sostuve la mirada a Eryon. Sus ojos azules emitieron suaves destellos, si bien su rostro se mantuvo estoico y sereno.

Suspiré.

Ya había pasado por aquello una vez.

Recordaba demasiado bien el dolor de la mordida de Riker y me estremecí ante aquel recuerdo. Cerré los ojos y ladeé el rostro para dejarle acceso al lateral indemne de mi cuello, ese que no estaba cubierto por apósitos, y me preparé para sufrir de nuevo el dolor abrasador del reclamo.

No pude evitar dar un pequeño respingo cuando sentí una caricia. Apenas un roce. El tirante del camisón se deslizó por mi hombro. Apreté los labios mientras el desagrado por lo que sabía que estaba a punto de suceder se convertía en algo mucho más ligero y placentero.

Por un momento me había planteado que Eryon pretendía deslizarlo por completo. Exponerme. Pero, claro, esas aspiraciones venían condicionadas por el deseo físico que despertaba en mí por la mierda esa del celo, haciendo que me olvidara de que el hombre que había frente a mí, ese que había cruzado medio mundo para ir a mi encuentro, era un fae. Y, sí, él afirmaba que yo era su alma gemela y las marcas que cubrían nuestra piel no podían ser fruto del azar, pero no me deseaba de la forma que lo haría un lobo. De la forma en que Riker lo había hecho. De la forma que yo quería —necesitaba — que lo hiciera.

Me obligué a no llorar, pero una lágrima surcó mi mejilla. Aún dolía. La traición de Riker. Incluso si Eryon anulaba parte de lo que

yo debería estar sufriendo, era imposible no sentir la pérdida de lo que podría haber sido. Me había enamorado de Riker. Y mi corazón estaba roto en mil pedazos o, al menos, jodidamente desquebrajado.

Sentí su olor. Ese que empezaba a calarme de una forma que más de uno consideraría malsana. Me gustaba. Lo que evocaba. Me hacía olvidar dónde estaba para llevarme a un lugar lejano. Uno en el que el bosque conservaba la humedad del rocío y podían sentirse suaves fragancias de flores silvestres. Me recordó a un amanecer de invierno, de esos en los que el mundo está cubierto de una fina capa de escarcha.

Sin la necesidad de verlo, sentí que se inclinaba hacia mí. Su corazón latiendo cerca del mío. Colocó su mano sobre mi hombro mientras sus labios rozaban mi piel. Su tacto era frío, pero trajo una extraña calidez a mi interior. Me besó. No una vez ni dos, sino que se dedicó a recorrer con sus labios mi piel como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Su olor impregnando mis sentidos. Su mano sobre mi hombro, apoyado con gentileza.

Me estremecí, consciente de que no tenía intención de precipitarse en llevar a cabo su cometido. Algo en mí se removió. La necesidad, absurda, de que lo hiciera. De que me marcara. Me mordiera. Me reclamara como suya. Sentí que la tensión se desvanecía mientras emociones contradictorias inundaban mis sentidos.

Sus dientes se clavaron en mi piel, pero no se sintió como una agresión, sino como una continuidad de lo que estábamos compartiendo.

Me sorprendió, porque no se separó de mí tras clavarme los dientes; en vez de eso empezó a succionar con fuerza, de forma rítmica, evocándome la sensación del vaivén de dos amantes compartiendo lecho. El agarre de su boca se volvió más firme mientras seguía arrastrándome a un mundo cargado de erotismo.

Me encontré arqueándome de forma involuntaria contra su cuerpo, mientras mis colmillos emergían, sin que yo pudiera contenerlos. No pareció molestarle, porque el brazo que tenía libre se deslizó por mi cintura, hasta posarse sobre mis lumbares. Me

arrastró ligeramente hacia él, haciendo que nuestros cuerpos estuvieran en contacto.

Solo cuando solté un gemido, presa del placer, me liberó de su mordida, pero no sin antes deslizar su lengua sobre mi piel, como si quisiera asegurarse de que la impronta de sus dientes había conseguido marcarme de la forma apropiada.

Intenté normalizar mi respiración. Sus manos se alejaron de mi cuerpo y vi que se incorporaba. Gruñí, porque no era lo que habíamos acordado. Necesitaba sentirlo. Marcarlo.

Esa ansia que me consumía se aplacó solo en parte al ver la intensidad con la que resplandecían los tatuajes de nuestros brazos. Tinta cubriendo los suyos, nácar en los míos. Brillaban. Joder, estaban brillando. La magia esa de la que Eryon me había hablado. Magia fae. Antigua. Latiendo con vida propia entre ambos.

Sus ojos no se apartaron de los míos mientras sus manos empezaban a desabotonarse la parte frontal de la túnica que vestía, como si nada de aquello le estuviera afectando.

Su ropa era muy diferente a la nuestra, pero apenas había tenido tiempo de fijarme en ese detalle. Tampoco lo hice en ese momento, porque sentía una avidez absurda en seguir cada uno de sus movimientos mientras los márgenes de aquella pieza de ropa elegante y regia empezaban a separarse, exponiendo parte de su cuerpo frente a mí. *Para* mí. Esa sensación satisfizo a mi loba.

La piel de su torso era más blanquecina que la de los lobos y sospeché que no tenían la costumbre de exponerla al sol. Sus músculos estaban bien definidos y su complexión era atlética. Tragué saliva mientras me perdía en la obscena curiosidad de recorrer su piel con la mirada y anhelaba hacerlo con mis manos.

Era cosa del celo.

No podía no serlo.

Eryon expuso la parte superior de su cuerpo y me encontré deseando reseguir con un dedo la forma de sus clavículas y deslizar mis manos sobre sus pectorales, para dibujar después las cicatrices que podían verse en su cuerpo. Me contuve. A duras penas.

Se sentó en el margen de la cama.

Sus ojos no habían dejado de observarme a lo largo del proceso y sabía que era capaz de leerme como si fuera un libro abierto. Lo que despertaba en mi interior. Que le deseaba no era un secreto. Que el celo mucho tenía que ver con ello, tampoco.

—Tu turno, *faelan.*

Su voz sonó como una caricia caliente. Intenté contener esa ansiedad que me nublaba la mente y me esforcé por no lanzarme contra él como haría un animal famélico.

Desearía no dejarme arrastrar por esa avidez. Que él no sintiera el malestar que yo había experimentado cuando Riker me había marcado con sus colmillos. Sin embargo, no podía evitar que mi naturaleza estuviera tomando el control. Lo que yo era. Una loba.

Me incliné hacia él y me permití olfatear su piel, expuesta para mí.

Me dolían los colmillos.

Algo, dentro de mí, me exigía que lo hiciera.

Me pertenecía. Eryon. Era mío.

Joder. ¡Era absurdo!

No lo besé.

Incluso si tal vez debería haberlo hecho.

Era un desconocido.

No lo amaba.

Por mucho que mi cuerpo le deseara en esos momentos.

Obligándome a centrarme en esa premisa, hundí mis colmillos en la base de su cuello.

Pretendía hacerlo y alejarme, pero me encontré anclándome a él. Con fuerza. Una necesidad voraz me estaba consumiendo.

Sus brazos me rodearon y me apretaron contra él mientras mis garras se manifestaban, ansiando clavarse en su cuerpo. No era algo fuera de lo común durante el apareamiento entre dos lobos, sin embargo, él era un fae.

Me forcé a retraerlas mientras me obligaba a aflojar su agarre, sin llegar a ser capaz de hacerlo.

Sentí sus manos deslizarse por mi espalda, apretándome contra él al mismo tiempo. Necesitaba sentirle. Mis garras emergieron de nuevo y las clavé con fuerza en el colchón. Jadeé cuando él presionó sus uñas contra el fino tejido que cubría mi espalda. No poseía

garras que pudieran lastimarme, pero se sintió como si me marcara físicamente, y aquello me excitó. Conseguí liberarle de mi mordida al tiempo que me arqueaba contra él.

Me sorprendió capturando mi boca con la suya y tomando el control de lo que yo era al besarme de una forma posesiva y agresiva. Su lengua invadió mi boca, haciéndome gemir de placer mientras mis sentidos empezaban a sentirse borrosos, turbios, presa de la excitación y de los matices, los olores, que empezaban a emanar de su cuerpo.

Mis garras buscaron su espalda mientras me tumbaba sobre la cama y le exigía que se colocara encima de mí. Tal vez desgarré su elegante pieza de ropa. Quizá fui la causa de que la sangre empapara su espalda.

Nada me importaba. Solo la necesidad de que fuera mío. Porque me pertenecía. Quería que se restregara contra mi piel y me arrastrara hasta el éxtasis. Que nublara mi mente con la lujuria incandescente de compartir nuestros cuerpos. Gruñí y volví a arquearme contra él. No era una petición; estaba exigiéndole que me follara. Me lo debía. ¿No era lo que la fae le había dicho? Tenía que satisfacerme. Y tenía que hacerlo *ahora*.

Sus ojos azules brillaban frente a mí, y juraría que podía verse en ellos un deseo parejo al mío. Incluso si era un fae. Tal vez él también sentía la necesidad física del celo.

—Eres mío —mascullé entre dientes, mi instinto, mi loba, tomando el control. Ladeó la cabeza.

—Lo soy, *faelan*, somos uno y así será hasta el fin de los días.

Algo cambió. La tensión en mi cuerpo empezó a atenuarse y esa ansiedad primitiva se hizo poco a poco más liviana mientras sus ojos seguían mirándome, como si no existiera nada más en el mundo que mereciera su atención.

La bruma nubló mis pensamientos y perdí poco a poco el sentido. Para cuando pude volver a pensar con nitidez, me encontré en un lugar que no me era del todo desconocido, incluso si nunca había estado allí.

Escuché el rumor del río mientras me deleitaba en el perfil de las montañas nevadas; no tardé en percibir el olor a bosque y a

tormenta. Me giré y encontré a Eryon a unos pocos metros. Nos observamos. Se quedó quieto, como si esperara algo. Asentí y, solo entonces, caminó hacia mí y se sentó a mi lado, en silencio.

Vestía una túnica de color negro, con suaves bordados de un azul oscuro que parecía emitir sutiles destellos.

Estábamos en ese lugar.

El que fuera.

De nuevo.

Allí nos habíamos conocido.

Más o menos.

Me sentí vulnerable.

Era allí donde él me había besado por primera vez, después de coaccionarme para que admitiera que le sentía… sin que yo supiera las consecuencias que implicaba hacerlo.

Almas gemelas.

¿Lo éramos?

Tenía la mirada perdida en el horizonte, así que me permití estudiarlo, sin importarme si él era consciente o no de que lo estaba haciendo.

Había paz en él.

Aquel descubrimiento, me sorprendió.

—¿Qué ha pasado? —le cuestioné.

—Me gusta este lugar. —Se giró para observarme y levanté una ceja de forma crítica, porque no me había contestado—. Todos tenemos un sitio seguro, un lugar en el que nos refugiamos cuando nos sentimos abrumados. Creo que este es el tuyo. —Una pequeña sonrisa asomó en su rostro—. Me gusta que lo compartas conmigo.

—Estábamos… —No acabé la frase y me sonrojé. La necesidad física de sentirle había desaparecido—. ¿Estás anulando tú el resquemor del celo?

Negó con la cabeza.

—Por lo visto, los lobos también podéis protegeros mentalmente; aquí eres libre de tu propio dolor o del influjo del celo. —Hizo una pausa—. He intentado bloquear los instintos de esa loba tuya antes de que acabaras destrozando la habitación y a ti también en el

proceso, pero me has eludido y has venido a refugiarte aquí. Espero que no te incomode que me haya permitido seguirte.

Me quedé en silencio, intentando entender todo lo que acababa de decirme.

—La última vez que estuvimos aquí, sentí una fuerte atracción hacia ti. —Sus ojos brillaron con una cierta satisfacción.

—Porque me sentiste, *faelan*, como yo puedo sentirte a ti.

—No entiendo qué quieres decir.

—Es una emoción que nos reconoce como almas gemelas la que nos llama y nos empuja a descubrirnos el uno al otro, *faelan*.

—No puedo confiar en algo así. No después de lo de Riker. —Sentí una punzada de dolor y supe que era solo mía.

Observé a Eryon y entonces lo entendí: allí no podía usar su magia, nuestro vínculo, para anular mis emociones. Eso implicaba que aquella noche, en mis sueños, lo había deseado. No por el influjo del celo. Ni por el hecho de que hubiera alguna extraña magia fae latiendo entre nosotros. Había sido algo mucho más sencillo que eso: se trataba solo del deseo de una hembra que se enciende bajo la mirada de un macho.

—Ahora soy yo quien no entiende qué quieres decir, *faelan*.

—Riker era mi pareja predestinada y él me traicionó. Nada me asegura que tú no vayas a hacer lo mismo.

—Es imposible que lo fueras, *faelan*, lo que eres responde a lo que soy; siento decírtelo, pero es posible que te mintiera y usara su autoridad de alfa para condicionarte a pensar eso.

—Jamás tuvo ninguna autoridad sobre mí. —Negué con la cabeza.

—No puedo darte respuestas que desconozco, pero es posible que el tiempo demuestre que estoy en lo cierto.

—Tú eres un fae y yo soy una loba. —Me estudió—. Esto, tú y yo, no puede funcionar. Sé que ni siquiera me deseas.

Frunció el ceño y parpadeó.

—¿Por qué no debería desearte?

—No lo sé. ¿Podéis desear a una mujer los faes?

Una media sonrisa bailó en su mirada.

—Es cierto que no sentimos la necesidad física de intimar de la misma forma que podéis sentirla vosotros —admitió con un cierto

pesar—, pero eres mi esposa y estaré más que complacido en descubrir cómo podemos entendernos en todos y cada uno de los aspectos de lo que somos.

—Te escuché decirle a la sanadora que no tenías intención de tocarme.

—¿Me criticas por negarme a usar tu cuerpo mientras estás influenciada por un instinto de apareamiento que apenas puedes controlar? —Su pregunta me dejó atónita—. Quizá es algo normal para un lobo, pero para un fae, para mí, se siente como un abuso.

Colocó su mano en mi mejilla y, sin dejar de mirarme, se inclinó hacia mí. Sus labios se posaron sobre los míos. Apenas un roce.

Sentí un hormigueo.

Un anhelo.

Despertando. Lentamente.

De un largo letargo.

—¿Sientes eso?

—Pensaba que no podías modificar mis emociones, aquí.

—No puedo hacerlo, *faelan*, pero eso no significa que no puedas sentirme o desearme mientras estamos aquí y que yo pueda sentirlas por el vínculo que existe entre nosotros.

Se separó y tomó mi mano para colocarla sobre su pecho, cubierto por aquella pieza de seda. Su tacto se me antojó tan cálido como suave.

Su corazón latía bajo su pecho. Y sentí algo. Un pulso. Llamándome.

—¿Qué es eso? —le cuestioné, alarmada, pero incapaz de separarme de él.

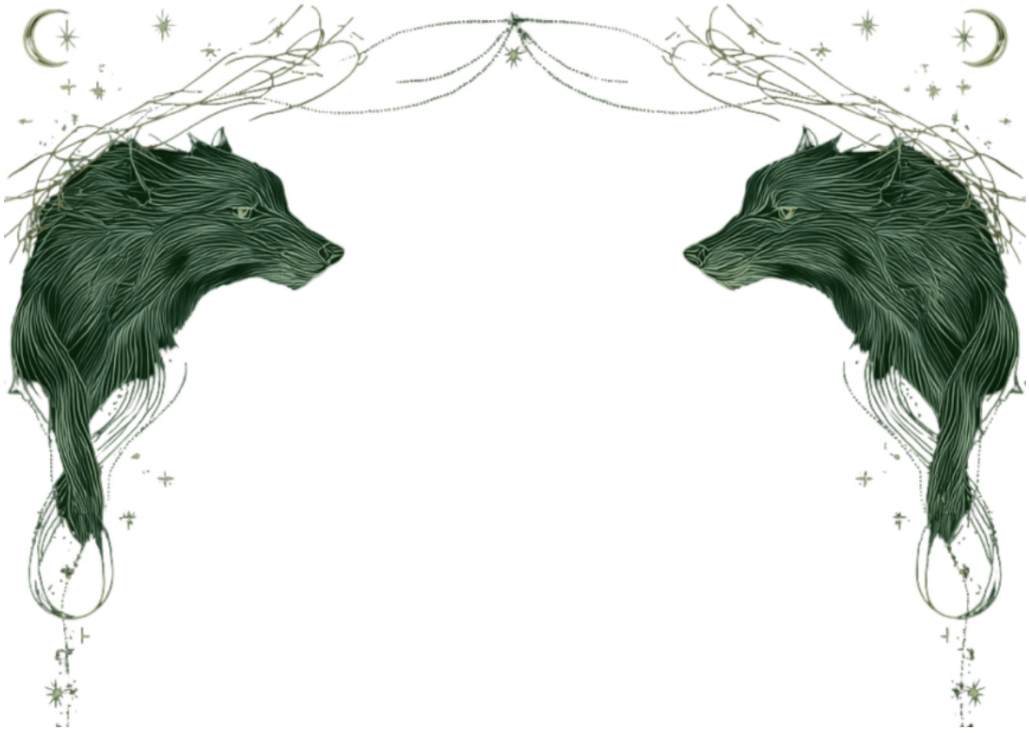
—Tú también deberías poder percibir lo que despiertas en mí. Intenta abrir tu mente. —Cerré los ojos y me dejé arrastrar por los latidos de su corazón. Encontré seguridad en su ritmo, en su cadencia, como si fuera una melodía hecha solo para mí.

—Creo que puedo sentirlo. —Abrí los ojos y él asintió.

—Esto es real. El resto, no sabría decirte. —Hizo una pausa—. Sé que sentías algo por él y que estás dolida. —Ladeó la cabeza, como si estuviera leyendo en mi interior, pero no me importó que lo hiciera—. Aquí podrás sanar, *faelan*, y me gustaría que me

permitieras ayudarte en el proceso. Creo que, si nos permitimos conocernos, el resto fluirá de forma natural entre nosotros, porque, pese a nuestras diferencias, ambos podemos sentirnos. —Hizo una pausa—. Para empezar, creo que deberíamos centrarnos solo en eso.

No sonaba a un solo, sino a un mucho, pero acabé asintiendo.



CAPÍTULO 7

UN PACTO

EN ALGÚN MOMENTO, desperté.

No sabría decir si habían pasado minutos. Horas. O tal vez días.

—¿Cómo te encuentras? —Me sorprendió encontrar a Eryon en la cama, a mi lado.

Vestía una camisola de color oscuro y unos pantalones de cuero negro ajustados. Estaba recostado contra el cabezal y sostenía sobre sus piernas un libro repleto de ilustraciones.

—¿Dónde estamos? —Tal vez no era la pregunta más apropiada, pero por alguna tenía que empezar.

—En territorio fae.

—¡Qué sorpresa! —ironicé, poniendo los ojos en blanco—. ¿No podrías especificar un poco más?

Intenté incorporarme para apoyar mi espalda contra el respaldo; lo hice a costa de maldecir mi maltrecho cuerpo y marearme como si llevara unos cuantos tragos de más, pero, por orgullo, opté por fingir que todo estaba bien.

—Estamos en uno de los puestos de vigía fae, uno que ha pertenecido desde hace mucho a mi familia y que ahora podría decirse que es algo así como mi casa de campo. —Vi que elegía las palabras con cuidado—. Un lugar tranquilo en el que podrás reposar el tiempo que necesites y conocer mi cultura, si te ves con ánimos o interés de hacerlo.

Fruncí el ceño al ver que las marcas que recorrían mi brazo habían desaparecido por completo.

—¿Qué ha pasado?

—¿Acaso las echas de menos? —me cuestionó con una media sonrisa en el rostro al ver que estudiaba mi piel.

A modo de respuesta, arrugué la nariz. Su olor a tormenta seguía allí, pero no sentí esa necesidad física de apretarme contra él. Lo que fuera que había sentido por él durante la fase del celo ahora era solo una mezcla entre incerteza y recelo. Quizá un poco de curiosidad, sí, eso también, no tenía sentido negarlo.

—¿En qué fase estamos?

—La teoría de Lillan funcionó, así que ya no tengo que usar el vínculo para aliviar tu sufrimiento porque eres libre del reclamo de ese lobo. —Asentí, intentando digerir aquello. Era libre. Y estaba viva. Ni tan mal—. Con relación a las marcas, mientras no fluye magia entre nosotros, siendo tan recientes, pueden no ser visibles.

Lo que venía a ser un que, aunque no las viera, no significaba que me hubiera librado de la historia esa de las almas gemelas.

—Entiendo.

—He de advertirte que la mordida del lobo te ha dejado una cicatriz.

Me toqué el cuello y noté unos ligeros relieves donde Riker me había marcado. De forma inconsciente, fui a palpar el sitio en el que Eryon me había mordido, pero él negó con la cabeza.

—Soy un fae, *faelan*, tu cuerpo ha curado la herida que te infligí. —Hizo una pausa en la que me observó atentamente antes de

añadir—: ¿Lamentas que así sea?

¿Me estaba preguntando si lamentaba que fuera un fae? ¿O el hecho de que su mordida no había quedado impresa en mi piel, como sería lo esperable tras el emparejamiento entre dos lobos?

—No. —Me valía para ambas.

Cuanto más lejos de Riker estuviera, mayores eran mis probabilidades de no volverme a cruzar con él. Cuanto menos pensara en el ardor compartido con Eryon, mejor. Había sido cosa del celo. Simple y llanamente. No debería darle más importancia.

Me humedecí los labios y él se apresuró a rellenar un vaso con el líquido ambarino de una jarra que había en la mesita de noche nacarada.

—Bebe, te ayudará a recomponerte. —No le pregunté qué era. Me limité a darle unos pocos sorbos, pequeños, antes de ser consciente de que estaba en lo cierto—. Es posible que tardes unos días en recuperar tus fuerzas, pero cuando te sientas en disposición, me gustaría que hicieras tuyo este lugar.

—¿Quieres decir que puedo moverme por tu casa según me plazca?

—Por supuesto.

Fruncí el ceño. Los faes no mentían. Pero no me atrevía a confiar en él. No tan pronto.

—¿Qué quieres de mí? —Pude sentir que le sorprendía aquella pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Supongamos que soy tu alma gemela. —Quiso interrumpirme, pero levanté una mano para impedirle que lo hiciera—. Entiendo que eso pueda haberte motivado a buscarme, incluso siendo una loba, pero todos tenemos un objetivo. Algo que nos empuja a hacer algo. O a no hacerlo. Yo quería huir, seamos sinceros. ¿Qué ganas tú?

—¿Tan extraño te parece que quiera proteger a la persona que puede hacer que con su mera existencia la mía se sienta menos vacía?

Lo estudié. Su expresión era neutra y era imposible saber en qué estaba pensando. No tenía la certeza de qué parte de lo que sabía sobre los faes era cierto. Y qué parte solo habladurías. En cualquier

caso, no me había pasado desapercibido que no me había contestado. No de una forma apropiada.

—Necesitáis a vuestra alma gemela para tener hijos —se lo solté a bocajarro, pero apenas parpadeó—. Lo que pasó antes, entre nosotros, solo tenía que ver con el celo. No pienso acostarme contigo ni ser el útero que sustente a tu descendencia, si ese es tu objetivo.

Sus ojos brillaron con lo que no podía ser otra cosa que franca diversión.

—La verdad es que es la menor de mis preocupaciones. —Sonrió; solo un poco, pero su rostro aparentó más relajado que el que solía mostrar—. La mayoría de los faes damos por sentado que no encontraremos a nuestra alma gemela, así que no nos planteamos eso de la paternidad ni le damos el mismo valor que los humanos o lobos a perpetuar nuestro linaje. —Hizo una pausa y elevó una ceja, su aspecto parecía, en realidad, mucho menos formal—. Que eso no quiere decir, *faelan*, que, si ese fuera tu deseo, no tendría ningún inconveniente en complacerte; aunque, dadas nuestras circunstancias, ni siquiera sabemos si existe la posibilidad de engendrar algo así como un mestizo mitad fae y mitad lobo.

Quise contestarle algo, pero me quedé con la boca abierta y sin palabras con las que rebatir aquello. No tenía ni la más remota idea de si evolutivamente algo así era posible. Ni siquiera sabía si los faes eran compatibles con los humanos, ¡como para pensar en un cachorro con orejas puntiagudas y mocos con purpurina!

—Vale, ignora lo que te he dicho.

Lo que me dejaba en un punto muerto. Uno en el que él se había arriesgado, un mucho, pero no tenía del todo claro el porqué.

Entendería que su objetivo hubiera sido tener hijos. Era una justificación plausible para secuestrar a una loba, incluso si me había salvado al hacerlo, y no pensaba quejarme al respecto. Quiero decir que, para los lobos, que un alfa tuviera descendencia podía marcar la supervivencia o no de una manada —de ahí que todo lo que tenía con Riker se hubiera ido a la mierda—.

Sutiles brillos blanquecinos revolotearon en sus ojos azules. Parecía divertido con mis teorías.

—Antes de hacerlo, creo que estaría bien establecer unos fundamentos de nuestra actual condición en los que ambos podamos sentirnos cómodos y evitemos posibles malentendidos.

—¿De qué clase?

—He sentido en primera persona la fogosidad sexual que suele atribuirse a los lobos, pero los faes no somos tan carnales, así que, aunque seas mi esposa, prescindir de la parte sexual de nuestra relación, en caso de que te sientas incómoda o te desagrade la idea, no me supondría un problema. —Deslizó la mirada hacia mis labios y yo me encontré sonrojándome como una idiota—. Sin embargo, si algún día desearas compartir lo que somos de una forma puramente física, *faelan,* no me importaría complacerte. Al contrario.

Su mirada se volvió más intensa y vi una emoción contenida en sus ojos. Me mordí el labio inferior y me obligué a respirar mientras un hormigueo me recorría todo el cuerpo. Lo que era una mierda. Porque esa sensación, esa vez, no la podía atribuir al celo.

¿Qué diablos podía contestarle yo a eso?

—Gracias, pero no creo que sea necesario. —Carraspeé y él asintió. No parecía molesto. Ni incómodo. Tal vez, en realidad, le importaban una mierda ese tipo de cosas. Lo que fuera, a mí me encantaría, no sé, esconderme debajo del edredón. Por ejemplo.

—Perfecto, lo tendré en cuenta. —Hizo una pausa—. La sanadora fae que valoró nuestras circunstancias considera que, para facilitar tu recuperación, deberíamos mantenernos lo más cerca posible el uno del otro y que sería útil que te alojaras aquí, conmigo, en mi habitación. —Vi que titubeaba, como si no estuviera muy seguro de aquello—. Entiendo que pueda incomodarte ese tipo de arreglo, pero ya hemos estipulado innecesario un contacto físico que no sea apropiado, así que no deberías preocuparte de que se produzca una aproximación por mi parte.

¿Apropiado? ¿Una aproximación? ¿Mientras dormía en su cama? Como que no.

¿Incomodarme? El corazón me latía con fuerza y más rápido de lo que debería, por no decir que adoraría poseer el don de la invisibilidad o que la tierra me hubiera tragado hacía un rato.

Pero lo peor era lo otro. Cómo había dicho lo de complacerme hacía un poco. Cómo en sus ojos danzaban motas azules y plateadas mientras me observaba. Y cómo yo lo había enviado a la mierda. Que era lo único sensato que podía haber hecho, seamos sinceros, pero no me sentía feliz tampoco por haberlo hecho.

—¿Por qué cree la sanadora que me recuperaré mejor aquí? —le cuestioné.

—Aun inconsciente, era como si pudieras sentirme, ¿sabes? —Sentí que eso le satisfacía, aunque su expresión era hermética—. Te relajas cuando estoy cerca de ti, y tengo la sensación de que te gusta escuchar mi voz. Es la tercera vez que te leo este libro.

—¿Me has estado leyendo…? —Parpadeé—. ¿Qué es eso?

—Un libro de cuentos. Probé con un tratado de urbanismo y otros sobre la manipulación del ébano feérico, pero te aburrían.

—¿Qué es eso?

—Un mineral que comparte algunas propiedades con el berilio y que es muy apreciado entre los faes por sus propiedades.

—Entiendo que no me interesara mucho. —Una media sonrisa iluminó su rostro—. ¿De qué va ese?

—Es un libro de cuentos. —Me lo tendió para que lo observara. Las ilustraciones eran preciosas y sospeché que eran artesanales; era un ejemplar único que no venía de una imprenta, sino que cada dibujo, cada fragmento de texto, había sido hecho a mano.

No identifiqué los grafismos; supuse que los faes tenían su propia escritura, si bien en los tratados utilizaban el lenguaje común.

—Parece antiguo.

—Lo es. —Una pequeña pausa—. Me lo regaló hace mucho una buena amiga.

No osé decir nada más, pero supe que ella ya no estaba.

No sabría decir si en su vida o, tal vez, en el mundo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. —Se giró para mirarme.

—¿Qué se supone que voy a hacer aquí? —Me observó—. Cuando me recupere. No puedo limitarme a no hacer nada, ¿no? —Frunció el ceño, como si no entendiera a qué me refería—. En la manada todos

los lobos tienen una función y eso nos ayuda a sentir que formamos parte del grupo.

—¿Entiendo que ser mi esposa no se consideraría una función? —tanteó y me arrancó una enorme sonrisa.

—No.

—De acuerdo. Si puede ayudarte a que te sientas integrada, te buscaremos una *función*. —Se frotó el mentón y añadió—: ¿Qué solías hacer en la manada?

—Con los Atrum solía pasarme el día con un lobo anciano que intentaba ayudarme a transmutar, pero no tuvo mucho éxito, que digamos. —Y ahí empezó mi hecatombe personal. Me mordí el labio inferior, incómoda por aquel recuerdo—. Antes, en la manada en la que me crie, era algo así como una sirvienta. Ayudaba en la cocina, sobre todo. —Me escuchaba con suma atención, así que me animé a añadir—: Se me dan bien los estudios. Antes de que Riker apareciera en mi vida, me estaba planteando estudiar alguna carrera para integrarme en el mundo humano.

—¿En el mundo humano? Eso no tiene sentido, eres una loba.

—Una *casi* loba, ¿recuerdas? Hace años en el instituto me pusieron el mote de la Sinlobo. —Me observó como si no acertara a entender el problema—. Para un lobo, la habilidad de cambiar de forma es lo que le define. De hecho, si en las manadas no aceptan a los mestizos es porque no son capaces de transmutar.

—Pero tú no eres una mestiza.

—No lo soy, no, pero es… complicado. —Eryon quería entenderme, pero no llegaba a hacerlo—. No sé cómo explicártelo. ¿Existe algún fae que no posea el don de la magia?

—No.

—Pues esa sería yo en el mundo de los lobos.

—Entiendo. Es complejo. —Asentí—. ¿Puedo preguntarte algo?

—¿No es lo que llevamos haciendo desde hace un rato? —puntualicé con una media sonrisa en el rostro. Se sentía fácil, hablar con él.

—Es posible que sea una de tipo personal.

Me tensé.

—¿Más que hablar sobre si vamos a tener relaciones sexuales maritales o no? —mascullé entre dientes.

—No lo sé. —Sus ojos se clavaron en los míos—. ¿Por qué no puedes transformarte en loba?

Suspiré.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta. —Busqué su mirada y encontré en ella el deseo de ver más allá de lo que mostraba a simple vista. Tal vez por eso me animé a seguir—: Me encontraron en un bosque siendo un cachorro, desnutrida. Tal vez eso me afectó de una forma profunda. Martin, el mentor que me asignaron al llegar con los Atrum, tenía la peculiar teoría de que desciendo de un alfa y, para evitar algún tipo de conflicto interno dentro de la manada, me sometió a una orden directa en la que me negó la habilidad de hacerlo.

—¿Es eso posible?

—No lo sé.

—Supongo que no debe haber muchos casos como el tuyo.

—Que sepamos, ninguno. —Eryon asintió.

—Si Lillan está en lo cierto, la capacidad de transmutar vendría condicionada por algún tipo de don mágico. —Ladeó la cabeza y vi cómo se movían las motas de sus ojos a un ritmo frenético, como si estuviera tramando algo—. De lobos, no sé mucho, pero de magia… Tal vez pueda ayudarte.

—¿Tú harías eso?

—Por supuesto.

Lo estudié. ¿Qué ganaba él ayudándome? ¿Por qué se había jugado el cuello para ir a mi encuentro?

—Si fuera una loba completa podría huir más fácilmente —le advertí. Me observó con atención antes de sonreírme.

—Esa posibilidad no me preocupa. No pienso darte motivos para que sientas la necesidad de hacerlo. Esta es tu casa ahora, *faelan*. Hagamos un trato.

—¿Un trato?

—Prometo ayudarte en todo lo que esté en mi mano para que puedas adquirir esa habilidad de la que careces.

—¿Y qué quieres a cambio?

—Que seas sincera conmigo. —Me observó—. No me gustaría que te expusieras a un peligro en un intento de fuga por un motivo cuya existencia ni siquiera conozco. No me parecería justo. Las verdades de los lobos son amargas, pero me gustaría tener la seguridad de que existe la complicidad suficiente entre nosotros como para que compartas conmigo aquello que te preocupe de aquí en adelante. ¿Qué me dices, *faelan*?

—No me parece un mal trato.

—Jamás te ofrecería menos.

—¿Estás seguro de que no intentarán matarme si salgo de esta habitación? —Escuché que reía por lo bajo y me arrancó una amplia sonrisa.

—Te lo aseguro, aunque eso no quiere decir que no vayas a despertar una cierta curiosidad en las personas con las que te cruces. —Vi que levantaba una ceja, como si me advirtiera que aquello era algo inevitable—. Eres libre de moverte por la casa, *faelan.* Aunque, antes de que deambules por los terrenos que la rodean, debería enseñarte a activar tu marca para que cualquier fae con el que te cruces sepa lo que eres para mí.

—¿Bastará eso para que no me maten?

—Tienes el extraño concepto de que los faes somos unos asesinos fríos y despiadados.

—¿No lo sois?

—Creo que se podrían definir muchos matices a esa perspectiva. —Le sonreí, porque eso me sonaba a una de esas verdades a medias que tanto conocía.

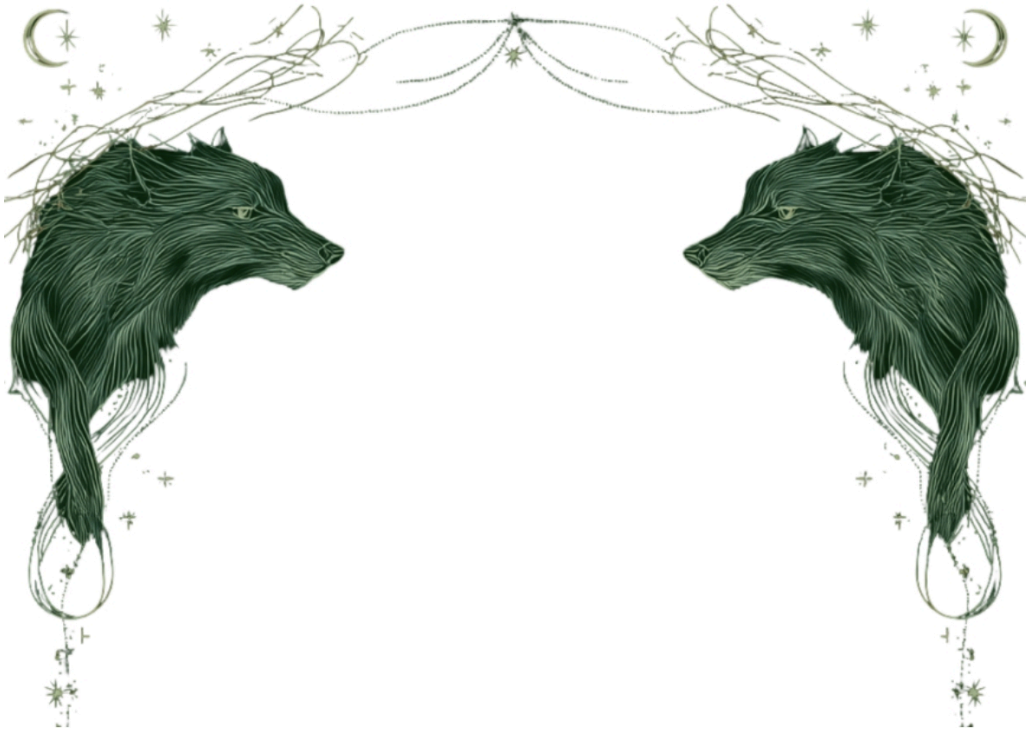
—Me aseguraré de no salir de la casa.

—Estás muy débil, *faelan*, céntrate en recuperarte. Pediré que te preparen algo más consistente para cuando vuelvas a despertarte; espero que tu estómago lo tolere. —Le tendí el libro—. ¿Quieres que vuelva a leerte un rato?

Era algo extraño. Diría que jamás nadie me había leído antes y eso convertía aquello en algo casi íntimo, pero me encontré asintiendo. Ese algo que tenía mucho de mágico brilló en sus ojos azules y, tras curvar de una forma sutil los labios, Eryon abrió el libro.

Me acomodé sobre los cojines y cerré los ojos. Dejé que su voz me acunara mientras me narraba la historia de un niño que encontró un halcón con un ala rota. Apenas fui consciente de cuándo dejé de escuchar su voz. No llegué a saber qué le pasaba a aquel infante fae ni cómo usó la magia que latía en su interior para ayudar al ave. Solo sé que me dormí sintiendo a Eryon. Y estar allí, junto a él, se sentía como si hubiera encontrado mi lugar. Mi casa.

Si es que eso tenía algún sentido.



CAPÍTULO 8

ENTRE CUATRO PAREDES

DURANTE LOS SIGUIENTES DÍAS hice lo que me había pedido Eryon: descansar. No solo porque él me lo hubiera dicho —no soy de las que hacen o dejan de hacer por lo que dicen los otros, tengan o no orejas puntiagudas—, sino porque lo necesitaba.

El cuerpo me lo pedía.

Y decidí escucharlo.

Pasé varios días y noches vagando entre la seminconsciencia y la obnubilación, pasando por ratos cada vez más largos en los que recuperaba la mayor parte de mis facultades y aprovechaba para asearme y comer un poco.

En algún momento de lucidez me planteé que Eryon estuviera usando su magia para sumirme en aquel letargo, pero las marcas de

mi brazo no habían vuelto a hacerse evidentes y, en el fondo, sabía que aquel ir y venir, aquella fatiga extrema que me consumía, se debía al efecto de la mordida de Riker. Él no era un cualquiera, después de todo. Él era un alfa. Y yo, la Sinlobo.

Si bien me sentía un poco prisionera de mi propio cuerpo, y no solo de las cuatro paredes que limitaban aquella habitación, existían lugares mucho peores en los que podría estar.

Mi celda de mármol blanco olía a flores silvestres, a rocío y al rastro que deja tras de sí una tormenta. Una mezcla extraña que tenía matices fascinantes, y que mucho tenía que ver con el hecho de que, cada vez que me despertaba, Eryon estaba a mi lado.

Y, contra todo pronóstico, su compañía me era agradable; quizá por eso de que supuestamente éramos almas gemelas o tal vez por la posibilidad de que hubiéramos forjado un vínculo de compañeros al recrear parte del ritual del reclamo.

Si eso era posible dadas nuestras circunstancias.

Anular el efecto de la mordida de Riker era un bien, pero la posibilidad de que las pocas probabilidades que tenía de descubrir algo de mi pasado se hubieran convertido en poco más que cenizas que se me habían escurrido entre los dedos de las manos me afectaba un poco. Además, estaba eso de que, en lo referente a mi futuro, no tenía la más remota idea de con qué más podía joderme la vida el destino.

Lo que fuera.

Prefería ni pensarlo.

En cualquier caso, esa indiferencia plácida que desprendía me ayudaba a aplacar la rabia y la tristeza que arrastraba.

Por lo de Riker. Podría haberme convertido en luna. Su luna. No es que ansiara un título como ese, ni mucho menos, pero nunca había deseado nada tanto como el hecho de convertirme en su compañera, y estaba también la ilusión de formar parte de algo. Tener una manada. Un lugar dentro de la jerarquía. Uno real.

Aunque me obligaba a no pensar en él, era imposible no hacerlo porque cada dos por tres sentía una quemazón en la cicatriz que lucía en mi cuello. Lo odiaba. Incluso si aún lo amaba. Y eso me cabreaba. No controlar ese instinto que lo reconocía como a mi

pareja predestinada. Lo que sí que podía, al menos, era negarlo. Y no olvidar la traición de la que fui víctima y testigo.

¿Habría cedido si Eryon no hubiera aparecido? ¿Me habría vinculado a Riker? ¿Lo habría mordido? ¿Aun sabiendo lo que él había hecho?

Morder a Eryon tampoco es que hubiera sido la mejor de las ideas, pero entre el celo y esa ansia que me consumía viva, no es que hubiera tenido otra elección.

—¿Qué te apetece que te lea hoy? —Lo observé.

Había instalado un sillón de piel blanca, de aspecto solemne y elegante, al lado de la cama. Solía encontrarlo allí, leyendo, cuando me despertaba, y sospechaba que dormitaba en él, porque no había vuelto a tocar la cama. Su olor apenas se sentía ya en las sábanas de seda que cubrían mi cuerpo.

—El del ala rota —le contesté, acomodándome.

Elevó una ceja, porque ese cuento me lo había leído un montón de veces, pero asintió.

La fragilidad del pobre pajarillo del cuento me llamaba. La sensación de vivir encerrado. En una jaula. Y ansiar volar. Pero no poder hacerlo, porque había nacido con un ala rota, sus huesos retorcidos como lechos de madera.

Con solo un ala, no había pájaro en el mundo que pudiera elevar el vuelo, pero un niño fae se encariñó del animalito y acabó usando su magia para que pudiera volar.

Si Eryon no hubiera aparecido, tal vez habría muerto por la mordida de Riker. Incluso si hubiera acabado aceptando someterme a aquello. A ser *la otra*. Tal vez le habría mordido para convertirme en su compañera, sabiendo que era la única posibilidad que me quedaba si quería sobrevivir a su mordisco. Aunque fuera a odiarlo durante el resto de mi existencia.

La magia fae me había dado una segunda oportunidad, como al parajillo de la historia. En ese sentido, al menos, debía sentirme agradecida de que Eryon hubiera tenido las agallas de meterse en el territorio de los lobos y hubiera llegado justo a tiempo.

—El niño escuchó un piar. Uno que sonaba a llanto.

Me gustaba su voz: era diferente a las que había oído antes. Tenía un timbre melódico y sensual, pero al mismo tiempo era fuerte y desprendía una seguridad que me hacía sentir protegida. Si es que un lobo podía sentirse así con un fae a los pies de la cama, leyéndole cuentos infantiles.

Con todo, no se sentía del todo mal aquello. Quizá había un algo de mágico en su voz, o tal vez era el efecto de esa cadencia armónica que adoptaba a medida que avanzaba la lectura, pero escucharle me relajaba.

—¿En serio podéis hacer que las cosas vuelen?

—No era una cosa, era un pájaro —puntualizó mirándome por encima del grueso tomo.

—Ya me entiendes. —Puse los ojos en blanco. Mi arrogancia no solía molestarle. O, al menos, eso aparentaba. Lo que, siendo un fae, no era una garantía.

¡Con lo fácil que era saber qué terreno pisabas con un lobo o con un humano!

Sostuvo el libro con una sola mano y extendió el brazo. Apreté los labios cuando sentí un hormigueo en el cuerpo. El libro empezó a levitar. Sobre su mano. Mientras los ojos de Eryon me observaban.

Tal vez debería tenerle miedo.

Por eso de que era mi enemigo natural, y tal.

Pero, a ver, llevaba algo así como una semana contándome cuentos. Era difícil verle como un sanguinario monstruo, después de aquello.

—Me lo tomaré como un sí —mascullé entre dientes. Vi que sus ojos brillaban con ese atisbo de diversión y sentí que una corriente de aire removía mi cabello, ya despeinado de base—. ¿Eres tú?

—¿Qué sabes de la magia de los faes?

—No mucho, solo que escuece. —Ahí frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Igual es por eso de que soy una loba, pero se siente como un hormigueo.

—¿Podrías ser un poco más precisa? —Si algo le gustaba a Eryon era ajustarse a las cosas. Excepto si era él quien tenía que hacerlo. En tal caso, jugaba como un cabrón con las evasivas.

—Lo noté aquella primera vez. Cuando toqué un artilugio fae que había en la casa del lobo de los Atrum que me estaba tutorizando.

—¿Qué tipo de artilugio?

—Una esfera de cristal, no sabría decirte mucho más. —Me encogí de hombros, pero le sostuve la mirada. Eran sus ojos los que había visto. Tenía la certeza.

—Un orbe resonante. —Él también lo recordaba. Y eso hizo que me estremeciera. Un poco.

No tenía del todo claro el cómo, pero era cierto que podía sentirle y, aunque no sabía el porqué, al hacerlo se aliviaba el peso de mis desgracias y se hacía un poco más llevadero el sufrimiento que arrastraba.

—Lo que fuera.

En teoría, no había vuelto a usar la transferencia porque, según lo que me había contado, cuando lo hacía las marcas en nuestros brazos se volvían más evidentes; y lo cierto era que habían desaparecido, hasta el punto de cuestionarme si tal vez nunca habían existido en realidad.

No quería confiarme en esa esperanza, tampoco.

—Es posible que se deba a nuestra conexión.

—¿A qué te refieres?

—Desde que conectamos, parte de lo que tú eres forma parte de lo que yo soy, así que supongo que también puede funcionar de forma inversa.

—Si intentaras ser más críptico, creo que no lo conseguirías —le critiqué.

—Los faes podemos percibir la magia y sentirla antes y durante el tiempo en el que la canalizamos. Puede sentirse como un cosquilleo y sospecho que es similar a ese al que haces referencia.

—¿Ahora se supone que puedo percibir la magia?

—No es una mala habilidad, en realidad, no deberías sentirte molesta.

—Lo que me molesta es…

¿Por dónde empezar?

Eryon se limitó a mirarme. Esperando. Como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

—Da igual.

No me presionó; habíamos llegado a ese acuerdo en el que él aceptaba mis silencios, pero yo me comprometía a ser sincera con todo cuanto le decía. Lo que implicaba callarme una gran cantidad de cosas.

Todo bien.

—Cada día tienes mejor aspecto.

—Me siento mejor.

Dos golpes secos en la puerta me hicieron dar un respingo. Sabía que había más faes en la casa, pero ninguno había mostrado el interés ni el valor de pasarse a verme. O tal vez era cosa de Eryon, que se había asegurado de que se mantuvieran al margen. Si era así, no pensaba quejarme.

El fae se levantó con un movimiento elegante y majestuoso, haciendo que la túnica de color azul marino que llevaba ceñida a la cintura con un cinto ondeara a su alrededor. He de admitir que era un hombre digno de admirar. Tenía un algo en su porte. Al margen de que solía vestir ropa elegante, muy diferente a la que estaba acostumbrada, que le daba un toque aristocrático y señorial que evocaba a los cuentos de hadas y a un mundo épico que habíamos dejado en el pasado.

Usaba túnicas que le llegaban hasta las rodillas, abiertas a ambos costados a partir de su cintura, ligeramente entalladas. Lo cierto es que se le ajustaban a la perfección a la amplitud de su espalda y, al mismo tiempo, se ceñían a su torso de una forma fluida, sin evidenciar que le apretara lo más mínimo.

Le había visto túnicas con varias tonalidades diferentes, aunque en general prefería las de colores claros o azules oscuros; algunas tenían cuello mao, pero también tenía otras con vistosas solapas que cubrían parte de su pecho, decoradas con botones y ganchitos. En ocasiones un cinturón las ajustaba a su cintura, en otras las llevaba sueltas, dándole un aspecto más relajado, como si fueran camisolas que usaba para estar por casa.

Debajo de las túnicas utilizaba pantalones de tejidos ligeros o cuero tratado que se adaptaban a la perfección a su cuerpo y eran flexibles para darle una buena libertad de movimiento.

Me había dado cuenta de que le gustaban los tejidos ligeros que, por su aspecto, sospechaba que eran suaves al tacto.

No es que lo hubiera tocado.

Ni que pensara hacerlo.

Sí, nos habíamos besado cuando yo estaba afecta del celo. Pero solo por eso. Aunque no se había sentido del todo mal. Por el celo, claro.

Su aroma me llegó más intenso cuando se inclinó para colocar las patas de la bandeja sobre la cama. Inspiré. Era más el instinto de la loba que mi interés personal, en serio.

—He pedido que nos preparen el café en la galería.

—¿Dónde?

—En mi lugar favorito de esa casa; tendremos que bajar al primer piso.

—¿Qué tiene de especial? —le pregunté mientras destapaba las cúpulas de metal que cubrían los platos.

Había un par de huevos hervidos en uno y, en una sopera, una buena cantidad de crema de verduras. Con todo, me sabría a poco. Lo sabía, pero no quería convertirme en la loba gilipollas que se queja del menú del día como si fuera la ama y señora de la casa.

Lo que me llevaba a pensar que no tenía del todo claro qué posición ocupaba Eryon allí, pero tenía más de señor que de siervo.

Pese a la carencia proteica de la comida fae, tenía que admitir que tenían un buen paladar. Usaban productos frescos, porque aún se apreciaban los matices en el aroma de los diferentes vegetales. Espinacas. Acelgas. Patata. Puerros. Cocinaban bien, pero, para cuando me recuperara, tenía intención de asegurarme un buen pedazo de carne.

Algo jugoso y de color rojo.

Sospechaba que los faes detestaban el rojo. Tal vez su sangre —y su mierda— era en realidad de color verde; tampoco me sorprendería, teniendo en cuenta la cantidad de verdura que tomaban.

Rompí los huevos en pequeños pedacitos y los vertí en la crema, dándole un poco más de sustancia y consistencia.

—Hace tiempo que colecciono cosas; libros, mayoritariamente, pero también otro tipo de objetos faes.

—¿Así que tienes alma de coleccionista?

—Algo así. —Sus ojos brillaron—. Algunos de esos objetos poseen magia fae, antigua, y es como si pudiera sentirse en el aire. Tiene un algo de especial, ese lugar. Creo que te gustará.

—Has conseguido despertar mi curiosidad —confesé.

—¿He de considerar eso un logro? —me cuestionó y le sonreí.

—La verdad es que no, teniendo en cuenta que eres un fae y todo esto me cae grande.

—Bien visto. —Ladeó la cabeza—. Tal vez encontremos en mi biblioteca algún libro sobre lobos y su habilidad de cambiar.

Aquello llamó mi atención. Que estuviera pensando en ayudarme. Me lo había prometido, sí, pero no me había dado un cuándo. Siendo un fae, podía usar ese resquicio para no mover un dedo a mi favor —ni de mi problema— en los próximos cien años. Lo que sería un inconveniente, porque no me sería muy útil si empezaba a investigar para cuando yo ya estuviera bajo tierra.

—Tal vez algún día escriban la historia de la Sinlobo que acabó en territorio fae —le dije a Eryon.

A veces solo me acompañaba mientras comía, pero en otras ocasiones comía plácidamente en su sofá mientras yo lo hacía un poco incorporada en la cama. Como era el caso. Supuse que él ya habría comido hacía un rato. Mientras yo dormía.

—¿Qué crees que dirán? —se interesó.

—No lo sé. Que era rara de cojones, supongo, y que estaba harta de las sopas de acelgas y puerros.

Escuché un rumor; Eryon estaba riéndose. A veces lo hacía, aunque era tan poco habitual como cuando una sonrisa curvaba sus labios de forma evidente. Otra cosa eran las medias tintas. Y sus ojos. En ellos había mucho más de lo que transmitía su rostro.

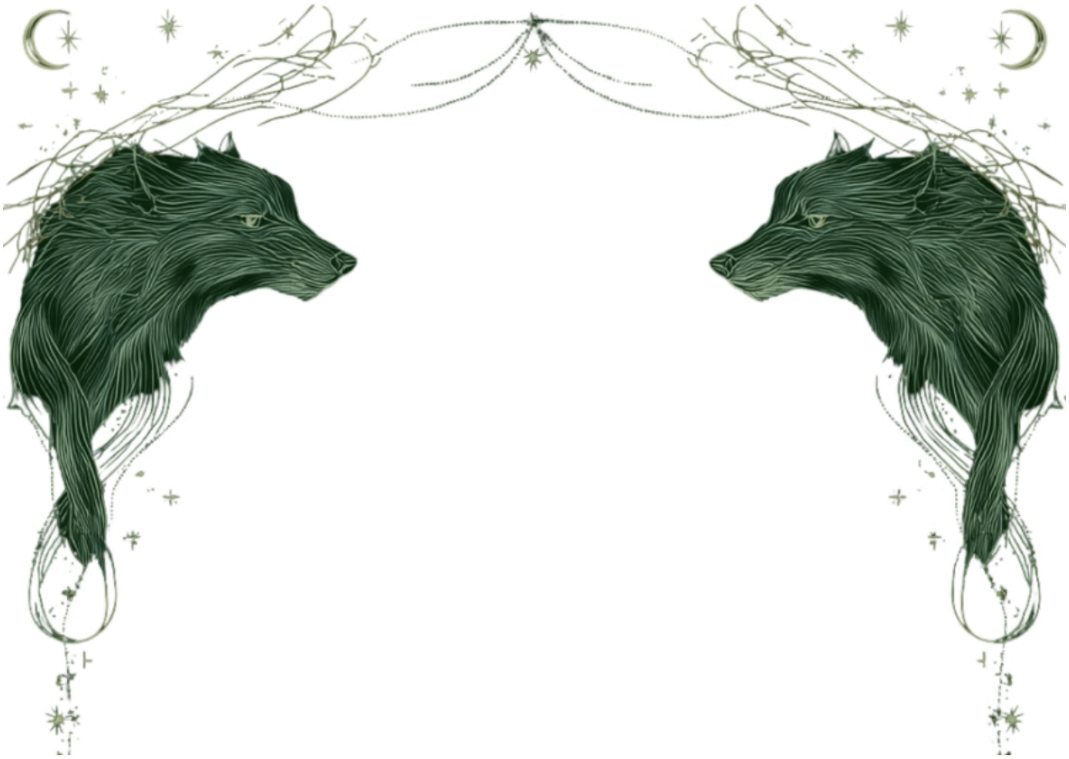
Tras el tiempo que llevaba allí encamada, había llegado a la conclusión de que los faes no eran emocionalmente planos; lo que sí eran unos rancios. Inexpresivos. Fríos. Distantes. Pero no en plan del todo mal. Tenían su punto. Si les dabas un poco de tiempo. Algo

que, cualquier lobo en su sano juicio, no haría. Pero ese era un tema aparte.

—Mucho me temo que tendrás que informar a la cocinera de tus preferencias, en tal caso.

—No te preocupes, en cuanto esté en condiciones me haré mi propia comida. —Si me dejaban, claro, pero no quería pedir permiso. Mejor darlo por sentado.

Tenía intención de volver a ganarme mi autonomía. Toda ella, a ser posible. Incluso si decidía quedarme allí, en territorio fae, por un tiempo. No tanto porque me interesara hacer una inmersión en su cultura, sino más bien porque no tenía otras opciones, siendo realista.



CAPÍTULO 9

EL PRIMER PASO

ME AYUDÓ A LEVANTARME.

Su contacto siempre me producía una mezcla de sensaciones a las que no me atrevía a ponerles nombre. No podría decir si él también lo sentía o no. Nada en su gesto o sus ojos delataba que lo hiciera, en realidad, aunque, en el fondo de mi ser, deseaba que así fuera. Por eso de estar en igualdad de condiciones, sin más. Se suponía que éramos almas gemelas, compañeros, ¿no?

—Cuando te sientas en disposición, me gustaría hacer venir a alguien para prepararte un vestuario a tu gusto, pero por el momento le encargué a la ama de llaves que se ocupara de elegirte algunos conjuntos.

Me guio hacia unos paneles correderos tras los que había una habitación enorme que hacía las funciones de vestidor. Por si la habitación y el baño no fueran lo suficientemente ostentosos, la ropa allí dispuesta me confirmó que Eryon tenía que ser alguien con pasta gansa. O tal vez todos los faes eran así, ricos, sin más.

—¿Todos los faes tienen personal en sus casas? —le cuestioné y él ladeó la cabeza mientras yo entraba en la sala. Sobrecogida por todo lo que había allí dentro.

—Podría decirse que tengo una situación acomodada, dentro de nuestra sociedad.

Había estanterías, cajoneras y barras de las que pendía todo tipo de ropa en todo el perímetro de la habitación y, en una esquina, un enorme espejo de pie que mediría unos dos metros de alto. En el centro de la estancia, se encontraba una isla central, como una tarima acolchada, que supuse que era para sentarse. Como las piernas me flaqueaban, en parte por la impresión y en parte por el cansancio, me decanté por colocar mi lobuno trasero allí.

—¿Acomodada?

Joder, no quería ni pensar cómo eran los tipos ricos, en serio.

Cada pared exponía un tipo de ropa diferente.

El que me quedaba a la izquierda estaba repleto de túnicas y camisolas de aspecto ligero en colores claros; esas eran las que había estado usando a diario durante el tiempo que llevaba allí. Al lado de aquellas piezas había un montón de ropa formal, prendas de aspecto lujoso de todas las variedades de tejidos, muchas de ellas en colores vivos, algunos con bordados, encajes en los puños y plisados.

—Creo que nunca había visto ropa como esta —confesé—. Parece sacada de un museo de la época medieval.

—Más bien renacentista o barroca, aunque podría considerarse que tiene toques victorianos —me contradijo.

—Nunca he sido muy versada en la historia.

—Y, sin embargo, me dijiste que se te daban bien los estudios.

—Los que me interesan —puntualicé; una media sonrisa asomó en su rostro—. Además, lo de la moda nunca ha sido lo mío.

Jamás había visto ropa como aquella y, sin embargo, era imposible no admirar su belleza porque cada pieza parecía una obra de arte única.

—Solemos usar las camisolas o túnicas y, sobre ellas, las sayas o los briales —me contó señalando con el brazo piezas confeccionadas con tejidos más gruesos y rígidos, menos livianos. La mayor parte estaban decoradas con botones heráldicos de nácar o de metal que le conferían un aspecto solemne—. Usamos las casacas, levitas o capas solo de manera ocasional.

—¿Como cuando decides cruzar el Moonwhisper para vagar por la tierra de los lobos?

—Ese sería un buen ejemplo, pero me decantaría por algo menos formal.

Mi mirada se desplazó hacia el último de los módulos del vestidor. Allí, todas las piezas eran oscuras. Camisolas que apenas le debían de llegar a los muslos, hechas en tejidos que aparentaban ser flexibles pero resistentes. Lino, tal vez, aunque mi olfato percibía tantos matices a un tiempo que no podía identificarlos.

Al margen de las camisas, había pantalones de tejidos más regios, con refuerzos en los costados y sobre la localización de las articulaciones. Ropa de entrenamiento. Tal vez de combate. Junto a ellas, había capas y casacas mucho más discretas, hechas para pasar desapercibido entre las sombras.

—¿Y eso? —Señalé con el mentón, sujeta a mis propias sospechas.

—Ropa cómoda.

—Ya, claro, solo eso. —Me miró y sus ojos tintinearon, pero no había señal alguna de que le hubiera molestado mi respuesta. Igual que a mí no me había molestado la suya. A medias verdades sabíamos jugar ambos.

—Y he aquí los vestidos de los que te hablaba.

Separó unas casacas de colores vistosos para mostrar tres vestidos largos deslumbrantes. Uno era verde esmeralda, el otro de un azul intenso que me recordó a los ojos de Eryon, y el tercero de un rojo que me hizo pensar que, después de todo, los faes no odiaban ese color.

—Son preciosos.

—Me alegro de que sean de tu agrado, se lo haré saber. —Parecía satisfecho—. Te dejaré que te los pruebes.

—No puedo ponerme algo así.

Admito que me salió con una mezcla de pito y chillido. Agudo. Y un tanto ridículo. Eryon me miró, confuso.

—Acabas de decir que te gustaban.

—Eso no tiene nada que ver.

—Me confundes, *faelan*.

—Nunca he usado algo tan elegante, creo que no me sentiría cómoda usando algo así. En una fiesta, tal vez, pero…

—Entiendo —me cortó Eryon, como si no le gustara que tuviera que justificarme y me miró de arriba abajo, una expresión pícara asomó en su rostro—. Si he de serte sincero, creo que algo más liviano, como el camisón, te sienta bien.

Me cubrí parte del cuerpo con los brazos. El tejido era sedoso, y en esos momentos se identificaban a la perfección mis pezones erectos.

—Idiota —gruñí por lo bajo antes de levantarme.

Una media sonrisa bailó en sus ojos. Creo que le gustaba más mi versión de loba cabreada que la de la pobre huerfanita.

Me acerqué a la ropa que suponía que solía usar para entrenar. O lo que fuera que hicieran los faes. No me imaginaba a Eryon dando vueltas a un campo, sudando como un cabrón, antes de darse unos cuantos guantazos con otro de sus iguales hasta que uno de los dos acabara en el suelo sangrando.

Se hizo a un lado.

Busqué entre sus camisolas y encontré una de aspecto desgastado, de un tejido un poco más sobrio, con mangas anchas en la zona superior, pero que se me ajustarían bien porque tenía bandas elásticas en los puños. Tras decantarme por aquella pieza, fui directa a la zona en la que había varios pares de pantalones con refuerzos y un aspecto menos elegante.

Busqué uno que tuviera la cintura estrecha, pero incluso siendo de complexión más atlética que no ancha, existía la posibilidad de que me sobraran unos cuantos centímetros y existiera el peligro de

que se me cayeran a medio camino de la galería. Con todo, le mostré a Eryon mi elección.

—¿Cómo lo ves? —Alcé el mentón, dispuesta a enfrentarme a él si decidía negarme el capricho.

—Te vendrá extremadamente grande, *faelan*, pero es posible que estés de lo más graciosa, así que optaré por decir que tu elección me complace. —Me sorprendió con sus palabras y me sonrojé un poco. Se acercó a una de las cajoneras y, tras abrirla, eligió una tira ancha de color negro y la lanzó sobre el montón de ropa—. Dejaré que te cambies. Si quisieras probarte alguna otra cosa, eres libre para hacerlo. Todo lo mío ahora es también tuyo. —Me observó y me sentí un poco cohibida, porque la palabra de un fae es verdad. Lo que implicaba aquella afirmación era tan abrumador como aterrador. Lo que se suponía que él esperaba de mí, de una u otra forma, incluso si aún no tenía del todo claro qué era en concreto—. He pedido que desechen todas las piezas de ropa que contenían botones o bordados de plata para asegurar que no pudiera dañarte o contaminar tu ropa.

—Gracias —susurré, sorprendida por aquella revelación. Eryon inclinó la cabeza antes de salir del vestidor.

Suspiré y me dejé caer al lado de la ropa.

No me había planteado que los faes pudieran usar plata para decorar sus prendas.

Y eso me llevó a recordar la plata líquida, los ataques que los lobos llevaban sufriendo los últimos meses. Me trajo a la mente lo que pasó con Riker. La plata quemándole desde dentro. Se sentían recuerdos tan lejanos… como si los hubiera vivido en otra vida. Una en la que yo lo amaba y me sentía correspondida.

Sopesé la posibilidad de que Eryon supiera o tuviera algo que ver con aquellos incidentes. Se había movido por territorio lobo como si no le supusiera un problema hacerlo. Tal vez no lo era. Quizá no era su primera vez.

Tragué saliva mientras mi corazón se aceleraba.

¿Era Eryon el culpable de aquellos ataques? Y, lo que era más importante, ¿tenía sentido que yo intentara indagar al respecto? Lo que pasara al otro lado del Moonwhisper no debería preocuparme.

¿Qué les debía a los lobos?

Intenté calmar la rabia.

A Riker no le debía nada, no.

Pero había otros lobos que me habían ayudado a lo largo de mi vida. Me habían acogido. Me habían dado su amistad. Incluso siendo lo que yo era. Una paria. Una Sinlobo.

Me ajusté la camisola de Eryon; me caía bastante holgada, pero supuse que podría ser peor. Sujeté los pantalones a mi cadera con el cinturón y opté por darles un par de vueltas al extremo de las perneras para ajustar la longitud de estas a la de mi cuerpo. Era cierto que me venía grande, pero conseguí que quedara todo más o menos en su sitio.

Me observé en el espejo. Aún no había recuperado mi peso y tenía los pómulos ligeramente hundidos, pero me sentí un poco menos enferma y débil. Y un poco más yo.

Hasta entonces, me había traído sin cuidado qué había más allá de la puerta de acceso al dormitorio de Eryon. Mi prioridad había sido recuperarme, pero el problema era que las heridas que no se veían eran las que tardarían más en cicatrizar.

Reconstruir mi maltrecho corazón requeriría más tiempo que el que había tardado en sanar mis heridas, o el que me faltaba para recuperar mi fuerza, pero al menos no me faltaba la determinación de seguir peleando; pese a que los recuerdos aún se me antojaran dolorosos y lacerantes por todo lo que habría podido ser y que, al final, había acabado perdiendo. Los recuerdos me pesaban, pero estaba dispuesta a dejarlos atrás. O, al menos, a intentarlo.

Quería estar bien.

Esperaba que desearlo fuera el primer paso para lograrlo.

Eryon me esperaba junto a uno de los enormes ventanales de la habitación. Para ser criaturas que se suponía que vivían entre las sombras, el hogar de Eryon disponía de una gran luminosidad, lo que hacía de la estancia un lugar agradable y acogedor.

—¿Podrás caminar hasta la galería? —quiso saber, y al ver que elevaba el mentón en un gesto altivo y orgulloso, sus ojos brillaron divertidos—. Déjame ser, al menos, tu punto de apoyo.

Me hubiera negado, pero sentí una brisa que me rodeaba con suavidad, haciendo que los sobrantes de tejido de mi camisola ondearan.

Para cuando fui consciente de aquello, Eryon ya estaba a mi lado. Su brazo expuesto frente a él. Inspiré con fuerza, buscando el valor de aceptarlo.

Coloqué mi mano sobre su antebrazo y él me sorprendió poniendo su mano sobre la mía. La sensación fue extraña. Cálida. Un hormigueo me recorrió de arriba abajo. Magia, me había dicho. Deslicé mis ojos hacia nuestras manos unidas y vi que las marcas empezaban a dibujarse en ellas.

Fue extraña. La forma en la que el trazado se formaba a un tiempo en su piel y en la mía. Cómo los grabados ascendían con colores opuestos, pero los mismos grafismos. Tan diferentes. Y tan iguales al mismo tiempo.

—Me había llegado a plantear que me las había imaginado.

—¿Las marcas de nuestro enlace? —Su pulgar acarició el dorso de mi mano, pero su expresión era neutra, como si aquello ni le hubiera sorprendido ni le sobrecogiera la sensación de proximidad que latía entre nosotros en ese momento—. No es algo que se pueda hacer desaparecer, *faelan*, ni en esta vida ni en el más allá.

—¿Estás usando tu magia en mí ahora? —le cuestioné, deseando que pudiera culparle de esa mezcla de sensaciones que despertaba en mí sentir su cuerpo junto al mío.

—Se manifiestan porque estamos en contacto. —No me pasó por alto que no me había respondido—. En relaciones consolidadas su comportamiento cambia.

—¿En qué sentido?

—Las marcas se vuelven definitivas.

—¿Y cómo se afianza una relación fae? —me interesé mientras salíamos de la habitación.

—Siendo uno, no solo a nivel espiritual, sino también físico. —Carraspeé al escuchar aquello.

—¿Y tú te metías conmigo por lo del celo? —le acusé.

—No entiendo la asociación.

—Será que no la quieres ver, listillo, porque vuestro apareamiento también consta de dos fases. Después de todo, sois tan *primitivos y vulgares* como nosotros —le reté con una amplia sonrisa irradiando en mi rostro. Vi que le divertían mis teorías.

—Yo no he dicho que tú seas primitiva ni vulgar, *faelan*. —Su pulgar continuó trazando círculos sobre mi mano—. Pero vuestros instintos tienen un algo de animal, eso no puedes negármelo. —Quise argumentar algo, pero añadió—: Los faes no nos vemos obligados a desear físicamente a alguien, pero eso no significa que no podamos desearlo. En cualquier caso, nuestra prioridad no es el sexo, ni tener descendencia, como apuntaste al poco de conocernos.

—Admite que era una teoría bastante coherente —indicó con una media sonrisa.

—Por lo que debes de saber de nosotros, supongo que sí.

—¿Y qué tipo de cosas no sé?

—Muchas, supongo, pero tenemos tiempo más que suficiente por delante para que puedas ir descubriéndolas todas y cada una de ellas.

—¿Qué hay de la plata? —Aunque la pregunta le sorprendió, no me pareció que se pusiera a la defensiva—. Se suponía que se había almacenado en contenedores que fueron lanzados en medio del océano.

—La que había en territorio humano, sí.

—¿Así que aquí sigue habiendo plata?

—Las armas que se habían forjado con alineaciones que incluían plata fueron fundidas y se les dio un uso decorativo. En cualquier caso, si nuestra plata hubiera acabado en esos contenedores, no significaría que hubiéramos dejado de tener, *faelan*.

—Eso no tiene mucho sentido.

—Tenemos minas. Algunas de ellas ricas en materiales preciosos, como la plata o el oro, y otras mucho más especiales, casi te diría únicas.

—¿Únicas? ¿Qué las hace especiales?

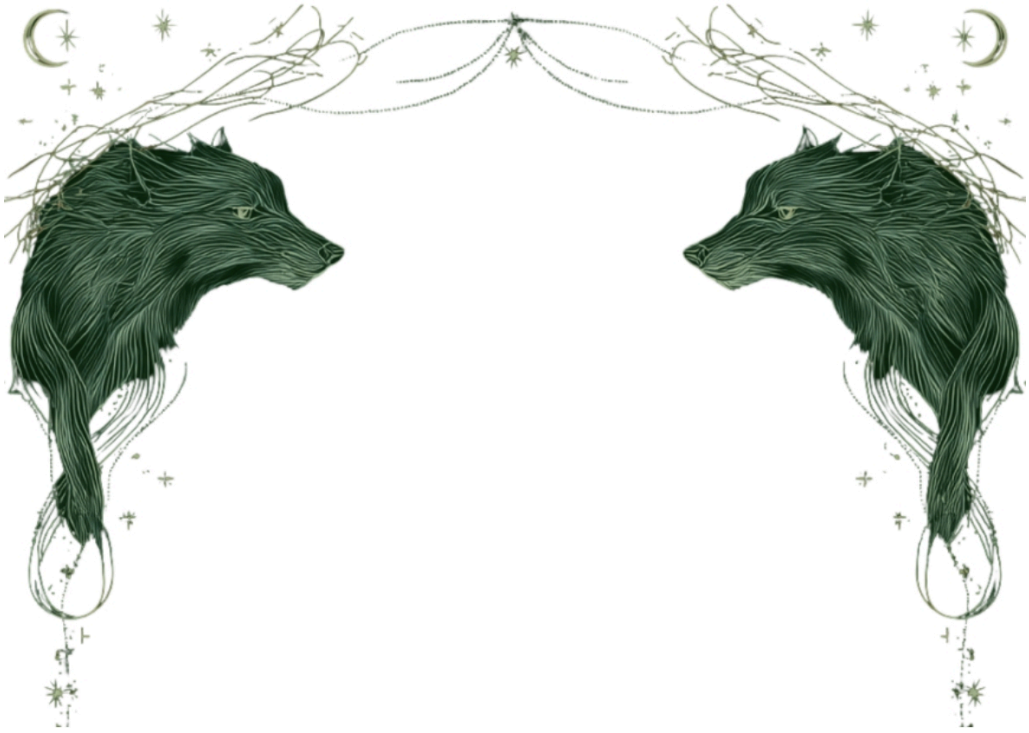
—En ellas hay vetas de materiales de los que no disponéis al otro lado del Moonwhisper, y algunos de ellos poseen propiedades mágicas que potencian nuestras habilidades.

—Nunca había oído hablar de algo así.

—No solemos compartir con extraños nuestros quehaceres.

—¿Y yo qué soy?

—Mi esposa, *faelan*. —Me miró y vi una emoción contenida en sus ojos—. Solo espero que tarde o temprano empieces a familiarizarte con esa idea. —Liberó mi mano de la suya para colocarla sobre mi mejilla antes de, en apenas un susurro, añadir—: Formas parte de mí y, por ende, de todo esto.



CAPÍTULO 10

EL MAUSOLEO

BAJAMOS POR UNAS ESCALERAS majestuosas de mármol blanco. De esas que tienen un mirador central y escaleras que descienden al piso inferior a ambos lados.

Solo había visto algo así en las películas, y siempre me habían parecido flipantes. Al margen de ese punto ostentoso que suponía disfrutar de algo así en una casa. Quiero decir, ¿quién necesita dos escaleras para acceder a un mismo sitio?

Predominaba el mármol blanco, que cubría las paredes, las columnas y las arcadas, pero también el cristal de las elegantes lámparas que pendían del techo y los ventanales que permitían que abundante luz entrara por doquier.

El distribuidor de la planta baja tenía dos puertas enormes a ambos lados, una de las cuales estaba abierta de par en par y daba a un comedor de aspecto elegante y lujoso. En la parte de enfrente había una puerta doble forjada en un metal que podría ser hierro, pero también plata. Joder. Sabiendo que los faes usaban aquel material, ahora cualquier cosa brillante de color gris me daba grima.

—El acceso al exterior. —Señaló con el mentón las puertas de metal.

Me pregunté si lo hizo para demostrarme que no era una prisionera en aquel lugar. Elevé el mentón y no percibí el olor característico de la plata, pero sí del acero y de algo más a lo que no supe ponerle nombre. Tal vez uno de esos minerales mágicos que Eryon había insinuado que había en su tierra.

—El comedor, imagino.

—El principal, sí, pero disponemos de otro un poco más íntimo. —Hizo una pausa, como si dudara—. Si quieres puedo mostrarte toda la casa, pero no sé si es un poco excesivo para tu primera excursión fuera de nuestros aposentos.

Ese «nuestros» me sentó como una patada en el estómago. La verdad impresa en esa palabreja.

—Para la próxima, entonces.

El techo del recibidor era altísimo, porque abarcaba hasta el segundo piso, aunque una enorme lámpara con gemas blanquecinas y cristales caía de forma majestuosa en el centro de aquel espacio.

—En el primer piso hay cinco habitaciones para invitados, además de nuestras estancias —me contó mientras abría las dobles hojas de la puerta que se encontraba debajo del balcón del primer piso que había sobre las escaleras—. En esta zona están el comedor y el salón principal, pero donde suelo pasar la mayor parte de horas es en esta ala, que es donde hay una pequeña estancia que sirve tanto de comedor como de sala y, además, la galería.

Nos adentramos por un pasillo con dos puertas. Elevé el mentón, percibiendo el olor a comida.

—¿La cocina? —Miré hacia la que estaba a la derecha.

—Tenéis un buen olfato, en realidad.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Lo era. —Abrió la otra puerta y encontré un espacio hermoso, con grandes ventanales.

No llamaría pequeño a aquel espacio. Si hubiera visto la habitación en la que había crecido, quizá hubiera considerado que era poco más que una caja de zapatos, teniendo en cuenta la tendencia a la majestuosidad de las viviendas faes.

A un lado había una hermosa chimenea de mármol y cristal de roca; me imaginé cómo debería de verse un fuego allí, reflejándose en aquellas piedras preciosas. Cálido. Íntimo. Acogedor.

Rodeando la chimenea se encontraban varios sillones, con cojines y mantas de colores beis, además de una mesita ovalada de cristal, baja, en la que había un centro con flores secas. Al otro lado de la estancia había una mesa alargada para unas ocho personas. La madera tenía nudos y su aspecto era irregular, como si hubieran decidido aceptar sus imperfecciones pese a la inestabilidad que podían ocasionar en algunas zonas. Las sillas que la rodeaban eran de madera y tenían el respaldo de mimbre, con un complicado entrelazado que formaba el patrón de un árbol. El árbol de la vida. Ese que está lleno de raíces, pero también de ramas. Un símbolo que al menos conocía.

Seguimos avanzando por el pasillo en dirección a la última puerta. Parecía incómodo. No. La palabra exacta era «nervioso». Aquel lugar era importante para él, y yo me sentía como una intrusa. Podía ser mi marido, pero éramos dos perfectos desconocidos. Si estuviera en mi mundo, ni siquiera le hubiera presentado aún a Emma. Ni a Re.

Pensar en ellos hizo que un dolor sordo me atravesara, como un picotazo. Apreté los labios y sentí la presencia de Eryon. Su brazo rodeó mi cintura.

—¿Estás bien? ¿Necesitas sentarte? —me cuestionó.

—Lo estoy. Solo estaba recordando.

—Podría borrar parte de esos recuerdos, si con el tiempo siguen haciéndote tanto daño —lo dijo en apenas un susurro y sentí su aliento en mi piel.

—No, estos no eran de los malos. Solo dos amigos a los que supongo que no volveré a ver.

—Es poco probable. —Lo que tienen los faes es que no te llenan la cabeza con falsas esperanzas, por muy dolorosa que sea la verdad.

—Lo sé. —Me encogí de hombros—. ¿Podrías hacerlo? ¿Borrar parte de mis recuerdos?

—Podría, sí.

Un poder así sonaba aterrador. La capacidad de anular parte de mi pasado. De mi historia.

—En este caso, prefiero mil veces que su recuerdo me duela que olvidar que tuve la suerte de haberlos conocido.

—Buenos amigos, en tal caso. —Ese brillo en sus ojos era tan extraño como hipnótico. Me fascinaba, lo admito.

Tampoco tiene sentido negar que a veces le sentía de una forma que no era del todo apropiada. Compartíamos un algo. La magia que latía entre dos almas gemelas, un vínculo de compañeros, tal vez.

Me costaba creer sus verdades, pero tampoco tenía motivos para no hacerlo. Al fin y al cabo, había cruzado el Moonwhisper para ir a mi encuentro; y estaba eso de que los faes no mienten, aunque digan verdades a medias.

Que eso no significaba que confiara en él.

Una es estúpida, pero no tan gilipollas como para tropezar dos veces con la misma piedra. Quiero decir que había sufrido eso de pensar que alguien me amaba tanto como para desafiar el mundo por mí; había acabado bajando mis barreras porque era mi pareja predestinada. Y bien no nos había ido. Aun siendo dos lobos. Que la diosa Luna me perdonara, pero en serio, ¡la había cagado de mala manera!

Si los faes creían en algún tipo de dios, o de diosa, que les pidiera explicaciones a ellos por eso de que le hubieran dado un alma gemela con sangre de lobo. A mí que me dejaran al margen de todo aquello. Había dejado de creer en los finales felices, aunque me era imposible no creer en el amor. Hay instintos que no puedes aplacar, por mucho que desees hacerlo.

—Los mejores.

—¿Algún día me hablarás de ellos?

—Emma estaba en la manada en la que me crie —le conté—. Ella decía que éramos casi hermanas. Se emparejó con uno de los betas de los Atrum.

Eryon ladeó la cabeza y me observó.

—La loba que estaba en aquella casa. —Asentí, no tenía sentido negarlo, incluso si me sorprendió que hubiera llegado a esa conclusión con el poco tiempo que pudo llegar a verla y que era imposible evidenciar nuestra amistad por el estado en el que estaba cuando me encontró.

—Ella intentó pararlo, pero era su alfa. —Alcé la mirada para fijarla en la de Eryon; tal vez él no podría entenderlo, pero me sentí obligada a justificar a Emma y explicarle cómo funciona nuestra mierda de jerarquía—. Un lobo no puede negarse a una orden directa de un alfa.

—¿De ahí que tu tutor creyera que un alfa bloqueó tu habilidad de cambiar con una orden suya?

He de admitir que lo que no tenía de efusivo lo suplía con su capacidad de atención. Asentí.

—Mi otro amigo, Re, era un mestizo. Es. —Tragué saliva. Se sentía como si hubieran muerto. Al menos para mí. Y dolía. Su pérdida.

Nos habíamos quedado frente a la puerta que daba a la galería y, aunque sabía que para él mostrarme aquel lugar era importante, ahora no parecía tener prisa en hacerlo. Supuse que no acostumbraba a abrirme a él y la novedad le había pillado de improviso.

—Me contaste que los mestizos no pueden vivir entre lobos, en las manadas.

—No lo hacen. Re estudiaba conmigo. La mayoría de los lobos va a centros privados, dentro de las reservas, pero los recursos de la manada que me acogió no eran muchos y, al ser huérfana, mi única opción para estudiar era ir a un lugar público. Son instituciones en las que estudian humanos, mestizos y algunos lobos que descienden de omegas de bajo rango.

—Una mezcla un tanto peculiar.

—No voy a negártelo. —Me encogí de hombros, pero el movimiento hizo que fuera aún más consciente del brazo con el que Eryon seguía sujetándome—. El padre de Re es un Sangre de Ámbar, que es una de las manadas más importantes del norte. No es que se preocupara por él, ni nada de eso, de hecho, ni siquiera sabe quién es, pero Re ha heredado los ojos ambarinos de esos lobos. —No tenía claro por qué le estaba contando todo aquello. Quizá porque necesitaba recordarle y hablar de él me ayudaba a hacer que volvieran a cobrar vida sus recuerdos.

—Los recuerdo.

Su respuesta implicaba que había cruzado el Moonwhisper otras veces. Sentí otra vez ese hormigueo. Mala cosa. ¿Tenía Eryon algo que ver con los incidentes de plata líquida que habían matado a varias patrullas de lobos? Aún no tenía claro si quería saberlo.

—¿No querías llevarme a tu mausoleo? —Intenté usar un tono bromista, incluso si me sentía incómoda. Tal vez las manos de Eryon estaban teñidas de sangre de lobo. Y eso, joder, era difícil de ser ignorado.

—Cierto, *faelan*.

Dimos los últimos pasos que nos separaban de la puerta y la abrió antes de hacerse a un lado.

Entré y lo primero que me llamó la atención fue que aquel espacio era enorme. Pero enorme en plan imposible. Quiero decir que, para empezar, tendría unos tres pisos. Caminé hasta ubicarme en el centro de una habitación circular que impresionaba. Sobre mí, varios balcones rodeaban una abertura central en la que flotaban infinidad de esferas luminosas, como si cientos —o tal vez miles— de estrellas hubieran sido envueltas en una fina capa de cristal. Mi mente no acertaba a entender aquello. Ese lugar.

Las marcas de mi piel se hicieron más evidentes, pero estaba junto al marco de la puerta, observándome, y no se sentía como que Eryon estuviera usando su magia en mí.

Su boca formaba una línea recta y su cuerpo estaba tenso. Sus ojos. Su mirada era cristalina. Preciosa.

—Ahora no me estás tocando —le dije mientras elevaba el brazo y sentía un hormigueo cálido recorrerlo.

—Este lugar vive de mi magia, de lo que soy, y, por lo que tú eres, también lo reconoce. —No acerté a comprenderle—. Mi magia lo hace. Te está envolviendo. Por lo visto, este sitio ahora también es tuyo, *faelan*.

—¿Y eso qué significa?

—Que podrás entrar siempre que lo desees. —Me regaló una de esas medias sonrisas suyas—. Quizá no es algo que te impresione, pero lo cierto es que hasta ahora nadie podía entrar aquí si no es conmigo.

—¿En serio?

—Suelo refugiarme aquí cuando no quiero que no me molesten.

—Así que, además de coleccionista, tienes un algo de fae huraño —bromeé mientras Eryon acortaba la distancia entre nosotros.

—Te gusta. —Era una afirmación solemne. Importante. Así que decidí tomarme un tiempo antes de contestarle.

Había estanterías repletas de libros en los pisos superiores y, en el que estábamos, mostradores con objetos diversos, sillones distribuidos de una forma que casi parecía azarosa y una gran mesa que, por los papeles dispersos sobre ella, supuse que Eryon usaba a modo de escritorio.

La magia podía sentirse. En la piel.

Observé aquellas diminutas esferas.

Era como si tuvieran vida propia.

Tan perfectas.

Tan hermosas.

Eryon siseó algo, elevó una mano, y una de las esferas descendió para apoyarse en su palma. Me la acercó para que pudiera observarla.

Las pupilas se me dilataron.

¡No era luz lo que habitaba en su interior!

—Es increíble —susurré. Un diminuto rayo palpitaba dentro de aquel recipiente, golpeando sus paredes, de forma violenta. Me tomé mi tiempo observando el poder zigzagueante que contenía aquel cristal—. ¿Cómo?

—La magia de los faes tiene un origen elemental: tierra, fuego, agua y aire. —Sentía sus ojos sobre mí, pero yo no podía apartar los

míos de aquel objeto—. Algunos faes tenemos habilidades evolucionadas, podría decirse. Poderes que combinan esos elementos y crean algo más grande. Como es el caso de generar rayos.

Elevé la mirada.

—La noche que viniste a por mí. La tormenta. —Recordé el agua. La bruma. Los rayos surcando el cielo. Azules. Como sus ojos. Él asintió. Su olor formaba parte de lo que él era. De su poder. De la magia que latía en su interior—. ¿Por qué?

—La naturaleza forma parte de los faes, así que no contemplamos una vida sin ella; tal vez fue una casualidad, tal vez el destino, pero nací una noche de tormenta y desde niño poseo su poder. Un atributo atípico, incluso para un fae. —Hizo una pausa y sentí que algo vibraba entre nosotros—. Aquella noche pude sentir tu dolor. Tu sufrimiento. —Su mirada se volvió más intensa—. Supe que algo andaba mal, *faelan*, y sentí una mezcla de rabia y miedo. Podemos aparentar ser seres impasibles, pero te aseguro que no lo somos. No cuando algo, o alguien, nos importa.

Nos quedamos en silencio. Observándonos. Solo eso. Durante un tiempo que se dilató. Y no nos importó que lo hiciera.

Una media sonrisa volvió a iluminar su rostro. Había algo en esa habitación que hacía que pudiera sentir a Eryon. A flor de piel.

—Este lugar se siente como si fuera tu lugar seguro.

—Lo es. —Ladeó la cabeza—. ¿Estás esperando a que me dé la espalda para empezar a husmear por todos lados?

—¿La verdad?

—Siempre.

—Sí. —Escuché que reía por lo bajo mientras las motas plateadas y blanquecinas de sus ojos bailaban.

—¿No crees que sería más productivo si tu marido resolviera todas y cada una de las dudas que te puedan ir surgiendo a medida que explores?

—¿Y si me lo muestras tú directamente? —le propuse.

—No sabría por dónde empezar… —Hizo una pausa mientras deslizaba la mirada por las vitrinas—. Ven.

La esfera de cristal volvió a elevarse y se unió a las que flotaban por todas partes, iluminando el lugar. Me tendió la mano. Y la acepté. Ignoré las mariposas que se instalaron en mi estómago al hacerlo.

Nos acercamos a una estantería. En ella había una bola de cristal idéntica a la que había en casa de Martin.

—Eso me suena.

—Empezó a brillar con tal fuerza que era imposible no percatarse de que se había activado.

—¿Cómo funciona? —quise saber.

—La pregunta más adecuada sería «¿Qué es?».

—Me recuerdas a mi profesor de Historia de Licantropía —mascullé.

—Un gran profesor, en tal caso. —Puse los ojos en blanco mientras sentía más que no veía la diversión de Eryon—. Los orbes de resonancia se suelen usar a modo de comunicadores, de ahí que muchos los llamen transductores, entre otros nombres.

—¿Comunicadores?

—Mediante magia pueden activarse para conectar con otro orbe.

—¿Como un teléfono?

—No soy un experto en vuestra tecnología, pero no depende de direcciones o números. Es la voluntad la que los mueve, podría decirse.

—¿La voluntad?

—La magia es algo complejo. Depende de una intención, una fuente de energía y un canal. La intención es la voluntad, el pensamiento, el deseo de lo que quieres hacer. —Esperé a que continuara—. La energía puede extraerse de lo que somos, pero también de todo lo que nos rodea. La capacidad de tomar y dirigir esa energía determina en gran medida la habilidad y el poder mágico que puede llegar a ostentar un fae.

—¿Así que no toda la magia es vuestra?

—La magia no es más que una energía que fluye a nuestro alrededor y, sí, también, en nuestro interior. De ahí que pueda encontrarle un sentido a la teoría de Lillan de que la capacidad de transmutar de un lobo tenga un algo de mágico.

—¿Qué hay del canalizador?

—Ese es el momento en que un fae convierte esa energía en algo nuevo, diferente. Algo sencillo, primario, suele ser instintivo, pero la magia más elaborada requiere de conocimientos que solo se pueden adquirir mediante el estudio.

Añadiríamos «erudito» al listado de cosas frikis de Eryon. No era, ni de lejos, la peor.

—Según eso, ¿cómo podría yo convertirme en loba?

—En primer lugar, necesitamos la intención, la voluntad de que lo hagas.

—Créeme que llevo años deseándolo.

—Tal vez el problema radique en la fuente de energía o en cómo canalizarla.

Observé la esfera de cristal frente a mí. El orbe.

—Martin me dijo que jamás había notado nada extraño en el orbe, que tal vez yo tenía una sensibilidad especial.

—La tienes. El orbe es capaz de potenciar un mensaje. Incluso sin saberlo, al tocarlo, estabas pensando en mí. De una u otra manera.

—Ni de coña —negué, tras soltar una carcajada—. Ni siquiera te conocía. Créeme que no entraba en la lista de mis prioridades acabar casada con un fae.

—Me complace cuando admites lo que somos, *faelan*. —Una media sonrisa apareció en su rostro. Le hubiera soltado un «vete a la mierda», pero se me adelantó—: Antes te he advertido que lo importante no era la función, sino que era… ¿recuerdas?

—Cuéntame. —Me estaba arriesgando a que me soltara un discurso soporífero, pero no podía negar que todo aquello, su mundo, despertara una cierta curiosidad en mí

—Los orbes nos permiten conectar con otras personas, sí, pero lo que hacen en realidad es amplificar las vibraciones de la persona que lo toca. Podemos dirigir esa intención para comunicarnos con personas concretas, sí, pero no habiendo intención, ¿qué crees que haría un instrumento con ese tipo de magia?

—Liarla. —No consiguió evitar que se le curvaran los labios.

—Resonar más allá de lo que somos. Amplificar nuestra esencia. Y mostrarnos al que es nuestro igual. —Me observó al decir aquella

última palabra, como si quisiera hacerme entender que él creía aquello. Que nuestras diferencias no importaban.

—Entiendo.

—Quedan apenas unos pocos, en realidad, y son objetos muy preciados. Aquel día, cuando vi que brillaba con tanta fuerza, lo supe. Que la persona que estaba usándolo me estaba buscando.

—No lo hacía. —Le observé—. Y dudo que tú quisieras encontrar al otro lado a una loba.

—Dudo que nadie se plantee algo así —se defendió usando un tono ligero—. Lo que sí puedo asegurarte es que cuando toqué mi orbe y pude verte, sentirte, supe que movería cielo y tierra para encontrarte.

—¿Cuándo supiste que era una loba?

—Supe que no eras fae aquella noche en la que nuestras mentes se encontraron. —Sentí que el aire me acariciaba con delicadeza el rostro—. Ningún fae en su sano juicio usaría ese tipo de ropa y, además, estaba lo de tus orejas.

—Estaba enfadada. Dolida. No tenía ni la más remota idea de que aquello tendría consecuencias.

—¿Te arrepientes?

Me había pedido la verdad. Lo miré.

—No lo sé. Supongo que aún es pronto para contestarte a algo así. Sigo viva, algo que sin tu interferencia supongo que no hubiera pasado. Libre de Riker, que no es un mal plan, teniendo en cuenta cómo se giró todo. Sin embargo, ahora estoy en un mundo muy diferente al que he crecido, en el que no sé si podré encajar.

—No has dicho nada sobre mí.

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé. ¿Que me sientes?

Le sostuve la mirada.

—Sabes que lo hago.

—¿Y lo sabes tú? —Percibí cómo el aire me rodeaba. Cálido. Familiar. El olor de la tormenta, del poder de Eryon, podía sentirse allí a flor de piel. Acortó la distancia entre nosotros. Sin dejar de mirarme.

Podría haberlo evitado.

Podría haberme alejado de él.

Pero me limité a esperar.

Se inclinó y sus labios se posaron sobre los míos.

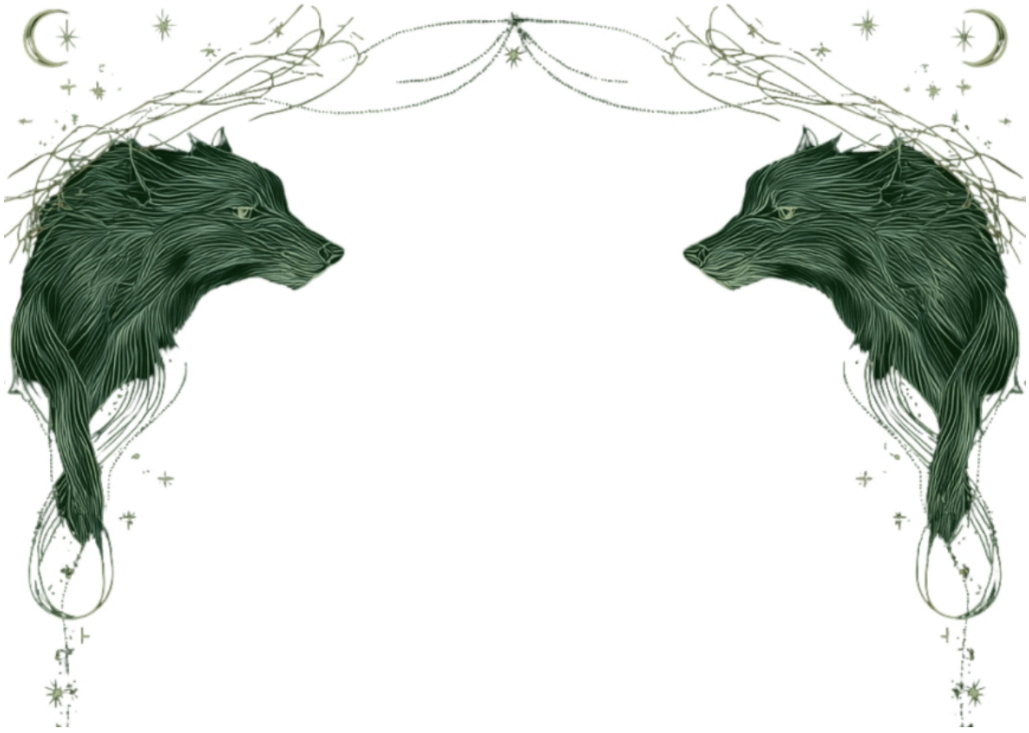
Me estremecí y cerré los ojos.

Sentí las manos de Eryon acunar con suavidad mi rostro mientras empezaba a besarme. Lentamente, con suavidad, haciendo que las emociones, la atracción y el deseo despertaran, poco a poco, como si llevaran un tiempo aletargadas, pero con la llegada del buen tiempo quisieran florecer de nuevo.

Intensificó el beso. Un poco. Lo justo para que mis piernas empezaran a temblar y se me acelerara el corazón.

Se separó de mí. Con la misma delicadeza con la que se había aproximado.

—Yo no me arrepiento. Al contrario. Me siento afortunado, *faelan*, de haberte encontrado.



CAPÍTULO 11

RELIQUIAS

APENAS FUI CAPAZ DE TRAGAR SALIVA. Su olor. Era tan perfecto. Destilaba poder. Y una mezcla que solo podía ser deseo. Y percibirlo me inquietaba. Porque despertaba en mí emociones poco apropiadas. No quería desearle. No quería volver a enamorarme. Ni confiar en alguien hasta el punto de que su traición pudiera llegar a matarme desde dentro.

¿Qué posibilidades había de que una Sinlobo pudiera establecerse y tener un final feliz con un fae? Ninguna. No debía perder de vista esa realidad.

—Ven, quiero enseñarte una reliquia que lleva varias generaciones en mi familia.

Deslizó su mano hasta encontrar la mía. Entrelazó sus dedos con los míos y tiró de mí con suavidad. Nos acercamos a una vitrina en la que había expuesto algo largo y afilado que me hizo pensar en una daga. Era hermosa. Si un arma puede ser descrita de esa forma.

El mango no tenía guarda y era de un material totalmente negro. En su filo, que parecía de cristal, destacaban unos grabados.

—Lenguaje fae, supongo —murmuré.

—Es una lengua en desuso a nivel coloquial, en realidad, pero sigue estando presente en todo lo referente a nuestra historia o nuestra magia —asintió—. A este tipo de dagas solemos llamarlas agujas, por su filo afilado y estrecho.

Me gustó ese nombre, describía a la perfección su aspecto. El filo emitió suaves destellos que me parecieron fascinantes. Me tomé un tiempo antes de preguntarle:

—¿Por qué brilla?

—Yssey es un arma mágica, un arma vinculada. —Pasó la mano sobre el cristal que la protegía y la intensidad de los brillos aumentó.

—¿Qué significa eso?

—Que responde a la llamada de su dueño. —Un pequeño silencio, reverencial—. El mango está hecho de ébano feérico y el filo de hielo encantado. ¿Has oído hablar de ellos?

—No.

—El ébano feérico es un metal que se extrae solo en lugares que, tiempo atrás, fueron yacimientos, cementerios, de dragones.

—¿Dragones? —Eryon asintió.

Vale, eso me venía de nuevo. ¿Habían existido los dragones? En mi vida había escuchado algo así.

—¿Tanto te extraña?

—La verdad es que sí.

—Piensa en los dinosaurios y la utilidad que les han sacado a sus residuos, al petróleo, los humanos.

—Ahí me has dado, pero los dinosaurios salen en los libros de historia, los dragones, no.

—Será en los vuestros, aunque recuerdo que la historia no era tu fuerte, ¿tal vez te saltaste alguna que otra parte del temario?

—Cuando te pones en plan gracioso, eres insoportable.

—Pensaba que los faes éramos unos estirados. ¿Qué fue lo que me dijiste? Algo así como que parecía que tuviera un palo en el culo. —Me sonrojé un poco. ¿Le había dicho algo así a Eryon en algún momento? No lo recordaba, pero era bastante probable.

—A mi favor diré que no disponía de todas mis facultades.

—Me lo tomaré como un atenuante. —Se estaba divirtiendo. Podía sentirlo—. En cualquier caso, los dinosaurios existieron. Los dragones, también. Hace tanto que ni siquiera los faes los recordamos, pero sí respetamos y veneramos el poder que ostentaron, así que usamos sus restos, lo que en nuestra tierra se conoce como ébano feérico, para fabricar objetos únicos.

Observé el mango de aquella daga. Me recordó a las finas escamas que cubrían el cuerpo de Eryon la noche que vino a por mí. Recordé la sensación de calor que emitían. Tal vez era la magia de Eryon. Latiendo en ellas.

—¿Armaduras?

—También, sí; es un material ligero, altamente resistente a los impactos, capaz de resistir condiciones extremas y, además, puede potenciar nuestra magia, aunque pocos son tan afortunados como para disponer de la cantidad suficiente como para fabricar una.

—Tu amigo. Miles.

—Correcto.

—La cota que llevabas esa noche se sentía caliente.

—Cierto.

—Pues los dos únicos faes que conozco disponen de esas piezas en teoría tan exclusivas. —Alcé una ceja hacia él y vi que mis pesquisas le causaban más diversión que preocupación.

—En lo referente al filo, está fabricado en hielo encantado. —Me sonrió—. Si el ébano feérico es un bien preciado, el hielo encantado es el anhelo de todo gran alquimista fae.

El cabrón había desviado mi atención. Ambos lo sabíamos.

—¿Por qué?

—Está hecho de magia, incluso si es sólido a un tiempo. Es hielo, pero quema, y es tan duro que es capaz de atravesar cualquier superficie, armadura o, incluso, barreras mágicas.

—Es impresionante. —Bostecé. El cansancio empezaba a hacer mella en mí.

—¿Quieres que tomemos café aquí o prefieres que te lleve a nuestra habitación para descansar un rato?

—Me gusta este sitio… —Dejé que mi mente vagara por las estanterías repletas de libros y objetos que parecían tan misteriosos como fascinantes, pero era innegable que mis fuerzas flaqueaban.

—Cuando te sientas mejor deberías aprender nuestro lenguaje para leer algunos de los tomos que hay en nuestra biblioteca, *faelan*. Vas a tener que leer mucho para ponerte al día, me temo. —No sonrió, pero me tomé aquello como una broma; Eryon tenía su sentido del humor, aunque creo que ni él lo sabía.

—Pensaba que me los leerías tú.

—Me parece que no te desagrada que lo haga. Leerte.

—Tal vez.

—Tu rostro te delata, *faelan*, siempre sé qué piensas, sin necesidad de usar el vínculo o tantear tu mente.

—Intenta tantearla que, si me entero, te juro que te haré la vida imposible.

—Sé que es una amenaza vaga. Estás sonriendo.

Hice un mohín.

—Eres insoportable.

—¿Consideras que es un rasgo propio de mi persona o algo atribuible a mi especie?

—No conozco a muchos faes con los que compararte.

—Eso podríamos solucionarlo.

—No es necesario. Con uno sacándome de quicio, créeme que me basto —mascullé entre dientes.

—Tal vez Miles. Es un viejo amigo. Alguien de confianza.

—Me cuesta pensar en un par de faes compartiendo cervezas, la verdad.

—Somos más de hidromiel o licores afrutados, pero en ocasiones los compartimos.

—Solo por curiosidad, ¿qué hacéis los faes?

—¿A qué te refieres?

—No sé… ¿trabajáis? ¿En qué ocupáis vuestro tiempo libre?

—Me contaste que los lobos teníais funciones dentro de la manada. Supongo que no es muy diferente a nuestra sociedad. Cada fae tiene unas habilidades innatas y unos intereses o ambiciones particulares. —Hizo una pausa en la que presentí que estaba intentando poner un cierto orden a muchas cosas que le rondaban por la cabeza—. Eso y el destino acaba llevándote a un estamento.

—¿Un estamento?

—¿Gremio? —cuestionó y asentí—. Artesanos, sanadores, escribas, guerreros, alquimistas, herreros, recolectores, cocineros… podría seguir enumerándolos, pero supongo que ya te haces a la idea.

—No es tan diferente, en realidad. Me pregunto… —Bostecé y solo entonces fui consciente de que apenas era capaz de mantener los párpados abiertos.

—Tendrás tiempo para descubrir todos los secretos que oculta, *faelan*, pero aún es pronto, supongo. —No pude protestar. Vino a mi encuentro y me alzó entre sus brazos. Me encontré encajada allí, contra su pecho. De nuevo.

No se suponía que tuviéramos ese nivel de confianza. Debería estar protestando. Exigiéndole que me dejara en el suelo. Reclamando mi capacidad de sostenerme por mis propios medios. Pero, en vez de hacerlo, cerré los ojos y aspiré su olor.

Me gustaba sentirle. Y, por lo visto, también que me besara. Lo que solo hacía complicarlo todo aún más.

Me desperté en el mismo lugar de siempre, en esa cama enorme de sábanas sedosas. La luz de primera hora de la mañana se colaba por los ventanales. Me encontré buscando a Eryon en su sillón, pero estaba vacío.

Se me hizo un nudo en el estómago. No era la primera vez que me hallaba sola al despertar. Ni tampoco la primera en que sentía que su ausencia me pesaba. Cuando no debería hacerlo.

Quería pensar que se trataba de mi instinto de supervivencia y no de algo más profundo y emocional, porque era incapaz de asumir el hecho de que me importara un fae al que apenas conocía.

Vínculos y predestinación mediante, los contras superaban con creces a los pros.

—Idiota —murmuré entre dientes mientras me obligaba a levantarme.

Llevaba la camisola de Eryon y los pantalones que cogí prestados de su armario. Quizá no era la cosa más higiénica del mundo, pero no pensaba quitármelos, por mucho que los camisones de satén y seda natural se sintieran como una segunda piel. Mejor un poco de realismo. Un recuerdo de qué y quién era.

Salí de la cama y me sentí mejor.

Más fuerte.

Más vital.

Por primera vez en… no tenía del todo claro cuánto tiempo.

Fui al baño para asearme. Me costaba acostumbrarme a esa carencia absoluta de algo tan básico como la electricidad. Coloqué el tapón en lo que sería el lavamanos, un cuenco de mármol blanco sobre el que había un grifo y que disponía de un desagüe. Así el mango de la bomba de agua y, tras un par de comprensiones, el agua empezó a caer como si de una suave cascada se tratara en la palangana. Hundí las dos manos en un agua tan cristalina como gélida para lavarme la cara y después pasé los dedos por mi cabello, ligeramente enmarañado.

Observé mi aspecto en el espejo que había sobre el lavamanos. Habían desaparecido las ojeras grises, que habían decidido ser mis fieles compañeras en los últimos tiempos, y mis labios volvían a tener un color más sonrojado y menos pálido.

Giré el cuello para observar la marca de los dientes de Riker. Un escozor. Supuse que siempre estaría allí. El recordatorio de todo lo que había pasado. Me encontré girando el cuello para observar en el espejo el lateral en el que Eryon me había marcado.

No había rastro alguno de su mordida.

¿Éramos en realidad compañeros?

No tenía la más remota idea. Lo que sí era innegable es que existía esa atracción latiendo entre nosotros, desde el primer día. Cuando se infiltró en mi mente, entre mis sueños, y acabé buscando consuelo entre sus brazos.

—El inicio del fin —murmuré observándome de nuevo en el cristal.

No tenía claro si me arrepentía o no de lo que había pasado aquella noche. Había sido sincera con Eryon. Tal vez con el tiempo encontraría una respuesta apropiada a esa pregunta. Quizá nunca podría llegar a responderle.

Quería pensar que si ansiaba su compañía era porque los lobos éramos, por definición, criaturas sociales. Era normal que buscáramos el contacto con otros seres vivos. En ese sentido, llevaba por lo menos un par de semanas allí encerrada, entre esas cuatro paredes, con Eryon como única compañía. Además, estaba eso de que, si a él le pasaba algo, dudaba de que el resto de sus congéneres fueran a ser muy permisivos con mi presencia en su territorio.

Me gustara o no, Eryon y yo ahora formábamos parte de algo así como una misma manada. Más o menos. Una formada por solo dos personas. Una Sinlobo. Y un fae. Si no nos apoyábamos el uno al otro, con nuestros pros y nuestros contras, acabaríamos siendo poco más que carnada. O, al menos, yo.

Escuché una puerta abrirse. Unos pasos. No podía percibir su olor, pero supe que era él. Por ese sexto sentido mío. Era duro aceptarlo, pero incluso cuando estaba inconsciente, presa de aquella niebla que anulaba mi lucidez, era capaz de sentirle. Sabía que estaba allí, sentado en su sillón, vigilándome en mis momentos de debilidad. Lo que debería haberme sido algo incómodo, pero su presencia me aliviaba. Tal vez por su capacidad de transferirse parte de mi malestar. Quizá porque su proximidad se sentía como un bálsamo.

La apatía templada de Eryon me reconfortaba. No en un sentido romántico, pese a que a veces no podía negar ese atractivo un tanto exótico suyo y cómo su olor despertaba los instintos de la loba que yacía en mi interior. Después de tanto tiempo estando apagada, silente, bien podría seguir calladita un poco más y no condicionarme a sentir ese tipo de emociones cuando ese fae en concreto andaba cerca.

No me sorprendió encontrarlo junto a los ventanales de la habitación. A Eryon le gustaba observar el mundo que había fuera:

los bosques de tupido follaje de un verde intenso con las montañas del norte durante el día y el cielo estrellado a la noche.

En alguna ocasión había colocado un par de sillones allí y me había instado a apreciar la belleza del lugar. El silencio. Él solía mantenerse a una cierta distancia, admirando el exterior. Pero también a mí.

Creo que le gustaba aquello.

Que yo formara parte de su mundo.

Si es que eso tenía algún sentido.

—Buenos días, *faelan*. —Inclinó la cabeza hacia mí—. Por lo visto, llevo posponiendo demasiado algunos temas que tengo pendientes y debería solucionarlos más pronto que tarde, así que hoy me ausentaré unas horas.

—Claro. —Evité el contacto visual. No quería que pudiera sospechar que estar todo el día sola me apetecía una mierda.

—Cada día estás más recuperada, *faelan*. —Me sonrió—. Puedo sentirlo.

—Lo que sea, creo que ya ha pasado —admití.

Debería estar más que satisfecha: me había sobrepuesto a la mordida de un alfa. Con bastante ayuda por parte de Eryon, pero me negaba a no atribuirme parte del logro. Era una Sinlobo, pero tenía mi orgullo.

—Me alegro de escucharte decir eso. —Se giró para observarme—. He pensado que, durante mi ausencia, tal vez querrías estar acompañada y, quizá, explorar un poco.

Ahí captó mi atención.

—¿Acompañada? ¿Explorar? —Parpadeé, confundida.

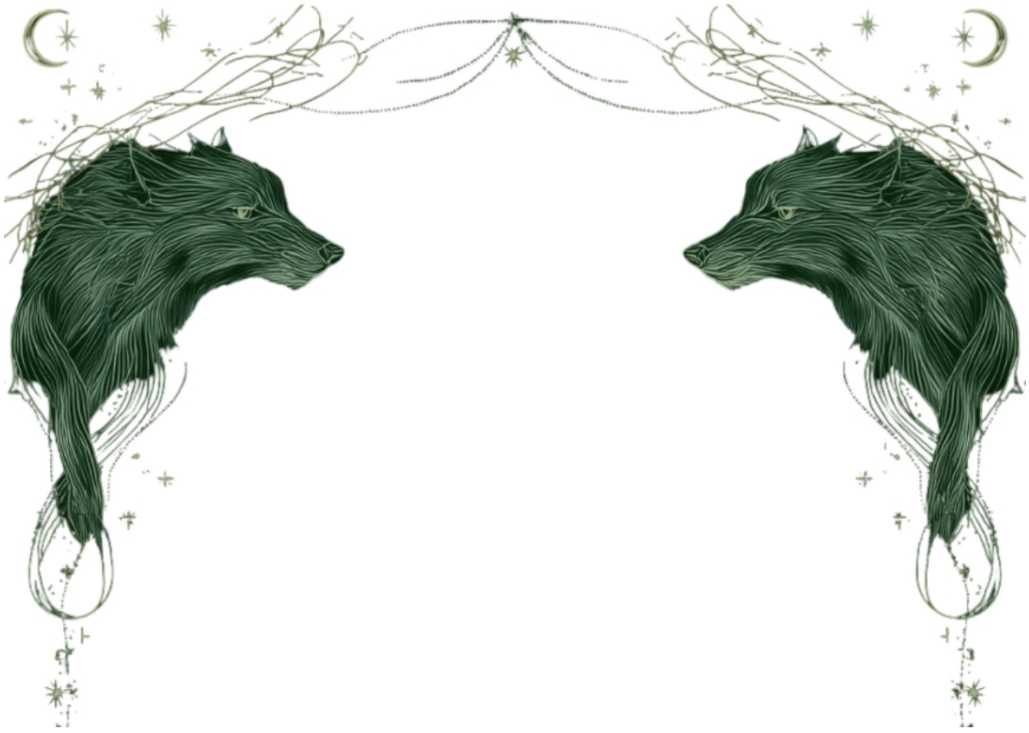
—Le he dado instrucciones a una buena amiga; si te sientes dispuesta a salir, ella te acompañará.

—¿Quién es ella? —Me salió un tono algo amargo. La loba no se sentía dichosa con aquello. Somos criaturas territoriales. Especialmente con nuestras parejas. Por su comportamiento, sospechaba que consideraba a Eryon como si fuera suyo.

Dos golpes en la puerta, que se abrió sin esperar a que nadie le animara a hacerlo. Me giré para observar a la mujer. A la fae.

Sentí el deseo de mostrarle los colmillos.

Era demasiado perfecta.



CAPÍTULO 12

UNA VIEJA AMIGA

SU BELLEZA ERA INIGUALABLE.

Tenía el cabello de un dorado repleto de mil matices y lo llevaba trenzado a ambos lados de la cabeza de una manera tan exquisita como perfecta. Detrás de su cuello, las trenzas creaban una coleta alta de la que caían mechones ondulados de forma graciosa.

Sus ojos eran de un azul tan claro que casi parecían grises; en ellos se encontraba una mirada inteligente, curiosa, pero no demasiado amigable. Su rostro era ovalado, sus orejas picudas y sus cejas definían dos líneas que no parecían darme la bienvenida. Le asqueaba mi presencia allí tanto como a mí la suya. En eso, al menos, estábamos en tablas.

Elevé el mentón mientras la contemplaba, ignorando los instintos de la loba que me instaba a gruñirle, pero negándome a que aquella fae me menospreciara por lo que era. Una loba. Más o menos.

—Astrid. —Eryon la animó a acercarse.

Era esbelta y llevaba un vestido gris de gasa que se le abría a ambos lados con cada paso que daba, mostrando unas hermosas piernas largas y bien definidas.

—Así que es *ella*. —Ladeó la cabeza mientras me observaba.

—Rubis, te presento a Astrid. Ella velará por ti durante mi ausencia.

Estaba jodida, porque esa fae lo que quería velar era mi entierro, pero Eryon parecía no ser consciente de la tensión que pendía entre nosotras.

Ya había pasado por aquello.

Me vino a la memoria el recuerdo de Amaral. Aquella primera vez que nos cruzamos en el baño durante la fiesta de los alfas. Antes de que se convirtiera en la esposa de Riker. Y decidiera joderme la vida, como si el hecho de que mi pareja predestinada hubiera desposado a otra no fuera lo suficientemente doloroso por sí solo.

—Un placer. —Le sostuve la mirada, sin importarme que pudiera sentir en la boca el sabor de mi mentira. Si ella podía percibirla o no me importaba una mierda.

—Deberías irte, Eryon, ya deben de estar impacientándose. —Su voz era suave, casi diría dulce, aunque no había emoción alguna en sus palabras. Me odiaba. Tenía la certeza.

—Lo que sea que necesites, Astrid se ocupará. —Vi que titubeaba y me negué a respirar durante unos segundos. No podía retenerlo allí eternamente. Era un fae. Uno que debía tener una vida antes de que yo interrumpiera en ella.

—Estaré bien —le aseguré. Siempre podía optar por encerrarme en la habitación o en la galería de Eryon. ¿Podría entrar allí si él no me acompañaba? ¿Me reconocería su magia y me permitiría el acceso como él había asegurado? Y, lo que era más importante, ¿ella tendría las mismas licencias que yo o no podría cruzar el umbral? Me imaginé haciéndole muecas desde dentro mientras a ella le estaba vetado entrar dentro.

Era una idea tentadora.

Pero existía la posibilidad de que las mismas deferencias que Eryon había tenido conmigo las hubiera tenido con ella antes. Que conociera la galería. Y hubiera pasado allí largas tardes interminables. Tal vez incluso habrían compartido allí un sórdido romance.

Bueno, siendo un par de faes, sórdido tal vez no, pero en mi mente un montón de preguntas se entrelazaban de forma peligrosa. Y digo peligrosa, porque no debería estar haciéndomelas.

Ni importarme cualesquiera que fueran las respuestas.

—Lo sé. —Me miró—. Si necesitas algo, solo házmelo saber.

—¿Cómo?

—Usa nuestro vínculo para llamarme.

Claro, como si pudiera hacerlo porque era la cosa más intuitiva del mundo. Apreté los labios, pero me negué a mostrar lo inútil que me sentía y lo grande que me venía todo aquello.

¿A quién quería engañar?

Los faes crecían rodeados de magia. Para ellos la magia básica era algo intuitivo, como para un niño empezar a gatear. O un lobo trasmutar. Uno que no fuera yo, claro. Mejor no darle muchas vueltas. Porque era en plan apaga y vámonos. Gracias.

—No será necesario, cuidaré de tu mascota. —Eryon elevó una ceja—. Esposa, quería decir *esposa*.

—Siempre podría quedarme —le advirtió a la fae, que hizo algo parecido a una mueca y murmuró algo por lo bajo. ¿Renegaban los faes? Porque juraría que eso era justo lo que estaba haciendo.

—Tú mismo; Kierdan acabará presentándose aquí si no das la cara pronto. —Se sostuvieron la mirada y finalmente fue ella la que acabó cediendo—: Vete. Es solo que tardaré un tiempo en acostumbrarme.

—Tampoco está siendo fácil para ella.

—De acuerdo. Me comportaré.

—Sabes que no le confiaría su seguridad a nadie más.

—Odio cuando me coaccionas a base de alabanzas. Sabes que me gustan demasiado. Aunque eso no significa que te haya perdonado.

Eryon me miró unos segundos antes de desviar de nuevo la vista hacia la fae. Las sombras le rodearon y desapareció, dejándome el sabor amargo de que su última mirada hubiera sido para ella. ¿Por qué diablos aquello me molestaba tanto?

—Bueno, loba, ¿qué desea Su Excelencia hacer? —me preguntó mientras se movía por la habitación como si fuera la dueña y señora de esta.

Sospeché que había estado allí en otras ocasiones.

Tal vez había sido la amante de Eryon.

O aún lo era.

Joder.

Si se trataba de eso, igual la tenía con Eryon esa noche. Quizá los faes no tienen sangre en las venas, pero los lobos sí, y en un arrebato de celos, o de rabia, podemos sacar nuestra peor versión. Que no éramos nada, sí, pero él se jartaba de soltarme el discursito de que éramos almas gemelas y la gente falsa me carga.

Astrid se sentó en el sillón frente al ventanal con gracia felina. Sus movimientos eran los propios de una bailarina; su vestido ondeó a su alrededor y, tras sentarse, sus largas piernas quedaron expuestas. Desde esa posición me estudió.

No dejé que notara mi incomodidad ni cómo me afectaba verla allí, contaminando el que había sentido como mi refugio. Mío y de Eryon.

Uno que ahora estaba compartiendo con otra hembra, una que me apreciaba algo así como una mierda. Además, estaba esa incerteza. ¿Qué era lo que la fae no tenía intención de perdonarle a Eryon? ¿Que me hubiera tomado como esposa? ¿Que la hubiera dejado de lado al descubrir que tenía un alma gemela?

Si había sido su amante, decía muy poco de la capacidad empática de Eryon. Que se suponía que los faes no tenían de eso, pero hasta un idiota entendería que dejar a dos hembras que apuestan por un mismo macho juntas es una mala idea. Una pésima. Aunque yo no pretendía involucrarme con Eryon emocionalmente. Ni física. Tal vez los faes eran tan fríos que no les molestaban ese tipo de cosas. Bien. Supongo. A mí tampoco debería afectarme de esa manera. Ni un poco.

—Esperaba que fueras, no sé, más… —Dejó la frase suspendida en el aire.

—¿Más qué? —la reté.

—Más grande. Más fuerte. No sé… más loba. —Frunció el ceño. No estaba segura de si pretendía insultarme. O solo estaba haciendo una aseveración. Siendo una fae, las dos opciones eran igual de plausibles.

—Me gusta romper los cánones de la gente con prejuicios.

—Pues vas a tener mucho trabajo, si decides quedarte aquí.

Lo dijo como si tuviera la posibilidad de hacer otra cosa. Quizá no conocía mi historia. Tal vez solo quería mostrarme una salida para que me alejara de Eryon y poder disponer de él para ella sola.

—Tampoco tengo nada mejor que hacer —afirmé. Ladeó la cabeza mientras me observaba.

—Curioso. Supongo que sabes que este no es tu sitio.

—Eso no es lo que piensa Eryon —le contesté alzando el mentón en un gesto orgulloso. Era poco probable, pero, si intentaba atacarme, tal vez dispondría del tiempo suficiente para arrancarle una de esas trenzas antes de que me tumbara con su magia.

—Es posible que se deba a la novedad, al fin y al cabo, apenas llevas unas semanas en su casa.

Era una idiota.

—Veremos. —Ni siquiera estaba segura de si en realidad quería quedarme allí, pero no pensaba compartir mis inquietudes con ella.

—Supongo. ¿Qué te apetece hacer?

—¿Qué quieres decir?

—Espero que no pretendas que nos quedemos aquí todo el día.

—¿Te molestaría? —Observó la estancia.

—Estoy segura de que Eryon y tú podéis encontrar actividades con las que matar las horas aquí dentro. —Se centró en mi persona—. Por lo que he oído, apenas habéis abandonado sus aposentos, pero no cuentes conmigo para eso.

Parpadeé, confundida. ¿Estaba insinuando lo que creía?

—Mira, está claro que no nos gustamos la una a la otra. Incluso siendo una fae, se te nota. No hace falta que hagamos nada juntas, en realidad. Puedo cuidarme sola.

—Déjame que lo dude. —La odié por su comentario, pero en su mirada no había rabia. Ni odio. Solo indiferencia—. Le he dado mi palabra; así que, antes de que intentes hacerme cambiar de opinión, será mejor que te advierta de que no servirá de nada.

—No quieres estar aquí.

—Tengo otras cosas mejores que hacer, sí, eso no voy a negártelo.

—Por qué has aceptado, ¿en tal caso?

—Tal vez sentía un algo de curiosidad, o, quizá, no tenía la posibilidad de negarme. —Sus ojos me estudiaron y vi que sus hombros se encogían de forma sutil—. Así que dime, loba, ¿qué te apetece hacer?

Su mirada me recordó el filo de una daga. Mortal, hermosa y reluciente.

—Primero, comer algo. Luego, tal vez, me gustaría ver los alrededores. —La fae asintió—. ¿Dónde estamos exactamente?

—¿Qué sabes del territorio a este lado del Moonwhisper?

—Nada, en realidad. Nuestros mapas suelen cubrir el territorio fae con bruma.

—La que usamos para ocultarnos. —Una media sonrisa iluminó su rostro y su mirada—. Funciona, en tal caso.

—Supongo que sí.

—No estamos muy lejos de la frontera, en realidad. Este es uno de los puestos de vigía. —Elevé una ceja y ella se levantó al tiempo que seguía hablando—: Hay siete, en total. Algunos están abandonados, otros siguen en activo. Rodean lo que sería el núcleo vital de nuestro pueblo, protegiéndole de posibles ataques o invasiones.

—Eryon me trajo a caballo, tras cruzar el río. —La fae asintió y empezó a caminar hacia la puerta. La seguí.

—Me dijo que estabas indispuesta y que traerte a través de las sombras te debilitó.

—Algo así.

—¿Qué hay de eso? —Señaló con el mentón la marca de Riker en mi cuello.

—Una historia que no me apetece revivir ni contar. —La fae me observó, pero asintió y me sorprendió que respetara mi voluntad.

—Para ser una loba, ¿no eres un poco pequeña? ¿Qué edad tienes?

—Dieciocho, tal vez más. —Me encogí de hombros mientras salíamos al amplio pasillo que daba al balcón que se abría al piso inferior, ese con las dos escaleras de mármol que descendían de forma majestuosa a sus lados—. Sufrí malnutrición severa durante mis primeros meses de vida.

—¿No cuidan los alfas de los más débiles de la manada? —Me observó, y creo que su tono era crítico. Aunque su expresión era tan anodina que tampoco estaba segura.

—Lo hacen. Me encontraron en un bosque, abandonada dentro de un capazo, cuando tendría unos pocos meses, tal vez algo más.

—¿Eso es habitual en tu mundo? —me cuestionó y no supe leer en su mirada celeste.

—No, no lo es. Tampoco que un cachorro, o un lobo adulto, carezca de manada. Mi tamaño es la menor de mis rarezas, en realidad.

Me observó.

—Tenía entendido que los lobos solitarios son inestables y que solo los alfas pueden liberarse de sus vínculos para con los suyos.

Para ser una fae, sabía mucho de lobos. Quizá todos ellos lo hacían y solo los que vivíamos al oeste del Moonwhisper andábamos ciegos sobre nuestros escurridizos vecinos.

—Algo así.

—¿En qué situación te deja eso?

—No sabría decirte. —Y si lo supiera tampoco se lo contaría, pero ese era un tema aparte.

—¿Eres consciente de hasta qué punto las cosas han cambiado? —La solemnidad con la que me preguntó aquello me impactó. Un poco, al menos.

—Sé que no estoy muerta y eso me parece un primer paso. El resto, ya lo iré descubriendo sobre la marcha.

Llegamos al margen superior de las escaleras.

—No sé si suena a conformismo o a un algo mucho más grande.

—Tómatelo como quieras. No me preocupa.

Bajamos por la escalinata de mármol con vetas en tonos grises. Las enormes vitrinas permitían que el lugar estuviera bañado en luz dorada.

—Al otro lado, se dice que los faes vivís entre las sombras —le dije a mi acompañante.

—Todo depende de las preferencias personales del fae en cuestión. —La miré. Su ropa era vaporosa, ligera, de un color claro con matices celestes, a juego con sus ojos.

Acepté su respuesta. No había tampoco dos lobos iguales, después de todo.

Di un respingo al ver una sombra moviéndose en el piso inferior. Había una fae vestida con una túnica elegante de color gris oscuro, a juego con su cabello, que se quedó quieta al final de la escalera, las manos cruzadas sobre su estómago en una actitud respetuosa. Inclinó la cabeza mientras descendíamos.

—Señora.

Me sorprendió aquello, pero no tardé en dilucidar que su actitud tenía mucho más que ver con la fae que me acompañaba que no con mi mísera vida de lobo.

—Saldremos a dar un paseo y luego desayunaremos algo.

—Por supuesto. Me ocuparé de que quede todo dispuesto.

Fui consciente de tres cosas.

En primer lugar, que la conocían y que no era la primera vez que Astrid vagaba a su antojo por aquella casa. Mis sospechas respecto a su actitud señorial no eran infundadas. Mis ganas de arrancarle una trenza, tampoco.

En segundo lugar, que, aunque digan eso de que «el orden de los factores no altera el producto», tenía la certeza de que Astrid había cambiado el orden de nuestros quehaceres para demostrarme que disponía del poder y de la autoridad para hacerlo y, además, joderme un poco. Estaba segura de que ese era un aliciente extra.

Y, en tercer lugar, estaba algo que era hasta cierto punto preocupante. Había un algo reverencial, una mezcla de respeto que tenía matices de miedo, en cómo la miraba la anciana fae. Tal vez

Astrid era más cínica y despiadada que el resto de los faes. Lo que era poner el listón bien alto.

Ninguno de esos tres puntos jugaba a mi favor.

«Gracias, Eryon, en serio, por meterme en semejante berenjenal».

—¿Todo bien?

Me sobresalté. Intenté que la fae no se diera cuenta. ¿Era Eryon?

—No hagas eso.

—Pensabas en mí.

No sé si me sorprendió más el hecho de que pudiera hablarme telepáticamente o que pudiera escucharme a mí.

—Y en tus ancestros, pero no en el buen sentido. —Ojalá pudiera percibir mi tono descontento—. *No te metas en mi cabeza.*

—Lamento haberlo hecho, faelan, es solo que he sentido que me llamabas.

—La próxima vez, ignórame.

—Me sería imposible. —Me arrancó una media sonrisa al tiempo que llegábamos al final de la escalera—. *Tal vez debamos trabajar tus barreras mentales para que puedas disfrutar de un poco de intimidad.*

—Estaría bien, sí.

—Lo añadiremos a tus tareas pendientes, faelan.

Lo de tareas sonaba como el culo, pero no protesté al respecto. O al menos no intenté enviarle telepáticamente una queja formal. Si lo hice, no podía tenérmelo en cuenta. No tenía la más mínima idea de cómo funcionaba aquello.

Sin embargo, sí sentí que aquella conexión entre nosotros desaparecía y el calor en las marcas de mi brazo se desvanecía al tiempo que Astrid se acercaba a las puertas de metal del recibidor.

Las puertas se abrieron de forma fluida, de par en par, dándome la posibilidad de ver por primera vez, de forma directa, lo que había en el exterior, pero lo que más me alarmó fue que no había llegado a tocarlas.

—¡Joder! —Me puse a la defensiva al sentir su magia, incluso si yo no era el objeto de esta.

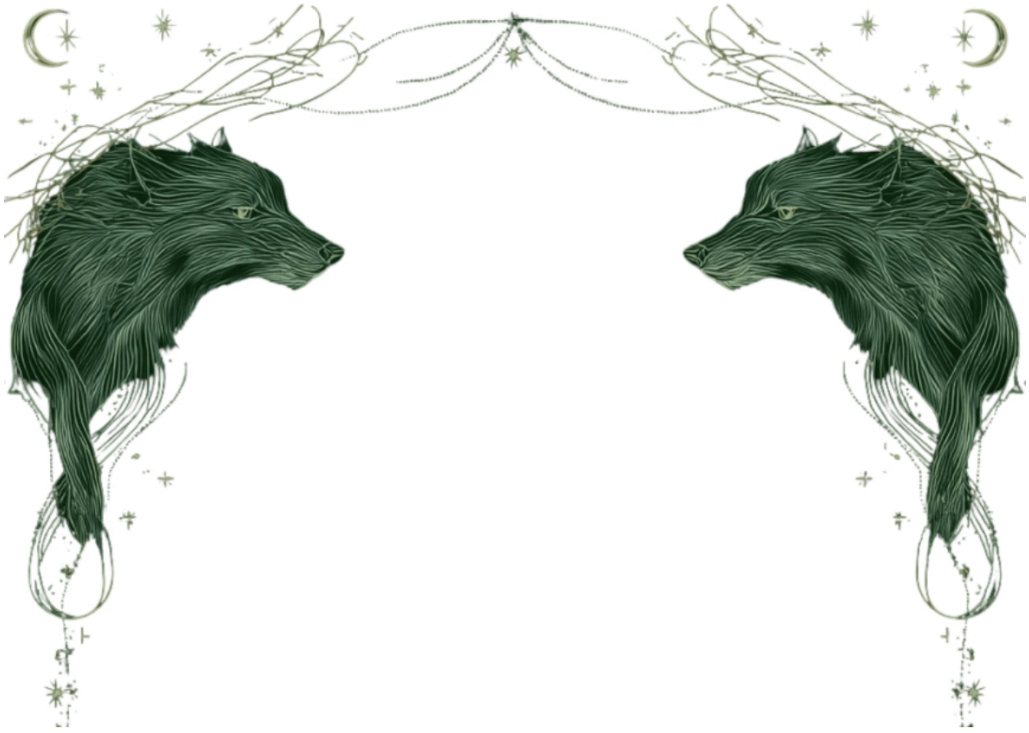
Ignoré su mirada altiva y me permití caminar hacia la estructura de mármol que se alzaba sobre el terreno.

La casa de Eryon estaba construida sobre una pequeña colina, lo que me permitía ver el mundo en el que me encontraba desde una vista panorámica. El edificio más grande era, sin ninguna duda, el lugar en el que nos encontrábamos, aunque los edificios que se alzaban de forma azarosa a nuestro alrededor poseían la misma belleza deslumbrante. La piedra blanca en las fachadas, esbeltas, rotas por hermosos ventanales, algunos de los cuales mostraban vidrieras decorativas con motivos naturales.

Los edificios tenían estructuras afiladas, con torreones y alguna que otra cúpula. Incluso si algunas eran pequeñas, todas destilaban el mismo aire elegante y sobrio.

Nada tenían que envidiar a las estructuras rígidas de ángulos rectos y paredes de piedra o de hormigón oscuro de las ciudades humanas o de los centros urbanos de las manadas de los lobos.

Allí, en el mundo fae, todo se veía tan reluciente, brillante y limpio que bien podría estar en las puertas del cielo. Tal vez me había muerto y me encontraba allí.



CAPÍTULO 13

CONFESIONES

APENAS DI UNOS PASOS fuera del edificio y sentí la necesidad abrumadora de cerrar los ojos para dejar que los olores saturaran mis sentidos. Fue como una explosión sensorial, porque había cientos de matices que me eran totalmente nuevos. ¿Acaso era a causa de la magia que podía sentirse latiendo con vida propia a mi alrededor?

Para cuando abrí los ojos, Astrid me estaba mirando de una forma demasiado evidente como para que pudiera considerarse educada. No se disculpó. Ni dejó de hacerlo.

—¿Te importa? —le cuestioné, molesta.

—Disculpa. Eres la primera loba a la que veo y que no tengo que matar. —Parpadeé un par de veces, como si dudara de si en realidad

había dicho aquello en voz alta—. La primera a la que veo como una persona y no como un animal violento, caótico y despiadado. —Fruncí el ceño, sin tener del todo claro qué contestarle a aquello—. ¿Quieres que te lance un hueso?

—No soy un perro.

—Dicen que os dejáis llevar por los instintos, pensé que tal vez así te entretendrías un rato.

Podría enviarla a la mierda, pero había algo en ella que me advertía que, pese a su apariencia serena y su belleza etérea, debía andarme con mucho cuidado.

Quizá solo esperaba un motivo para poder usar su magia conmigo. O, mejor dicho, contra mí.

La observé. Los faes no mienten. Y eso jugaba a mi favor.

Existía la posibilidad de que jamás se hubiera encontrado cara a cara a un lobo y sus palabras escondieran esa verdad. También que lo hubiera hecho y, tal y como me acababa de advertir, le hubiera dado muerte.

Si eso era cierto, debería haber sucedido hacía mucho tiempo. Antes del Tratado. Excepto que esa fae frente a mí formara parte de la conspiración que se ceñía sobre los lobos.

—¿Qué edad tienes?

—¿Una pregunta personal? ¿Acaso quieres que nos hagamos amigas? —Su tono fue melódico y carente de emociones que les dieran un sentido a sus palabras, pero supe que no era más que un sarcasmo mal disfrazado de indiferencia.

Tal vez era anciana. Los faes eran longevos, después de todo, y Eryon no había llegado a responderme, tampoco, a esa pregunta. No podía confiarme por el aspecto juvenil y lozano de la hembra que me acompañaba.

La verdad a veces quema.

—Tal vez. Nunca he sido una loba convencional.

—Eso no lo dudo; después de todo, eres el alma gemela de Eryon, así que no podría ser de otra forma. —Sacudió la cabeza y empezamos a caminar.

Sonó a una apreciación positiva. Lo que no tenía del todo claro era si ese cambio me favorecía. O debía mantenerme más alerta aún

que al principio.

—¿Cuántos faes viven aquí? —me interesé.

—Un par de decenas, no creo que muchos más. Vienen y van, así que supongo que depende de la temporada.

Asentí.

—Oigo el rumor de un río. ¿Está muy lejos?

—Un par de kilómetros, no más.

Hacía mucho que no caminaba más allá de la distancia comprendida entre el aseo y la cama, pero me sentí con una energía viva que ansiaba demostrarme que todo estaba bien.

Elevé el mentón, buscando los olores, los matices, antes de decantarme por qué dirección tomar. Astrid se limitó a caminar a mi lado, en silencio, durante un rato.

—Tienes buen olfato.

—Soy una loba. Más o menos.

—¿Más o menos? —Ladeó la cabeza.

—No tengo la habilidad de transmutar. —Quise añadir un *todavía*, pero no tenía sentido seguir mintiéndome eternamente.

—Lo sé. —Me sorprendió aquello y me giré para observarla. Pensaría que se trataba de un farol, si no fuera una fae, claro—. Sé que Lillan y Eryon creen que pueden ayudarte a cambiar eso, aunque no entiendo la necesidad de hacerlo. Sin tu forma animal eres más maleable y, además, no dejarás la cama llena de pelos.

Zorra.

¿De todas las cosas que podría haberle contado Eryon sobre mí, tenía que haber compartido con ella mi desgracia personal?

—¿Siempre eres tan encantadora?

—No sabría decirte.

—¿Qué relación teníais tú y Eryon antes de que yo llegara?

—Es extraño que consideres que voy a responder a tus preguntas cuando tú pareces negarte a responder a muchas de las mías.

—Eryon te ha pedido que me acompañes y no te has negado.

—Te equivocas. Me negué.

—¿Entonces?

—Siempre hemos estado muy unidos, así que al final acabó convenciéndome.

—Ya veo. —Deseé estrangularla.

Los faes eran hábiles en el uso de la palabra y podían escoger las que, en realidad, no aportaban nada. Astrid estaba jugando conmigo. La única cosa buena era que lo sabía.

—Es posible que, nos guste o no, tengamos que pasar bastante tiempo juntas, de aquí en adelante.

—¿Y fingir que somos amigas? —Me giré para enfrentarla—. Dudo que un fae sepa lo que es la amistad verdadera.

—Es posible. —Ladeó la cabeza—. ¿Es cierto eso que dicen de las lobas? ¿Que son territoriales y posesivas con respecto a sus machos?

—Lo somos. —Le sostuve la mirada. Que no quería decir que considerara a Eryon mi macho. Pero es que no podía evitar caer en sus provocaciones.

—Así que te preocupa que Eryon y yo llevemos siglos manteniendo una relación carnal. —Se mordió el labio inferior—. Interesante. Si fuera así, ¿despertaría en ti algo parecido a la rabia? ¿Celos tal vez?

—Tal vez.

—Curioso. —Dio un par de pasos en dirección al arroyo al que acabábamos de llegar—. Y eso te empujaría, no sé, ¿a intentar atacarme?

La fae me observó. Sus ojos brillaban con algo parecido a la diversión. O el placer. Ignoré a la loba, que ansiaba demostrarle muchas cosas.

—Siento no poder complacerte; soy más racional que muchos de los míos. —Me acerqué al arroyo—. Tal vez no poseo la habilidad de cambiar, pero sí controlo mis garras, así que supongo que me decantaría por esperar la ocasión oportuna para destrozarte con ellas.

Que no lo haría.

Eryon no era mi macho.

Ni yo ese tipo de persona dada a la violencia y a la necesidad de dañar a todos cuantos le enfrentan.

Ni quería serlo.

Pensé en Riker. En su luna.

No tenía sentido creer que Eryon se conformaría conmigo, pudiendo tener a alguien tan perfecto como Astrid a su lado.

—Eso sería más propio de un fae, pequeña loba. —Astrid se acercó a una piedra que sobresalía por encima del nivel del agua y se sentó en ella—. Me parece que tu vida ha sido complicada.

—Es posible.

—Y, sin embargo, no pareces tener intención de quejarte al respecto.

—No ganaría nada haciéndolo.

Una piedra salió volando y rebotó sobre la superficie del agua cinco veces antes de hundirse. Observé los círculos que se formaban en cada punto de impacto. Eran perfectos. Como el lugar. Los olores que me rodeaban. Si no fuera por la compañía…

—Nunca hemos mantenido ese tipo de relación. —La voz de la fae me arrancó de mi ensoñación—. Y, desde luego, ninguno de los dos ha mostrado interés en que fuera de otra forma.

Me giré para observarla.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Podría contestarte que me has asustado con tus vagas amenazas, pero los faes no somos dados a las mentiras. —Sus ojos brillaron con diversión—. Saber que despierta en ti ese tipo de emociones absurdas y primitivas es divertido, la verdad, pero supongo que significa que él te importa. Que le sientes. Igual que él te siente a ti. Creo que le satisfará saberlo.

—También podrías callártelo.

—¿Te molesta que sepa que te importa? —Me observó—. No acierto a entenderte, loba.

—No te pido que lo hagas.

—No te debo lealtad. ¿Qué ganaría yo? —Se frotó el mentón—. De acuerdo, Eryon no ha querido hablar del tema, así que solo confírmame que al saberte su alma gemela no decidió secuestrarte, cual ángel vengador, cabreando así a un montón de chuchos.

¿Podía confiar en ella? Era poco probable, partiendo de la base de que ni siquiera lo hacía con el fae que me había tratado a cuerpo de rey.

—Mi situación era complicada.

Hice una pausa, intentando poner mis recuerdos en orden.

—Te escucho.

No sé qué tenían los faes que, usando el mismo timbre todo el rato, podían a su vez proyectar emociones diferentes. O, quizá, se debía a que llevaba el suficiente tiempo entre ellos como para empezar a percibir esos matices.

—En primer lugar, está el hecho de que no puedo transmutar y no tengo vínculos con ninguna manada. —Me decanté por tomar asiento sobre una raíz—. Las cosas se complicaron cuando el alfa heredero de una manada decidió que, al margen de casarse con una loba apropiada para que fuera su luna, quería retenerme contra mi voluntad en su territorio.

—¿Como su concubina? —quiso saber, y no parecía crítica. Solo estaba analizando la magnitud del problema. Y las posibles repercusiones que podría tener Eryon a consecuencia de aquello.

—Algo así. Es complicado. Se suponía que la diosa Luna nos había emparejado. —Me observó—. Algo así como esa creencia vuestra de las almas gemelas. —Frunció el ceño—. Lo que sea. Digamos que como yo tenía mis carencias, decidió desposar a una loba más apropiada, pero me negó al mismo tiempo devolverme la libertad.

—¿Y ese es el tipo de lobos que consideráis apetecibles?

Le hubiera mostrado una peineta, pero opté por encogerme de hombros.

Al principio las cosas habían sido diferentes. Él tenía su lado atento y protector, además de la química brutal que latía entre nosotros. De ahí que hubiera acabado enamorándome. Que hubiera pensado que el amor sí podía sortear cualquier dificultad.

Pero luego me había dado cuenta de que aquello no era más que la ilusión, inocente, de una casi loba. Solo eso.

Nadie en su sano juicio dejaría de lado a su manada, a su familia, sus deberes, sus responsabilidades y, sí, también sus lujos y privilegios, por una Sinlobo. Fin de la historia.

—¿Fue ese lobo el que te hizo eso? —Señaló con el mentón mi cicatriz, de nuevo. Esta vez, sin embargo, asentí—. ¿Significa eso que tiene algún tipo de control sobre ti?

Me sorprendió su pregunta. ¿Lo tenía? A veces notaba la quemazón en la cicatriz, pero, por el resto, nada había cambiado. Excepto por las cosas obvias: que vestía ropa exótica y estaba sentada con una fae a orillas de un arroyo al otro lado del Moonwhisper.

—No creo. Me siento igual que siempre y, aunque intentó forzar el ritual, Eryon intervino a tiempo. —Me giré para mirar a la fae—. Aunque siento decirte que sí lo hizo un poco en plan demonio fae que se aparece de la nada en plena tormenta.

—Tanto dramatismo no es propio de un fae —lo dijo con una expresión presuntuosa en el rostro—. Miles me dijo que acudieron a vuestro encuentro un buen número de lobos y que algunos intentaron cruzar la frontera.

—El alfa movió a su manada; a la mayoría de ellos les traía sin cuidado si la Sinlobo acababa viva o muerta, en un lado u otro del río, pero una orden directa de un alfa…

—No puede ser negada. Sí, lo sé. La jerarquía de los lobos siempre se ha basado en los abusos.

—Para ser una fae, tiendes a mostrar tu opinión de forma bastante evidente —puntualicé.

—Podría decirse que yo también soy una fae poco común.

—Si te pregunto, ¿me contarás por qué? —Una sonrisa bailó en su mirada y supe que no tenía intención de responderme.

—Tal vez más adelante.

Nos quedamos en silencio durante un rato.

—¿Por qué la casa de Eryon es tan grande en comparación a las del resto? —me interesé para acabar con el silencio.

—Todas las casas que has visto son suyas. —Esa no me la esperaba.

—Supongo que es un fae bastante acomodado.

—Lo es. —Esperé, deseando que me contara un poco más y no tardó en hacerlo—: Pertenece a una de las siete familias faes más antiguas.

—¿Tú también? —Mi pregunta le divirtió.

—No. Miles tampoco, por si esa pretendía ser tu siguiente pregunta. —Su mirada era inteligente—. Antes de firmar el Tratado,

se eligió a esas castas para constituir los puntos de vigía; cada una de estas ubicaciones se comunica con el resto con un sistema de espejos y magia fae, para garantizar alertar a toda la población en caso de una incursión no deseada.

—¿Cómo?

—Si una cosa tenemos los faes, es que somos longevos. ¿Cuánto puede vivir un lobo?

—Ochenta, noventa años, por norma general, pero sé de algunos que superaron el siglo. —De hecho, la supervivencia media de los lobos era aproximadamente una década más que los humanos.

—A esa edad, a nosotros aún se nos considera… ¿cómo lo diríais vosotros? Cachorros.

—Algo había oído de que erais viejos de cojones. —Le sonreí. ¡Qué bien me había sentado soltarle eso!

—Se eligieron ubicaciones específicas donde se construyeron estos pequeños núcleos vitales, capaces de subsistir sin interferencia externa, y cada linaje protegió el lugar con magia suficiente como para ahuyentar a muchos, si no a todos. Aquí, por ejemplo, solo podemos aparecernos unos pocos, y lobos o faes que intentaran entrar por sus propios medios despertarían las alarmas del punto de vigía.

—Así que es un lugar como medio secreto.

—Lo es. De ahí que Eryon te esté escondiendo aquí y no en la corte, supongo.

—¿Esconderme?

—¿Un fae vinculado a una loba? Entiende que va a despertar la curiosidad de muchos.

No me lo dijo, pero esa curiosidad no tenía por qué ser buena. Tampoco esperaba lo contrario.

—Entiendo. —Hice una pausa—. ¿Y eso de la corte?

—Forma parte de ella. —Me miró—. Todos los grandes linajes lo hacen, de hecho. De ahí que la gente empiece a hacer preguntas por su prolongada ausencia.

Así que descendía de una familia que se consideraba la élite de los faes. De ahí la riqueza que podía percibirse en todo lo que nos rodeaba, la belleza y elegancia arquitectónica del edificio, la

presencia de servicio en su casa o la cantidad de ropa lujosa que había en su vestidor.

En vez de sentirme afortunada, casi hubiera deseado que fuera un fae cualquiera. Uno cuyo único problema fuera que su alma gemela era una loba. No tener que proteger el puesto de vigía del reino fae —si esa era la función de Eryon en realidad—, jugar a ser un buen diplomático para la reina fae, o lo que fuera que se suponía que hacía Eryon.

—¿Qué hay de ti?

—También soy miembro de la corte, si esa es tu pregunta.

Así que ella no descendía de uno de esos grandes linajes, pero tenía algún atributo o habilidad que le había llevado a formar parte del grupo que dirigía a los faes. Porque eso era lo que hacía la corte, ¿no? Estuve tentada de preguntárselo, pero me decanté por algo más básico. Al fin y al cabo, a mí lo que hiciera o dejara de hacer la reina, o cómo gestionaba a su pueblo, me traía sin cuidado. Siempre y cuando mi cabeza no peligrara.

—¿Qué hay de la electricidad?

—Nuestro mundo no requiere de ella, aunque es cierto que disponemos de un circuito de autoabastecimiento en la corte. Nuestro representante en el mundo humano nos instó a hacerlo para utilizar un variado número de juguetes tecnológicos con los que puede comunicarse con nuestras oficinas en las diferentes ciudades al otro lado del Moonwhisper.

—¿Hay cobertura? ¿Tenéis teléfonos? —Mis pupilas se dilataron. La posibilidad de conectar con los que había dejado atrás. Con Re. Con Emma.

—Todo funciona vía satélite, pero supongo que Kierdan dispone de alguno de esos artilugios. No sé mucho de vuestro mundo. Tampoco es que me interese. —Al menos su sinceridad no podía ser puesta en duda.

—¿Ha pasado antes? —Astrid me observó—. Que un fae y un lobo sean almas gemelas.

—No que yo sepa. —Asentí. Movió la mano y una piedra se elevó y salió disparada hacia la superficie de aquel pequeño lago, rebotando sobre ella.

—¿Cómo se siente?

—¿El qué?

—La magia. —Sus ojos tintinearon.

—Como un susurro, una caricia o un sofoco. —Hizo una pausa—. Todo depende del fae. Los lobos soléis pensar que no sentimos, pero lo hacemos constantemente, cada vez que usamos la magia que late en el mundo y la que forma parte de nosotros. Es una relación única, íntima y personal que nos hace sentir completos.

Sonaba extraño y al mismo tiempo, perfecto. Sentirse a uno mismo. Y al mundo.

—¿Mi condición puede suponerle un problema a Eryon?

—¿En qué sentido? —Eso era un sí disfrazado de pregunta.

—Dímelo tú.

Astrid ladeó la cabeza y me estudió.

—A estas alturas ya es sabido por todos que Eryon ha encontrado a su alma gemela.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Bueno, por supuesto, pero ha desatendido sus obligaciones desde que llegaste.

—Y eso supongo que es malo. —Astrid no lo negó.

—No quiero ser una carga ni un problema para Eryon.

—Pues no lo seas.

—¿Significa eso que quieres que me vaya? ¿Que desaparezca del mapa?

Ladeó la cabeza y me observó.

—¿Por qué querría yo algo así?

—Porque soy una loba. Y me odias.

—Odio a los lobos, no te lo tomes como algo personal. —Si pretendía que le diera las gracias, podía esperar sentada—. Conozco a Eryon desde hace mucho y le tengo en alta estima. Si eres su alma gemela, tu lugar es este, a su lado, supongo; aunque me cueste hacerme a la idea. —Elevó la mirada para fijarla en mí—. Y no seré la única.

—Es comprensible.

—Supongo que tendrás que aprender a reinventarte. No digo que vaya a ser fácil, pero es cierto que no todo el mundo dispone de

este tipo de segundas oportunidades.

—¿A qué te refieres?

—Tú misma lo has dicho. No estás muerta. Y tienes a Eryon.

Eso era decir mucho, pero opté por callarme mi opinión. Volvió a mover la mano y otro canto rodado levitó antes de salir disparado hacia la superficie del agua, que volvía a estar quiescente.

—Tal vez sería más fácil si pudiéramos, no sé, intentar que todo esto funcionara sin más interferencias —murmuré observando la belleza del lugar. La paz que desprendía. ¿Podría acostumbrarme a vivir entre faes?

—¿A qué te refieres?

—No me importaría vivir en una cabaña, en medio de ninguna parte. —Miré la cascada que caía sobre el pequeño lago. El arroyo. El ruido del agua reptando por el suelo—. Una con un huerto y árboles frutales. Vivir al día. Solo eso. Sin más obligaciones ni pretensiones que el placer y el goce de seguir viva.

Vi que me estudiaba y finas arrugas asomaban sobre el puente de su nariz.

—Te pediría que no le hicieras una sugerencia como esa a Eryon. —Su voz sonó pausada, pero había un deje de preocupación en ella.

—¿Por qué?

—Porque sospecho que estaría dispuesto a hacerlo.

—¿Y eso supondría un problema?

—Lo supondría.

—¿Por?

—Todo fae tiene unas obligaciones.

—Los lobos, también. —Desvié la mirada hacia el lago—. No pretendo perjudicarle, y entiendo que receléis de mí. Yo lo hago de vosotros.

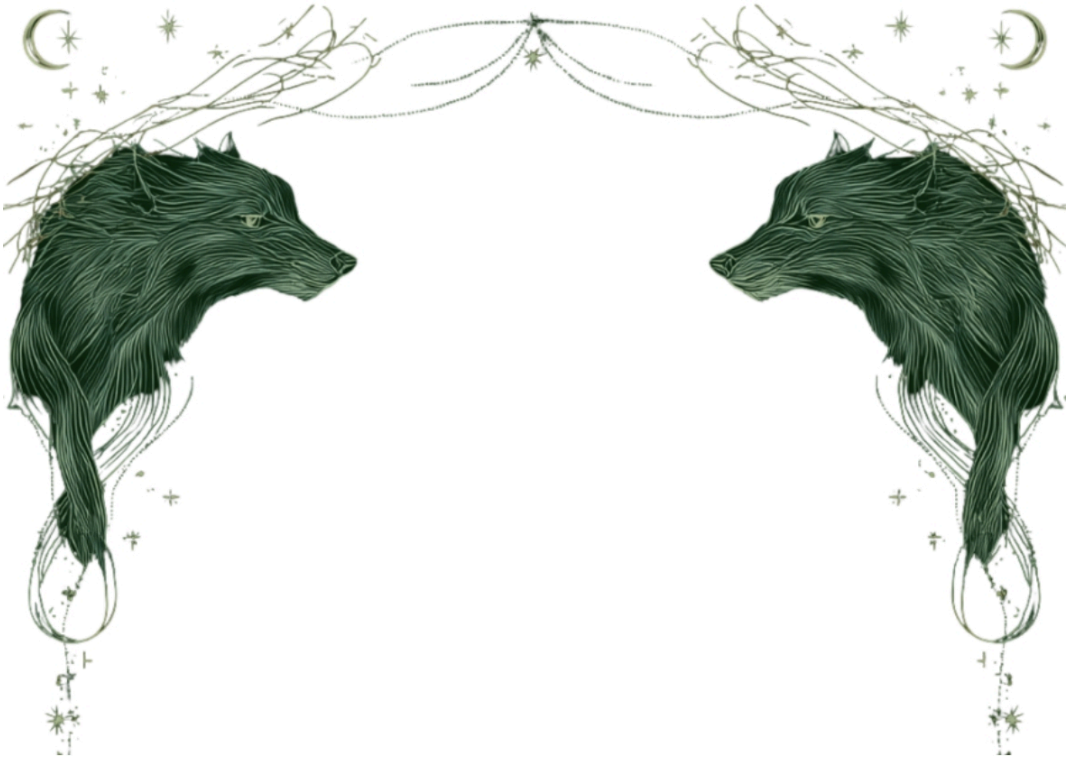
—Lo que me hace pensar que no eres estúpida, aun siendo una loba.

—¿Pretendía ser un halago?

—Tómatelo como gustes.

Para cuando volvimos, había llegado a la conclusión de que Astrid no era mi enemiga. Que ya era más de lo que pensaba cuando nos habíamos alejado de la casa. No tenía la certeza de si estaba

haciendo una nueva amiga, pero que no intentáramos matarnos una a la otra ya era una mejora considerable respecto a la sensación que había tenido a primera hora. Además, siempre había escenarios mucho peores.



CAPÍTULO 14

UN SECRETO A VOCES

TRAS LLEGAR A AQUEL EDIFICIO con aires de palacio, seguí el aroma a pan recién horneado por varios pasillos hasta llegar a una puerta abierta y, tras cruzarla, me encontré en la cocina.

Me sentí satisfecha por mi pericia, pero cuando una mujer fae se giró para observarme y su rostro mostró una expresión de espanto, me sentí un poco culpable de mi audacia. Para ser herméticos y carentes de emociones, el rostro de aquella mujer decía mucho.

—Lo siento, ¿debería haber llamado? —La mujer me observó, confundida—. Queríamos comer algo.

Incluí a Astrid, porque, si acababa echándonos a base de amenazas con el cucharón que llevaba en la mano, sospechaba que sería un poco menos dura si incluía a la fae que estaba a mi espalda.

Lo que era una muestra de confianza por mi parte; supongo que tras nuestras confesiones habíamos llegado a ese punto en el que daba por sentado que no me apuñalaría a traición. Astrid me había animado a que me dejara guiar por mi olfato de loba, pero ahora se estaba divirtiendo a mi costa, así que intuí que no intercedería a mi favor. Supuse que tendría que enfrentarme yo sola a la mujer y a su cucharón.

—Tenemos preparado el salón comedor; en seguida dispondré allí la comida. —No parecía del todo enfadada. Solo un poco—. Si solo nos hubieran avisado de que estaban llegando, me habría asegurado de que estuviera todo en su sitio.

—No es necesario. Podemos comer aquí. Cualquier cosa nos estará bien. ¿Verdad, Astrid? —Me giré y su rostro era parecido a una pasa seca—. ¿Puedo ayudarla en algo?

La mujer me miró. Parpadeó. Y buscó a Astrid con la mirada. Algo en su gesto me hizo saber que la había reconocido. Se tensó. Su respiración se agitó. Escuché su corazón latir un poco más rápido.

—No es una telépata y sus costumbres son las propias de los lobos. Es posible que os pida un cuenco con agua para beber a cuatro patas en el suelo. —Le lancé a Astrid una mirada asesina, pero ella no se inmutó—. Supongo que tendréis que acostumbraros a su ir y venir por la casa y a sus preferencias.

—¿Hace falta ser así de borde? —le reproché a la fae que me acompañaba con un tono duro.

—Mis disculpas, es la costumbre. —Hizo una ridícula reverencia. Levanté la mano derecha y le hice una peineta.

La fae que nos observaba empezó a temblar. Si no fuera por eso, hubiera apostado a que Astrid la había lanzado un conjuro de paralización. O algo así. ¿Respiraba?

—Así que vamos a desayunar aquí. —Astrid entró en la cocina, ignorando mi ofensa.

—¿Qué tiene de malo? —le cuestioné.

Era una cocina enorme, de paredes blancas y un gran horno con leños ardiendo debajo de él. Había hierbas y varios tipos de verduras colgando del techo y en un extremo un enorme espacio para hacer

fuego en el suelo. En esa zona, el techo era más bajo y tuve la sensación de que era como una gran campana extractora.

Al margen de las encimeras que cubrían un lateral de la cocina, había una gran mesa de madera en la que podían verse las marcas de haber usado sobre ella cuchillos afilados para cortar verduras durante muchas décadas. Ese tipo de detalles hacían que ese lugar se sintiera vivo.

Astrid se acercó a uno de los taburetes y se sentó allí.

—Ya la has oído. Quiere comer aquí.

Solo entonces la fae de la cocina reaccionó.

—Claro —susurró la mujer, volviendo en sí—. Estaré encantada de servirlas.

Hizo una pequeña reverencia, supuse que para contentar a Astrid. Observé a la mujer empezar a moverse por la cocina con movimientos tan suaves y veloces al mismo tiempo que deduje que, si intentaba ayudarla, solo lograría entorpecerla. Mejor no ponerle las cosas difíciles, porque era evidente que la mujer quería complacer a mi acompañante.

Tras observarla un tiempo que rozaba la mala educación, me decanté por sentarme frente a Astrid.

Sentí un hormigueo en mi piel cuando el fuego empezó a quemar los troncos sin previo aviso. Magia. Observé a la mujer con algo parecido a la fascinación. Movía las manos frente a un mueble blanco sellado con hielo. Fruncí el ceño. El hielo se desquebrajó y la puerta se abrió, mostrando todo tipo de comida, conservada entre gruesas placas de hielo.

—Es la versión más extraña de una nevera que he visto en toda mi vida. ¿Entiendo que se mantiene así por vuestra magia? —le cuestioné a Astrid, fascinada.

—Hay profesiones que requieren más pericia que otras. Los maestros de cocina dominan el fuego, pero también el hielo, algo que es poco habitual, porque son elementos opuestos —me explicó. Vasos y platos se desplazaron por el aire hasta ubicarse frente a nosotras—. Posees un buen control del aire, también. —La mujer asintió, pero parecía cohibida—. ¿Hace cuánto que cocinas para Eryon?

—Mucho. —Nos observó y vi que le incomodaba la atención de Astrid—. Mi marido posee un control magistral de la tierra; todo lo que se consume en la casa lo ha cultivado él. —Su mirada se deslizó hasta llegar a mí—. Aunque ahora estamos intentando adaptar nuestras habilidades para ajustarlos también a las necesidades de la señora.

Una pequeña sonrisa asomó en su rostro. No me pareció maliciosa. Sino más bien al contrario. Como si quisiera complacerme. Y me sentí un poco culpable de que estuviera haciéndolo.

—Lo siento si os ha supuesto un trabajo extra.

—No pretendía decir eso —se apresuró a concretar la mujer—. Lillan nos indicó que los lobos precisan de una ingesta mucho más alta de proteínas de origen animal, así que construimos un corral y estamos criando gallinas. —De ahí los huevos. Hizo una pausa—. El señor nos ha hecho llegar un libro de recetas. Con carne.

Vi que titubeaba al decir aquello. Me quedé esperando que dijera algo más, pero fue Astrid la que intervino:

—Los faes somos, ¿cómo soléis llamarlo al otro lado del Moonwhisper? —Se mordió el labio inferior antes de añadir—: Veganos. No consumimos productos animales, a excepción de la leche y algunos de sus derivados.

Mierda.

De ahí las acelgas.

Los puerros.

Las espinacas.

Y la tortura a la que me habían estado sometiendo.

—Tardaré un tiempo en familiarizarme, pero espero estar a la altura de lo que Su Excelencia merece lo más pronto posible. Nunca me han asustado los retos.

—Podría ocuparme de preparar mi comida.

La mujer parpadeó y buscó a Astrid con la mirada. La fae frente a mí elevó una ceja.

—No me lo tomaría como una ofensa, sospecho que está aburrida.

—No pretendía… —Me sentí un tanto estúpida—. Solía ayudar a la cocinera en mi manada.

—¿Eso hacías? —Astrid me observó con cierta curiosidad.

—Es lo que se espera de una omega. —Me encogí de hombros.

—Aquí no se espera que la señora haga nada que no se sienta en disposición de hacer. Para nosotros es un placer servirla. —La fae dejó sobre la mesa pan recién horneado, un par de huevos fritos, fruta y un cuenco de yogur.

La observé y me sentí agradecida. Le sonreí y supe que algo tan banal la había sorprendido. Yo no era una fae. Y no tenía intención de fingir serlo.

—Para mí será un placer ayudaros siempre que lo necesitéis. —Fue algo instintivo, porque los lobos somos dados al contacto físico, así que me encontré colocándole una mano sobre el brazo. Las marcas en mi piel se volvieron, de repente, evidentes, pero opté por ignorarlas—. No me pidas que prenda un fuego como ese en el tiempo en el que chasqueas los dedos, pero sé desplumar un ave y usar un cuchillo.

—Es algo muy considerado por su parte, señora.

—Rubis. —Volví a sentir aquello. La magia. Fluyendo.

—Banasha. Ese es mi nombre. Señora. Rubis. —Hizo una pequeña reverencia antes de alejarse.

—Eres realmente atípica, incluso teniendo en cuenta que eres una loba.

—Llega un momento en el que pasa a importarte una mierda lo que el resto piense de ti. —Sus ojos mostraron una cierta diversión al escuchar mi respuesta.

—Ahora que estás mejor, podrías salir a cazar y procurarte tus presas.

—Los lobos cazan en su versión animal, pero yo no soy capaz de transmutar, así que nunca he… cazado. —Se limitó a observarme, como si esperara una respuesta concisa que aún no le había dado—. Ayudaba a la manada en otras tareas; la cocina, por ejemplo.

—Puedes ayudar en la cocina, pero, si quieres carne, tal vez deberías usar esos dos brazos que tienes. Quizá no dispones de garras, pero bien podrías usar un arco. —Me observó y vi que añadía a regañadientes—: Supongo que podría enseñarte.

—¿Todos los faes saben usar uno?

—No somos tan estúpidos como para confiar nuestra supervivencia solo en la magia, si esa es tu pregunta. —No me importó que me estudiara—. En cualquier caso, algunos lo hacemos mejor que otros.

—Intuyo que te englobas en ese *algunos*.

—Es posible. —Me sonrió. Con desparpajo—. ¿Qué sabes de nuestra jerarquía?

Su pregunta me pilló desprevenida.

No jugábamos en las mismas condiciones. Ella sabía mucho de los lobos. De cómo era de importante la orden de un alfa para los que estaban sometidos a él. Qué pasaba cuando un alfa abandonaba una manada y se convertía en un lobo solitario. ¿Qué sabía yo sobre ellos? Poco. O casi nada.

—Sé que os regís por una monarquía y que fue vuestra reina la que firmó el Tratado. —Fin.

—Hace mucho que Ihara no se sienta en el trono, sin embargo. —Percibió mi sorpresa—. Sospecho que vuestros libros están desfasados.

—Es posible.

—Tras su renuncia, nuestro mundo quedó un poco convulso, porque no tenía descendencia.

—¿Y qué pasó?

—Según nuestra ley, una de sus manos debía ocupar su puesto.

—¿Sus manos? —Fruncí el ceño.

—Es un concepto metafórico. Todo líder se acompaña de dos consejeros, por así decirlo.

—Como si fueran sus betas —intuí y ella asintió, aunque me dio la sensación de que la comparativa no le apasionaba.

—Sus manos son los responsables de ejecutar sus órdenes, pero también participan y le ayudan a planificar el futuro de los faes. —Me estudió—. También son los responsables de garantizar que el descendiente directo del rey o reina sea un candidato adecuado y, en caso contrario, oponerse a su liderazgo.

—¿Y si no le consideran apto para el cargo?

—Se desestimaría y se optaría por elegir un nuevo líder como si el monarca en cuestión no tuviera descendencia. Esa situación, en

realidad, es algo bastante habitual por nuestras bajas tasas de natalidad.

—¿No os preocupa?

—¿El qué?

—Lo de que nazcan pocos faes.

—Nos preocuparía si no fuéramos longevos. Apenas nacen faes, pero menos son los que perecen en tiempos de paz.

—Entiendo.

¿Sería una gran indiscreción preguntarle qué englobaba exactamente el término longevos?

—Así que la reina murió.

—Algo así.

—Y uno de sus consejeros ocupó su lugar.

—Es lo propio. Conocen la problemática real y mantiene la continuidad en las directrices de sus predecesores. No es que sea algo habitual, porque un rey puede gobernar durante varios siglos.

—Ya veo. —Varios siglos. Joder. Y lo decía como si tal cosa. ¿Qué edad tendría ella? ¿Y Eryon?

—Tener un heredero no es algo sencillo. —Ladeó la cabeza y me observó—. ¿Supongo que sabes que un fae solo puede tener descendencia con su alma gemela?

—Sí, es algo que se sabe más allá de vuestras fronteras.

—Aunque no sé en vuestro caso…

—No está en nuestros planes ni a corto ni a largo plazo, puedo asegurártelo, al margen de que es poco probable que genéticamente seamos compatibles hasta ese punto.

Lo solté a trompicones, sintiéndome un tanto estúpida mientras lo hacía.

—No te negaré que es algo que algunos nos estamos preguntando. —Se encogió de hombros—. Supongo que solo la naturaleza sabe la respuesta a ese pequeño y peculiar misterio.

—Me estabas hablando de que tras la muerte de vuestra reina uno de sus consejeros se sentó en el trono.

—Cierto. Y ahí sigue nuestro actual rey, un tanto aburrido, reinando al pueblo fae. —Lanzó una uva al aire y la capturó con la boca. En otras circunstancias hubiera dicho que aquello era poco

elegante, pero siendo una fae, lo hizo con una gracia sumamente femenina—. La cuestión es que Ihara, nuestra antigua reina, la que descendía de un largo linaje de reyes que viene de tiempos pretéritos, no encontró a su alma gemela.

—Supongo que eso os perjudicó un poco a todos.

—Lo hizo, sí, y aún fue un poco más convulso cuando eligió a nuestro actual rey, porque muchos daban por sentado que elegiría a su otro consejero.

—¿Por qué?

—Es un pelota consumado.

—De esos hay en todos lados —le contesté con una media sonrisa.

—Supongo. Lo que nos lleva al punto por el que Eryon ha tenido que presentarse en la corte.

—Entiendo que tendrá que justificar mi presencia aquí y que es algo así como un señor feudal, uno de los guardianes o lo que sea de los puestos de vigía. Quizá no es bien bien lo mismo, pero me hace pensar en un alfa.

—Algo así.

—Igual no desciendes de una de esas primeras familias de las que me has hablado, pero tú también eres alguien pudiente. No soy estúpida: he visto cómo te miran. —Me observó—. Te respetan.

O más bien era un «te temen», pero preferí no buscarle las cosquillas.

—Algo así.

Genial.

Y luego era yo la de las evasivas.

No había mentido a Astrid al decirle que me gustaría que Eryon fuera alguien sencillo, un guardabosques, por ejemplo, que viviera en una cabaña solitaria, lejos de todo. Y de todos. En un recóndito lugar en el que pudiéramos simplemente estar. Vivir. Y conocernos.

Me sorprendió ese deseo.

El de saber más de él.

Para cuando acabé de desayunar, vi que Banasha había traído un capazo con patatas. No necesité ser muy observadora para saber que pretendía pelarlas.

—Nosotras podemos ocuparnos de esto. —Astrid elevó una ceja y sospeché que estaba pensando que me había vuelto loca, pero cuando la cocinera centró su atención en ella, antes de atreverse a cederme el capazo que yo estaba intentando coger, asintió.

—Dale el capricho.

Me apoderé de un cuchillo y dejé unas cuantas patatas sobre la mesa. Empecé a mover el tubérculo, sosteniendo el filo con la inclinación adecuada. La piel empezó a desprenderse en una larga tira.

—Se te da bien. Solías hacerlo. —Astrid no había hecho el amago de intentar participar en aquello, pero por su expresión diría que no le desagradaba que yo lo hiciera.

—Ya te lo he dicho. Ayudaba en la cocina; es el tipo de tareas que suelen dejarse en manos de los omegas.

—¿Cómo era tu vida allí? ¿Te pasabas el día en la cocina? ¿Estudiabas? ¿Tenías una profesión? —Para ser una fae, de repente parecía presa de la curiosidad.

—Ayudaba en la cocina y en la casa de la manada, pero también estudiaba en un instituto con mestizos y humanos. —Apreté los labios. Tal vez Re habría dado por supuesto que Riker había descubierto que chateábamos a sus espaldas o, quizá, daba por sentado que había muerto. Intenté ignorar la culpa. El dolor. La añoranza—. A estas alturas, debería estar preparando los finales para acceder a alguna profesión que pudiera hacer más fácil y llevadero mi futuro entre humanos.

—¿Entre humanos?

—En las manadas solo hay lobos y, como yo no transmuto, tarde o temprano, unos u otros, me hubieran animado a buscar mi propio camino.

—Pensaba que os entrenaban para la caza y el combate.

—Lo hacen.

—¿Qué es lo que no dices?

—Se me da de culo. No puedes imaginarte la de veces que acabé sangrando en el suelo ni la cantidad de huesos que me han roto. —Se limitó a observarme—. Soy rápida, pero carezco de la fuerza

que sería deseable y sin la habilidad de transformarme… Es complicado.

—Hay formas de usar la fuerza de tu adversario a tu favor.

—Esas no nos las enseñan.

—Tal vez yo podría.

—¿Y qué hay de la magia? ¿No la usáis para decantar la balanza cuando os enfrentáis a un adversario?

—Muchos lo hacen, sí. —Ladeé la cabeza.

—Pero tú no.

—No. Yo no. —Me observó—. Que no significa que no pueda usarla.

—¿Por qué no lo haces?

—Bueno, lo cierto es que se debe a lo que soy.

—¿Una fae? —Fruncí el ceño. Sus ojos emitieron sutiles destellos.

—Eryon me ha pedido que viniera con algo presentable. Bueno, lo cierto es que más bien me lo ha exigido, para ser exactos. —Hizo algo parecido a una mueca—. Creo que no quería que te asustaras.

—¿De ti?

—De mí, sí.

—¿Por qué debería asustarme?

—Porque se me dan bien los cuchillos. Tanto, que me consideran la asesina más letal entre los faes. —Me sonrió. La muy zorra. Y si no fuera lo que era, una fae, al margen de asesina, la hubiera enviado a la mierda. Pero no podía estar troleándome. Estaba atada a la verdad. Y yo estaba jodida. Porque eso sonaba mal. Fatal.

—¿Debería preocuparme al respecto? —Seguí deslizando el cuchillo por la patata, consciente de que, aunque era un arma que medía apenas medio palmo, menos era nada.

—Mientras no cabrees al rey, no veo por qué. ¿Sabes aquello que te contaba antes? ¿Lo de que cada rey elige a sus manos? Pues resulta que yo soy una de ellas.

Me tensé. Lo admito.

Ahora tenía sentido que la gente la tratara de aquella forma. Las miradas cautas de los faes con los que nos habíamos cruzado.

Astrid era una asesina.

Y no solo eso.

Era una de las personas de confianza del rey.

Mierda.

Suerte que no me había dado por intentar hundirle las garras cuando habíamos salido de paseo.

—¿Puedo preguntarte algo?

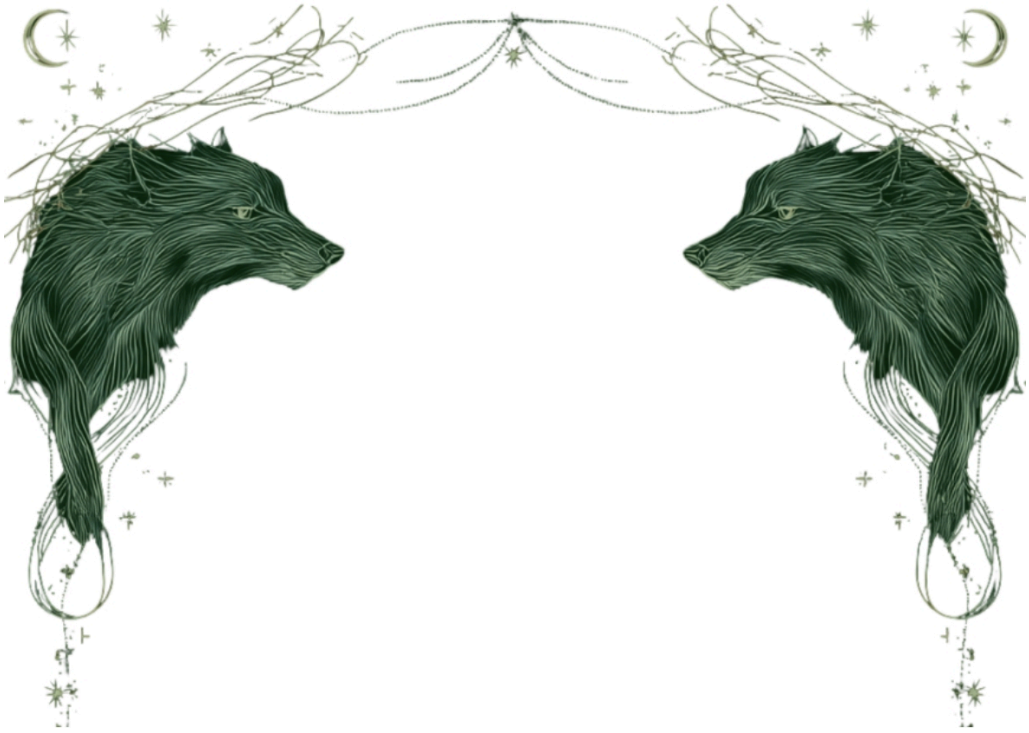
—Llevas haciéndolo un buen rato. —Parecía divertida con mi reciente incomodidad.

—¿Crees que vuestro rey aceptará que yo esté aquí?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Soy una loba. —Vi como los ojos de la fae brillaban.

—No creo que eso le preocupe demasiado. —Volvió a sonreírme. Y eso debería haber activado todas mis alarmas, pero no fui consciente de hasta qué punto mi vida se había complicado hasta que añadió—: Al fin y al cabo, fue él quien te trajo.



CAPÍTULO 15

UN FAE CUALQUIERA

PARPADEÉ. Creo que eso fue lo único que hice durante un tiempo que no sabría definir, y, aunque seguramente tan solo fueron unos segundos, se sintió como una eternidad. Dudo siquiera que estuviera respirando. Aquella verdad quemaba.

Sentí un dolor punzante y vi que me había cortado la palma de la mano con el cuchillo con el que se suponía que debía estar pelando patatas y no rajando una parte de mi muy apreciada anatomía.

Las palabras de la fae resonaban en mi cabeza.

No podía ser.

Era imposible.

El rey de los faes.

No podía haber cruzado el Moonwhisper para buscar a una loba.

Por mucho que hubiera podido *sentirla* en un sueño.

Y que creyera con fe ciega en eso de las almas gemelas.

Era una locura.

Pero ahí estaba esa afirmación.

En mi cabeza.

Como si el hecho de escucharla una y otra vez, en bucle, pudiera ayudarme a encontrarle un sentido.

Uno en el que Eryon no era solo un señor feudal en esa sociedad de orejas puntiagudas. Sino alguien mucho más importante.

Sentí un sudor frío en la espalda al recordar a todos los soldados distribuidos a lo largo de la costa del territorio fae cuando cruzamos el río. El hombre que se apareció en el puente. Miles. Era imposible negar que se trataba de un fae de alto rango. Uno que dirigía un ejército.

¿Tal vez su otro consejero?

No, no podía ser cierto.

Y entonces, en medio de aquella vorágine de caos, sentí su presencia. Antes siquiera de verlo. De poder olerlo.

Las sombras se arremolinaron a mi espalda y, cuando se materializó en ese lugar, muy cerca de mí, sentí la tensión letal en cada centímetro de su cuerpo.

Banasha dio un respingo y empezó a balbucear mil disculpas. Algo sobre mi determinación en que quería ayudarla. Sobre las patatas. El cuchillo. Y a saber qué más.

Eryon la ignoró. Sus ojos buscaron los míos para deslizarlos después hacia mi mano ensangrentada. La cogió con delicadeza y observó el corte con expresión analítica.

—¿Estás bien?

—Sí, ya ves, me ha vencido una patata. —Su expresión se suavizó un poco.

—Imagino que ha opuesto resistencia. —Lo miré. ¿Pretendía ser una broma?

—No veas cómo he dejado al resto de su familia. —Esa luz mágica que iluminaba sus ojos tintineó de forma alegre.

—Ya veo. Déjame ver si puedo hacer algo con esa herida.

—Cicatrizo muy rápido, no te preocupes.

Ignoró mis palabras y colocó una mano encima y otra debajo de la mía. Una suave luz blanquecina empezó a palpitar entre ellas y noté un cosquilleo en la piel.

Tal vez debería sentir algo parecido al miedo. Pero, en vez de eso, percibí algo muy diferente. Como si notara en la piel una caricia y en el alma una canción hecha solo para mí. Dulce. Y brillante. Como la luz que emitían las manos del fae.

Cuando retiró sus manos, la herida estaba sellada.

—Sorprendente —opinó Astrid—. He de admitir que, dada su naturaleza, tenía mis dudas de cómo funcionaría vuestro vínculo, pero está claro que late con fuerza y vida propia.

—No podía ser de otra manera.

Eryon observó a la fae. Creo que era la primera vez que tomaba consciencia de que estaba allí.

—Ah, por cierto, *alteza*, creo que se os olvidó comentarle a vuestra esposa lo de vuestro título. —Le sonrió. Y escuché que hacía un ruido, como un ronroneo, al ver la gélida expresión del fae que se encontraba a mi lado.

Fruncí el ceño. Recordando por qué estaba enfadada. Por qué el cuchillo había atravesado la piel de mi mano en un descuido. Eryon deslizó la mirada de Astrid hacia mi persona y después en dirección a la mesa. Susurró algo en un idioma antiguo y las manchas de sangre desaparecieron.

Poseer magia tenía su punto, en serio. Después de aquello, centró su atención en mí.

—El problema de las personas de confianza, *faelan*, es que no saben, a veces, meterse en sus asuntos. —Su expresión era neutra, apacible—. Ocúpate de la asamblea, dadas las circunstancias, no tengo intención de volver hoy. —Le sostuvo la mirada a Astrid, que parecía molesta con ese encargo. Casi tanto como con el de tener que hacerme de guía y canguro—. Ya me contarás qué tal te lo pasas.

Hizo algo parecido a un mohín.

—No puedes pretender que vaya allí vestida así.

—No le veo el problema.

—Perdería mi credibilidad.

—Y creo que sería un justo castigo por esa bocaza tuya. —Ella arrugó la nariz y soltó varias palabras por lo bajo en un lenguaje antiguo y, aunque no llegué a entenderlas, no dudaba de que estaba renegando.

Otra cosa que jamás habría imaginado que haría un fae: maldecir.

Las sombras la rodearon y desapareció, mostrando el ceño fruncido y aspecto cabreado. Para ser una fae, Astrid era un tanto atípica. Igual que yo, supuse.

—¿Suelen los faes refunfuñar así?

—No. Astrid tiene sus excentricidades. —Se deslizó frente a mí y ocupó el taburete vacío. Observó el lugar en el que estábamos y supe que no era uno de los que Eryon solía frecuentar.

—Ya, claro, por eso de que es una asesina, ¿no?

Vio en mi rostro la acusación impresa en mis palabras.

—Al margen de matar gente, también sabe proteger bienes preciados. —Me observó—. Pensé que no te sentirías cómoda con una fae enfundada en una armadura ligera y con una decena de dagas, por no hablar de sus cimitarras.

—No es que con vestido nos haya ido mucho mejor. —Creo que mi comentario le divirtió.

—Supongo que Astrid no tenía intención de perdonarme esa petición en concreto. Si te soy sincero, creo que revelar mi condición ha sido una forma un tanto irritante de expresar su descontento.

No parecía enfadado, pero sí indeciso o, tal vez, preocupado por cómo a su alma gemela, esa Sinlobo, le afectaba el hecho de saberse desposada por el maldito rey de los faes.

Le sostuve la mirada. Y él se mantuvo contenido, observándome, esperando que dijera algo.

Lo que no se esperaba —y yo tampoco— era que me diera por reír. A carcajadas. De esas caóticas y brutales. De las que hacen que te lloren los ojos y te falte el aire.

¡El mundo no podía estar más loco!

Había pasado de ser una paria Sinlobo, a la futura luna del alfa de los Atrum para acabar convertida en el alma gemela y esposa del rey de los faes. ¿En serio? ¿Dónde estaba la cámara oculta? ¿Pero qué demonios les pasaba a los dioses?

Banasha se acercó a nosotros.

—¿Está bien la señora, alteza? —cuestionó en apenas un susurro, y lo único que consiguió fue que me diera por reír aún más fuerte. Se me saltaban las lágrimas.

Y no podía parar.

—Mientras siga respirando y su corazón lata, supongo que no debemos de preocuparnos. —Eryon me observaba con expresión confundida, incapaz de gestionar mi ataque de risa, un tanto histérica. Su expresión solo hizo que empeorar aún más mi crisis—. Déjanos solos.

La fae salió de la cocina como alma en pena; creo que era el último sitio en el que deseaba estar, con esa loba en plena crisis y su rey —¡su rey!— sin saber qué hacer para calmar aquel mal que afectaba a su esposa.

—¿Rubis? —Se levantó de la silla y se acercó a mí—. ¿Estás bien?

Intenté controlar la risa.

Enderezarme en el taburete.

Pero no fui capaz. Me saltaron un par de lagrimones.

Vi que Eryon cambiaba de peso de un pie al otro hasta que decidió inclinarse hacia mí y, sin que viniera a cuento ni tuviera tiempo para prepararme, sus labios acabaron sobre los míos.

Lo admito, dejé de reír y me tensé como si llevara un corsé regio de esos de tiempos pretéritos. Un poco como el mundo en el que había aterrizado, ese en el que cocinaban con el fuego que quemaba en unos leños y no existía la electricidad.

La mano de Eryon se apoyó en mi nuca y sus dedos buscaron el camino entre los mechones de mi cabello mientras su boca se movía lentamente sobre la mía. Sus labios. Entreabiertos. Besándome. Como si tuviera todo el tiempo del mundo para hacerlo. Como si nada más importara que ese momento.

Era muy diferente a aquel beso ardiente con el que nos habíamos reconocido en mis sueños o durante el celo, pero tampoco era ese roce furtivo, tentativo, que en alguna ocasión habíamos compartido.

Pero era un beso. Uno real. Uno que no mostraba el hambre voraz de poseer al otro, sino más bien la intención de conectar lo que éramos. En ese beso.

Era diferente a todo lo que había vivido y, a la vez, perfecto. Como si fuera mi primer beso. Y, sí, pese a ser pausado y sosegado, fue terriblemente sensual.

Se separó de mí con movimientos lentos. Tenía los ojos cerrados, como si hubiera dejado parte de lo que era en ese nosotros. Cuando los abrió, sus ojos contenían una tormenta en su interior.

—¿Mejor? —me preguntó en apenas un susurro.

—No lo sé.

—Siempre podríamos repetir. —Sus ojos se deslizaron hacia mis labios mientras yo me sonrojaba. Una media sonrisa asomó en su rostro mientras el taburete que había ocupado Astrid se movía para colocarse a mi lado, como si no quisiera que una mesa, nada, pudiera separarnos.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le cuestioné.

—Miles no fue el primero en pensar que nuestra atípica condición podía ser algo así como una trampa para arrastrarme a territorio lobo. —Me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y se quedó observándola durante un tiempo, supongo que tomando consciencia de las diferencias evidentes entre nosotros—. No tengo ninguna duda de lo que somos, pero no te negaré que no tuve esa certeza hasta que te tuve frente a mí, en carne y hueso, por primera vez.

—Eres el rey de los faes.

Nuestros ojos se encontraron.

—Lo soy. —Su mano rozó mi mejilla—. Pero también soy tu marido.

—¿No hay una ley o algo para impedir que pueda pasar algo así?

—Ningún fae negaría a otro el derecho a compartir su vida con su alma gemela. —Una media sonrisa apareció en su mirada—. También es posible que ninguno se haya planteado que un fae y un lobo pudieran formar este tipo de vínculo. —Hizo una pausa—. En cualquier caso, pensando en el Tratado, tener a un alfa cabreado porque un fae se ha llevado a una loba con la que se había encaprichado suena menos mal que si el que lo ha hecho es su rey, ¿no crees?

—Supongo.

—Hace un tiempo que los lobos andan inquietos y eso, por definición, no suele ser un buen augurio. En cualquier caso, esto, tú y yo, es algo que nos atañe solo a nosotros. Puedo ser un rey, pero antes que eso fui solo un hombre. Y tengo muy claras cuáles son mis prioridades.

Su mirada era intensa, pero sabía por mis experiencias previas cuáles eran. Eryon era un líder. El alfa entre alfas.

—Esto, lo nuestro, ahora más que nunca, no tiene sentido. Soy una loba. ¡Una omega!

—No vayas en esa dirección, *faelan*. —Buscó mi mano y la colocó sobre la suya. Nuestras marcas estaban perfectamente definidas—. Sabía lo que eras cuando fui a buscarte. No me importa cuáles eran tus quehaceres en la manada; si seguir con esas tareas y pelar patatas hace que sientas esta casa como tu hogar, mucho me temo que estoy dispuesto a comer patatas cada día del resto de mi existencia. —Consiguió hacer que una sonrisa trémula apareciera en mi rostro—. No me importa lo que hagas o dejes de hacer, siempre y cuando seas feliz haciéndolo.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. —Se inclinó para colocar su frente contra la mía durante unos segundos—. ¿Solías cocinar para los lobos?

—Ayudaba a la cocinera de mi antigua manada; era una mujer afable que siempre me trató bien. Nunca pretendió ser mi madre, pero, para algunas cosas, me cuidó como si lo fuera. —Eryon se levantó y me tendió la mano.

—Enséñame.

—¿Perdona?

—Enséñame. Cocinemos juntos. —Su expresión era neutra, pero podía sentir una cierta diversión latiendo en su interior.

—¿En serio?

—Por supuesto. —Puse los ojos en blanco y, tras morderme el labio inferior, acepté la mano frente a mí, esa cuyas marcas eran idénticas a las que yo lucía.

Hay pocas cosas que consiguen relajarme.

Pasear por el bosque, escuchar el agua correr o cerrar los ojos con una banda sonora de esas épicas de telón de fondo.

¿Cocinar?

¿Quién me lo hubiera dicho?

Tal vez se debía a eso de que Eryon, rey de los faes, interpretara el papel de pinche. Lo que era ridículo. En un plan tan absurdo que de tanto en tanto le miraba y me daba por reír.

No quería que pensara que hacía aquello, lo de reír, para que volviera a besarme. Que no era que el beso no hubiera sido, no sé, especial. O que, muy a mi pesar, y pese a que jamás lo diría en voz alta, empezaba a ser consciente de que no me importaría que lo hiciera de nuevo. Eso de besarme.

Tal vez se debía a la conexión que existía entre nosotros a raíz de la encerrona que me había hecho cuando yo solo pensaba que se trataba de un peculiar sueño.

Esa no se la perdonaba, porque me la había jugado sin que yo supiera qué estaba pasando. Esos matices que lo cambian todo son la especialidad de los faes, después de todo. Las verdades a medias. Esas que te impulsan a tomar decisiones que tal vez ni siquiera son tuyas. Son manipuladores. Seamos realistas. Es algo que todo el mundo sabe. Especialmente los lobos.

Sin embargo, no podía negar que el beso había estado bien. Y que casi me había dejado anhelante de algo más. Digo casi, porque me negaba a aceptar que ese fae esquivo y de palabras escuetas pudiera interesarme de verdad. Incluso si, tal vez, empezaba a hacerlo.

Algo tenían sus silencios, sus miradas, que hablaban por sí solas. No necesitaba rellenar el vacío. Y se me hacía extraño, pero se sentía bien aquello. La calma que transmitía, tan diferente al caos dado a la violencia de los lobos.

—Tendríamos que poner un poco más de leña al fuego, está perdiendo fuelle —advertí al ver que las llamas apenas llegaban al recipiente.

Eryon hizo un gesto con la mano y el fuego se volvió vigoroso de repente.

—Eso es hacer trampa —le indiqué y vi que le divertía mi comentario.

—Querías fuego, y es mi deber complacerte. —El tono que usó hizo que me sonrojara. ¿Pretendía ser una provocación?

—¿No decís los faes eso de que quien juega con fuego acaba quemándose? —Vi que sonreía y una mirada traviesa se reflejaba en su rostro.

—Soy un fae, ¿recuerdas? Puedo contenerlo si prende demasiado.

—Igual te sorprenderías y la última cosa que desearías sería refrenarlo. —¡Mierda! ¿Estaba coqueteando con él?

—Tal vez.

Evité su mirada y centré mi atención en la mezcla de agua y harina que tenía frente a mí. No es que acostumbráramos a hornear pan en la manada, pero de tanto en tanto, los domingos, sorprendíamos al alfa con unas hogazas recién sacadas del horno.

Amasar aquello me ayudó a relajarme. Incluso si sentía su mirada sobre cada uno de mis movimientos y aquella sensación, la de ser observada por Eryon, se me hacía extraña. No tanto por el hecho de lo que él era. Sino por la sensación de que le gustaba hacerlo. Mirarme. Incluso si estaba cubierta de harina.

Me giré y vi que estaba ligeramente recostado contra la encimera.

—¿Cómo acabaste siendo rey? —quise saber, porque ese silencio entre nosotros, aunque no era incómodo, se sentía un poco demasiado íntimo—. Astrid me ha contado que eras algo así como el consejero de la antigua reina.

—¿Eso te ha dicho? —Ladeó la cabeza.

Sus antebrazos eran fuertes y su cuerpo viril. Llevaba unos pantalones de cuero negro que, junto a la camisa granate, le daban un aire de malote que le sentaba de maravilla. O quizá yo empezaba a mirarle con buenos ojos. Lo que podría acabar suponiendo un problema. Porque pese a la historia esa de las almas gemelas, yo aún tenía heridas abiertas, sangrando, en mi lobuno corazoncito.

—Eso he entendido.

Asintió.

—Ihara era la mejor amiga de mi hermana Gina. Crecieron prácticamente juntas, y todos daban por sentado que ella la elegiría. —Hizo una pausa—. Todos sabíamos que ella sería reina: era la única heredera de un antiguo linaje que llevaba gobernando el

mundo fae desde hacía varias generaciones, lo que viene a ser mucho mucho tiempo.

—Entiendo.

—Ihara y mi hermana tuvieron un papel importante en mi vida cuando era niño. —Su aspecto era sobrio, pero aquellos recuerdos hacían que sus ojos mostraran algo parecido a la ternura.

—No te imagino.

—No creo que fuera muy diferente a vuestros cachorros.

—¿Caóticos y roedores de zapatos?

—Igual un poco diferentes sí somos, entonces. —Me sonrió—. Caótico no, aunque sí lo era un poco mi magia. Contenerla no era tarea fácil, así que me inculcaron desde pequeño una cierta rigidez con la que equilibrar mi potencial.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Que no mordisqueaba las cosas con las que me cruzaba —se burló—. Aunque quemé más de una casa.

Mis pupilas se dilataron y él rio por lo bajo. Dio un pequeño brinco y se sentó sobre la encimera. Podría parecer cualquier cosa, pero lo de rey era lo último que se me pasaría por la cabeza.

Parecía relajado, cómodo, allí, conmigo, hablándome de su pasado. No parecía importarle, en realidad, que estuviéramos en una cocina.

—Ihara tenía un gran dominio de la magia y mi hermana, ella era una formidable guerrera. Todos dábamos por sentado muchas cosas, pero cuando llegó el momento de elegir a sus consejeros, se decantó por uno de sus mejores amigos, Kierdan, un mentalista, y en vez de elegir a mi hermana para que liderara a su ejército, me eligió a mí.

—¿Por qué?

—No tengo la certeza, pero sí algunas teorías. Tal vez quería mantener a Gina alejada de todo aquello. De la guerra que acechaba nuestras tierras. No lo sé. Podría enumerarte varias posibilidades, pero sería elucubrar sin saber el qué ni el porqué.

—¿Y qué fue de tu hermana?

—Se distanciaron. Nos distanciamos. Creo que ella tampoco se esperaba que me nombrara a mí su consejero.

—Vaya. —Se encogió de hombros—. ¿Y luego qué pasó? ¿Dejó el trono? Entiendo que no murió, porque Astrid me ha explicado que fue ella la que te nombró su sucesor.

—Es un procedimiento habitual cuando no existe un descendiente directo, algo que, teniendo en cuenta nuestro acuerdo, se repetirá cuando tengan que sucederme.

—Cierto. —Nada de sexo. Eso era lo que habíamos pactado. Un beso robado era perdonable. Y no tendría que estar dándole tanta importancia al tema.

—En aquella ocasión, nadie esperaba que Ihara claudicara. —Vi que desviaba la mirada hacia el infinito, como si aquellos recuerdos le dolieran—. Era joven, para lo que supone ser un fae; sin embargo, priorizó la negociación del Tratado.

—¿Qué tiene que ver el Tratado con vuestra antigua reina?

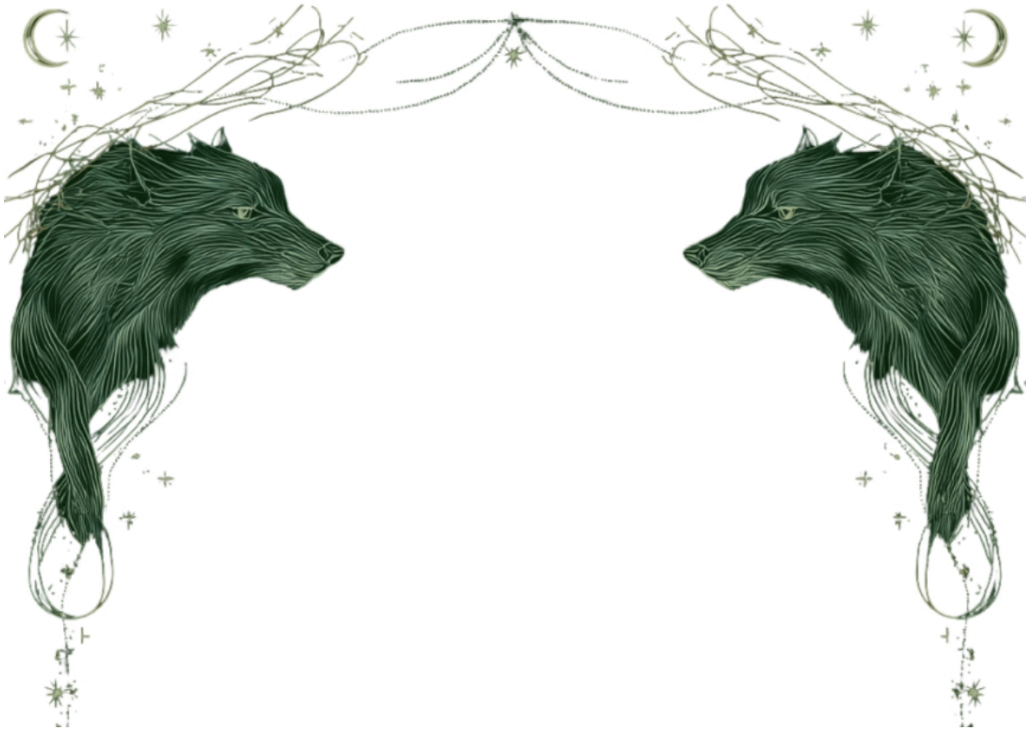
—Ihara firmó aquel pacto con su sangre. No puedo darte los detalles de este, porque es algo que no trascendió más allá de los que participaron en ese encuentro, pero sí sé que tras las negociaciones renunció a mi favor y al poco desapareció, como si su vida formara parte de aquel acuerdo para traer la paz al territorio fae.

—Lo siento. —Podía sentir que aquello le dolía. La pérdida.

—Era una buena amiga y fue una gran reina. —No dejó de mirarme—. Durante mucho tiempo fui fiel al Tratado para honrar su sacrificio, aunque en algunas ocasiones… —Hizo una pausa, pero no llegó a acabar la frase. Lo que fuera, prefirió no decírmelo. Tenía la certeza de que no me hubiera gustado oírlo. Algo sobre vengar a su amiga. Con plata líquida, tal vez—. Sin embargo, sin ese Tratado, es posible que esto, tú y yo, no hubiera sido posible.

Para alguien que se había tomado tantas molestias para ir a mi encuentro, tal vez ese era un buen argumento.

Aunque, para un lobo, la venganza es una motivación tan válida como cualquier otra.



CAPÍTULO 16

ESE TÚ Y YO QUE FORMA UN NOSOTROS

NO SABRÍA DECIR SI HABRÍA SIDO una gran pérdida que Eryon y yo no hubiéramos llegado a coincidir en tiempo y espacio, pero decidí no ponerme en plan aguafiestas, porque podía percibir la pérdida impresa en las palabras de Eryon al hablar de la que había sido su amiga, su reina.

—¿Recuerdas el libro de cuentos? —Asentí—. Me lo regaló ella; decía que debía ver más allá de lo que tenía justo en frente y que mi mayor error fue dejar de ser un niño.

—Creo que me hubiera caído bien. —Me sonrió.

—Es posible. Estoy seguro de que tú, a ella, le hubieras gustado. —Hizo una pausa en la que se limitó a mirarme y yo intenté fingir

que todo estaba bien, pese a que nada lo estaba—. Se sentiría feliz al vernos juntos: ella siempre soñó con encontrar a su alma gemela.

—Pero no lo consiguió.

—No todos somos tan afortunados, *faelan*. —Se limitó a mirarme, como si quisiera decir algo más, pero optó por callárselo. Afortunada no es como yo me definiría, la verdad, pero me callé, una vez más, y opté por volver a una zona en la que pudiera sentirme segura.

—Creo que ya podríamos probar la sopa de verduras. —Lo de meterle dentro un buen trozo de pollo y el hueso de un jamón ya ni lo había mencionado. Su veganismo sería mi talón de Aquiles.

Eryon se acercó al recipiente que estaba sobre el fuego. Cogió un cucharón y lo rellenó. Vi que bufaba con delicadeza y, tras acercarse a mí, me lo ofreció.

Se sintió como un gesto casual, pero, al mismo tiempo, también había un algo de íntimo y personal en todo aquello. Titubeé antes de aceptarlo, pero acabé abriendo la boca.

—No es por nada, pero nos ha quedado riquísima. —Una media sonrisa iluminó sus ojos antes de acercarse la cuchara y, sin dejar de mirarme, bebió de ella con suavidad, dándole un aire sensual a algo que debería ser banal y antimorbo.

Dudo que lo hiciera a propósito.

Lo más probable era que mi mente, inquieta y un tanto subidita de tono, me estuviera jugando una mala pasada. Tal vez no podía achacárselo al celo, pero sí a lo que yo era. Una loba, al fin y al cabo.

—Tienes razón. —Parecía satisfecho—. Si quieres, podemos hacer algo de tiempo y tal vez podríamos invitar a Miles a comer; siente curiosidad por conocer a mi alma gemela.

—Creo que le preocupa que sea una loba.

—Eso también, no voy a negártelo. —Se acercó a mí. Elevó una mano para capturar un mechón de mi pelo y se lo enredó en el dedo—. Me gustaría conocerte un poco mejor.

Me atraganté bajo su mirada. Intoxicada por su proximidad. Eryon era alto y la mejor forma para definir su cuerpo sería usando el adjetivo «esbelto», pero no en un sentido delicado y frágil, como

sería en mi caso; su presencia irradiaba seguridad y confianza, al margen de ese porte elegante que tenían sus movimientos.

—¿En qué sentido? —le cuestioné notando rasposo el cuello, como si de repente me faltara aire.

—Encuentro graciosa la forma en la que te sonrojas.

—Ya, bueno, es que los lobos nos dejamos llevar por nuestras emociones y somos un tanto intensos.

—No como los faes. —Elevó una ceja.

—¡Yo no lo he dicho! —Le sonreí con un gesto descarado.

—Que no significa que no lo pienses.

—*Touché.*

—Dime cómo somos. Los faes.

—Fríos, calculadores, manipuladores, hábiles en las verdades a medias y emocionalmente planos. —Su mirada se mantuvo neutra—. Lo del palo en el culo, admito que quizá fue un poco exagerado.

—Entiendo que así nos ven los lobos, pero ¿cómo me ves tú? Sé que puedes sentirme. —Apreté los labios y le sostuve la mirada, pero no le contesté—. ¿Sabes qué se dice de los lobos? Que tenéis un olfato extraordinario.

—Lo tenemos. —Elevé el mentón en un gesto meramente orgulloso. Cada vez me encontraba mejor. Y con ello estaban haciendo acto de presencia, de nuevo, mi arrogancia y mi testarudez.

—Que vuestro olfato os permite percibir cosas que para el resto pueden ser imposibles. El miedo, por ejemplo. El deseo, ¿tal vez?

—Podemos.

—Es fascinante, en realidad. ¿Puedo preguntarte a qué huelo, *faelan*? —Se acercó hasta quedar apenas a un par de palmos de mí, pero no llegó a tocarme.

—A tormenta. —Sus ojos brillaron con una cierta satisfacción.

—Eres sorprendente. —Su voz sonó en apenas un susurro y sus ojos se volvieron brillantes—. ¿Puedo acercarme?

—¿Para?

—Me gustaría que intentaras captar más matices en mi olor. ¿Crees que podrías?

—Claro. —No soy de las que se achican ante un reto.

No esperé a que se moviera, acorté la distancia y dejé que fuera mi nariz la que se acercara a él. Me puse de puntillas para intentar alcanzar la curva de su cuello, una de las zonas en las que los olores solían hacerse más evidentes en las personas.

Me obligué a no ronronear cuando el aroma de Eryon inundó mis fosas nasales. Debería haberme acostumbrado a esa mezcla suave con matices que me recordaban a las flores silvestres, a la humedad refrescante que invade el bosque después de la tormenta y a hombre.

Sin embargo, no fue solo eso lo que encontré en él. Había algo diferente. Una fragancia puramente masculina. Viril.

Feromonas.

¡Joder!

Jadeé cuando intenté alejarme de él y estuve a punto de tropezarme, pero uno de sus brazos acabó en mi espalda, lo que hizo que me tensara mientras mi cuerpo reaccionaba. A su olor. A su presencia. A la proximidad de su cuerpo.

Le solté un bufido entre dientes.

—¿Algo te ha sobresaltado? —Su expresión era fría, neutra, como si en realidad solo sintiera una absoluta indiferencia.

—Me confundes.

—¿Podrías ser más concreta? —No dejó de sostenerme, ni yo hice el esfuerzo de alejarme de él.

—Por tu olor casi pensaría que me deseas. —Su expresión no cambió ni un ápice mientras yo me sentía estúpida, confundida y molesta a un tiempo. No sabría decir si con el mundo, conmigo o con él por ponerme a prueba.

—Entiendo que consideras eso como un ¿imposible?

—Podrías estar retransmitiendo el tiempo ahora, ¿sabes? Tu olor dice una cosa, pero la forma en la que me miras, tu rostro impasible, dice otra.

—Entiendo.

Quise separarme, pero su brazo se tensó sobre mis lumbares y me retuvo frente a él.

—Si una cosa sé de los lobos, es que su mayor don es su instinto. No subestimes lo que eres capaz de percibir, *faelan*, ni lo que eres.

—Tragué saliva mientras sentía una calidez extraña irradiar de su cuerpo—. Si yo pudiera oler ese tipo de cosas, Rubis, ¿qué percibiría?

Su voz era sensual. Como una caricia aterciopelada. Y me hizo ser consciente de los cambios que mi cuerpo estaba experimentando. Agradecí que fuera un fae. Y que no pudiera percibirlo. Le sonreí con descaro.

—Mala suerte, fae, ya ves, ser un lobo mola más. —Sus labios mostraron una pequeña sonrisa.

—Podría usar el vínculo para sentirte, ¿sabes?

—¿Vas a hacerlo?

—¿Hay algo que sientas la necesidad de ocultarme?

—¿Esto es un interrogatorio?

—Nada más lejos de la realidad, *faelan*, pero no querría irme de aquí sin resolver la duda que, por lo visto, he generado.

—¿La duda?

—Sobre lo que despiertas en mí.

—Eso… no importa, en realidad.

Su olor me llamaba. No diré a gritos, porque era algo mucho más sutil, más sensual, como una melodía que te incita a que te acerques y que te envuelve hasta que sus notas consiguen atrapar a todos y cada uno de tus sentidos.

No tenía nada que ver con las explosiones abruptas de feromonas propias de los lobos que desean aparearse, pero era imposible negar lo que mi nariz era capaz de apreciar, por mucho que los cambios fueran sutiles y muy diferentes a los que se podían percibir en las manadas.

—Sí que importa, *faelan*, porque tengo la sensación de que no quieres aceptar la realidad de que, aun siendo un fae, también soy un hombre. —Sus ojos se clavaron en los míos y su brazo se tensó en mi espalda, acercando mi cadera a la suya.

Mis pupilas se dilataron cuando noté algo duro y prominente sobre mi estómago.

Tragué saliva mientras sentía una contracción en el vientre. La humedad entre mis piernas.

—Entiendo que *esto* no se ajusta a las directrices que acordamos, pero no me importaría reajustarlas a nuestra situación actual si admites que, aunque la idea te aterra, tú también me deseas y no te desagrada la posibilidad de mantener una relación física conmigo.

—Eres lo peor.

—¿Por?

—Por dar las cosas por sentadas.

—¿Qué tipo de cosas? ¿Vas a negarme la verdad?

Su mirada se volvió más aguda. Le había prometido algo así, ¿no? Sinceridad. Su verdad era dolorosa. Porque era cierta. Lo deseaba, sí, pero ni siquiera estaba segura del porqué. ¿Por despecho? ¿Por el vínculo? ¿Por la sensación de que estaba en deuda con él?

—¿Hace cuánto que estoy aquí?

—Poco más de dos semanas.

—¿Crees que podría amar a alguien después de lo que he sufrido en tan poco tiempo? —Elevé el mentón.

—Es una buena pregunta. —Me observó, pero no me liberó de su contacto, de su proximidad—. ¿Significa eso que crees que podrías llegar a hacerlo?

Le gruñí.

—No me refería a eso.

—Yo tampoco, pero es innegable que nuestros cuerpos quieren reconocerse igual que lo han hecho nuestras almas. —Una media sonrisa condescendiente apareció en su rostro—. Tus expresiones, tu espontaneidad, *faelan*, es como si fueras un libro abierto. —Hizo una pausa—. Podría evitarlo. Mantener la distancia. Respetarte. Pero eres una loba y creo que lo que necesitas es justamente esto. Saberme. Sentirme. Tocarme. Que mi olor forme parte del tuyo. Entender que estoy aquí. Para ti. Y que no tengo nada que ver con él.

Deseé estrangularle.

Ojalá pudiera leer eso en mis ojos.

—¿Te enoja escuchar esa verdad que no quieres aceptar? —El cabrón lo estaba disfrutando.

—Es tu verdad, pero no tiene por qué ser la mía.

—En tal caso, supongo que no tendrías ningún inconveniente en que volviera a besarte.

—¿Besarme? No le veo el sentido.

—Yo tampoco al motivo de la negación.

—Bacterias. Virus. No puedes llegarte a imaginar la de mierda que se puede pillar si vas morreándote por ahí con la primera que pasa.

Vi que le divertía mi argumento.

—¿Podría ser peligroso?

—Mucho —aseguré. Admito que se me estaba pasando el cabreo. Uno que mucho tenía que ver con mi instinto de supervivencia, que me había empujado a ponerme a la defensiva.

—Me gusta esta sensación, *faelan*, este tú y yo que forma un nosotros.

—No puedes hablar en serio.

—Me atrae que seas diferente.

—Diferente es quedarse corto, Eryon. Para empezar, ni siquiera somos de la misma especie.

—Cada vez me parece más un aliciente que no un problema.

—Tienes un algo de masoca. O tal vez eso de ser rey te tiene muy, pero que muy, aburrido.

—No es un tema de aburrimiento que desee besar a mi esposa.

—Eso de esposa me pone el vello de punta.

—¿Te emociona?

—Más bien lo contrario. Me suena a una soga en el cuello. Una más apretada de lo que me gustaría.

—Entiendo. ¿Qué tal… mi reina? —Abrí los ojos como dos platos.

—Ni loca. Sigue intentándolo.

—No vas a ponérmelo fácil.

—Nunca. —Sonreí, pero sentí esa conexión entre nosotros.

No solo era un deseo físico, pese a que seguía latiendo de forma bastante evidente entre nosotros, sino algo más profundo que nacía de esa complicidad y seguridad que me aportaba saberle cerca, tal vez por el hecho de que me había cuidado en mis horas más oscuras, cuando yo no era capaz de valerme por mí misma.

—Siento decirte que a los faes nos gustan los retos.

—¿Pretendes convertirme en uno?

—En varios, de hecho.

—Te escucho. —No lo diría en voz alta, pero se sentía bien sentir su brazo rodeándome. Su cuerpo y el mío en contacto. Su olor. Sí. Me gustaba percibirlo. Me hacía pensar en la belleza salvaje de presenciar una noche de tormenta en plena naturaleza.

—En primer lugar, me he comprometido a ayudarte e investigar cómo funciona el proceso para que puedas transformarte en lobo. —Ahí me tocó un poco. Que le importara aquello. Porque él no obtenía beneficio alguno de que yo lo hiciera. Su único interés era complacerme. Porque para mí era algo importante—. En segundo lugar, pretendo ganarme tu respeto, tu lealtad y también tu amor. —Me sostuvo la mirada.

—No sé cómo diablos pretendes conseguir ninguna de esas cosas.

—Se me ocurre que, para empezar, podría volver a besarte.

Debería decirle que no, pero me limité a quedarme allí, indecisa. Sus ojos tintinearon y el azul de la tormenta se volvió más intenso mientras se inclinaba hacia mí. Su olor. El rocío de la mañana volvía a teñirse con matices mucho más masculinos. Una verdad que nadie podía fingir. La del deseo. La de un hombre que anhela a una mujer. Incluso si esa era yo.

Sus labios se posaron sobre los míos. Sentí como se tomaba su tiempo antes de profundizar aquel beso, pero cuando introdujo su lengua en mi boca, me encontré respondiendo a su avance con la fiereza propia de una loba.

El deseo era real.

Le deseaba.

Era una realidad que quemaba.

Dolorosa.

Porque aún amaba a Riker.

Pese a que lo odiaba, claro.

Dejé de pensar en el pasado cuando Eryon me apretó contra su cuerpo y percibí con intensidad su olor. La forma en la que me llamaba. Su deseo. Parejo al mío. Mis manos buscaron su espalda. Sentí las garras deseando emerger. Como si quisiera, no sé, marcarle de nuevo. Demostrarle que era mío. La loba estaba tomando el control. Y le reconocía. Lo que era tan absurdo como asombroso.

Me alzó para colocarme sobre la encimera y se colocó entre mis piernas. Sus manos recorrían mi espalda.

Mi mano buscó su nuca, para presionar sus labios contra los míos, mientras nos devorábamos el uno al otro. Jadeé al sentir su miembro pulsar contra mí. Me arqueé y Eryon buscó la curva de mi cuello. Sentí que empezaba a succionar con fuerza y gruñí excitada.

En un acto de lucidez, empujé sus hombros para alejarlo de mí. De lo que despertaba en mi interior. Le deseaba, sí, ¿pero era eso lo que realmente quería?

Me sentí insegura. Confundida. Busqué su mirada y encontré una tormenta brillando en sus ojos, aunque su expresión era neutra, impasible. Su cadera seguía encajada entre mis piernas y podía sentirle con demasiada nitidez, deseando que encontrara el camino hacia mi interior.

Sus manos se deslizaron por mi espalda, con suavidad, mientras mantenía el contacto entre nosotros, pero no volvió a mostrar intención de acortarlo.

Entendía mi rechazo.

Y lo aceptaba.

Un lobo jamás se tomaría aquello con esa templanza. Por una vez, no lamenté que fuera un fae, al contrario.

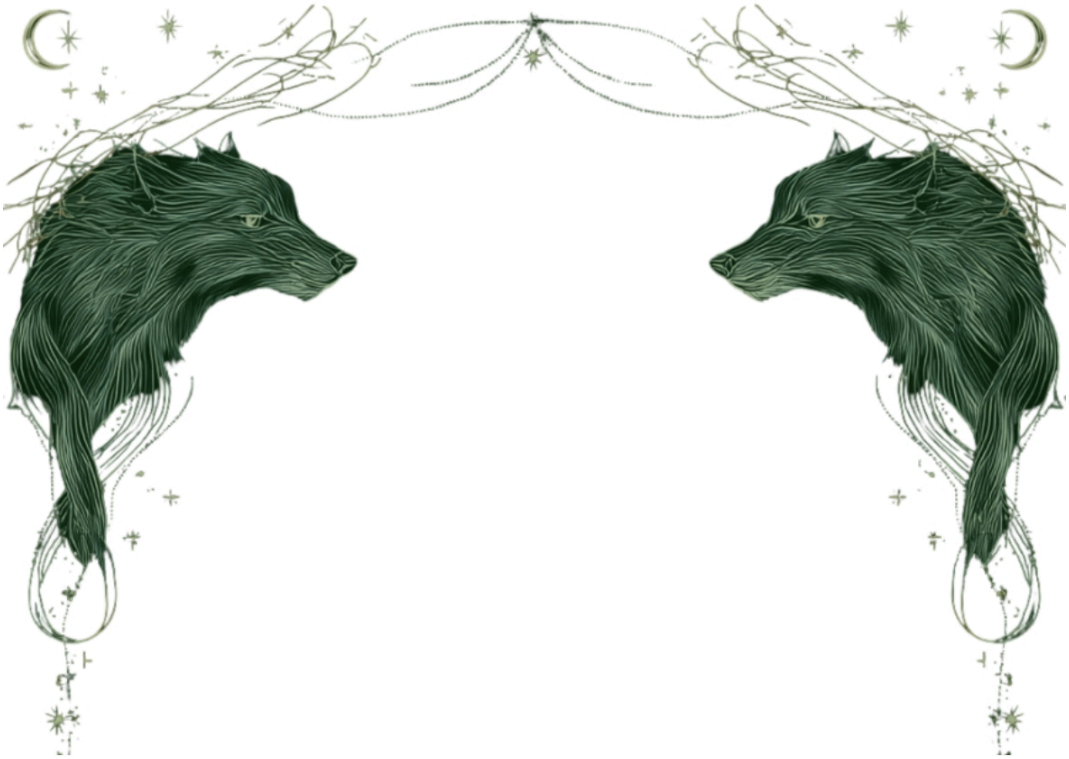
—Me abruma, *faelan.* No sé si se debe a lo que eres, a nuestro vínculo o tal vez al ritual, pero haces que sienta fuego en mi interior, Rubis. —Se inclinó y rozó furtivamente mi frente con sus labios antes de liberar mi cadera de sus manos—. ¿Te apetece que nos sentemos fuera un rato?

Tenía los labios enrojecidos. El corazón desbocado.

Asentí.

Necesitaba tomar el aire.

O darme un baño bien frío.



CAPÍTULO 17

EL SECRETO QUE OCULTA LA MIRADA DE UN FAE

EL SOL ESTABA YA EN LO ALTO para cuando salimos del edificio. Elevé el mentón y dejé que los olores llegaran a mí.

No fui consciente de haber cerrado los ojos, pero por lo visto lo hice; me encontré a Eryon observándome cuando los abrí.

—Astrid me ha dicho que habéis llegado hasta el arroyo.

—¿Cuándo te lo ha dicho? —Lo miré confundida.

—Tiene una cierta habilidad de telépata.

Ya, eso. Astrid le había dicho a la cocinera que se mentalizaran de que carecía de esa habilidad en concreto. Ella la poseía. Además de ser hábil con los cuchillos, claro.

—¿Hay algo que no podáis hacer los faes? —le cuestioné un poco molesta. Los lobos nos creíamos lo más, si nos comparábamos con los humanos, pero empezaba a ser consciente de que el mundo de los faes era mucho más complejo y rico que el nuestro. Su magia. Sus habilidades. Sus reliquias.

—No sabría decirte. —Una media sonrisa se dibujó en su rostro antes de añadir—: No podemos convertirnos en lobos.

—Yo tampoco. —Me encogí de hombros.

—Aún —matizó—. Eres una loba, nos falta el cómo, pero es indiscutible que forma parte de lo que eres.

—Eso no voy a negártelo.

Caminamos alrededor del edificio y nos adentramos en un jardín con pérgolas por las que trepaban los jazmines en flor, pese a que aún no era primavera.

Nos sentamos en una glorieta con techo abovedado y columnas de hierro forjado teñidas en blanco que semejaban raíces entrelazándose las unas con las otras. El suelo estaba cubierto por unas placas de mármol blanco y había una lámpara con lágrimas de cristal pendiendo de la cúpula de vidrio.

Observé cómo los reflejos de luz emitían suaves y delicados brillos con toques de arcoíris a nuestro alrededor. Tal vez no se debía a la magia, pero el lugar era, de por sí, de una belleza cegadora.

Las sillas de metal blanco en las que nos sentamos parecían antiguas. Tenían grabados e intrincadas figuras elaboradas en el metal, pero, a mi pesar, eran harto incómodas. Demasiado rígidas.

Con todo, no me quejé.

Prefería respirar un poco de aire y sentirme un mucho menos prisionera. No sabría decir de quién, pero era como si me hubieran puesto una soga en el cuello y poco a poco la hubieran ido apretando. Primero Riker. Había veces que podía sentir su mordida. Como un escozor que me obligaba a recordar todo lo que había pasado. Incluso si ahora estaba allí, en territorio fae, con Eryon, rey de los faes.

Tras pasar tantos días y noches encerrada allí dentro, mientras me recuperaba tanto física como mentalmente de la traición del que se suponía mi compañero, volver a percibir el mundo en todo su

esplendor con todos mis sentidos se sentía un poco como un lujo. Uno liberador.

Incluso si lo hacía acompañada.

Sentirle no me molestaba.

Lo que era, de *per se*, un tanto preocupante.

Cerré los ojos para deleitarme con la fragancia de las flores mientras sentía la calidez del sol sobre mi piel.

No tenía claro si un fae podía apreciar ese tipo de cosas, pero era obvio que disfrutaban de la belleza de una forma muy diferente a los lobos. Había una perfección etérea en todo lo que nos rodeaba, incluso en la forma en que las enredaderas trepaban por las columnas o la mezcla de colores que rompían la pureza de aquel blanco que brillaba bajo la luz del sol.

—¿Te gusta? —Al centrar mi atención en Eryon, vi una expresión de satisfacción en su rostro.

—¿A quién no? —Asintió.

Estaba sentado en una silla pareja a la mía, una de esas que lucen en una postal; quien la diseñó desconocía eso llamado ergonomía, pero él parecía a gusto en ella, como si no notara aquellos hierros clavarse en sus posaderas y su espalda.

—Me encantan los olores que se pueden percibir. Son intensos, pero, al mismo tiempo, no se hacen pesados.

Observé el hermoso jardín que se extendía frente a nosotros y que acababa en los límites de un bosque que era más verde y parecía más vivo que cualquier otro que hubiera visto.

—Siempre están en flor. Los jazmines.

—¿Y eso?

—Magia fae. Magia de tierra.

—¡Cómo no!

—¿Nótese un cierto tono de envidia?

—Tal vez. —Observé el lugar—. ¿Cada fae domina un elemento?

—No exactamente; es algo complejo, que depende del linaje del que procedes. Suele existir una dominancia de un elemento concreto, pero hay muchos faes que poseen el control de varios en medidas similares.

—Banasha, la cocinera. —Elevó una ceja, creo que sorprendido de que recordara su nombre—. Ella domina varios.

—Todos lo hacemos, aunque hay elementos que se nos resisten más que otros y supone una inversión de tiempo conseguir controlarlos.

—¿A ti cuál se te resiste?

Vi que reflexionaba.

—Tal vez la tierra; siempre he sido de mirar más a las estrellas. —Me sonrió y me encontré apreciando lo atractivo que era cuando no tenía el ceño fruncido—. Existe un patrón de herencia bastante variable en lo referente a nuestras habilidades mágicas y afinidades elementales.

Parpadeé.

—¿Perdona?

—Es algo complejo que depende de muchos genes recesivos que presentan, además, una gran variabilidad en su expresión fenotípica. —Abrí la boca, incrédula, porque aquella sarta de palabras mitad científicas no le pegaba para nada al hombre que me acompañaba.

Hizo una pausa. Le divertía mi expresión perpleja.

—No hablas en serio —conseguí decir tras un par de balbuceos.

—Soy un fae, sería raro lo contrario.

—No tenía la más remota idea de que supierais ese tipo de cosas. ¿Cómo diablos sabéis que esas habilidades dependen de genes recesivos?

—¿Lo dices por nuestra carencia de tecnología?

—Por ejemplo. —Una media sonrisa condescendiente asomó en su rostro.

—Tenemos edificios y laboratorios en territorio humano. Existe una delegación de faes viviendo allí, investigando temas concretos que consideramos interesantes para entender lo que somos y poder preservarlo.

—¿En serio?

—Un viejo amigo mío, Kierdan, el que también fue consejero de Ihara, se ocupa de esa delegación. Cuando es necesario, ejerce a modo de enlace con humanos y lobos.

—Sabía que había zonas elitistas con faes en algunas ciudades, pero todo esto, que hayáis investigado sobre ese tipo de cosas me parece… sorprendente.

—Se supone que tenemos fama de eruditos, *faelan*. El conocimiento nos fascina, y eso incluye también los descubrimientos modernos.

—¿Por qué, entonces, vivís en estas condiciones?

—¿A qué condiciones haces referencia?

—Sin electricidad. Ni teléfonos o televisión.

—Nos gusta ser fieles a lo que somos; sentir nuestra magia y compartirla, cultivar nuestro don, nuestra mente, y también nuestro cuerpo. Para hacerlo, nada de eso es necesario, en realidad. —Era un buen argumento—. Que no usemos electricidad ni seamos adictos a vuestros aparatejos tecnológicos no significa que no tengamos unas buenas bases de botánica, matemáticas, química o física, por ejemplo.

—Admito que me parece increíble.

—Lo tomaré como un halago.

—No creo que el mérito sea solo tuyo —le provoqué.

—Que existan esas delegaciones y subvencionar los costes que suponen tal vez sí tenga algo que ver con las decisiones que toma el rey de los faes, ¿no crees?

—Pero no eres tú el que está allí dando la cara.

—Eso es cierto. —Me sonrió—. Kierdan es una mente inquieta que necesita focalizarse en algo. Le di la oportunidad y la resolvió de forma magistral.

—Lo admiras.

—En algunas cosas, sí.

—Lo que implica que no en todas.

—No en todas, cierto. —Rio por lo bajo—. Me dijiste que te gustaba estudiar y que estabas en un centro, o algo así, con humanos y mestizos, ¿verdad?

—Sí, aunque no es lo habitual. La mayoría de los lobos van a academias o institutos ubicados dentro de las manadas más importantes, pero son lugares que tienen un coste elevado. Emma, mi mejor amiga, estudiaba en uno de esos.

—¿Te hubiera gustado haber podido asistir a ese lugar con ella?

—Sí, supongo, pero entonces no habría conocido a Re.

—El mestizo. —Asentí.

—Compartimos el contenido teórico de los currículums que les exigen a ellos para acceder a las facultades, pero los lobos tenemos algunas asignaturas propias sobre nuestra historia, por ejemplo, o clases de combate.

—¿Y qué tal se te daba?

—Los estudios, bien, en combate apesto.

—Tiendes a ser demasiado dura contigo.

—Te equivocas: soy realista. —Le sostuve la mirada—. No necesito demostrarle nada a nadie, pero tampoco tiene sentido mentirme a mí misma. Tengo garra, eso sí, pero no dispongo del tamaño ni de la fuerza que sería esperable para una loba de mi edad.

—En tal caso deberías utilizar la fuerza de tu oponente a tu favor. —Algo así me había dicho Astrid. Tal vez era lo que hacían ellos.

—Lo que sea. Me encantaría chasquear los dedos y, no sé, helar el Matalobos. Fue espectacular. Creo que jamás un lobo habría llegado a imaginar que sería posible hacer algo así.

—Suena como un elogio.

—Lo es.

—Tal vez quería impresionarte. —Sus ojos brillaron con picardía.

—¡Felicidades!, lo lograste. —Le sonreí—. Aunque también me acojoné un mucho porque hizo más real el hecho de que eres un fae.

—Ya, eso es algo a lo que deberías empezar a estar familiarizada. —Me sonrió y fui consciente de que me gustaba demasiado cuando lo hacía, tal vez porque suavizaba la rigidez sobria de su rostro.

—¿Cualquier fae hubiera podido lograr algo así?

Negó con la cabeza.

—Se requiere una habilidad y un control avanzado sobre el elemento del agua y del aire.

—Conocimientos que tú tienes.

—No tendría sentido negarlo. —Su expresión era neutra, pero había una cierta cautela en su mirada. Empezaba a ser consciente

de que quizá no era casualidad que ostentara el título de rey.

—Así que eres un friki incluso entre los faes. —Su torso convulsionó ligeramente, pero no supe si era un amago de carcajada o se había atragantado con mis palabras.

¿Estaba mal visto que llamara friki al rey de los faes?

Esperaba que no me lo tuviera en cuenta.

—Voy a contarte algo sobre la magia fae. —Su expresión se volvió más solemne y se inclinó hacia mí. Hice lo mismo, como si entendiera que lo que fuera a decirme era importante, un secreto, tal vez.

Apenas unos centímetros nos separaban. Sus ojos. Tan azules. Tan intensos. Brillaban.

—¿Por qué tus ojos brillan?

Mierda. ¿Lo había preguntado en voz alta?

—Eres observadora y astuta, y esas son dos grandes cualidades. —Si se estaba cachondeando o en realidad era un elogio, no pondría la mano en el fuego.

Decidí esperar, pese a que la paciencia no era una de mis virtudes, a que Eryon continuara:

—Existe un pulso, una energía mágica, que late con vida dentro de cada fae y que viene condicionada por los linajes de los que procedes. —Hizo una pequeña pausa—. Esa magia es la que puedes ver centelleando en mis ojos, ansiando salir, en ocasiones.

—Lo sospechaba —le confesé. Alzó la mano y capturó un mechón rebelde que pendía sobre mi ceja para colocármelo con delicadeza detrás de la oreja.

—Sin embargo, hay más magia, *faelan*, disponible a nuestro alrededor, magia que no depende de nosotros, sino de nuestra capacidad de canalizarla.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Y, sin embargo, así es. —Muy críptico él—. Dime si alguna vez has tocado un objeto, el que sea, y has notado un hormigueo o una sensación cálida en las yemas de los dedos.

Le observé mientras me tensaba.

—Es posible. —Asintió.

—La energía forma parte de todo lo que nos rodea y tiene una vibración, podría decirse, característica. Los faes más poderosos son aquellos capaces de conectar con esa energía libre, canalizarla y redirigirla; es un proceso que conlleva un largo tiempo de aprendizaje, pero que podría permitir a un fae usar la propia fuerza del Moonwhisper para consolidar un puente de hielo sobre él.

Le observé. Todo aquello me era totalmente nuevo, pero podía entender lo que me decía. Toda acción tiene una reacción. La energía de una frenada se transforma en calor. Era un principio básico de física, ¿no? Eso de que la energía no se crea ni se destruye, se transforma.

Eryon era capaz de hacer justamente eso y no podía evitar admirarle un poco por poseer semejante poder.

—Sorprendente.

—Con mi magia podría prender una hoguera, pero necesitaría de esa energía que fluye en todo lo que me rodea para prender fuego a una casa, por ejemplo. —Lo que implicaba que podía hacerlo. Quemar una casa. O varias. Un pueblo entero. Me estremecí—. Tal vez tu habilidad de transformarte en lobo puede venir condicionada por un proceso similar.

—¿Cómo?

—Una predisposición genética y una determinación en dirigir vuestro foco, la intención, hacia vuestra forma animal.

—No suena mal, ahora, no sabría decirte si esa teoría me va a ser útil.

—Veremos. —Se recostó en su asiento—. Los faes diferenciamos la magia elemental en seis tipos. ¿Te atreves a probar suerte? —Sus ojos brillaron, motas de plata en un azul tan intenso que no sé cómo en un primer momento, incluso si fue en mis sueños, pude pensar que era un lobo. O un ser humano.

—Fuego. —Asintió—. Tierra. Hielo. ¿Has dicho antes aire?

—Correcto.

—¿Qué hay de los rayos?

—Luego llegaremos a ellos, pero empecemos con las nociones básicas, *faelan*. —Hice un mohín—. Los elementos que te faltan tienen mucho que ver con la vida y podrían definirse como cuerpo y

mente. —Vio mi aspecto de confusión y continuó—: Los faes que poseen el don del cuerpo suelen acabar ejerciendo como sanadores, pero también son los que pueden hacer que un jazmín florezca, nutriéndolos con su magia.

Era interesante. Lillan, la mujer que había acompañado a Eryon cuando yo estaba sufriendo la mordida de Riker, tenía que ser una fae de ese tipo.

—¿Qué hay de los de la mente?

—Los mentalistas son raros, en realidad. —Se frotó el mentón, como si reflexionara—. Suelen ser telépatas de alto rango y tienen la habilidad de interferir en tus pensamientos o incluso en tus emociones, además de leer mentes para desvelar tus secretos. Su habilidad no es muy vistosa, pero no por ello menos poderosa.

—No me gustaría encontrarme a uno de esos.

—¿Significa eso que me escondes algo? —Me tensé y una media sonrisa apareció en su rostro—. Raro sería lo contrario, Rubis, no quería incomodarte. Está bien así. Jamás usaría a un mentalista para derrumbar tus defensas; prefiero que sea el tiempo el que te enseñe que, conmigo, no las necesitas.

Una corriente de aire hizo que mi cabello ondulara y sentí una calidez rozarme la mejilla. Era Eryon. O su magia. Lo que fuera.

Podía sentirle.

Incluso si él se mantenía quieto, sus ojos azules brillaban con la magia que vibraba en su interior y su expresión era neutra, indiferente. Pese a la intensidad que podía percibir en sus palabras. Una promesa. De un fae. Latiendo, entre nosotros.

—¿Qué tipo de fae eres tú?

—Todos somos un poco todo, porque provenimos de muchos linajes diferentes a un tiempo. Mi padre dominaba el poder de la mente, mientras que en mi madre latía con fuerza el del agua. —Hizo una pausa—. Siempre se me dio bien el agua, aunque soy un mentalista aceptable, y a eso de los diez o doce años descubrimos que mi magia se fortalecía durante las tormentas hasta el punto de convertirse en una de ellas. Hay quien dice que se debe a que soy un tanto temperamental.

Lo miré.

Parpadeé.

Y empecé a reír.

A carcajadas.

¿Temperamental?

¿Eryon?

¡Apaga y vámonos!

Eryon frunció el ceño que, siendo él, era como si hubiera soltado un «Me importa una mierda que no me creas», a lo que acabé riendo aún más fuerte y me vi obligada a taparme la boca más por educación que por otra cosa.

—Quien sea que te ha soltado eso, no ha vivido nunca con un lobo.

—De eso puedes estar segura.

—Temperamental es el último adjetivo que me vendría a la mente para describirte.

—Entiendo. ¿Y cuál usarías?

Interesante. Frío. Apático. ¿Atractivo?

—Me quedo con ese último. —Me tensé en la silla y ahí sí que vi a Eryon, de repente, reír por lo bajo. Apenas un poco. Pero fue extraño. En plan bien. Como si sintiera su diversión y su alegría en mi interior. Como si fuera también mía esa felicidad suya—. Que no tenga intención de entrometerme en tu mente no significa que pueda evitar que tú te dediques a chillar dentro de la mía.

—¿De qué estás hablando? —gruñí, poniéndome a la defensiva.

—Es algo que a veces sucede entre dos almas gemelas.

—No me has respondido.

—Proyectas parte de tus pensamientos en mi mente.

—Yo no hago eso.

—Que no seas consciente de hacerlo no significa que no lo hagas, *faelan*.

—¿En serio yo…?

—De tanto en tanto. De ahí que te haya abierto la mente esta mañana, cuando estabas con Astrid.

—Estaba cagándome en tus ancestros —le solté mientras me sonrojaba un mucho—. Pensaba que lo de hoy había sido cosa tuya.

—Para que exista una conversación, se necesitan dos personas, *faelan*.

—Yo no soy una telépata. —Ni una fae, pero decidí que esa información ya la sabía de sobra.

—No es tanto una habilidad, sino se trata más bien de una conexión. Una que no he intentado abrir o usar de forma habitual, porque entiendo que podría resultarte incómoda. Sé que los lobos, en su versión animal, forman parte de una mente colectiva y poseen ese tipo de capacidad, pero tú aún no te has transformado, así que ha de sentirse extraño.

—O un tanto intrusivo.

—Evitaré volver a hacerlo, *faelan*, en tal caso.

—Algunos alfas pueden hacer algo así con sus personas más próximas —le conté—. Enviarles pensamientos, órdenes, incluso cuando no están en su forma de lobo.

—Es un apunte interesante —admitió—. Lo cierto es que llevas usando nuestro vínculo de tanto en tanto, desde que llegaste.

¿Qué mierdas podría haber escuchado de mis caóticos pensamientos? Me horroricé ante esa posibilidad.

—No tengo ningún problema en seguir fingiendo que no los escucho, *faelan*, para no incomodarte. —Claro, como que eso me tranquilizaba mucho.

—¿Qué tipo de cosas te he dicho?

Se tomó su tiempo antes de contestarme.

—No te hubiera besado si no hubiera tenido la certeza de que… Podríamos decir que sabía que sentías cierta curiosidad de que lo hiciera.

¡A la mierda!

—No podrías, no sé… ¿cavar un agujero en el suelo para que me metiera dentro un rato? —Y allí volvió esa sonrisa ladeada suya. No demasiado evidente. Pero simplemente perfecta.

—Podría, pero no tengo intención de hacerlo. Sería una estupidez. Me gusta tu compañía. ¿Quieres que te cuente un secreto?

—¿Sobre algo que te he dicho sin darme cuenta y que va a ser aún más embarazoso?

Puso los ojos en blanco, pero lo hizo de una forma tan elegante y exquisita que me pareció hasta gracioso.

—Céntrate. Estábamos hablando de magia fae, ¿recuerdas?

¿Si le pedía que se fuera a la mierda, se lo tomaría mal?

Decidí focalizarme en ese pensamiento, por si le llegaba en plan onda expansiva a su grandilocuente alteza. ¡Que le dieran! Era imposible saber si le llegó mi misiva, porque tenía la frialdad de un maldito jugador de póquer.

—Puedes saber qué elemento domina en un fae por el color de sus ojos.

—¿En serio?

—Fíjate en los míos, ¿qué ves?

Los miré, aunque me atraían tanto que a lo largo de los últimos días me había aprendido todos y cada uno de los detalles que existían en ellos. Ya no me sorprendía, aunque seguía fascinándome, ese azul que cambiaba de intensidad y que parecía ser fluido, ni tampoco el brillo plateado que tintineaba en ellos.

—Son de un azul eléctrico, creo que jamás había visto un color así, tan intenso.

—¿Qué más?

—Hay motas en ellos. Plateadas.

—El azul corresponde al elemento de mi madre y esos destellos de plata que puedes ver en ellos, al de mi padre. Cada fae es único, igual que sus ojos. Verde para los que dominan la vida, grises para los mentalistas, azul intenso en los que predomina el agua, uno mucho más suave para aquellos que controlan el aire y marrón para los que tienen un predominio de influencia de tierra.

—¿Y los del fuego?

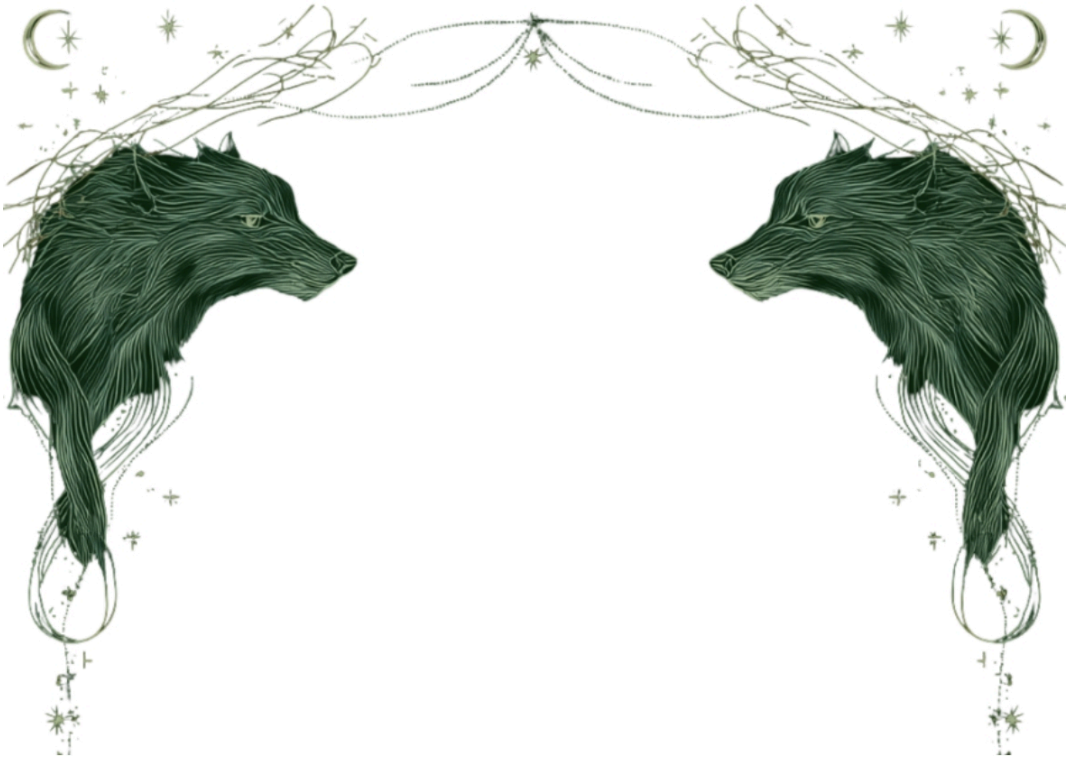
—Rojos, pero ese es un linaje extinto. —Se encogió de hombros—. Acabo de sentir a Miles aparecerse en la casa, y no ha venido solo. ¿Tienes hambre?

—¿Puedes sentirle desde aquí?

—¿No puedes tú olerle?

—¿A esta distancia? —Negué con la cabeza—. Si estuviera dentro de la casa, tal vez. Mis oídos también son muy finos, pero con tanta distancia y paredes de por medio, no habría sido capaz de saberlo.

Sin embargo, sobre lo de si tengo hambre, lo cierto es que estoy famélica.



CAPÍTULO 18

SOPA PARA CUATRO

ENTRAMOS POR LA PUERTA PRINCIPAL y Eryon me acompañó al comedor. Era una estancia enorme, con una mesa de mármol en la que cabrían una veintena de personas. O tal vez más.

Lo más impresionante, sin embargo, eran los enormes ventanales que daban a los jardines, al bosque que se extendía tras ellos y, de telón de fondo, a los picos nevados de las montañas del norte. En el lado contrario la pared estaba cubierta de espejos que reflejaban aquel paisaje verde cubierto de suaves flores blancas y violetas, como si aquella estancia hubiera sido construida en medio de unos jardines recién florecidos.

Una enorme lámpara de araña pendía del techo; cristales transparentes que hacían sutiles brillos iridiscentes a su alrededor,

dándole un aspecto un tanto místico, como en la glorieta en la que Eryon y yo habíamos estado hablando.

Observé aquello como quien entra a formar parte de un cuento de hadas. La sensación de que el exterior formaba parte del interior del edificio, que la naturaleza se entrelazaba con la piedra de sus edificaciones y la luz se reflejaba y multiplicaba en los fragmentos de cristal que pendían de las lámparas de los techos. A los faes les gustaba aquello o, al menos, ese tipo de decoración parecía complacer a Eryon.

Pese a la solemnidad que podía respirarse en el ambiente, solo había cuatro servicios dispuestos en un extremo. Bajoplatos de cristal dorados sobre los que habían colocado una elegante vajilla de porcelana blanca. Las copas eran de cristal, con un fino delineado dorado en el pie que ascendía hacia el cuerpo, como si fuera el tronco de un árbol con sus ramas ascendiendo en dirección al cielo.

Y, allí, en un extremo, junto a la chimenea que había en la pared contraria a las puertas de dos hojas por las que acabábamos de entrar, se encontraban dos faes.

—Alteza. —Su voz me dio la certeza de que era la misma mujer con la que había pasado unas horas aquella mañana, pese a que su aspecto no tenía nada que ver.

El vaporoso vestido había sido repuesto por una coraza de finas escamas de metal negro, sin mangas, que se pegaba a las curvas de su pecho, como si hubiera sido hecho a medida. Debajo llevaba una camisola que se ajustaba a sus brazos y que le llegaba hasta las rodillas, aunque la tela tenía dos aberturas a ambos lados, mostrando cómo se ceñían a su cintura unos pantalones negros de cuero que estaban reforzados a los costados y también en la zona de las rodillas. Lo más inquietante, sin embargo, eran los puñales que podían intuirse sujetos a los dos cinturones cruzados que pendían sobre sus caderas. Una asesina. No podía negar que su aspecto, ahora, andaba en sintonía con esa aseveración suya.

—¿Ya lo sabe? —El fae que la acompañaba era un varón. Llevaba una elegante chaqueta ajustada a unos hombros anchos y sus ojos me observaron con interés.

—Astrid se ha ocupado de ello —le contestó Eryon mientras lo observaba.

—Miles, supongo. El del Moonwhisper.

—Mi reina. —Se inclinó, pero su voz tenía ese tono lineal, frío, de los faes. Sus ojos, sin embargo, estaban llenos de vida. De magia. Tal vez. Y me estudiaban con la desconfianza que le inspiraba el hecho de que fuera una loba. Y me hubiera vinculado a su rey.

—Rubisselle. O Rubis, a secas. —Elevé el mentón en un gesto orgulloso.

—Está bien, Rubis a secas, ¿qué tal te estás adaptando a vivir entre faes? —me cuestionó y, tras hacerlo, acercó una copa con algo de color ámbar a sus labios para darle un sorbo pequeño, elegante. Los faes eran jodidamente buenos en aquello. En mostrarse tan perfectos que te hacían sentir inferiores.

—Hasta hoy, Eryon ha sido el único fae con el que he interactuado.

—¿Y qué tal con nuestro rey, en tal caso?

—No sé entre faes, pero entre lobos, eso se considera una pregunta personal.

—¿Y eso supone un problema?

—Muchos te enviarían a la mierda.

—Recuerda que tiene garras y que esos bichos muerden —le dijo Astrid a Miles con algo parecido a una sonrisa mientras tomaba asiento a la izquierda del cabezal de la mesa.

—Entiendo que os repatee esto, en serio, yo tampoco me hago a la idea, pero si queréis joderme, casi que paso de fingir que queremos llevarnos bien. Podemos saltarnos esa parte.

Eryon estaba a mi lado. Nuestras manos enlazadas. Las marcas de la piel escocían. Tal vez intentaba calmarme con su magia. Transferir parte de mi cabreo a su emocionalmente lineal apatía.

—¿Joderte? —repitió Miles y parpadeó como si aquello le sorprendiera—. Nunca osaría, mi reina, para eso está vuestro marido.

Mis colmillos se alargaron y solté un gruñido bajo. Una advertencia. Sentía a la loba. Más despierta. Más viva. Como si aquella ofensa le estuviera dando fuerza.

Noté la presencia de Eryon a mi lado. Su olor cambió de forma sutil, haciendo que se volvieran más intensos esos matices a tormenta, a la tierra húmeda y al rocío de la mañana. Con todo, no interfirió, y le agradecí que no lo hiciera.

Recelaban de mi papel en todo aquello, pero ¿podía culparles? Yo era una loba. Y el que se llamaba mi alma gemela era el rey de los faes. Si yo fuera ellos, también odiaría a esa intrusa cuyas verdaderas intenciones nadie conocía.

—Que sepas que ya es de dominio público el hecho de que has encontrado a tu alma gemela en la corte —intervino Astrid—. Todos te envían sus felicitaciones, y blablablá.

—No ha trascendido, sin embargo, su naturaleza —añadió Miles, desviando la mirada hacia Eryon—. Aunque sabes que más tarde o más pronto, acabará sabiéndose.

—No pretendo ocultarlo, pero lo cierto es que solo nos atañe a nosotros y, ¿cómo lo has dicho antes, *faelan*? Es algo personal.

—No puedes negar tu cargo —le advirtió Miles.

—Puedo dejar de ostentarlo. —Se hizo un silencio un tanto tenso en la sala—. No pretendo enfrentarme al mundo, siempre y cuando el mundo no me exija hacerlo.

—¿Todo por una loba?

—Todo por mi alma gemela.

—Cruzó el Moonwhisper —intervino Astrid—. Quemaría el mundo y ni siquiera tendría remordimientos.

—Ya veo… —masculló Miles.

—Nadie es imprescindible. Cualquiera de vosotros podría ocupar mi lugar.

—Que sea más bien tarde que pronto —musitó Astrid—. Aún tengo muchos cuellos que cortar antes de asentarme.

Lo peor es que, siendo una fae, aquello no podía ser otra cosa que una verdad. Una que acojonaba. Si aquella mañana había sentido un odio visceral por aquella fae, ahora sentía una mezcla de miedo y recelo por las que suponía que debían de ser sus «aptitudes».

—Siempre tan dulce, Astrid.

—Lo más sensato es que seas tú el que pringue, Miles. Lo sabes.

—Las reinas suelen ser más dialogantes. No cuentes conmigo.

—Cuando dejéis de pelearos, tal vez podríais contarme qué novedades tenéis. —Eryon parecía un padre recriminando a sus hijos y aquello fue gracioso. Un poco, al menos. La complicidad entre ellos era evidente. Que me consideraban una extraña, también.

—Es mejor que os deje hablar de vuestras cosas de faes, reinos y esas mierdas; encontraré el camino a la habitación. —Me negué a usar el «nuestra», porque aún no la sentía ni como mía ni como nada más allá de una enorme y lujosa estancia. Fría. Como las paredes de piedra que la definían.

Eryon no me permitió escabullirme. Su mano se tensó sobre la mía, reteniéndome.

—No sería apropiado. Al fin y al cabo, eres tú la que ha preparado la comida.

—¿En serio lo ha hecho? —Astrid me observó con curiosidad—. ¿Y es comestible?

—Fae de poca fe —le solté alzando el mentón.

—Es así de maja, ya ves —le dijo a Miles mi interlocutora—. Me cae bien.

Estuve a punto de enviarle a la mierda.

—Sabes que no miente.

Me giré para mirar a Eryon. Sorprendida de oír su voz en mi cabeza. Otra vez. Eso y que se sentía demasiado bien esa complicidad, íntima, entre nosotros.

Parpadeé y él se giró para observarme. Sus ojos brillaban con esa magia viva que habitaba en su interior.

—¿No se suponía que no tenías intención de hacerlo? —le recriminé.

—La idea de «enviar a la mierda» a uno de mis consejeros me ha parecido poco apropiada.

—Ya, eso.

—¿A quién de los dos? —Creo que a Astrid aquello le divertía.

—Eso es algo indiferente —repuso Eryon.

—Tómatelo como un «a los dos» —opinó Miles—. Tampoco es que fuera a esperar menos de una loba, seamos sinceros. Es bueno saber que, con todo, vuestro vínculo va fortaleciéndose.

—Lo hace. —Sentí un cosquilleo en las líneas que podían verse en mi piel cuando Eryon afirmó aquello. Lo hacía, supuse.

—Hay quien dudará de su autenticidad, dada su naturaleza y el color de sus marcas —opinó Astrid y nos observó. Aún teníamos las manos enlazadas.

—Yo no.

La voz de Eryon sonó tranquila, como si aquella conversación no le molestara. A mí sí. Mucho.

—No, si eso ya lo di por sentado cuando decidiste congelar el Moonwhisper para traerla a nuestro bando. —Miles puso los ojos en blanco.

—Muy discreto no fue, alteza. —Astrid volvió a usar ese tono cantarín que, pese a sonar alegre, contenía una acusación.

—Me mareé cuando intentó teletransportarnos.

Los dos faes frente a nosotros me observaron. Con cierta curiosidad. Podían meterse conmigo, podía entender que me odiaran, pese a que no me conocían, pero no pensaba permitir que criticaran a Eryon por todo lo que había hecho para salvarme.

—Te mareaste. —Miles me miró.

—Hasta el punto de acabar vomitando todo lo que había podido comer en la última semana. —Tal vez exageraba, pero yo no era una fae y un poco de dramatismo igual le daba más consistencia a esa parte de la historia.

—¿Y eso?

—No estaba en mi mejor momento. —Sentí que la mordida de Riker me escocía. Astrid asintió.

Miles se limitó a apretar los labios. Deslizó su mirada hacia Eryon.

—Deberías haberle matado.

—Debería, sí.

Hubiera dado por sentado que Miles había dicho aquello en voz alta y que era una casualidad que hubiera vuelto a notar ese cosquilleo cuando Eryon le había contestado, incluso si era la misma sensación que había sentido cuando había usado su habilidad telepática conmigo.

Sin embargo, no había movido ni un maldito músculo de su rostro. Era imposible que su voz hubiera sonado tan firme. Tan

decidida. Y tan cargada de algo parecido a la rabia.

Excepto que estuviera usando su habilidad y hablando con Eryon telepáticamente mientras me incordiaba con sus comentarios burdos al mismo tiempo.

Parpadeé, confundida.

Sintiendo la conexión entre ellos. El entendimiento y la complicidad que compartían. ¿Hablaban de Riker?

No tenía ni idea de qué parte de mi historia conocía, pero sí que se sentía molesto con algo. Con el hecho de que yo estuviera en aquel estado, cuando Eryon me había encontrado. Como si yo le importara, por el hecho de que era su alma gemela, incluso si era una loba.

Sus comentarios eran ácidos —por no llamarlos amargos—, pero podía sentir esa emoción contenida en la indiferencia que mostraba. Tal vez me estaba probando. Tentando.

—¿A quién pretendéis matar? —Miles frunció el ceño. Juro que pude ver la sorpresa en su rostro. Una fracción de segundo. No más. Pero estaba convencida de que no eran imaginaciones mías. Los había oído—. ¿No funciona con los faes eso de que los secretos en reunión son de mala educación?

—Te dije que el vínculo les funciona de maravilla. —Astrid cogió un pedazo de pan y lo lanzó al aire para capturarlo con la boca. Lo peor era que lo hizo con una elegancia que era imposible no envidiar. Un poco. O un mucho.

—Curioso.

—Tal vez deberíamos ir sentándonos —intervino Eryon.

Observé la mesa. Había un plato dispuesto en el cabezal; Astrid se había sentado en el servicio que había en el lateral izquierdo y quedaban dos a la derecha. Lo que implicaba que disfrutaría de la compañía de Miles.

Saltaba de alegría.

Eryon se acercó al cabezal de la mesa y deslizó la silla a un lado antes de mirarme. Fruncí el ceño, confundida, mientras él esperaba pacientemente.

—Lillan me adiestró en eso de que los lobos necesitáis mantener el contacto con vuestros compañeros.

—Necesitar es un verbo muy taxativo —le contesté, entre dientes, mientras Miles se acercaba a la mesa y movía el servicio que había en el centro del cabezal hacia un lado y desplazaba los otros hasta dejar dos asientos en el extremo. Uno al lado del otro. No diré apretujados, porque la mesa era muy ancha, pero sí lo suficientemente cerca como para que un roce fortuito fuera esperable.

—¿Mejor? —le preguntó a Eryon al acabar de recolocar platos y copas.

—¿Rubis? —El rey de los faes mostró una pequeña sonrisa, confidente, mientras me miraba con esa tormenta que encerraba en sus ojos.

Exhalé aire con fuerza mientras cedía.

Me acerqué al asiento cuyo respaldo Eryon sostenía. Me aproximé a la mesa y él acomodó la silla para ajustarla. Era algo ridículo. Casi diría arcaico. Pero me sonrojé con esa estupidez. Con esa muestra de caballerismo por su parte.

Vivir en el mundo fae era como adentrarse en un tiempo pretérito. Uno en el que disponías de un quinqué en la mesita de noche. Y la vida se sentía, no sé, más ligera, como si todo sucediera a cámara lenta, pero, al mismo tiempo, fluyera con más suavidad.

Banasha no tardó en aparecer, empujando un carrito en el que había una enorme sopera a juego con la elegante vajilla. Nos sirvió y me permití sonreírle cuando rellenó mi plato. No me devolvió la sonrisa, pero creo que su mirada era amistosa. Con los faes había que dar por sentadas las cosas, porque era imposible leerles.

—Deliciosa. —Miles se recostó en la silla tras tomar un par de cucharadas—. Así que ejercías tareas en la cocina.

—Eryon me ha ayudado.

Astrid tosió, pero intentó minimizarlo cubriéndose la boca con la toalla. Vale, quizá que el rey de los faes se pasara la mañana en la cocina no era algo habitual en él, pero la gente cambia. Madura.

—Ya ves, por muy viejo que se es, siempre se pueden aprender cosas nuevas. —Miré a Astrid mientras soltaba aquello. Vi de reojo que Miles se mordía el labio inferior, no sé si para no soltar algo

inoportuno o evitar ponerse a reír. No fuera a dejar de aparentar que era un estirado y un gililobo. Gilifae, en su caso.

—Es cierto. —Astrid dejó la servilleta sobre la mesa—. Tal vez tú también podrías aprender algo útil; a cazar, por ejemplo. No se necesitan garras y colmillos para conseguirlo, y creo que podría ser estimulante que te ganaras tus presas.

—¿Qué es lo que me he perdido? —le cuestionó Eryon a Astrid.

—Los lobos son dados a darse atracones de carne. Lillan puede considerar que a base de huevos sobrevivirá sin carencias alimenticias, pero algo me dice que no es a lo que está habituada.

—¿Rubis? —Eryon me colocó la mano sobre la rodilla, haciendo que diera un pequeño respingo y consiguiendo captar toda mi atención. Se sentía extraña esa sensación. Que me tocara. El problema era que no se me antojaba desagradable. Más bien al contrario.

—Un poco de carne no estaría mal, pero no sé cazar.

—¿No se os enseña a los lobos?

—A los lobos, sí, pero soy una Sinlobo.

—¿Una Sinlobo? —Miles ladeó la cabeza, como si no entendiera qué significaba aquello.

—Aún no posee la capacidad de transformarse —intervino Eryon; me gustó la calma con la que dijo aquello. Como si él tuviera la certeza de que era algo temporal. Pasajero. Supuse que el hecho de que fuera un fae hacía que no fuera del todo consciente de cuán poco probable era que, a esas alturas, aprendiera a hacerlo.

—¿No es algo que aprendéis de cachorros? —me preguntó el fae.

—Sí, pero me gusta salirme de lo que todo el mundo da por sentado.

—He de admitir que eso se te da bien. —Miles parecía divertido con aquello. Era un idiota. Pero tampoco esperaba otra cosa de un fae.

—¿En qué estás pensando? —le demandó Eryon a Astrid, ignorando la pulla que Miles y yo manteníamos.

—Podría aprender a usar el arco, al menos por el momento.

—¿Por el momento? —La observé. Sus ojos tintinearon.

—Una reina débil podría ser un objetivo fácil. —No me gustó cómo sonó aquello.

—Y yo que pensaba que estaríais satisfechos con que fuera insulsa y sin músculo para aseguraros de que no pudiera atentar contra vuestro rey. —Me estudiaron—. Si los lobos me hubieran enviado para debilitaros, habrían buscado a alguien mucho más apropiado para plantarle cara.

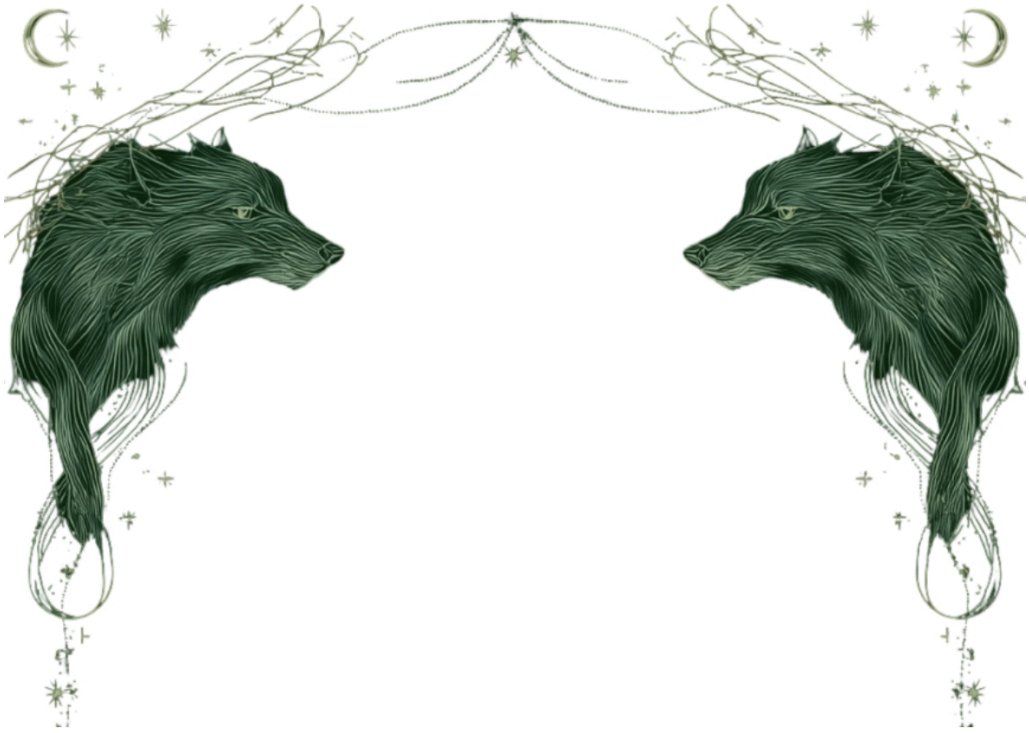
—Eryon siempre ha tenido cierta debilidad por los animalitos heridos —soltó Miles.

Recordé a la que había sido mi profesora en el Palm Institute. No es que hubiera tenido debilidad hacia mi humilde persona, pero me había visto sangrando y con los huesos rotos tantas veces que tal vez me había acabado cogiendo algo de cariño. ¿Qué me había dicho aquella última vez que había estado en el pabellón?

Que era la loba con mayor resiliencia que había conocido y que no importaba la cantidad de veces que me hubieran vencido, porque nunca me habían quebrado. En un sentido mucho más profundo que no literal, supongo.

—Te sorprenderías de lo cabezona que puede llegar a ser una loba. Incluso una Sinlobo. —Alcé el mentón. Podía irse con su soberbia de fae a la mierda. Miles me sostuvo la mirada mientras escuchaba a Astrid reír por lo bajo. El pulgar de Eryon empezó a trazar círculos sobre mi rodilla.

—En tal caso, tal vez sí estáis hechos el uno para el otro. —Una sonrisa apareció en el rostro de Miles antes de inclinar la cabeza hacia mí en algo que parecía ser un gesto de respeto, si eso era posible—. Lo de que no puedas transformarte no es algo que nos preocupe, en realidad, y en cuanto a lo de cabezota… En eso no puedo negar que te pareces a nuestro muy querido rey.



CAPÍTULO 19

AULLIDOS EN LA FRONTERA

COMIMOS LOS CUATRO JUNTOS. Lo que se resumiría como algo raro de cojones. Así, a secas.

Admito que la sopa era poco más que eso y que la propuesta de Astrid de que aprendiera a usar el arco para cazar me sonaba cada vez más interesante.

No debía de ser tan difícil, ¿no?

Los escuché hablar de cosas que apenas me interesaban. Sobre cosechas. Familias cuyos nombres no me decían nada. El pueblo fae no tenía grandes preocupaciones, por lo visto. Que estaba bien, supongo.

—Y luego está lo de los dos lobos que siguen acercándose cada noche a la orilla. —Ahí Miles consiguió llamar mi atención.

Estábamos en los postres. Unas deliciosas brochetas de frutas. En lo de deliciosas no estaba siendo irónica. Por una vez.

—¿Lobos? —Me tensé y me giré para mirar a Eryon—. ¿Hay lobos en la frontera?

—Un par; nada que ver con el despliegue de cuando te traje.

—No puede ser una casualidad. —Me sostuvo la mirada—. ¿Qué no me estás diciendo?

Sentí un pulso latiendo entre nosotros.

—Si tu pregunta es si se trata de ese macho, el alfa, la respuesta es no.

—Esa no era mi pregunta.

—Es astuta. Para ser una loba —opinó Astrid.

—No podría no serlo, supongo, es el alma gemela de Eryon. —Miles se encogió de hombros.

Me despreciaba por lo que era, pero al mismo tiempo parecía dar por sentado que yo era mucho más de lo que podía verse a simple vista. Tal vez me presionaba justamente para obligarme a demostrárselo. Que esperara sentado.

—Miles. —El aludido se giró para centrar su atención en nosotros—. ¿Puedes resumirle a Rubis todo lo acontecido en la otra orilla del Moonwhisper desde su llegada?

—¿Todo? —Eryon asintió mientras crecía el nerviosismo en mí.

—De acuerdo. —Colocó los codos sobre la mesa y cruzó los dedos de las manos en una posición que le dio un punto solemne, como si de un ejecutivo se tratara. Uno vestido con ropa de época, tan desfasada como elegante—. Durante los primeros tres días, un grupo abundante de lobos se estableció. Atrum. Todos ellos. —Sentí un sudor frío recorrerme la espalda mientras el pulgar de Eryon trazaba círculos sobre mi rodilla, como si quisiera recordarme que él seguía allí, a mi lado—. El alfa parecía tener la intención de arriesgarse a cruzar, pero sus allegados consiguieron refrenar sus intentos.

—Que es más de lo que conseguimos nosotros, todo sea dicho —murmuró Astrid por lo bajo.

—Tampoco os di la opción de intentarlo —puntualizó Eryon.

—Seamos realistas, nos conocemos. —La fae puso los ojos en blanco.

—Ningún fae sería tan estúpido como para intentar interponerse entre dos almas gemelas que se han reconocido —sentenció Eryon.

—Déjame que te diga que, en este caso, siendo una loba, yo hubiera al menos intentado disuadirte.

—Y no lo hubieras logrado.

—Eso ya lo sé, pero siempre podría decir que lo intenté.

—Dudo que le pusieras muchas ganas sabiendo cuál sería el resultado —se burló Astrid; Miles optó por ignorarla.

—Estabas contándole a Rubis los incidentes de la frontera, Miles, ¿podrías retomar el tema?

—El cuarto día abandonaron la orilla.

Lo miré. Esperando que añadiera algo más.

—¿Pero…? —le cuestioné al ver que se quedaba en silencio.

—Desde el séptimo día dos lobos se acercan cada noche a la orilla. Uno de ellos se pasa un par de horas aullando y, después de eso, vuelven sobre sus pasos.

—¿Dos lobos? ¿Y solo uno aúlla? —Me estremecí—. ¿Suena como si estuviera lamentando algo?

—Algo así. Tal vez. —Se encogió de hombros.

¿Quién podría lamentar mi ausencia?

—Emma —susurré emocionada. Elevé la mirada para buscar los ojos del fae, mientras los míos se humedecían —. ¿Cada noche? ¿Desde entonces?

Vi que Miles parecía incómodo con mis lágrimas; asintió, pero buscó la mirada de Eryon, como si se disculpara por lo que fuera que había despertado en mi interior.

—¿Es esa la loba de la que me hablaste? —se interesó con delicadeza el rey de los faes. Su olor me reconfortó. Su presencia. La mano sobre mi rodilla. Asentí, sintiendo la tristeza abrirse paso hacia la superficie.

Lillan, su sanadora, estaba en lo cierto. Los lobos somos muy físicos. Necesitamos ese tipo de cosas. Sentirnos acompañados. Los abrazos. Percibirnos con todos nuestros sentidos. A los faes, en cambio, creo que les bastaba sentirse con esa conexión invisible,

como si la parte tangible de lo que éramos, dos seres vivos, solo fuera algo complementario.

Eryon me estaba obsequiando con todo aquello. Incluso si podía ver que se sentía un poco vacilante al respecto. Como si no estuviera seguro de qué tipo de aproximación era correcta.

—¿De quién estamos hablando? —cuestionó Astrid.

—Emma y yo crecimos juntas en una pequeña manada del sur. —Cerré los ojos, intentando centrarme en los recuerdos bonitos y no dejando que la tristeza de su ausencia pudiera enturbiarlos—. El antiguo alfa regente de los Atrum quería emparejar a su hijo y convocó a todas las lobas de la edad adecuada no emparejada. Aquella noche, Emma conoció a Nathiel, el beta del que era el alfa heredero de los Atrum. —Abrí los ojos para centrarlos en Eryon—. Ellos se sintieron, como sueles decir tú. La diosa Luna bendice en ocasiones a dos lobos, haciendo que se reconozcan de forma instintiva; son lo que llamamos parejas predestinadas.

—Y ellos lo son —sentención Eryon; asentí.

—Es posible que sea Nathiel quien acompaña a Emma cada noche a llorarme.

—¿Cómo acabaste tú en manos de los Atrum? —quiso saber Miles. Sentí que me temblaban las manos y me quemaba la cicatriz de la mordida de Riker.

—No tienes por qué contestar, *faelan.* —Tal vez sintió que mis fuerzas flaqueaban.

—Yo era la pareja predestinada del alfa, pero las cosas no salieron como se suponía.

—¿La pareja predestinada? —Astrid elevó una ceja y miró a Eryon.

—Eso le hizo creer —le contestó él, su voz era plana, sin mostrar ninguna emoción mientras decía aquello—. Llegué cuando estaba intentando forzarla a aceptar ese vínculo.

—El cabrón la marcó. —Que un fae soltara una palabra malsonante se me hizo extraño. Incluso si era Astrid, a la que las convenciones, por lo visto, le traían sin cuidado. Eso jugaba a su favor. Un poco, al menos.

Eryon no contestó.

Sentí una punzada en la cicatriz y en mi mente los recuerdos se entremezclaron con la oscuridad propia de las pesadillas, pero allí, de telón de fondo, podía escuchar el ruido de la tormenta rugiendo con violencia mientras Riker me forzaba a aceptarle.

En eso Eryon estaba en lo cierto: me habían intentado forzar a aceptar el vínculo cuando yo ya no quería convertirme en su compañera. Lo que no parecía estar dispuesto a aceptar, a creer, era el hecho de que Riker y yo habíamos sido bendecidos por la diosa Luna. O malditos. Lo que fuera.

—¿Por qué lo hizo? —Miles me observó—. Lo esperable es que un alfa busque a una compañera poderosa que fortalezca su linaje y tú finges no cumplir esa condición.

—No finjo nada —escupí aquello enojada—. Riker eligió a una loba apropiada para engendrar a sus cachorros, pero pretendía retenerme al mismo tiempo.

—Pensaba que los lobos no eran dados a la poligamia; esto es nuevo —observó sorprendido Miles.

—No lo somos; es antinatural para un lobo. Somos posesivos. Territoriales. —Una duda me asaltó. ¿Y si ellos estaban acostumbrados a algo así? ¿Compartían la cama con varias personas a un tiempo?

—No, *faelan*. Los faes no tenemos esa necesidad física que pueda condicionarnos a buscar varias parejas en las que aliviarnos ni el interés de perder nuestro tiempo en relaciones que no nos aportan.

—¿Cómo sabéis que no os aportan? —le cuestioné.

—¿Cómo sabes que la noche seguirá al día? Forma parte de lo que somos, de la vida, de la muerte, de la naturaleza que nos rodea, *faelan*, de la misma forma que sentirte hace que los contras dejen de importar.

—He de decir que nuestra reina tiene un algo. No se deja intimidar con facilidad, tiene un sentido del humor soportable y, al ser de tamaño reducido, parece más manejable que esas hembras peludas de hocico alargado —opinó Astrid—. A mí me parecen motivos plausibles para que el alfa quisiera retenerla.

Si Astrid pretendía mitigar con sus palabras mis carencias y que no pudiera transmutar, no lo estaba consiguiendo.

—Es observadora y tiene una mente inquieta. Débil y fuerte al mismo tiempo. —Eryon me observó mientras enumeraba aquellas cualidades que se estaba sacando de la chistera, porque apenas me conocía—. Al margen de que es evidente que posee una belleza exótica, igual que su temperamento, y que tiene una destreza inaudita en el ceño y sonreír a un tiempo.

—Idiota.

—Y un vocabulario de lo más variado y elegante, alteza.

—¿Puedo enviarle a la mierda en esta ocasión? —le pregunté a Eryon al escuchar el comentario de Miles.

—Por supuesto. —Vi que le divertía aquello—. Aunque, antes de que lo hagas, debería advertirte algo.

—¿También es un asesino en su tiempo libre?

—No exactamente.

—¿Un brujo sádico y despiadado?

—Lamento decirte que tampoco.

—De acuerdo, en tal caso, soy toda oídos. —Me obligué a plantificar una grandiosa y elocuente sonrisa en mi rostro. Pese a que la conversación me había tocado la vena sensible. No quería que se notara más allá de las lágrimas traicioneras que se me habían escurrido de los ojos.

—Quizá Miles y Astrid podrían ocuparse de que puedas reunirte con tu vieja amiga.

Sentí un calambre que me recorrió por todo el cuerpo. Me quedé quieta y me obligué a respirar. Lentamente. Intentando analizar y buscar un doble sentido a las palabras de Eryon.

—¿Con Emma? —susurré mientras intentaba contener mi nerviosismo.

—¿Te gustaría volver a verla?

—¡¡Sí!! —Quizá sonó un poco desesperado, pero es que la mera posibilidad hizo que mi pulso se acelerara—. Emma formaba parte de mi día a día, de todo lo bueno que había en mi vida, quiero decir. —De mi *otra* vida. Esa que ya no parecía que hubiera sido mía.

—Aún estás débil, pero si en unos días puedo llevarte hasta allí sin que sufras un colapso, podríamos intentar organizar un encuentro.

—Si ha de ser, no será en tierra de lobos habiendo un alfa cabreado que pretende hacerse con ella —puntualizó Astrid en un tono de voz autoritario—. No vamos a exponer a nuestra reina a esos perros.

Esos perros eran lobos, como yo, pero si estaba dispuesta a facilitar que Emma y yo pudiéramos reunirnos, que nos llamara como quisiera. Era sorprendente que fuera esa fae la que se había puesto en plan sobreprotectora conmigo. Igual hasta empezaba a caerle bien. No es que lo demostrara de una forma habitual, pero era imposible negar que había una cierta preocupación impresa en sus palabras.

—¿En qué estás pensando? —le cuestionó Miles a su rey.

—Un intercambio; puedes hacer compañía al lobo mientras Astrid trae a la loba para que se reúna con Rubis.

—El macho se impacientará.

—Acotad un tiempo.

Miles ladeó la cabeza y miró a Astrid.

—¿Hace cuánto que no cruzas el Moonwhisper?

—Años.

—Por lo visto, mucho me temo que vamos a tener que acostumbrarnos a volver a hacerlo de tanto en tanto.

Astrid centró su mirada en mí.

—Eso parece.

—Creo que deberías descansar y reponer fuerzas, *faelan*.

—Me siento mejor.

—Lo sé —asintió—. Podríamos probar algo.

—¿El qué?

Sus ojos mostraron un brillo pícaro. Mis pupilas se dilataron y mis aletas nasales se abrieron para captar su olor. Sus matices. Una media sonrisa asomó en su rostro al ver qué estaba haciendo. Buscando en su olor. Una pista.

Se levantó y colocó las manos en el respaldo de mi silla, para ayudarme a moverla mientras me incorporaba.

—Es bueno veros.

—El sentimiento es mutuo —aseguró Miles, que inclinó la cabeza hacia nosotros.

—Solo por si acaso; no sea que las fuerzas te abandonen. —Se inclinó y me alzó entre sus brazos. Intenté resistirme y creo que llegué a soltar una mezcla de grito y gemido, pero él se limitó a sisear por lo bajo, como si pretendiera calmar a un gatito.

Las sombras nos rodearon.

Mierda.

No pretendía.

La nada nos envolvió.

Joder.

Sentí un tirón. La fuerza del huracán que me arrastraba. Un dolor sordo en cada maldito centímetro de mi cuerpo. Pero esta vez no fue como si me clavaran cientos de miles de agujas a un tiempo. Y mi estómago fue capaz de retener la comida que había en su interior.

Lo que era una mejora significativa.

Nos aparecimos en la habitación de Eryon; la luz que se colaba por los ventanales me obligó a fruncir el ceño. Después de que la oscuridad nos hubiera engullido de aquella forma, la claridad parecía quemarme.

—Ahora entiendo por qué el pavimento de las escaleras no está desgastado —mascullé entre dientes y una pequeña sonrisa asomó en su rostro.

—¿Cómo te encuentras, *faelan*? —Me depositó con sumo cuidado sobre el colchón.

—Destrozada. —Vi un destello de preocupación en su mirada—. No en plan mal. Cansada. Y un poco aturdida. Pero mucho mejor que la última vez.

—Me alegro.

Empezó a desabotonarse la elegante levita que llevaba y la dejó colgada en el galán de noche que había en un lateral de la habitación. No tardó en abrirse el chaleco para dejarlo plegado sobre una barra antes de acercarse a la cama.

—Es evidente que el hecho de ser una loba no condiciona que pueda arrastrarte conmigo entre las sombras, pero esta vez el trayecto era de apenas unos pocos metros. Si pretendes ir hasta la frontera, primero tendremos que asegurar que puedas tolerar el

traslado. —Me observó—. Aunque también podríamos repetir la experiencia a caballo.

—¿No usáis carruajes? —Volver a ver a Emma bien valdría el esfuerzo, pero montar sobre uno de esos monstruos con crines me apetecía entre poco y menos.

—No solemos, pero lo tendré en consideración. —Se sentó en el margen de la cama y colocó su mano en mi mejilla y me encontré cerrando los ojos—. A mí también me gusta. La sensación de sentir tu piel, ¿sabes?

—Es agradable. —Me negué a mirarle, por si algo me delataba.

—Podría leerte, pero tal vez podríamos probar algo diferente.

—¿Como qué?

—Estaba pensando en estirarme en la cama, a tu lado.

Se me aceleró el pulso. Y agradecí a los dioses que Eryon no pudiera sentir ese tipo de cosas. Cómo mi cuerpo podía reaccionar a sus palabras. Sentirle. No solo a través del vínculo que compartíamos. Sino físicamente.

—¿Solo eso? —Intenté que mi voz sonara templada. Neutra. Como si fuera un fae.

—Me parece una buena forma de acostumbrarnos el uno al otro. Sabes que jamás te exigiré nada más allá de lo que sientas que quieres darme.

—¿Y si nunca es más que lo que tenemos ahora?

—No veo que eso tenga que ser un problema.

Para un fae, quizá no. ¿Para un lobo?

¿Sería capaz de pasar el resto de mi vida junto a un fae?

La complicidad que empezaba a forjarse entre nosotros, el vínculo que existía, contra todo pronóstico, sentía que me fortalecía. Su presencia era un bálsamo para mis heridas. Su magia un latido que me ayudaba a volver a tener curiosidad por la vida que había a mi alrededor.

Había estado a punto de tirar la toalla.

De rendirme.

Y ahora volvía a sentirme más yo.

Con mis claros. Y mis oscuros.

—Vale.

No me preguntó, pero sentí que se levantaba y, al poco, el colchón se hundía bajo su peso. Noté que su brazo se colaba por debajo del cojín y tiraba de mí. Como si la inercia del mundo me arrastrara, me dejé llevar hasta él y me encontré colocando la cabeza sobre su pecho mientras él rodeaba mi cuerpo con el brazo. Mis piernas buscaron el camino hasta las suyas y acabaron entrelazándose.

Solo eso.

Y todo parecía encajar.

Él y yo.

—Le amaba. —Apenas un susurro. Trémulo. Una confesión que tal vez hacía mucho que necesitaba hacer.

—Lo sé. —Su brazo recorrió el mío en una caricia que me reconfortó. Si él era consciente del poder que tenía para con mi cuerpo, y mi alma, o no, no estaba segura—. No solo se trataba del daño físico, sino también de algo más profundo. Entiendo que ese tipo de heridas son las que más tardan en sanar.

—¿No estás enfadado? —le cuestioné. Su mano volvió a ascender y descender, acariciando mi espalda en esta ocasión.

—No puedo enojarme por algo que pasó antes de que supiéramos si quiera que existíamos el uno para el otro. No tendría sentido. —Su entonación suave me aportó la calma que necesitaba—. Solo lamento no haber sido capaz de sentirte antes. Me hubiera gustado ahorrarte ese sufrimiento.

—No puedes culparte por eso.

—No puedes negarme el derecho a hacerlo.

Nos quedamos en silencio. Su mano deslizándose por mi cuerpo. Su corazón latiendo en su pecho.

—Si no hubiera acabado en la manada de los Atrum jamás hubiera coincidido con ese artefacto fae.

—Es posible.

—A veces una cosa mala nos acaba llevando a otras mejores.

—Me gusta esa teoría.

—¿Era de él de quien hablabas con Miles? Te he oído decirle que deberías haberlo matado.

—Sí. —No titubeó al responderme. Su franqueza admito que me sorprendió un poco, pero en el fondo ya sabía la respuesta.

—¿Y el Tratado?

—Él atentó contra ti; a mi modo de ver, justificaría con creces el hecho de que decidiera anular su vida a modo de represalia.

—Muchos no lo entenderían. Soy una loba.

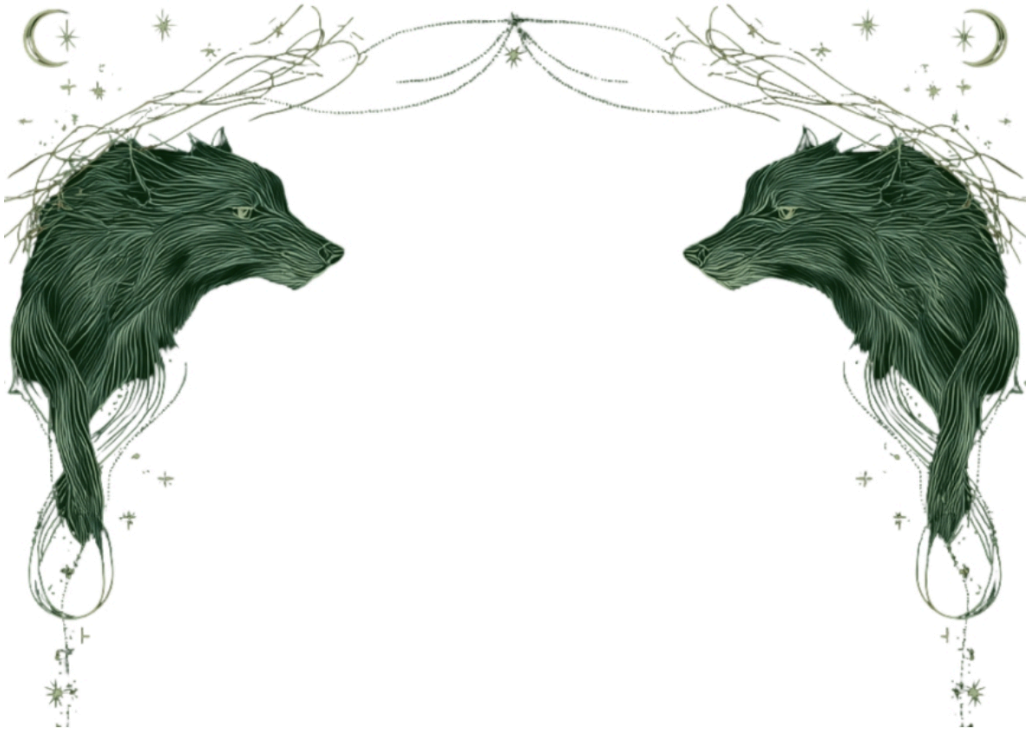
—Eres mi esposa. La reina consorte de los faes. Lo que opinen lobos o faes me trae sin cuidado.

Una pausa.

—¿Por qué no lo hiciste? ¿Por qué no lo mataste?

—Estabas herida y aterrorizada. —Suspiró—. No quise asustarte aún más.

No me esperaba esa respuesta. Asentí y, sin más, cerré los ojos, dejándome llevar por esa sensación plácida que despertaba el hecho de sentir su olor, el calor de su cuerpo y su mano acariciándome.



CAPÍTULO 20

SE SIENTE BIEN

ME DESPERTÉ CON EL OCASO. Algunos lobos tienen tendencias más noctámbulas, pero lo cierto es que yo suelo tener un ritmo circadiano bastante marcado.

—¿Cómo te sientes?

—Ni tan mal.

Eryon seguía a mi lado, abrazándome con delicadeza.

—No quiero que sientas que tienes la obligación de hacerlo, pero si algún día quieres compartir conmigo toda la historia de lo que pasó allí, con los Atrum, quiero que sepas que puedes hacerlo.

¿Debía contarle mi historia? Me planteé negarme, pero sentí un peso bajo mi techo y la necesidad de liberarme de esa historia que empezaba a formar parte de mi pasado.

—La noche en la que Emma y yo fuimos al banquete de los Atrum, cuando descubrí que ella y Nathiel estaban predestinados, me sentí mal. No por ella, pero sabía que eso significaría que todo cambiaría entre nosotras. —Intenté ordenar los recuerdos—. Me escapé de la fiesta. Riker captó mi olor en la sala y fue a mi encuentro.

—¿Qué hiciste cuando te enfrentó?

—No llegó a hacerlo. —Sonreí—. Salté por una ventana y me fugué. No me preguntes por qué, porque jamás me hubiera planteado hacer algo así. Fue un pulso. Un instinto, tal vez.

—Uno que te instaba a alejarte de él.

Era una forma de verlo.

—Recuerdo que la luna llena brillaba mientras me adentraba en un territorio que me era desconocido con un lobo enorme persiguiéndome. Podía sentir su rabia. Su frustración. No me digas cómo, pero conseguí esquivarle y llegué hasta la que era mi casa.

—¿Perdió tu rastro?

—Me adentré en el territorio de los Ferus y no se atrevió a seguirme.

Casi esperaba que me dijera que estaba loca. Como todos lo que lo sabían habían hecho. Sin embargo, se limitó a preguntarme:

—¿Y qué pasó después?

—Intenté seguir con mi vida, pero se presentó en la casa de mi manada a los pocos días. Había descubierto mi relación con Emma y de allí supo cómo localizarme. —Recordé aquella sensación. Cuando había sentido su presencia a mi espalda, en el despacho del que había sido mi alfa—. Vino a buscarme porque su lobo me había reconocido como a su pareja predestinada.

—¿Te forzaron a aceptarle?

—No. —Escuché el latir de su corazón—. Cualquier loba se sentiría feliz de que la hubiera elegido un alfa.

—Pero tú no eres una loba cualquiera, *faelan*. —Me quedé pensativa. Sus palabras no podían ser más ciertas. Y, sin embargo, por una vez no parecían críticas, sino más bien sonaron a un elogio.

—Admito que me sentía un poco abrumada, pero nadie me obligó. —Inspiré aire—. Él sabía de mi condición de Sinlobo por

Emma, así que me propuso ir con él para que su mentor me ayudara con mi problema para transmutar.

—Algo que no podías rechazar, entiendo. —Supuse que no tenía sentido intentar explicarle la atracción que existía entre nosotros, porque Eryon no creía en lo que Riker y yo habíamos compartido—. Ese mentor que has mencionado, ¿es el lobo que tenía a su disposición el orbe?

—El mismo. —Sentir el latido de su corazón me relajaba—. Igual te parece extraño, por eso de que soy una loba, pero este tipo de complicidad, lo que estamos compartiendo ahora, no es algo a lo que esté habituada.

—¿Qué hay del lobo?

—Era un tanto dominante, sobreprotector y posesivo, pero es algo esperable en un macho, un alfa. En contrapartida, era lo suficientemente fuerte como para contenerse. Ambos sabíamos que existía la posibilidad de que una Sinlobo no pudiera sobrevivir a su mordida.

—Así que te respetaba.

—Lo hacía. —Dolía aquel recuerdo—. Me amaba. Sé que lo hacía. Al menos, al principio. Creía en nosotros y yo acabé creyendo en él. —Hice una pausa—. Su intensidad hizo que acabara enamorándome de él, supongo.

Eryon se quedó en silencio unos segundos, creo que analizando mis palabras. Su mano no dejó de deslizarse por mi cuerpo mientras lo hacía, algo que agradecí porque me ayudaba a que los recuerdos no me devoraran.

—¿Qué cambió?

—Su padre estaba muriéndose. —Estuve tentada de contarle lo de la plata líquida, pero no me atreví a hacerlo—. Para darle estabilidad a la manada, necesitaba a una luna a su lado. Aspiraba a que yo consiguiera transmutar y que pudiera trotar a su lado, convertirme en su luna, pero se nos acabó el tiempo y la realidad nos golpeó de lleno.

—¿Encontró a su verdadera pareja predestinada?

—No. Él jamás dudó de que existía ese vínculo entre nosotros. —Eryon, sí, podía sentirlo, pero ese era su problema, no el mío—.

Sin embargo, su padre empeoró y le dio un ultimátum cuando encontró una loba apropiada que había perdido a su pareja predestinada y estaba dispuesta a convertirse en su luna. Era una zorra, mala gente, créeme.

—Siempre*, faelan.*

—La loba en cuestión estaba dispuesta a engendrar a su heredero para darle continuidad a la manada, aun sabiendo que Riker pretendía retenerme a su lado.

—Pero tú no estabas de acuerdo con esas decisiones.

—Se sintió como si me hubiera clavado un puñal en el mismísimo centro de mi corazón —le confesé—. Quise irme de la manada. Volver con los lobos que me habían criado o rehacer mi vida entre humanos. Lo que fuera, mientras no tuviera que ver cómo mis sueños y mis ilusiones se hacían pedazos.

—Pero no dejó que te fueras.

—Correcto. Me convertí en su prisionera; daba igual lo que le dijera, no aceptaba escucharme. —Apreté los labios con fuerza antes de añadir—: Hasta que pude sentir el olor de ella en él. —Tragué saliva y era como si algo me presionara en el pecho mientras su mordida palpitaba en mi cuello—. Nunca llegamos a hacerlo. Nosotros. Riker decía que no estaba seguro de si podría contenerse de morderme si nos acostábamos juntos.

—Y, en cambio, acabó mordiéndote. Contra tu voluntad.

—Estaba fuera de sí. Riker llegó cuando la asistente de su luna había decidido torturarme mostrándome un vídeo casero en el que él se lo estaba montando con su luna. Cuando vio aquello, mató a la mujer.

—Un lobo temperamental.

—No lamenté que lo hiciera. Esa mujer… —No llegué a acabar la frase—. Igual te parece algo ridículo, pero ver aquello… colapsé.

—Y él también.

—Él también. —Hice una pausa—. Priorizó su responsabilidad para con la manada y eso puedo entenderlo, en serio, porque yo solo soy una Sinlobo, pero debería haberme dejado marchar. Eso no puedo perdonárselo. Nunca formé parte de su manada, no tenía ningún derecho a hacerlo.

—Tampoco a marcarte. Y menos sabiendo que podía matarte al hacerlo. —Pese a ser un fae su voz sonó enojada. Y letal.

—Lo sé. Cuando lo hizo, creo que sabía que me había perdido; viva o muerta, eso tal vez ya ni le importaba.

—Entiendo que receles no solo de lo que soy, sino también de mí.

—Desearía que las heridas que arrastro, esas que no se ven, hubieran cicatrizado como la que llevo en el cuello, incluso si a veces se siente que late, como si quisiera negarme la posibilidad de olvidar lo que he vivido.

—Y sufrido.

—Y sufrido —admití.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Siempre.

—Sabes que puedes no responderme.

—Lo sé.

—¿Cómo te sientes?

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Acabas de traer a tu memoria muchos de los fantasmas que te acosan desde tu pasado y, sin embargo, te siento tranquila. Como si pudieras sentirlo como lo que son: recuerdos, pasados, que ya no pueden dañarte más de lo que ya lo hicieron.

—Duele, pero también hace que todo se sienta más liviano. ¿Es cosa tuya?

—Ahora es nuestra, *faelan*, nuestra. Y, aunque duela, nada puede cambiar ya eso. ¿Puedes sentirme? ¿Pese al dolor de los recuerdos?

—Solo puedo decirte que se sienten como algo que pasó hace tiempo. Y que tenerte aquí me ayuda. Aunque nada cambia el hecho de que no sé si jamás seré capaz de volver a confiar en alguien hasta el punto de poder amarle.

—Los faes no somos dados a hablar de ese tipo de cosas, las emociones, pero sí podemos sentirlas, y se siente bien, *faelan*. Tanto que me abruma, pero me satisface estar a tu lado tanto como tener tu cuerpo entre mis brazos.

Nos quedamos un rato en silencio. Sin tener tampoco la intención real de movernos. De separar nuestros cuerpos.

—He estado pensando en tus dificultades para convertirte en loba.

—¿Y has llegado a alguna conclusión útil? —Escuché un ronroneo. Creo que mi intensidad le divertía. Me acarició la espalda.

—Esta mañana hemos estado hablando de la magia elemental. —Lo miré, porque esa tendencia suya a saltar de un tema a otro de forma caótica me irritaba—. La habilidad de todo fae en cada uno de esos elementos viene en parte condicionada por su genética, pero existe la posibilidad de ejercitarlas y potenciar tanto nuestros puntos fuertes como los débiles. Para ello, disponemos de diferentes vertientes o escuelas de magia.

—¿Escuelas? —Consiguió captar mi atención—. ¿En plan edificios repletos de faes con túnica y varitas mágicas?

—¿Varitas? No conozco a ningún fae que las utilice.

—Que no significa que no existan. —Me sonrió mientras se acomodaba en la cama.

—En el corazón de nuestro territorio existe una gran ciudad fae. Allí hay un lugar que es culto de los eruditos y donde muchos perfeccionan y mejoran sus conocimientos mágicos.

—Así que sí tenéis una academia de magia.

—La tenemos.

—¿Estudiaste allí?

—Durante un tiempo, sí.

—Tienes más pinta de erudito que no de guerrero.

—No tengo claro si esa afirmación es un halago o, por el contrario, la sugerencia de que no poseo las destrezas necesarias para proteger a mi esposa.

Me hubiera gustado decirle que no necesitaba que me protegieran. En mi mente sonaba de coña. Pero lo cierto es que había sido él quien me había sacado de aquella casita en la que Riker me había retenido. Y el que se había asegurado de que sobreviviera después.

—Dirigías el ejército de Ihara. Uno pensaría que eso implica que tienes nociones de combate.

—Y las tengo.

Me incorporé sobre los codos para mirarle.

—¿En qué quedamos, Eryon? ¿Erudito o guerrero?

—Vivimos lo suficiente, *faelan*, como para ser muchas cosas pese a ser solo un hombre.

—¿De cuántos años estamos hablando? —Se rio por lo bajo. Me encantaban esos momentos de complicidad. Cuando todo en él parecía relajarse y podía escuchar ese ruido que era caro de conseguir, el de su risa.

—Existen cinco escuelas de magia. —Cambió de tema para no contestarme, pero decidí no enojarme—. En primer lugar, existe la Escuela de la Restauración. Es donde se forjan grandes sanadores, como Lillan, pero también botánicos y otras especialidades.

—¿Botánicos?

—Son los que cuidan bosques y jardines, pero también los responsables de los cultivos que alimentan a mi pueblo.

—El marido de Banasha. —Eryon asintió.

—Algunos de ellos son capaces de conjurar luz, como la del mismísimo sol.

—Eso ha de ser impresionante.

—La segunda es la Escuela de la Ilusión. Es una especialización propia de mentalistas, porque permite anular y crear a un tiempo todo tipo de emociones o recuerdos, pero también permite crear murallas en nuestra mente o barreras mágicas a nuestro alrededor.

—Astrid insinuó que este lugar está protegido de miradas indiscretas y que por eso me escondías aquí.

—No te escondo en el sentido de que me avergüence, si eso es lo que estás pensando.

—Una verdad a medias.

—Apenas estás empezando a conocer mi mundo, *faelan*, y no quiero que este te deslumbre o, peor aún, pueda ahuyentarte. Aquí puedes ser tú quien marque tu propio ritmo y no verte afectada por los tejemanejes de la corte.

—¿Y si quisiera verla? ¿Conocer esa parte de tu mundo?

—No tengo intención de ocultarte ni ocultártelo. —Asentí. Deseé creer en sus palabras. Que sonaban sinceras.

—¿Qué hay de las otras escuelas?

—La Conjuración se centra en artes asociadas a conferir poderes o habilidades a objetos comunes o invocar a criaturas de otras dimensiones para que nos ayuden en una tarea concreta.

—¿Podéis hacer algo así?

—Podemos, aunque algunos faes han muerto a manos de sus invocaciones.

—Eso suena mal.

—La magia es adictiva y el ansia de poder puede anular el juicio incluso de un buen hombre. —Se mordió el labio inferior, como si estuviera recordando algo—. Las dos escuelas que restan son la de Alteración y la de Destrucción. Son, en general, las más preciadas entre los faes.

—¿Más que la Restauración?

—La Alteración permite la manipulación física del mundo, alterando cosas tan básicas como la gravedad o la materia.

—Como cuando haces eso de transportarte entre las sombras.

—Correcto. Ese tipo de habilidades se aprenden en esa escuela, pero también otras como aumentar de tamaño, hacer levitar un objeto o que nuestra piel se vuelva pétrea y sea inmune a la garra de un lobo, por ejemplo. —Apreté los labios, deseando que no estuviera haciendo referencia a mis garras buscando su espalda—. Creo que es en sus fundamentos donde tiene sentido encontrar un camino para entender cómo funciona tu habilidad de transmutar.

—¿Se te da bien ese tipo de magia?

—No se me da mal, aunque mi fuerte siempre fue la última de las escuelas.

—¿Qué esa era…?

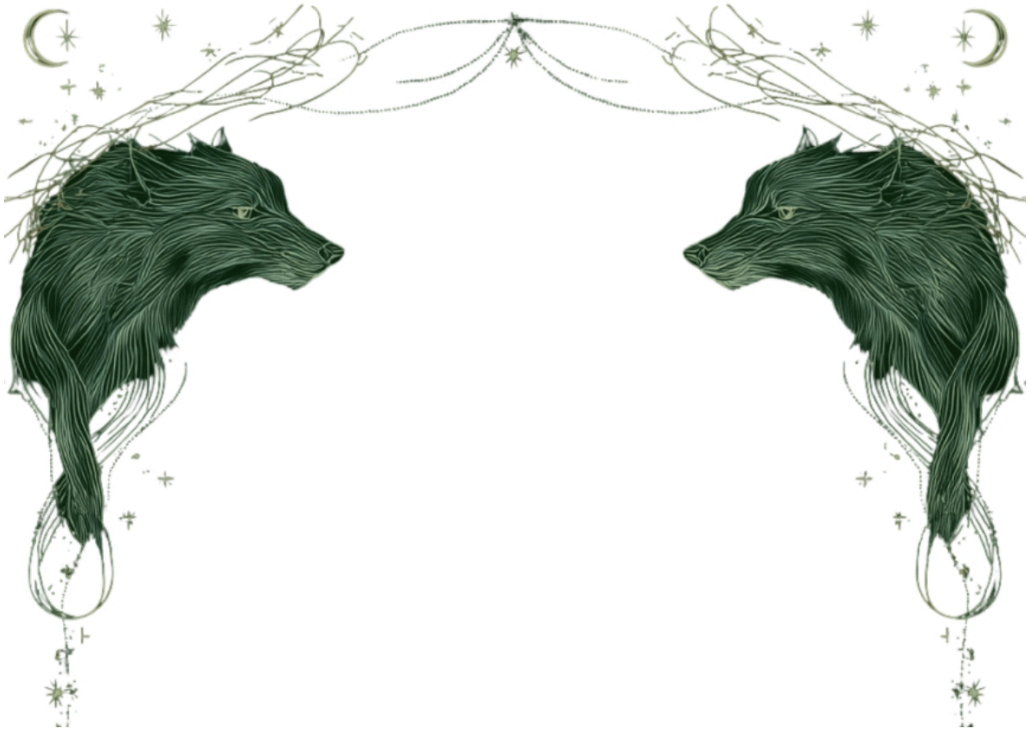
—La de la Destrucción. —Sus ojos tintinearon.

—No me lo digas, ahí va lo de lanzar rayos a diestro y siniestro.

—No voy a negártelo.

Tal vez debería sentir miedo. Por lo que él era. Podía percibir el inmenso poder que poseía. Más aún si era capaz de canalizar la magia del mundo que le rodeaba a su antojo. Sin embargo, le sonreí antes de acomodarme el cojín y decantarme por cerrar los ojos para descansar un poco.

Con un poco de suerte, si me recuperaba rápido, podría volver a ver a Emma. Ese era un objetivo real, tangible, algo que haría que, al menos durante unos días, mi vida volviera a tener un sentido.



CAPÍTULO 21

LA OTRA LOBA

PASARON TRES O CUATRO DÍAS y, aunque aún dormía mucho más de lo que estaba acostumbrada y me permitía siestas de un par de horas después de comer, cada vez me sentía más recuperada, aunque había perdido parte del poco músculo que tenía y algo de peso.

Sabía que lo de la carne era algo imperativo si pretendía recuperar un poco de fuerza, aunque la idea de aprender a usar el arco, teniendo a Astrid como mentora, tenía más contras que pros. A mi favor jugaba el detalle de que los faes evitaban todo contacto físico. Y no me refiero únicamente a Astrid, a la que todos evitaban porque le tenían algo que tenía más aire de miedo quede respeto, sino por norma general.

Era como si hubiera un perímetro de seguridad, una zona en la que nada ni nadie tenía el derecho a entrometerse.

Eryon no mantenía esa norma cuando de mí se trataba. Era habitual que su mano acabara sobre mi cintura cuando paseábamos juntos por los jardines o nos adentrábamos en el bosque camino al arroyo o a uno de los salientes con vistas a las montañas. Cuando comíamos, nuestros platos eran servidos en el cabezal de la mesa, tan cerca que era imposible no rozarnos. O que su mano acabara sobre mi rodilla. Tal vez eso sí era evitable. Pero a él parecía agradarle ese contacto, y a mí no me disgustaba. Más bien al contrario.

Quizá por lo de ser una loba. Quizá por nuestro vínculo como almas gemelas o el hecho de que le había marcado como a mi compañero. Si era posible que una loba y un fae forjaran ese tipo de relación. Que era poco probable.

Lo cierto es que me gustaba sentir a Eryon. En ocasiones me despertaba sola, en esa enorme cama, porque él había decidido revisar viejos tomos sobre lobos y su habilidad de transmutar en la galería o estaba reunido con otros faes en algún lugar remoto del territorio que reinaba. No le preguntaba al respecto porque no quería fomentar la desconfianza de Miles, y ya tenía bastantes problemas en asumir y sobrellevar mi mierda como para intentar abarcar lo que fuera que se extendía a ese lado del Moonwhisper.

Sin embargo, lo que más me gustaba era cuando despertaba y él estaba rodeándome con sus brazos. A veces dormido, otras despierto. Esa sensación era agradable. En demasiados aspectos.

—Tengo una sorpresa preparada para ti, *faelan*.

Me sorprendió aquello, porque nada en su forma de comportarse a lo largo del día me había dado pie a pensar algo así.

—¿Una sorpresa?

—Miles y Astrid nos están esperando.

A ese par los veía de tanto en tanto. Entraban y salían a de casa de Eryon y, aunque no parecían demasiado molestos por encontrarme allí, tampoco habían pasado a ser las personas más amistosas con las que me había cruzado a lo largo de mi vida.

Nos tolerábamos, podría decirse.

Que ya era.

—Tengo ganas de probar con el arco.

—¿Más que de comer un trozo de carne roja y jugosa?

—Admito que ese es el aliciente que hace que la idea de pasar horas con Astrid no me desencadene un brote de urticaria. O una úlcera de estómago. ¿Un ataque de ansiedad? ¿Suena un poco demasiado?

Eryon puso los ojos en blanco. Creo que le divertían mis hipérboles y mi sarcasmo, aunque siendo un fae no es que fuera el público más fácil y accesible que había tenido a lo largo de mi vida.

—No tengo claro el grado de control que podéis tener los lobos sobre vuestro cuerpo, pero dudo que puedas condicionarlo para que ninguna de esas posibilidades se lleve a término.

Una brisa fresca hizo que se me erizara el vello. Me froté los brazos, para ayudarme a entrar en calor.

—Empieza a hacer frío cuando anochece. —Eryon asintió e hizo el amago de desabotonarse la casaca que llevaba para cedérmela, pero mi orgullo de loba me impidió aceptarla—. Estoy bien, era solo un comentario.

—Claro. —Alzó una ceja de forma acusatoria.

Juntó las manos frente a él y apareció una esfera de fuego.

Admito que me flipaba cuando hacía ese tipo de cosas.

Ser un fae molaba mucho. Casi tanto como ser un lobo. O incluso un poco más. No podía ser imparcial porque yo no podía transmutar, así que mi experiencia como loba era justa.

Agradecí el calor de las llamas mientras recorríamos los últimos metros hasta el elegante edificio fae. Me negaba a llamarlo palacio. Hacía que todo lo otro, lo de que era rey, se volviera demasiado real.

—Miles, Astrid —los saludé con un gesto con el mentón.

—La luna llena nos dará más visibilidad —puntualizó Miles—. ¿Es cierto que los lobos podéis ver a la perfección durante la noche?

—A la perfección, no sabría decirte, pero vemos bien, sí. Tenemos más fotorreceptores que los humanos y otros mamíferos, además de una membrana detrás de la retina que hace que se refleje la luz no absorbida y la amplifica. —Contra todo pronóstico, Miles parecía

interesado en mi explicación—. Muchos carnívoros con preferencia a cazar de noche la tienen.

—De ahí que podáis moveros de forma cómoda en zonas en penumbra —concluyó la fae.

—Correcto. —Miré a Astrid—. ¿Y vosotros?

—Es complicado.

—Lo que significa que no quieres contármelo.

—Nuestro sistema visual es más sensible y fino que el de un humano, pero la oscuridad entorpece nuestros sentidos.

—Y, sin embargo, suele decirse que os movéis por las sombras y atacáis de noche.

—Movernos por las sombras, lo hacemos. —Eryon levantó el puño y una espiral de sombras oscuras empezaron a rodear su mano—. La clave para orientarnos y movernos físicamente cuando no hay luz se basa en un tipo de magia de la Escuela de Alteración.

—Ecolocalización —añadió Miles—. Como los murciélagos. Usamos magia en frecuencias bajas a nuestro alrededor en forma de ondas que no pueden sentirse, pero según el modo en el que rebotan en los objetos nos permite ver el mundo sin verlo.

—Impresionante.

—No es una habilidad muy frecuente, pero sí útil —admitió Astrid y supe, por su tono, que ella era capaz de hacer aquello. Con un par de colmillos y un mucho de rímel negro, en serio que la veía como la novia asesina de Drácula.

Conseguí evitar ponerme a reír allí en medio.

—¿Vamos? —La fae se levantó de un salto del sillón en el que estaba.

—¿Vamos? ¿A dónde?

—¿No querías ver a la otra loba? —me cuestionó y me giré para mirar a Eryon.

—Creo que estás en condiciones de viajar entre las sombras hasta allí, pero solo si quieres… —Sus ojos brillaron con ese deje travieso que podía percibir en contadas ocasiones. El cabrón sabía que la mera posibilidad me había puesto los nervios a flor de piel.

—Vamos.

—Solo una cosa, *faelan*… —Se acercó a mí y me tomó por la cintura. Ni Miles ni Astrid dijeron nada al respecto. Si les sorprendía ese tipo de actitud por su parte, el contacto físico entre nosotros, usaban el comodín fae de parecer dos malditos témpanos de hielo—. Es posible que, entre lobos, no fuera bien visto que el rey de los faes hubiera deambulado por su territorio para buscar a su alma gemela.

—Enfrentándose a la autoridad de un alfa y medio centenar de sus lobos —añadió Miles.

—Es posible que eso tampoco les gustara especialmente —admitió Eryon.

—¿Qué hay de eso de mostrar que cruzar el Moonwhisper no es un reto para los que estamos a este lado?

—No voy a disculparme por eso. Rubis estaba débil y le afectaban otras formas de desplazamiento más discretas.

—No quieres que le diga a Emma quién eres.

—Los lobos hace meses que andan nerviosos. —Eryon me observó—. Sería mejor evitar un posible conflicto.

¿Nerviosos? Apenas vinieron a mí imágenes fugaces de lo que Riker me había contado antes de que el recuerdo del sabor de la plata líquida me secara la boca y la garganta por completo.

Los lobos andaban inquietos, a la defensiva, preparándose para lo que estaba por venir, porque los faes estaban atacándolos con plata líquida.

Observé a Eryon y reflexioné sobre sus palabras. No eran las propias de alguien que ansía exterminarlos. Reavivar antiguos odios.

Tal vez Eryon no tenía la más remota idea de lo que fuera que estaba sucediendo al otro lado. Aun siendo el rey de los faes, no parecía un asesino.

Astrid era un tema aparte, pero no me había pasado por alto el hecho de que Miles le había preguntado cuánto hacía que no cruzaba la frontera y ella había dicho algo así como un montón de años.

—De acuerdo. —Primero, ver a Emma. Ya lidiaría con el resto más adelante—. ¿En serio vas a dejarme ver a Emma?

—¿Dejarte? Eres dueña de tu vida. Si quieres ver a la loba con la que creciste, no soy quién para negarte hacerlo. —Lo miré y creo

que percibió mi desconfianza—. No negaré que me preocupa tu seguridad.

—Emma jamás me haría daño.

—Quiero confiar en tu criterio, *faelan*, pero no estoy seguro de cómo puede reaccionar dada nuestra vinculación. Ni ella ni el resto de su manada.

—Estás pensando en Riker.

—El compañero de tu amiga no deja de ser el beta de esa bestia. —Me sostuvo la mirada. Creo que me hubieran molestado todos los contras que estaba soltando un poco a la ligera si no mantuviera sus brazos rodeando mi cadera, haciendo que su presencia tuviera un cierto efecto calmante—. Vamos a darle la oportunidad de reunirse contigo a este lado del río, pero si la rechaza, no vamos a llevarte al territorio de los lobos de nuevo.

Su tono era pausado, pero autoritario al mismo tiempo. Supe que no habría negociación posible. Si Emma se negaba, algo que cualquier loba en su sano juicio haría, no podría volver a reunirme con ella. Aun sabiendo que estaba al otro lado. Tan cerca. Y al mismo tiempo tan lejos.

—Emma no titubeará, pero dudo que su compañero le permita hacer algo así. Es sabido que ningún lobo cruza el Matalobos y vive para contarlo.

—Ahora entiendo el miedo que podía sentir en ti aquella noche. No era solo por mí, ¿verdad?

—Tú llegaste cual ángel vengador para salvarme del infierno, créeme que eras lo menos malo que me pasaba en mucho tiempo.

—¿Lo menos malo? Suena como si pudiera llegar a convertirse en algo bueno. —Lo miré, confundida. ¿Estaba flirteando conmigo?

—De acuerdo. Lo entiendo. Acepto tus condiciones —cedí.

Quería ver a Emma. Decirle que estaba bien y asegurarme de que ella también lo estuviera. ¿Saber de Riker? No, esa parte podía ahorrármela. Creo. No tenía claro qué sentía al respecto. Si quería o no saber de él.

Eryon asintió y miró a sus consejeros. Después de eso, solo noté el tirón de su magia rodeándome y arrastrándome a través de la nada. Podía percibir a Eryon en ese vacío carente de luz y en el

silencio desgarrador que parecía ahogarte desde dentro. Me centré en él. En esa mezcla de olores, a tormenta y flores silvestres, que me ayudaba a evocar las noches en las que me despertaba enredada a su cuerpo.

—Ni tan mal —susurré cuando volvimos a materializarnos sobre lo que no podía ser otra cosa que la orilla fae del Moonwhisper.

La arena bajo mis pies era fina y resbaladiza y podía escucharse el rumor un tanto salvaje del cauce del río.

—Me alegro. —Me liberó de su abrazo, un poco a mi pesar.

Observé la belleza del lugar. La luna llena brillaba en un cielo despejado y su esfera se reflejaba sobre la superficie del río, aunque se rompía en cientos de fragmentos por la forma en la que el agua bajaba, un tanto caótica.

Me senté sobre la arena.

Había tolerado el desplazamiento, en el sentido de que no estaba vomitando, pero notaba las piernas un poco trémulas. Tal vez también por la emoción de volver a ver a Emma.

Sentí un cosquilleo y vi que Eryon tenía la mirada perdida en lo que sucedía al otro lado. ¿Acaso podía ver a Emma? Intenté agudizar mi mirada, pero me era imposible.

—¿Qué sabes? —le cuestioné.

—Tenías razón, es tu amiga.

—¡Te lo dije! —Una media sonrisa asomó en su rostro.

—Creo que a su pareja no le apasiona que Astrid haya colocado una daga sobre su cuello.

—¿Que ha hecho qué?

—Sabe que te importa, no la dañará.

—Más le vale o… —No acabé la frase. Frente a mí un montón de sombras empezaron a formar dos siluetas.

—Estaré cerca, *faelan*, pero os dejaré a solas. —No tuve tiempo de contestarle, las sombras le engulleron, dejándome solo el recuerdo vacío del lugar en el que sus ojos azules se habían desdibujado antes de que, frente a mí, apareciera Astrid.

—Pero ¿qué…? —Tenía un puñal sobre el cuello de Emma de una forma que no era, ni de lejos, especialmente amistosa.

—Me gusta causar sensación —soltó la fae mientras alejaba el puñal del cuello de mi mejor amiga y la empujaba hacia mí.

Emma apenas pudo reaccionar a tiempo de poner las manos para evitar que la cara le golpeara contra la arena. Gateé hasta llegar a su lado. No me molestó su desnudez, aunque Astrid nos miraba alzando el mentón y con aspecto de evidente disgusto.

—Media hora o el lobo del otro lado acabará entrando en pánico y avisando al resto de los chuchos. —Levantó una mano y las sombras rodearon su brazo, como si las estuviera invocando.

—¡Astrid! —la llamé y se giró, su expresión era neutra—. Gracias, por traerla.

—Sigo órdenes. —Ladeó la cabeza—. No intentes ninguna estupidez que me obligue a intervenir, y recuerda que en unos días empezaré a formarte, así que te aconsejo que no me incomodes más de lo que ya estás haciendo con tanto ruido y lloriqueo.

A la próxima vez, que se lo agradeciera Eryon, en serio, porque su vieja amiga era una zorra implacable. Que, a ver, al final había traído a Emma y, por mucho que ladraba, no la había visto mordiendo, pero estaba claro que para estrechar lazos con esa fae en concreto necesitaría mucha paciencia y pillarle el punto.

—¿Rubis? ¿Eres tú? ¿En serio? —No sé en qué momento Emma había empezado a abrazarme. O yo a ella.

Aún no llevaba ni un mes en territorio fae, pero ver a Emma hizo que aquello se sintiera como media vida. O incluso un poco más.

—¡Emma! —Empecé a llorar. Y ella también. Moqueábamos las dos, mientras nos abrazábamos, nos tocábamos, sintiéndonos la una a la otra.

—¿Estás bien? —me cuestionó cuando fue capaz de reaccionar.

—He estado bien jodida, pero sí, creo que sí.

—Pensaba…

—Da igual, no pienses en todo lo malo ahora. Estoy bien, Emma, y no puedes imaginarte lo bien que se siente saber que tú también.

—Estoy bien ahora, teniéndote aquí, conmigo, pero estas semanas han sido un infierno. Pensaba lo peor.

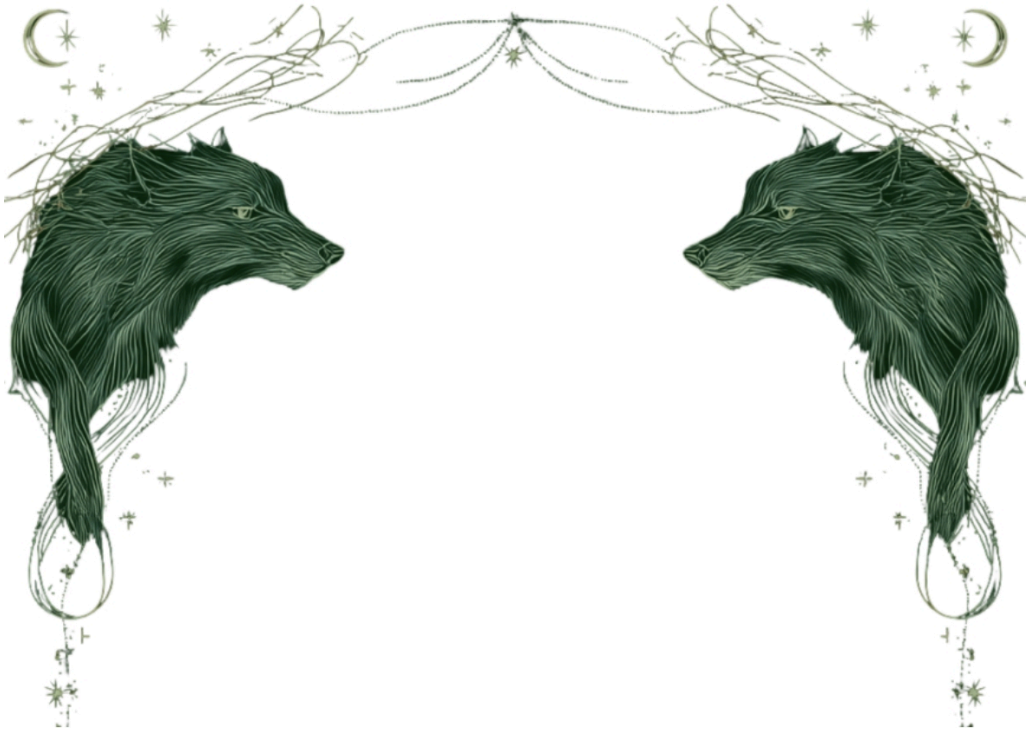
—Supongo que es comprensible.

—Riker me dijo que estabas viva. —Su mano buscó mi cuello y sentí una quemazón cuando encontró la marca de su mordida—. Me dijo que podía sentirte, pero pensaba que me mentía… que se mentía a sí mismo. Pero estás aquí. Estás viva. Has sobrevivido a su mordida. —Elevó la mirada para centrarla en mis ojos—. Y a los faes.

Vi sus ojos humedecidos. El dolor. El duelo. El miedo. Podía entender a la perfección esa mezcla de emociones fusionarse y entrelazarse de forma descontrolada.

Escuchar el nombre del que había pensado que sería mi compañero hizo que me tensara, pero Emma no llegó a notarlo porque desbordaba felicidad por cada poro de su piel. Lo importante era ese ahora. Nuestro momento. El reencuentro. Estábamos juntas. Y estábamos vivas.

—Sabes que siempre he sido una superviviente. —Me obligué a sonreírle y ella me sonrió de vuelta. Incluso si en su rostro podía verse que la preocupación se abría paso tras la alegría de volver a verme.



CAPÍTULO 22

NUNCA FUE MI CASA

MEDIA HORA NO NOS DARÍA PARA MUCHO, pero nos sentamos sobre la arena blanca. Hundí mis dedos en ella y sentí un cierto placer en aquella sensación.

¿Cómo podía ser tan diferente de la tierra burda y los matojos que crecían al otro lado? Tal vez se debía a la magia fae. Si me acordaba, le preguntaría a Eryon al respecto.

—Cuéntamelo todo.

—No hay mucho que contar. —Me encogí de hombros—. Esa dulzura que acabas de conocer es Astrid. No la cabrees, dice ser una asesina y, la verdad, casi que preferiría no tener que verificar su afirmación.

—¿Dónde han ido?

—Ni idea.

—Tal vez podríamos… —Su mirada se desvió hacia el Matalobos. Negué con la cabeza.

—Pueden ser unos estirados, pero son fieles a su palabra. Te devolverán a Nathiel, te lo prometo.

—¿Y qué hay de ti?

—No puedo volver, Emma. —Le sostuve la mirada y dos lágrimas surcaron sus mejillas.

—Te prometo que las cosas han cambiado, Rubis.

—Nada de lo que digas o dejes de decir cambiará el pasado.

—No, no lo hará. —Apretó con fuerza los labios—. Pero deberías, al menos, escucharme.

—Lo haré, porque eres tú, pero sabes mejor que nadie que no merecía esa mierda de vida a la que él pretendía obligarme. Encerrada. Sin derechos. Sin voz ni voto. Mientras él se acostaba con la persona adecuada. —Noté que temblaba ligeramente, no sé si por el dolor de aquellos recuerdos, por mí, o por la rabia—. Me mordió, Emma, y me marcó sin tener mi consentimiento y sin importarle que pudiera morir.

—Perdió el control, sí, pero sigues viva.

—No gracias a tu alfa. —Admito que escupí aquello, pese a que Emma no tenía la culpa. Levanté el brazo para mostrarle las marcas que cubrían mi antebrazo—. Me pasé un par de semanas en un estado vegetativo, y si estoy viva es porque el fae canalizaba la mierda de la mordida de Riker a través de esto.

—¿Cómo diablos es eso posible? —Vi que titubeaba y asentí. Acercó su mano para deslizar las yemas de sus dedos sobre las marcas. Sentí un leve escozor.

—No lo sé, pero poseen algún tipo de magia que nos conecta.

—¿Son reales?

—Lo son.

—¿Y eso te convierte en algo parecido a su mujer?

—Eso parece.

—Riker piensa que el fae usó su magia para crear una ilusión sobre tu piel.

—También que follarse a otra loba era la mejor de las ideas.

Nos quedamos en silencio.

Tal vez conseguiría ese cachorro de linaje propicio para seguir lidiando con la manada, pero lo haría atentando contra la voluntad de la diosa Luna y traicionando a la persona que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, incluso exponerse de forma voluntaria a la plata líquida, por él. Hasta ese punto le había amado.

—Ya no vive en la casa de la manada. —Me giré para mirar a mi amiga—. Nathiel y Dorian tuvieron que contenerle los primeros días, hasta que consiguieron apartarle de la orilla. Cuando lo lograron, se negó a volver a la casa de la manada y se instaló en tu casa. —Hizo una pausa—. Allí siguen tus cosas; creo que le ayuda a contener a su lobo. Olerte.

¿Mi casa?

¿Esa que había visto mis horas más bajas?

¿Su traición? ¿Mi dolor?

—Nunca fue mía.

—Nunca la sentiste como tal, lo sé.

—Era una prisionera, Emma. Me traicionó. —Le sostuve la mirada—. Quizá yo era su pareja predestinada, pero prevaleció su deber para con los otros; no quiero que pienses que soy tan egoísta como para no entender que lo hiciera, que priorizara al resto frente a una Sinlobo, pero jamás le perdonaré que me encerrara allí, sin darme la posibilidad de rehacer mi vida y de intentar, no sé, seguir adelante.

—¿Sin él?

—Mejor sola que mal acompañada.

—Es tu pareja predestinada.

—Lo era. Hay un antes y un después, al menos en lo que a mí refiere.

—¿Te estás planteando rechazar a tu compañero? —me preguntó en un tono bajo, como si le asustara preguntarme aquello, pero al mismo tiempo ya supiera la respuesta.

—Después de lo que me hizo, no podría no hacerlo. —Hundí mis dedos en la arena—. Quizá soy solo una omega Sinlobo, Emma, pero él fue quien me rechazó primero, aceptando a otra loba como pareja, me privó de mi libertad y estuvo a punto de matarme. —Me

giré para mirarla—. Sin la magia de Eryon, estoy casi segura de que habría muerto.

—Él puede sentirte, Rubis. —Hizo una pausa, para darme un tiempo para digerir aquello—. El vínculo entre vosotros existe.

Tragué con dificultad, sopesando la posibilidad de que aquello fuera cierto. Sentí una emoción fría en mi corazón. Le había amado. Le habría dado todo. Mi vida. Mi futuro. Hubiera estado dispuesta a ser su luna. Y ahora. ¿Qué quedaba de aquello? Un regusto amargo. De lo que podría haber sido. Del dolor de su traición. De la agonía que sufrí tras su mordida.

—Lo que sea. —La miré—. No voy a volver.

No estaba conforme con mi decisión, pero sabía que era a mí a quien le correspondía tomarla, y me quería lo suficiente como para permitirme hacerlo. Decidir. Cada uno debería ser prisionero de sus propias decisiones, pero no de las de los otros.

—Aún me parece mentira que estés viva y que estemos en territorio fae.

—Lo estamos. —Le sonreí.

—¿Estás segura de que no nos matarán a traición?

—No veo la necesidad de hacerlo a traición; si quisieran matarnos, ya estaríamos muertas.

—Me suena como a un buen argumento. —Una media sonrisa en su rostro—. No sé cuánto he llegado a llorarte. Te juro que no sé de nadie que haya sobrevivido en territorio fae.

—Ya, eso, bueno, tampoco creo que conozcas a ninguna Sinlobo que haya sobrevivido a la mordida de un alfa, y aquí estoy. Mala hierba, ya sabes…

—Nunca muere. —Me sonrió. Era algo que solíamos decirnos la una a la otra, de niñas. Y empezó a lloriquear de nuevo. Me abrazó. Con fuerza—. ¡No me puedo creer que estés bien! ¡Me alegro tanto!

—Respira, Emma, te prometo que estoy bien; un poco floja, porque he estado encamada varias semanas, pero cada vez me siento mejor y, seamos realistas, tampoco es que nunca haya sido una fortachona antes. —Sonrió—. Apenas me he cruzado con unos pocos faes y creo que tienen más curiosidad de lo que soy que ganas de matarme, así que ni tan mal.

—¿Y qué hay de su magia?

—Teniendo en cuenta que no disponen de electricidad, si no la tuvieran, estarían jodidos. —Emma rio al escucharme decir aquello y me apretujó entre sus brazos—. Todo parece sacado de un libro de época, la ropa, la forma en la que hacen las cosas… Han sido unas semanas de mierda en mayúsculas, te lo juro, pero al menos aquí no me siento como si fuera una prisionera.

—¿No lo eres? —Vi que dudaba al respecto. Si se lo pidiera a Eryon, ¿me dejaría marchar?

—Creo que no.

—Eso significa que no lo sabes.

—Mi prioridad era no morir, gracias.

—Ya, eso. —Hizo una mueca—. Me parece una locura que te estés planteando quedarte. ¿Qué hay de él? ¿Dónde está?

—Cerca, por lo que me ha dicho.

—¿Tú y él…? —Dejó la frase a medias y le di una colleja, a lo que soltó una carcajada—. No me imagino a un fae, ya sabes…

—Yo tampoco, ni necesidad tengo.

—Tenía miedo de que intentara forzarte o algo, por eso de que dice que eres su pareja. —Ahí me dio la risa tonta.

—Es un fae, Emma, no son como nosotros.

No se dejaban llevar por los instintos; ni por la pasión ni por esa rabia descontrolada que podía llegar a empujarnos a cometer atrocidades. Como marcar a alguien en contra de su voluntad.

Eryon no se parecía en nada a un lobo.

Era un fae. Lo era, incluso si habíamos compartido situaciones que se habían sentido intensas y, joder, empezaba a desearle. Sin embargo, eso era lo último que quería que Emma pudiera llegar a descubrir.

No estaba segura del porqué.

¿Acaso temía que me juzgara? ¿Me avergonzaba de lo que ese fae empezaba a despertar en mí? ¿Tal vez no me sentía capaz de reconocer frente a nadie —ni siquiera Emma— que no me era indiferente? Que me gustaba sentir su presencia, percibir su olor, sentir su cuerpo cerca del mío. Y la calidez de sus besos.

Tal vez.

Quizá no tenía nada que ver con Eryon. Sino con el alfa que me había despreciado. Como si una parte de mí se sintiera culpable de volver a sentir ese tipo de emociones por alguien que no fuera él, el que se suponía que la diosa Luna había elegido para mí. Con una mierda de criterio, todo sea dicho.

Lo que sería algo así como el karma.

Riker se había casado con otra loba.

Yo lo había hecho con un fae. Sin ser consciente del evento en concreto, pero no tenía por qué disculparme ni justificarme ante él o ante nadie. Ya no más.

Y él había mantenido relaciones sexuales con ella.

¿Por qué diablos tenía que sentirme culpable de que una minúscula parte de mí se planteara cómo sería el sexo con Eryon?

Karma.

En serio.

Quizá debería sentir un cierto placer en devolverle aquello. Lo que me había hecho sentir. Y sufrir. En primera persona. El amargo gusto de sentirte traicionado por aquel a quien amas. Si es que él llego amarme; tal vez solo fue el instinto de su lobo el que me había elegido, pero no lo había hecho él de forma consciente. Después de todo, ¿quién en su sano juicio se comprometería con una Sinlobo?

Eryon.

A él le había importado una mierda todo.

Que yo fuera una loba.

Y que al mismo tiempo no lo fuera.

Que llevara la marca de otro macho.

Y le hubiera asegurado que jamás podría amarle.

Es posible que a un fae eso le resbale, también sea dicho, por eso de que son emocionalmente planos.

Más o menos.

¿Verdad?

La presencia de Emma me reconfortaba. Siempre había sido más que una mera amiga para mí. Solía decir que éramos casi hermanas. Y se sentía así. Como si hubiera reencontrado un pedacito de lo que era al volver a estar con ella. Incluso si apenas era por un rato.

—Sabes que Nathiel le contará a Riker que una fae medio loca se ha presentado en nuestra orilla y que ha usado su magia para… aún no tengo claro el qué. ¿Cómo diablos pueden hacer eso? ¿Se trata de un conjuro? ¿Muchos de ellos pueden hacerlo? ¿Viajar de un punto al otro en el espacio a un mismo tiempo? ¿Es eso lo que hizo el fae que te secuestró?

—Más que secuestrarme, me rescató —puntualicé con una mezcla de tristeza y satisfacción; no quise contarle mucho de lo que sabía, porque, aunque Emma era mi amiga, también sentía que le debía lealtad a Eryon por la confianza que había depositado en mí, respondiendo todas mis preguntas sobre su magia y su mundo—. Es algo así como un conjuro; magia fae de alta complejidad, digamos. No es algo habitual, ni mucho menos.

—Lo que sea. Nathiel no puede no contarle a Riker que te he visto. Sé que callará mientras piense que mi vida corre peligro, al menos el tiempo acordado, pero sabes que él acabará sabiéndolo.

—Lo sé, y jamás te pediría que intentaras ocultárselo, tal vez me huela en ti y sé que tanto tú como tu compañero le debéis lealtad. Es vuestro alfa. —Busqué el río con la mirada—. No descarto que ya esté en la otra orilla. Solo te pido que, cuando le cuentes que me has visto, te asegures de que Nathiel esté contigo. Solo por si acaso. Si pierde el control y te hace un arañazo, uno solo, te juro que se lo haré pagar.

—Ya lo está pagando, Rubis, te juro que ya lo está pagando. —Una mezcla de rabia y pena enturbió su mirada—. Hace unos días Amaral se presentó en tu casa. La casa en la que estuviste las últimas semanas —se corrigió—. Le advirtió que, si volvía a acercarse a él, la mataría. Nadie espera que la luna de los Atrum vaya a darnos un heredero. Ni siquiera su anciana madre. Ha envejecido. Creo que no tardará en seguir al viejo alfa y reunirse con él y la diosa Luna.

—Que le pregunten por qué me eligió para su hijo y le expliquen cómo se dedicaron a presionar a su heredero en contra de su bendición.

—Tal vez se lo merecen. —Emma no era rencorosa, pero justo eso fue lo que percibí en su tono. Todo el dolor que me habían

ocasionado pesaba también de forma indirecta sobre mi mejor amiga.

—Lo siento por vosotros, pero que se joda su madre, su difunto padre y que se joda él. —Levanté el mentón, intentando negar que el dolor, la tristeza, abriera de nuevo las grietas que estaban empezando a cicatrizar en mi interior—. Jamás pretendí ser algo que no era y no les mentí de mi condición. Riker me hizo pensar que no importaba, que encontraríamos la forma de hacer que lo nuestro saliera adelante. Y fui tan estúpida como para creerle.

—Le odias.

—Sí, creo que sí. —Suspiré—. Me mintió. Me utilizó. Me traicionó. Y estuvo a punto de matarme.

—Pero sabes que también te ama.

—Dicen que hay amores que matan, pero, la verdad, creo que paso de esos. —Hice un mohín—. Aunque tengo que admitir que no solo le odio a él. También me siento mal conmigo, por haber confiado en él y haberle creído. Por haber sido tan estúpida como para pensar que tenía un algo de Cenicienta y él era mi príncipe. —Me dio por reír. No andaba tan desencaminada. Ahora era reina. Lo que era un disparate. Uno mayúsculo. Pero a Eryon no parecía importarle. A Miles y Astrid, era otro tema.

—Debería haber hecho algo más. No sabía cómo ayudarte. Se te veía tan mal. Tan perdida…

—Lo estaba.

—Ahora, en cambio, pareces más tranquila. Casi diría bien. Pese a las circunstancias.

—No estoy mal, que ya es un primer paso. Supongo que aún es muy pronto. Las heridas están allí, igual que las marcas en mi cuello, pero ya no sangran y solo siento alguna punzada, de tanto en tanto, como si fuera un recordatorio de todo lo que arrastro. De la Sinlobo que fui. —Hice una pausa—. ¿Sabes lo que es gracioso?

—¿El qué?

—Que aquí eso no importa. Que no tenga lobo.

—Pero implica que tienes menos posibilidades de defenderte.

—Algo que no debería preocuparme mientras no intenten atacarme.

—¿Qué hay de esa fae? ¿La asesina?

—Dudo que nos hagamos grandes amigas, pero es cercana a Eryon y lo respeta; no me preocupa. —O no demasiado, pero preferí no darle a Emma motivos de los que preocuparse.

—¿Cómo te encontró el fae? ¿Cómo supo que eras su pareja?

—Había un objeto en casa de Martin. Pasó algo cuando lo toqué y al poco, una noche, soñé con él. Creo que es algo que puede pasar cuando dos mentes conectan. —Me encogí de hombros—. Fue un sueño extraño. Pensé que era mi subconsciente. O que me estaba volviendo loca. Lo de Riker me estaba matando. Me dijo que podía sentirme. Y que me encontraría.

—Y te encontró.

—Correcto. —Miré hacia las aguas rabiosas del Moonwhisper—. Creo que, para un fae, esa conexión es como oler por primera vez a tu compañero. Te da un rastro. Algo de lo que tirar para ir a su encuentro.

—Es sorprendente.

—Lo es. Eryon tiene una gran galería, una sala enorme, llena de libros y artilugios faes. Creo que voy a invertir parte de mi tiempo en aprender cosas sobre ellos, sus costumbres y tradiciones, ese tipo de cosas.

—La magia me aterra.

—A mí también —admití—, pero es innegable que al mismo tiempo es fascinante. Hay ocasiones en que puedo sentirla, por el vínculo con Eryon.

—¿Hablas en serio?

—Es como un hormigueo cálido, como una caricia.

—Ten cuidado.

—Soy una loba. ¿Sabes qué me contó?

—Dime.

—Que para ellos la magia es tan adictiva como para nosotros el sexo.

Emma me miró y le dio por ponerse a reír a carcajadas.

—Pues estás jodida, porque, si te quedas aquí, mucho me temo que jamás vas a probar en tus carnes ni una cosa ni la otra.

—Mira que eres gililoba —le gruñí y rio por lo bajo. Pese a que su rostro húmedo por sus lágrimas y el hecho de que andaba desnuda ya eran una señal de que las circunstancias en las que estábamos no eran normales, escuchar su risa me emocionó.

Había llegado a pensar que jamás volvería a hacerlo.

—Retíralo o no te contaré lo de Re.

—¿Re? —Me incorporé, movida por un resorte—. ¿Qué ha pasado con Re? —La muy zorra elevó una ceja, así que tuve que ceder—: Lo retiro, eres la mejor de las mejores. ¿Qué ha pasado?

—Intentó entrar en el perímetro de la manada.

—¿Qué? ¿Re? ¿Que hizo qué? —Se me aceleró el pulso—. ¿Qué hizo Riker?

—Me enteré casi por casualidad, así que conseguí interceder antes de que se encontraran cara a cara. Tu mestizo llevaba un cabreo de campeonato. Sabía que estabas mal.

—Cualquier persona que intentara hablar conmigo no es que fuera a tardar mucho en darse cuenta.

—La patrulla que lo encontró consideró apropiado que se llevara una advertencia, pero nada serio, te lo prometo —se apresuró a añadir.

—¿Qué le dijiste?

—Que no te ayudaría exponiéndose y cabreando aún más a Riker.

—¿Y qué te dijo?

—Me pidió que le ayudara a sacarte del territorio de los Atrum. —Se encogió de hombros—. Le dije que no era una buena idea, pero no llegué a contarle lo del fae. No creo que descartara la idea de intentar cruzar el Moonwhisper. Siempre ha demostrado ser un buen amigo.

—El mejor. —Emma me golpeó en el brazo, haciendo que soltara un pequeño gemido—. Los dos lo sois, zorra.

Me froté la zona dolorida.

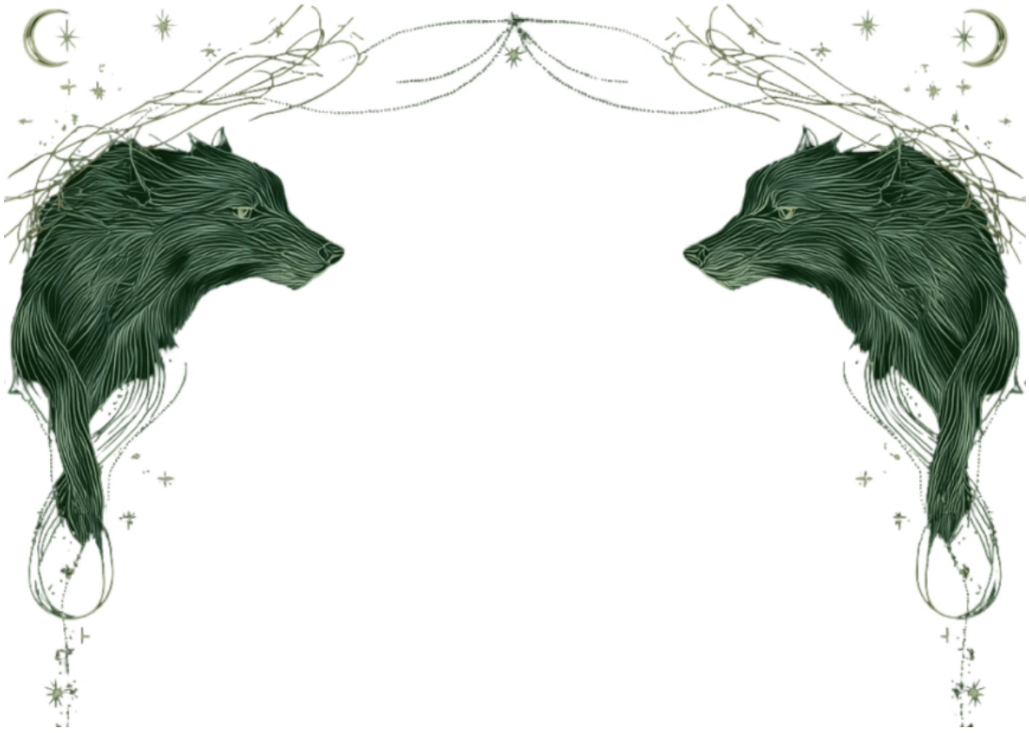
—Tienes que hablar con él. Dile que estoy bien.

—Claro, yo creo que me creerá si le digo que estás viviendo un idílico romance con tu marido, el de las orejas puntiagudas, y que ahora vives en territorio fae.

—Suena poco creíble —admití—. Además, no sé si eso haría que se pusiera aún más nervioso. A los lobos os odia, pero a los faes… nadie sabe bien bien qué pensar sobre ellos.

—Correcto. Y por algo será.

—Ya. —Re no se merecía seguir sufriendo por mi culpa.



CAPÍTULO 23

BAJO LA LUNA LLENA

MI AMIGO HABÍA TENIDO RAZÓN. Desde el principio. No había vuelto al instituto después de que Riker se presentara en él y me sacara del pabellón a media clase.

Tampoco había dado señales de vida en varios días, ni a lo largo de la siguiente semana, y él se había preocupado. ¿Y cómo se lo había pagado yo? Quejándome y destrozando mi teléfono por la rabia de que no me entendiera, cuando era yo la que no quería aceptar la verdad que albergaban sus palabras. Sus miedos. La crítica impresa en la forma en la que había dejado atrás todo para complacer a Riker.

—Si me das su teléfono, puedo escribirle algún texto. Hacerme pasar por ti o decirle que soy yo, pero darle algún mensaje de tu

parte.

—Eso podría funcionar —admití—. Dile que Riker ha decidido apartarme para que no interfiera en su relación con su nueva luna, pero que tampoco acepta dejarme ir. Eso sí se lo creerá.

—¿Y eso va a tranquilizarle? Porque el plan de infiltración le salió como el culo, y si vuelven a pillarle o acaba dando con Riker… Dejó la frase en silencio y sentí un escalofrío en la nuca.

Un alfa inestable puede volverse irritable. Conflictivo. Violento.

—Dile que has podido verme y que estoy instalada en una casita perdida en ninguna parte, en medio de la montaña, con mármol blanco en las paredes y flores. Muchas flores. —Pensé en el hogar de Eryon—. Dile que allí no hay cobertura ni electricidad, pero que, aunque es todo un poco primitivo, reconectar con esa parte me está ayudando a sanar las heridas.

—Y lo está haciendo. —Me observó y asentí.

—Dile que estoy bien y que, tarde o temprano, cuando todo haya pasado, lo buscaré para reírnos juntos de todo esto y que me cuente qué tal es eso de la universidad.

—Quieres que le mienta, en resumen.

—Una verdad a medias. La casita en ninguna parte nadie dice que no esté en territorio fae. Dile a Re que estoy bien. No quiero que vuelva a exponerse.

—Se lo diré, te lo prometo. —Nos quedamos una junto a la otra, en silencio, con la complicidad que siempre habíamos compartido—. Por cierto, no sé si lo recuerdas, pero me pediste que probara sobre Riker el poder que tiene la orden de un alfa cuando se trata de algo que atenta contra nuestra naturaleza.

—Ya no importa. —Vi que mi mejor amiga fruncía el ceño—. Martin pensaba que tal vez la orden de un alfa, mi alfa, pesaba sobre mi habilidad de transformarme.

—¿Y eso ha dejado de ser importante?

—Estoy en territorio fae. La posibilidad de encontrar a ese supuesto alfa o de descubrir por qué mis padres me abandonaron es la menor de mis preocupaciones ahora.

—Lo entiendo, sí, pero el tema es que lo hice.

—¿El qué?

—Le pedí que usara su autoridad para que no me doliera tu ausencia.

—¿Qué hiciste?

—Más que pedirlo, se lo exigí. Lo culpé de todo. —Suspiró—. Nathiel no es que estuviera muy contento, pero existe una cierta discrepancia en cuanto a nuestras lealtades, por mucho que sea mi alfa.

—Siento ser la causa de que tengas dificultades con tu pareja.

—Por eso no te preocupes, los polvos de reconciliación entre lobos son épicos. Te diría que lo probaras, pero…

—Antes me cortaría las venas.

—Ya, bueno, el tema es que lo hizo. Me ordenó que dejara de llorarte.

—¿Funcionó?

—Para nada. Solo que además de la mierda que ya arrastraba se sentía como si me estuvieran clavando un punzón, supongo que por negarme a su autoridad.

—Entonces, eso iría contra la teoría de Martin.

—¿Esa de que desciendes de un alfa? —Asentí. Lo que no sabía por mí, tenía la certeza de que lo había escuchado de boca de Nathiel.

—Ser omega no es tan malo.

—Ni te cuento si estás entre faes.

—*Touché.*

Una sombra se apareció a pocos metros de nosotras. Astrid no parecía tener intención de darnos más tiempo.

Con todo, le agradecí en silencio la posibilidad que me había brindado de reencontrarme con mi mejor amiga, incluso si la despedida se me hizo amarga y un tanto desalentadora.

La fae arrastró a Emma entre las sombras y me quedé sola, observando la nada. La luna llena se reflejaba en las aguas turbulentas del Moonwhisper, dando un aspecto trémulo. Roto.

Era una curiosa similitud con lo que yo era.

Quería pensar que una parte de mí era mucho más que lo que podía verse allí, en la superficie de aquel río un tanto caótico y

violento. Alcé la mirada para observar la luna llena en todo su esplendor.

Tan auténtica.

Tan perfecta.

Tan única.

Sentí a Eryon materializarse a mi espalda.

Cómo podía hacerlo, no estaba del todo segura.

Tal vez por ese vínculo que Riker había supuesto que no era más que una ilusión.

No lo era.

Podía sentirlo.

Sentirle.

No se acercó a mí, como si quisiera respetar ese espacio en el que me había aislado.

El de mi presente colisionando con mi pasado.

—Es preciosa —susurré al cabo de un rato.

—¿La luna?

—Sí.

—Tiene su encanto, aunque su poder no es equiparable al del sol. —Me giré para mirarle—. Sin él, no existiría la vida, ni podrías contemplar la belleza de esa luna a la que los lobos aduláis. Las fases lunares no son más que el resultado del movimiento de la luna alrededor de nuestro planeta y de cómo cambia el ángulo de la luz solar que se refleja en ella.

Eryon sabía cosas. Muchas. Desde botánica hasta, por lo visto, astrología. Supongo que, siendo tan longevo, había tenido muchos años para estudiar un poco de todo.

Reflexioné sobre aquello.

—Las noches serían más lúgubres si no estuviera ahí, dando vueltas a nuestro alrededor, para reflejar su luz —puntualicé.

—Eso no puedo negártelo.

Se acercó a mí.

—¿Cómo ha ido? Siento una mezcla confusa de emociones en ti. —No le recriminé que estuviera usando nuestro vínculo.

—Bien. Muy bien. Ver a Emma ha sido maravilloso, un regalo en realidad. —Lo miré. Desearía demostrar que me sentía feliz por

haber podido verla, pero en mi interior todo estaba revuelto. La tristeza de su ausencia. El dolor de los recuerdos. La incerteza de qué me esperaba en un futuro.

—Pero ha removido el pasado y las heridas vuelven a estar abiertas. —Su voz era neutra, pero tenía algo que le daba profundidad. Fuerza. Poder.

Mi mano buscó la mordida de Riker, la cicatriz. No sangraba. Pero quizá mi corazón sí. Me encontré huyendo de su mirada y buscando el suelo, incómoda por todo lo que él podía percibir en mí. Mi debilidad. Mi inseguridad. Alguien como él, un fae, un rey, debería despreciarme.

Se acercó a mí y usó el dedo índice de su mano derecha para obligarme a elevar el mentón.

—Creciste entre ellos y esos lobos forman parte de lo que fuiste, de lo que eres. Son las personas a las que considerabas tu familia. Es normal que duela. —Sentí que los ojos se me humedecían—. Entiendo que cuando te encontré te sentías prisionera, y venir conmigo fue algo así como tu única vía de escape. Por eso aceptaste venir, ¿verdad?

—Sin tu ayuda, habría muerto.

—Es posible.

—Te debo mucho.

—No me debes nada, *faelan*. —Su mano se deslizó hasta posarse sobre mi mejilla—. Siento lo que sufriste, pero, al mismo tiempo, me alegro de que te empujara hacia mí. Sería capaz de quemar el mundo y reconstruirlo si con ello pudiera ganarte. Hacer que me sientas de la misma forma en la que yo deseo sentirte a ti. Que pudieras olvidar todo lo que no somos para dejar que fluya lo que juntos podemos llegar a ser.

—Jamás pensé que volvería a ver a Emma. Consigues sorprenderme, y eso hace que, de alguna forma, cada vez me olvide más de todo lo que arrastro y de todo lo que hace que lo nuestro no tenga sentido. Y eso me asusta, Eryon, porque hay veces en las que creo que te deseo y que yo también te siento.

—No confías en mí.

—Lo intento, pero aún pienso que he cambiado una prisión de piedra por otra de paredes de mármol blanco.

—Solo te pido que permitas que el tiempo te muestre lo que en el fondo ya sabes, pero no te atreves a admitir.

—¿Y eso qué es?

—Que me sientes como yo te siento, *faelan.*

—¿Y eso qué significa exactamente?

—¿Para un lobo qué viene primero? ¿El amor? ¿O el deseo?

A Riker le había reconocido por lo que era. El instinto del lobo me empujaba a él. Incluso cuando apenas lo conocía. Quizá la prioridad era formalizar el reclamo. El ritual. Sin embargo, ese tipo de reconocimiento no era lo habitual para consolidar una relación entre dos lobos. ¿Cómo funcionaba? ¿Era el amor el que te empujaba a desear a alguien? ¿O podía el deseo transformarse en amor verdadero?

—No sabría decirte. No tengo mucha experiencia al respecto.

—Supongo que no importa; acabaremos descubriéndolo juntos.

—Me gusta este lugar. ¿Te importa si nos quedamos un rato?

—¿Deseas que te acompañe o prefieres estar a solas?

—Puedes quedarte. Si quieres. No es como que sea obligatorio que lo hagas, o algo así. Igual tienes cosas… —Eryon se inclinó y me besó.

Bajo la luz de la luna, sentí que perdía el sentido de todo lo que me rodeaba. Y solo existíamos él y yo. El ruido del Moonwhisper de telón de fondo. Y esa sensación. El hormigueo que me ascendía por el brazo. El mundo que se expandía a mi alrededor.

Apenas se separó, sus ojos azules brillaban con la intensidad de mil tormentas.

—Nada, nunca, será más importante que este ahora. Que lo que somos, *faelan*. Que lo que me haces sentir. La extraña necesidad de tocarte. De sentir la calidez de tus labios.

—¿Eso no sería más propio de un lobo que de un fae?

—Sin lugar a duda. —Una pequeña sonrisa iluminó su rostro—. Tal vez se debe a que tu necesidad afectiva física repercute en mí, por lo que somos.

Se sentó en la arena a mi lado y una brisa cálida nos rodeó. Supe que mucho tenía que ver con Eryon, que quería asegurarse de que no pasara frío. ¿Cómo podía percibir que era su magia la que estaba haciendo aquello? Era como el instinto del lobo que capta un rastro en el aire, lejano, pero con la precisión del depredador que es.

—Nunca he formado parte de nada y, para una loba, esa sensación ahoga. Somos criaturas sociales. Colectivas. Formamos parte de grupos dentro de los que cada uno tiene una función única. Siempre deseé formar parte de algo. Riker me hizo creer que había encontrado mi lugar. Un hogar.

—Y se convirtió en una prisión.

—Literal.

—Temes que pueda pasarte algo parecido aquí, conmigo.

—Sí.

—Es comprensible. —Hizo una pausa—. Estás renunciando a muchas personas, y a la vida que tal vez un día soñaste tener, al aceptar quedarte aquí. Todo lo que pueda hacer para que sientas que este también es tu hogar, solo tienes que pedirlo. Me gustaría poder demostrártelo.

—No hace falta, sé que no mientes, Eryon. —Busqué su mano y la enlacé con la mía. Si le sorprendió que lo buscara, no dijo nada al respecto—. Has hecho que Astrid traiga a este lado del Matalobos a Emma para que pudiera verla. No puedes imaginarte cuánto ha significado eso para mí.

—Si lo desearas, podría disponerlo para que viniera a vivir aquí, contigo.

Apenas daba crédito a que me estuviera ofreciendo algo así. Estuve tentada de pedírselo. ¿Lo haría? ¿Dejaría que yo no fuera la única loba viva en territorio fae? ¿Solo para complacerme? Supuse que tenía el poder para hacerlo. Era el rey, después de todo.

Sin embargo, no podía hacerle eso a Emma. Tenía su vida, su compañero, su manada, su familia, al otro lado. Desearía tenerla aquí, junto a mí, pero no a costa de sacrificar su propia felicidad. Sí, sé que ella sería capaz de hacerlo. Y fingiría que estaba bien. Que yo era todo lo que necesitaba para ser feliz. Pero la convertiría en una

prisionera, reteniéndola para mi propio beneficio personal, sin contar con cuáles eran sus necesidades.

Como hizo Riker conmigo.

—No. Ella forma parte de lo que hay al otro lado. Negárselo… no soy ese tipo de persona.

—Esto, lo de hoy, tal vez podamos organizarlo para repetirlo. No creo que al alfa le satisfaga saber lo que ha sucedido esta noche, pero es posible que con el tiempo puedas retomar el contacto con tu amiga de una u otra forma.

—Estaría bien, sí. —No quería confiarme. Incluso si la idea era tentadora—. ¿Sabes que acabas de quebrar la norma de que no hay lobo que cruce el Matalobos y vuelva a casa con vida?

Su pulgar acarició el dorso de mi mano.

—No deberías creer todos los rumores que escuchas, *faelan*. —Su voz sonó cálida y hasta diría que alegre.

—¿No? Dicen que sois implacables. Fríos. Pero es cierto que también aseguran que sois apáticos, y eso implicaría que no sois capaces de apreciar la belleza. La naturaleza. El reflejo de la luna sobre las aguas rotas del Moonwhisper. Y eso es justo lo que estamos haciendo, ¿no?

—Cierto. ¿Estás segura de lo de tu amiga?

—Por mucho que me gustaría que Emma estuviera aquí, su vida está al otro lado. No sería justo alejarla de las personas a las que ama.

—Te ha gustado verla.

—Sí, mucho. Los lobos somos, no sé, muy físicos y mucho más expresivos. Poder estar con ella, llorar y moquear la una sobre la otra al mismo tiempo que reímos y divagamos se siente bien. No me imagino haciendo esto contigo. Ni con Astrid.

—Yo tampoco. —Hizo un pequeño mohín. De lo más gracioso. Le horrorizaba la idea. Y eso me emocionó un poco. Me incliné hacia él. Vi que aquello le sorprendía. Me pasó el brazo por encima de los hombros y dejé mi cabeza apoyada sobre su hombro.

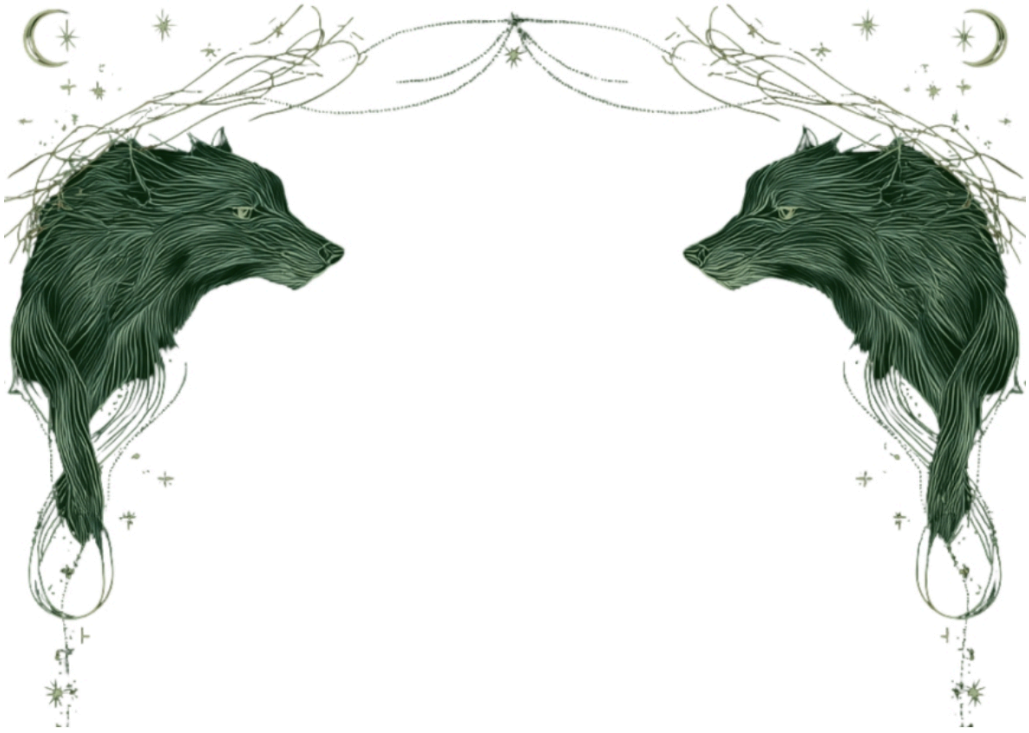
Se sentía bien aquello.

Su olor.

La luna iluminándonos.

Todo parecía encajar, lentamente.

Ni siquiera fui consciente de cómo su magia nos aislaba del frío que trajo consigo las últimas horas de la noche. Ni de cuándo cerré los ojos, sintiéndome segura allí, junto a él.



CAPÍTULO 24

UN REGALO FAE

ME DESPERTÉ con los primeros rayos de sol.

Tal vez debería sorprenderme de encontrarme estirada en la cama y cubierta por aquellas sábanas cuyo tejido era tan suave que debería estar prohibido, porque incitaban a no salir de ella. Gandulear.

No recordaba haber vuelto al hogar de Eryon. Tampoco tenía duda de que él había usado su magia para transportarme entre las sombras, pese a estar dormida. Ni me incomodaba que lo hubiera hecho. Se estaba convirtiendo en mi lugar seguro. Y ganando mi confianza.

Intenté moverme, pero apenas fui capaz de hacerlo.

Tenía la cabeza apoyada sobre la sedosa túnica de Eryon. Mi mano sobre su estómago. Mis piernas enlazadas a las suyas.

—¿Ya estás despierta? —Su brazo recorrió mi espalda.

Inspiré su olor.

—No.

Su pecho se movió en un pequeño espasmo, algo que me hubiera pasado desapercibido si no estuviera apoyada en él. Una carcajada. Una que no había llegado a escucharse, pero que estaba allí, latiendo entre nosotros.

—Buenos días, *faelan*.

—Buenos días, Eryon.

Podría acostumbrarme a aquello.

Al olor del rocío de la mañana.

A las flores silvestres que florecen tanto en primavera como en invierno.

Al olor de la tormenta en plena noche.

Y a despertarme enredada a su cuerpo.

—Al parecer, Miles y Astrid han considerado oportuno venir a acompañarnos esta mañana.

—¿Y eso?

—Si algo les gusta a los faes es entrometerse en las decisiones y en la vida de los otros.

Aquello me arrancó una carcajada. Yo no tenía necesidad de fingir que no me divertía a su costa.

—¿Vas a contármelo?

—Ayer dijiste algo que me hizo pensar. Hay muchas cosas que crees saber sobre nosotros y sobre cómo es la vida en territorio fae. —Hizo una pausa—. Es posible que algunas sean ciertas, pero te garantizo que otras no.

—¿Estás pensando en algo en concreto?

—Sí, pero creo que tiene más sentido que te lo muestre, si quieres.

Me incorporé un poco, lo justo para mirarle. Su mano se deslizó hasta mis lumbares y aquella caricia se sintió un tanto íntima.

—Esto promete…

—Eso espero. —Vi que había un deje de incerteza en su expresión y me sorprendió.

Apenas fui consciente de hacerlo, pero me encontré inclinándome hacia él y buscando sus labios con los míos. Tal vez eso no debería estar pasando.

Ningún «pero» evitó que el mundo desapareciera a nuestro alrededor, acallando la voz de la conciencia, mientras nos buscábamos y alargábamos aquel beso, descubriéndonos poco a poco, sin prisa, sin ir más allá que unos labios saboreando a los del otro, dos cuerpos abrazados y dos corazones que, de repente, latían a un tiempo, como si fueran uno solo.

Me separé de él antes de cometer el error de perder el control y volverme víctima de mi propio deseo.

—He pedido que te dejaran ropa cómoda preparada.

Nos acercamos al vestidor de Eryon y vi que había un conjunto sobre la isla central. Una camisola de mangas anchas, un corsé de cuero con aire victoriano en negro y unos pantalones oscuros con refuerzos en las articulaciones. Mis ojos se deslizaron hasta unas botas altas de suela gruesa que eran espectaculares.

—¿Qué es lo que tienes en mente?

—Me gustaría llevarte a un sitio.

—Ya veo que hoy vas a ser más hermético que de costumbre.

—Es posible. —Una media sonrisa apareció en su rostro—. Pedí que te confeccionaran algo de ropa interior.

Me sonrojé, aunque era imposible negar que era algo que había echado en falta. Se acercó a un cajón y, tras abrirlo, sacó una pieza negra hecha de puro encaje. Era poco más que un sujetador repleto de transparencias del que pendía, mediante unas finas cintas, una diminuta braguita del mismo tejido.

Era la ropa interior más *sexy* que había visto en toda mi vida. Y no necesité mirarle para saber que estaba imaginándose cómo me vería con algo así puesto. Con solo eso, me refiero.

Lo dejó sobre el montón de ropa mientras yo intentaba normalizar mi pulso. No pensaba negarme el capricho de volver a usar un sujetador o unas bragas, incluso si eran semitransparentes y hablaban de pecados calientes con solo mirarlas.

—Supongo que debería darte algo de intimidad para que puedas cambiarte. —Sus ojos brillaron con destellos de plata—. Excepto que quieras mostrarme cómo te queda la ropa interior o te ayude a ajustar a tu cuerpo el corsé; me fascinaría cualquiera de las dos cosas, créeme.

Depositó las manos sobre mis caderas y se quedó quieto, observándome. Tragué saliva, con cierta dificultad. Su proximidad me mareaba. La sensación de sus manos sobre la fina tela que cubría mi cuerpo. El erotismo que encerraba su mirada.

—Me parece la peor de las ideas.

—Presuponía que esa sería tu respuesta. —Una media sonrisa se reflejó en su mirada—. Si quieres que te diga la verdad, aunque siento cierta curiosidad por ver cómo te queda, en realidad lo que deseo es sentir tu cuerpo desnudo y sudoroso conectado al mío.

La palabra «desnudo», seguida de un «sudoroso» eran bastante gráficas de por sí. Y la idea era mucho más peligrosa y pecaminosa que ese maldito juego de ropa interior.

—¿Y si nunca estoy preparada para dar ese tipo de paso?

—Insisto: mis necesidades no son las de un lobo, por mucho que despiertes en mí un apetito poco común. —Hizo una pausa—. El problema es que he llegado a la conclusión de que ese deseo, la atracción, *faelan,* no puede ser otra cosa que un reflejo de lo que tú sientes a través de nuestro vínculo. Puedo darte espacio y tiempo; estoy dispuesto a dártelo todo. Pero ¿eso es lo que realmente necesitas? ¿Lo que realmente quieres?

—No. —Inspiré aire con fuerza antes de liberarme de aquel peso—. Me gusta sentirte, y no voy a negarte que te deseo, pero me asusta hacerlo.

Eryon se limitó a mirarme y se tomó su tiempo antes de asentir.

—El miedo es una emoción difícil de gestionar, te entiendo. —Su mano se alzó hasta mi mejilla—. El primer paso para superarlo es admitirlo, *faelan*, y eso ya lo has hecho. Encontraremos la fórmula para que creas en este nosotros, sin miedo, y entonces seremos uno. —Se inclinó para besarme en la frente, un roce fortuito—. Hasta entonces, quiero mostrarte todos y cada uno de los recovecos de mi mundo y demostrarte, al hacerlo, que un «nosotros» no tiene

por qué ser un imposible. —Quise contestarle algo, pero no encontré las palabras—. Antes de bajar, elige una casaca gruesa, es posible que la necesites después de desayunar.

Inclinó la cabeza antes de darme la espalda y dejarme a solas, confundida, en el vestidor.

Desayunamos con Miles y Astrid, pero se sintió más incómodo que en otras ocasiones.

Había algo en el ambiente. No diré hostil, pero podía sentirse en el aire. En la forma en la que se miraban.

Tal vez estaban haciendo aquello de usar sus habilidades telepáticas para mantenerme al margen de lo que fuera que les preocupaba.

¿Qué me había dicho Eryon aquella mañana?

Que a los faes les gustaba entrometerse en la vida de los otros. Lo que era gracioso, porque parecían tan distantes e indiferentes que uno pensaría que no le encontrarían el gusto a hacerlo.

Me recordó la noche en la que fuimos al encuentro de Emma, así que admito que estaba un poco nerviosa, a la expectativa, por la supuesta sorpresa que Eryon tenía preparada para mí. Y por el hecho de que, a sus dos consejeros, esa idea no les gustaba. Cabrearles un poco admito que era un aliciente.

—¿Recuerdas que te hablé de un material que solo se encuentra en territorio fae? —me cuestionó Eryon de improviso y vi que Miles se tensaba mientras Astrid se recostaba en el asiento, frunciendo el ceño.

Me mordí el labio inferior, buscando entre mis recuerdos.

—Sí; me contaste que era muy preciado y que provenía de los dragones. —Era difícil olvidar algo así. Me obligaba a creer en la posibilidad de que hubieran existido y que dejaran tras de sí algún tipo de fósil capaz de ser usado como si de un metal se tratara. Es lo que tiene vivir entre faes: te abre la mente a cosas que jamás hubieras pensado que eran posibles.

—El ébano feérico es un material cuyas propiedades lo hacen único.

—¿Era lo que usabais a modo de escamas en las armaduras?

—Correcto. Sin embargo, requiere de un proceso de estabilización antes de que pueda ser usado y modelado. Los alquimistas, que son especialistas de la Escuela de Alteración, son capaces de prepararla para que pueda luego ser usada por artesanos del metal.

—¿Algo así como herreros? —le cuestioné. Asintió.—El nombre de ébano hace referencia al color oscuro y la dureza de la madera de los árboles tropicales ya casi extintos —intervino Miles—. Si bien es un material de origen animal, es sumamente inestable en presencia de magia fae.

—Lo que hace difícil su extracción —puntualizó Astrid.

—Más que difícil, el problema radica en que no puede usarse magia cerca de ébano feérico inestable, así que se ha de realizar con procesos manuales —remarcó Eryon.

—¿En plan pico y pala? —indagué.

—Correcto. Una vez se extraen vetas del mineral, los alquimistas lo funden en unos hornos especiales de los que disponemos, en los que usamos fuego no mágico.

—¿Por su inestabilidad? —supuse y Eryon asintió. Pude ver que Miles estaba incómodo. Esa «inestabilidad» inquietaba a los faes tanto como a los lobos la plata líquida.

—Una vez el material se vuelve líquido, se realiza una aleación con titanio y otros componentes minoritarios que permite que, una vez sólido, el mineral sea estable y apto para ser trabajado por artesanos especializados.

—Cuando decís inestable, ¿a qué os referís exactamente?

—El ébano feérico posee la capacidad única de reflejar y amplificar la magia, pero hasta que no está equilibrado puede hacerlo de un modo caótico, de manera que no es el fae el que dirige esa intención mágica, sino que se dispersa y proyecta en todas direcciones; su comportamiento es impredecible.

—Cualquier forma de magia que no esté sujeta a una voluntad, a un control, es por definición peligrosa y dañina, incluso para un fae —sentenció Miles.

Los observé.

—Me contaste que más de un fae había muerto por su propia adicción a la magia.

—Un fae puede crear fuego, pero eso no significa que sea inmune a las llamas.

—Usar ébano feérico a modo de potenciador, si no ha sido tratado previamente, es un suicidio —remarcó Astrid.

—Es por ese motivo que no hay poblaciones de faes cerca de las minas —me explicó Eryon—. Sin embargo, es allí donde me gustaría llevarte.

—¿A una mina de ébano feérico?

—No tanto a la mina en sí, pero a un lugar que está cerca de ella.

—¿Va a hacerlo? —le preguntó Miles a Astrid.

—¿Lo dudabas?

—Quiero llevarte a un sitio, pero antes me gustaría pasar por la galería, *faelan.*

—Claro. —Se levantó y se acercó a mi silla para desplazarla.

Me despedí de los dos faes con la mano antes de seguir a Eryon.

Entramos en la galería y Eryon se acercó a uno de los mostradores. Lo que había allí dentro no me era una novedad. Empuñadura de ébano feérico, ese material cuyas propiedades asustaban y admiraban los faes. Filo de hielo encantado, magia fae en estado puro.

Me había dicho que era una reliquia familiar y no podía menos que admirarla.

Abrió el mostrador y me la tendió.

—A partir de ahora, *faelan*, Yssey te pertenece.

—¿Perdona?

—Considéralo un regalo.

—No puedo aceptar algo así. —Me estremecí. El filo parpadeó cuando acerqué la mano, titubeando. Sentí un flujo de energía. Magia. Joder, juraría que me estaba llamando. ¿Era eso posible?

—No puedes no hacerlo. Ahora te reconoce como a su portadora. —Extendió ambas palmas de las manos con la daga sobre ellas, ofreciéndomela, y me sentí obligada a hacerlo. A cogerla.

Cerré la mano alrededor de la empuñadura y sentí que se volvía ligeramente más estrecha, como si se adaptara al tamaño de mi mano. Observé las dos elegantes guardas que protegían la mano y me estremecí ante la sensación de que los grabados latían y se

desdibujaban, como si estuvieran reescribiendo la historia de aquella arma.

—¿Qué está pasando? —le cuestioné nerviosa.

—Sabe que ya formas parte de lo que yo soy, así que entiende que ahora te pertenece. Se adaptará a ti, a lo que eres, a quién eres —me sonrió—. Me satisface ver que ya lo está haciendo, *faelan*, no esperaba que esa conexión fuera tan rápida.

No pude negar la verdad impresa en sus palabras. Podía percibir un reconocimiento. Entre aquella arma, que parecía tener vida propia, y lo que yo era.

—Jamás he usado una daga. —Me sentía abrumada.

¿Qué grandes catástrofes podrían pasarle al mundo si un lobo jugaba con un arma mágica? Si Eryon no se replanteaba lo poco apropiado que era su regalo, muy pronto podríamos descubrirlo.

—Te enseñaré a hacerlo, en tal caso, *faelan,* aunque espero que jamás la necesites.

—*Yo también.* —No moví los labios, pero Eryon pudo escuchar mi pensamiento. Me sonrió. Le satisfacía cuando usaba ese enlace que existía entre nosotros. La prueba fehaciente de lo que éramos. La conexión que latía entre nosotros.

—Siempre que la llames, Yssey vendrá a ti.

—¿Qué quieres decir?

—Siéntela. —Observé aquella obra de arte.

—Parece frágil, pero hay algo en ella que se siente poderoso.

—Me recuerda a ti —susurró aquello y me sorprendió colocando una rodilla en el suelo frente a mí. Dejé de respirar mientras se agitaba mi pulso—. Pedí que confeccionaran tus botas con un compartimento doble en este costado, no sé si te habías percatado.

—Ah, eso, claro. —Y una mierda, obvio.

Elevó el mentón para mirarme; no sé si le había enviado la última parte de mi pensamiento a través del vínculo o mi tono había sido lo suficiente elocuente como para que se percatara de mi sarcasmo. Lo que fuera.

Le mostré una amplia sonrisa, de oreja a oreja, mientas él manipulaba mis botas y yo me sentía un poco como la Cenicienta del

cuento. Solo que, en esa versión de la historia, la «prota» esconde una daga en la bota, solo por si acaso.

—Si levantas la solapa, verás que aquí hay una ranura reforzada para que puedas llevarla.

Observé cómo levantaba la solapa de mi bota y cómo introducía entre dos pliegues dos de sus dedos para mostrarme el compartimento secreto.

Los faes tenían fama de admirar las cosas hermosas, los tejidos lujosos y las cosas caras; y aunque no negaría ninguna de todas esas aseveraciones, añadiría que eran pragmáticos, en el buen sentido. Sabían usar todos los recursos a su alcance con destreza y, además de la magia, usaban el cerebro. Que ya era más que muchos lobos.

—¿No me va a destrozar las botas nuevas? Las tengo cariño. A ellas y a mi pierna, todo sea dicho.

—Una de las grandes propiedades del hielo encantado es que, al margen de poder atravesar cualquier superficie, incluyendo barreras mágicas, se le puede conferir otros atributos mágicos. Yssey es capaz de reconocer a su portador.

—Quieres decir que no me amputará media piernas si me descuido. —Eryon elevó la mano y le devolví el arma.

Ignorando mi inseguridad, la colocó en el compartimento lateral de la bota que había diseñado para tal propósito. Lo que me hizo pensar que llevaba tiempo planeando aquello. Regalarme esa daga. Ese pedazo de la historia de su familia.

Igual debería haberle contado que yo ya me hubiera puesto ñoña con unas flores… Nunca me habían regalado un ramo. Ni una maldita rosa.

—¿Alguna preferencia en cuanto al color? —Hice un mohín al ver la sonrisa en el rostro de Eryon.

—¿Estaba haciéndolo?

—Lo hacías, sí. —Me mordí el labio inferior—. Las rosas blancas se consideran entre los faes un signo de pureza; las rojas amor vivo, pero también suelen ser usadas para despedirnos de aquellos que murieron luchando.

—¿En serio? —Colocó la solapa para cubrir los guardamanos y me sorprendió al ver cómo la daga quedaba totalmente oculta.

—Es tradición fae, sí, aunque en tu caso, me parece que me arriesgaría con una rosa negra.

—¿Negra?

—Hacen referencia a la eternidad, *faelan*, y se asocian a la integridad y a la fortaleza de una persona o de un linaje. —Se incorporó—. La eternidad es el tiempo que me gustaría compartir a tu lado, y admiro tu entereza a sobreponerte pese a las adversidades y unas circunstancias que nunca han jugado a tu favor. Eres fascinante, *faelan*, y no me imagino a nadie que merezca más ese reconocimiento.

Intenté respirar con normalidad. Pero, joder, aquello estaba desquebrajando muchas de mis murallas. Esas que me advertían que volver a enamorarme era un error. Ya no importaba lo que Eryon era. Solo el miedo a que el tiempo volviera a jugar contra mí. Y que lo que empezaba a visualizar como un futuro, un nosotros, volviera a convertirse en poco más que una pesadilla.

—Intenta caminar, a ver cómo se siente. —Me pidió, tras alejarse un par de pasos, mil motas plateadas en sus ojos.

La zona en la que había introducido la daga era más rígida, pero tras caminar un poco fui consciente de que apenas se notaba que la llevaba.

—No parece que la lleve.

—Perfecto. Ahora quiero que pienses en ella. En cómo la sentías cuando la tenías en la mano.

—¿Qué quieres…? —De repente noté un peso en mi mano. Mis pupilas se dilataron al ver que ahí estaba la daga.

Grité, di un brinco y la dejé caer al suelo.

Volví a gritar.

Un poco más alto.

Me asusté de que pudiera romperse en mil pedazos, pero rebotó contra el suelo y se quedó allí quieta, inerte.

—Se te da mejor de lo que pensaba, pero tendremos que trabajar la parte de cómo empuñarla.

—¿Pretendía ser una broma fae?

—Es posible. —Se agachó para recogerla y la volvió a colocar en la bota.

—¿Qué diablos acaba de pasar?

—Yssey es un arma invocada: vendrá a ti siempre que lo desees. Sin embargo, cuanto más lejos estés de ella físicamente, más te costará hacer que se aparezca en tu mano, así que, por el momento, prefiero que siempre la lleves contigo. Solo por si acaso.

—Vale, me has dicho que coja la chaqueta gruesa, Miles y Astrid estaban muy raros y ahora quieres que lleve un arma mágica en la bota. Me estoy empezando a asustar, Eryon. —Vi que una media sonrisa asomaba en su rostro—. ¿Qué se supone que tienes pensado?

—Quiero llevarte a un sitio.

—¿Podrías ser un poco más específico?

—Nosotros lo llamamos el fin del mundo.

Quise protestar, quejarme, pero sus brazos me rodearon y el mundo dejó de estar a nuestros pies.

Sentí el viento, la vida, a nuestro alrededor, mientras Eryon me arrastraba entre flujos de energía, de todos los colores posibles. Había luz, pero también oscuridad. En grandes cantidades.

Me había empezado a habituar a esa forma de desplazarnos tan peculiar. Ya no sentía el estómago pesado ni las piernas me flaqueaban cuando mi cuerpo se volvía a materializar en otro lugar.

En apenas unos segundos volví a sentir mi cuerpo. Pesado. Real. Noté una brisa fría mecer mis cabellos mientras el olor de un bosque lleno de vida llegaba a mí. La madera siendo quemada en una hoguera. Pinaza húmeda. Me tensé.

—No esperábamos una visita tan pronto.

Una voz.

Fuerte.

Masculina.

Apenas fui capaz de desprenderme de los brazos de Eryon para girarme y observar a un tipo enorme. Tenía una cicatriz que le recorría la mitad de la cara, ojos negros y cabello castaño. Llevaba solo unos pantalones desgastados y su musculoso cuerpo estaba

lleno de cicatrices y restos de una mezcla de hollín y polvo. Elevó el mentón. Su mandíbula se desencajó mientras nos observaba.

—Su visita es temporal; vendré a por ella en un par de horas —le advirtió Eryon.

—¿Temporal? —El hombre se tensó—. No entiendo qué interés puede tener un fae en retener a una loba.

—¿A una loba? Ninguno. ¿A su alma gemela? Esa es otra historia. —Se giró para observarme. Su brazo aún rodeaba mi cadera en un gesto que era íntimo y me daba una cierta seguridad—. Sé que confías en mí solo en parte, pero tal vez su verdad también sume a mi favor. Estaré cerca; si necesitas algo, lo sabré.

Inclinó la cabeza para apoyar su frente sobre la mía en un gesto que sorprendió al hombre frente a nosotros. Cerré los ojos. Sintiéndole. Las marcas de nuestro vínculo latiendo con vida propia. Una promesa. Un regalo. Una verdad. Una historia.

Se separó de mí y su cuerpo se desvaneció entre las sombras.

Tragué saliva, confundida, antes de girarme para observar al individuo que había hablado con Eryon.

No estaba solo, detrás de él se encontraban seis hombres más, descamisados, musculosos, y todos enormes.

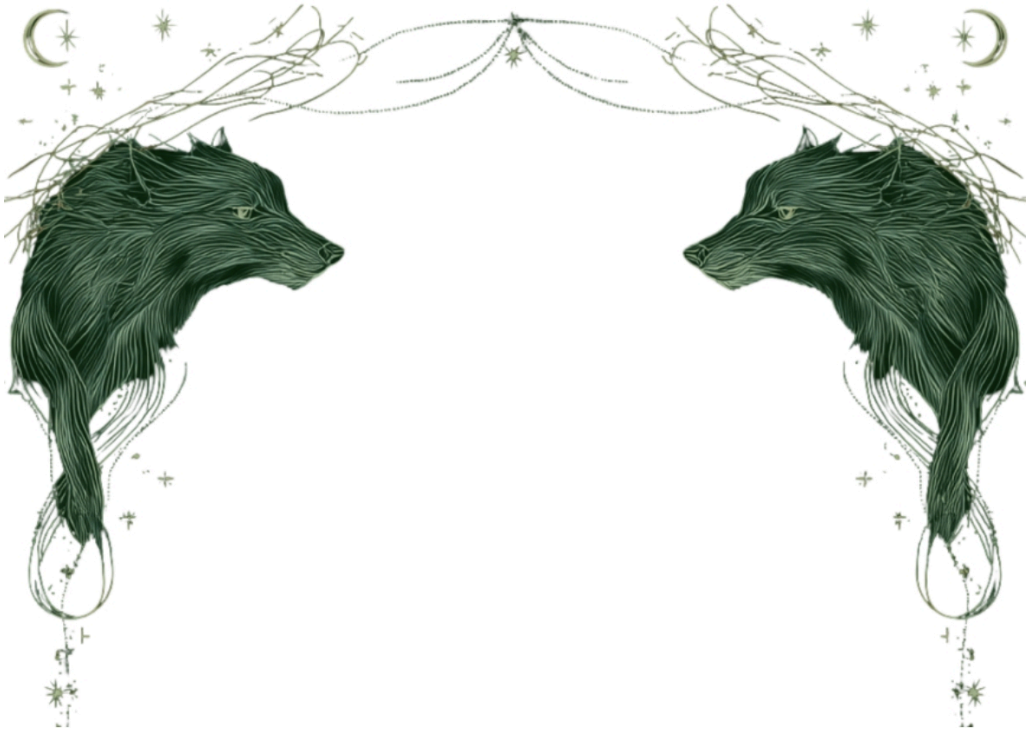
Miento.

No eran solo hombres.

Eran lobos.

Estaba frente a siete malditos lobos.

En pleno territorio fae.



CAPÍTULO 25

UN PUÑADO DE LOBOS

ERA ABSURDO. IMPOSIBLE.

Parpadeé.

—¿Estás bien?

En apenas unas pocas zancadas el lobo había llegado hasta mí. Él y todos los demás. Parecía preocupado, pese a que su aspecto era aterrador.

Eryon no me hubiera dejado allí si mi vida pudiera correr peligro, ¿no? Intenté centrarme en ese mantra mientras me rodeaban. El peso de Yssey en mi bota se me hizo, de repente, más real. El detalle de que me hubiera dado un arma me hizo dudar de qué se suponía que debía esperar de esos lobos. De ese encuentro.

—No contesta y a duras penas respira.

—Está en los huesos.

—¿Qué edad debe de tener?

—Apenas veinte —apostó uno de los más jóvenes.

—¡Maldito follahojas!

—Sois lobos —murmuré.

—Pese a tu aspecto, aún no has perdido el olfato, chiquilla —bromeó un hombre anciano, cuyos ojos ambarinos me recordaron a los de Re. Había calma en ellos. Como si al margen de viejo, tuviera un algo de sabio. Me hizo pensar en Martin. En esa vida que había dejado en el pasado.

—¿Estamos en territorio fae?

—Lo estamos —declaró el lobo de la cicatriz en el rostro con aspecto solemne—. No es tan malo como suena, te lo prometo. Siento si mi aspecto te ha asustado. Soy Timber.

Me tendió la mano. Como si fuera su igual. Sentí la autoridad que irradiaba. No era un lobo cualquiera. ¿Un alfa? Un beta, si mi instinto no me traicionaba.

—Rubisselle, aunque antes solían llamarme Rubis.

—¿Antes?

—Eryon suele llamarme *faelan*.

—¿Y eso? —me cuestionó el anciano de ojos ambarinos.

—Me explicó que significa pequeña loba en un idioma antiguo, de esos caducos —le conté y él asintió.

—Un nombre apropiado, en tal caso —opinó y me sonrojé un poco—. Ven, siéntate. ¿Tienes hambre?

Había desayunado, pero el olor de la carne asada hizo que mi estómago sonara a modo de respuesta. Uno de los lobos rio por lo bajo.

—Andi es un cocinero excepcional —indicó Timber y un lobo que no llegaría a los cuarenta me sonrió mientras hacía una ridícula reverencia; al levantarse, me guiñó un ojo con expresión traviesa.

El macho a su lado, algo más mayor, puso los ojos en blanco y le golpeó en el costado. Fruncí el ceño. Sus olores. Se entremezclaban. Como si su relación fuera mucho más estrecha de la que uno esperaría entre dos lobos machos. ¿Era eso posible? Entre humanos no era algo infrecuente, ver parejas de un mismo género, pero

¿entre lobos? Nadie pareció darle importancia a aquello, así que intenté que mi sorpresa no fuera demasiado evidente.

El lugar era diferente a todo lo que había visto del territorio fae hasta entonces. El bosque que nos rodeaba era tupido y la humedad del ambiente hacía que mi cabello se encrespara.

Entre los árboles, había varias cabañas de madera. Rústicas. Sin pretensiones. Quizá por la sencillez que mostraban parecían formar parte del propio paisaje. Como si siempre hubieran estado allí. Como si hubieran respetado la naturaleza en su estado más salvaje a la hora de construirlas.

—¿Las habéis hecho vosotros? —cuestioné sorprendida.

—Con nuestras manos y mucha paciencia —indicó otro lobo de aspecto anciano. Uno al que la edad le había pasado factura, no solo en su cuerpo, sino también en su mirada.

Tenía un algo arrogante que hacía que, pese a que rondaría los setenta, pudiera sentirse que no era un lobo cualquiera. Un alfa.

Y no era el único.

¿Qué demonios era ese lugar?

—No es que tengas muchas más formas con las que entretenerte, sin televisión por cable y sin una consola —añadió uno de los lobos de aspecto más joven. No llegaría a los treinta.

Me acompañaron hacia el centro de lo que supuse que era algo así como su aldea. No podía llamarlo pueblo, porque apenas conté tres cabañas, aunque sospechaba que habría más. En algún lugar. No muy lejos.

Apenas unos metros detrás del lugar en el que Timber se había encarado a Eryon había una hoguera prendida y, cerca de ella, una gran mesa con varios tocones dispuestos a su alrededor, que intuí que usaban a modo de asientos.

Todo era muy rudimentario. Muy básico. Muy primitivo. Y se sentía perfecto. La naturaleza. La humedad del ambiente. La sensación de lo que éramos. Lobos.

No me molestó que llevaran solo pantalones desgastados, con rotos y hollín por todos lados.

Tomé asiento mientras el cocinero, Andi, se acercaba a un enorme caldero negro que parecía sacado de tiempos pretéritos.

Vertió parte del contenido en un cuenco antes de acercarse a mí y tendérmelo.

Estofado. Se me hizo la boca agua.

—Estás un poco pálida y se te ve muy escuálida —opinó un lobo de pelo castaño revuelto y ojos vivos.

—Ya, eso es algo de serie, nada nuevo, créeme —le contesté obligándome a sonreírle—. Aunque creo que es la primera vez que veo un trozo de carne desde que llegué a este lado del Moonwhisper y no sé si llorar de la alegría.

—No te cortes —me indicó el cocinero.

Usé la rudimentaria cuchara de madera que me había puesto en el cazo y probé el estofado. La carne se deshizo en mi boca, como si la hubieran estado cocinando a baja temperatura durante muchas horas. El sabor hizo que me reencontrara con algo que había dado por perdido.

Contuve un lagrimón. No había mentido. Aquello se sentía como una vuelta al pasado. A las cosas buenas que había vivido al otro lado.

—Está delicioso —murmuré un poco abrumada, y emocionada también.

—Es un placer compartirlo contigo, pequeña loba. —Me guiñó un ojo.

—Gracias. —Observé al grupo de lobos.

Timber se había sentado a uno de mis costados, y al otro lado estaba aquel lobo de aspecto anciano y ojos ambarinos que transmitía calma, pese a que estaba segura de que arrastraba mil tormentas.

Frente a mí estaba aquel alfa de aspecto anciano cuya mirada encerraba una tristeza que hacía que me asustara preguntarle por ella. Los dos lobos que rondarían los treinta estaban al otro lado del tablón de madera, pero optaron por quedarse de pie, mientras que Andi se situaba junto al otro macho, ese cuyo rastro estaba impreso en su cuerpo.

—La respuesta es sí. —Supongo que me había quedado mirándolos con la mezcla de sorpresa e incomprensión patente en mi rostro. A diferencia del cocinero, que parecía un tipo de lo más

jovial, la expresión de ese lobo era más dura y mucho menos amistosa—. Somos pareja, pero teniendo en cuenta que un fae refiere ser la tuya, no es que seas la criatura más adecuada para opinar al respecto.

—¡Ferder! —le reprendió Andi—. Apenas es una cría que acaba de aterrizar en un mundo que le viene muy grande, déjale un tiempo para que se adapte, al menos.

En vez de responder, el lobo soltó un gruñido bajo mientras me miraba, pero suavizó su expresión al dirigirse al cocinero, como si quisiera ganarse su perdón. El mío no, eso era evidente.

—Culpa mía. —No es que me molestara que me soltaran un bufido. Cosas mucho peores me habían dicho a lo largo de los años.

—Ni caso, Ferder lleva mal la posibilidad de tener competencia. A mí me noqueó al poco de conocernos porque, según él, lo miré más de lo necesario. —Dibujó unas comillas mientras decía esa última palabra—. El problema es que soy tan encantador que tuvo miedo de que lo robara, pero lo cierto es que me van más las lobas.

—Y también un bocazas; de lo que te diga Killian, créete la mitad —masculló Timber haciéndome sonreír mientras el que acababa de hablar se encogía de hombros, sin negar la opinión del lobo con la cicatriz en el rostro—. Es posible que el fae no nos dé mucho tiempo; ¿necesitas algo? —me preguntó con un tono de voz solemne, como si estuviera dispuesto a ayudarme. Sin conocerme. Sin formar parte de su manada. De su grupo.

—Hacía mucho que no veía a ese fae en concreto.

Me giré para mirar al lobo de ojos ambarinos. Parecía buscar entre sus recuerdos.

—¿Lo conoces? —cuestioné, ansiando las respuestas que Eryon me había dicho que tal vez encontraría allí.

—Tanto como eso, no, pero sí que lo había visto antes. Hace ya mucho. Supongo que nosotros cambiamos, pero ellos no.

—Yo no sabría diferenciarlos, apenas huelen —opinó Killian.

—Visto uno, vistos todos —puntualizó el lobo que había junto a él; alzó la palma de la mano y la chocaron en alto, en un gesto de pura camaradería—. Pero no te preocupes, si hemos de esconderte, sabemos del lugar perfecto para hacerlo.

—¿Lo sabemos? —preguntó el anciano lobo sentado frente a mí.

—Ronn está pensando en las minas —sentenció el lobo añoso sentado a mi lado.

—Ningún fae en su sano juicio entraría allí —admitió—, pero dejadme deciros que sería el sitio más previsible y el primero al que iría a mirar.

—Si tiene las agallas que ha de tener.

Supuse que se referían a las minas de ébano feérico, ¿no? Eryon no era una persona de hablar por hablar y justo había mencionado aquello durante el desayuno. ¿Sabían los lobos el peligro que implicaba la magia fae cuando ese mineral era aún inestable?

—Ese no es un fae cualquiera. —El anciano sentado a mi lado negó con la cabeza y me tensé. ¿Lo sabía? ¿El cargo que Eryon ostentaba? Me sentí incómoda.

—Estáis asustándola —intervino Timber con aspecto molesto.

—Es solo que todo esto… Apenas doy crédito de que no soy la única loba a este lado del Matalobos.

—Eso nos sorprendió a todos cuando llegamos —admitió Timber con una media sonrisa que hizo que su rostro se viera aún más deforme—. Alandalus fue el primero, que sepamos, pero tal vez hay más, en otras minas, o quizá hubo otros grupos tiempo atrás.

Quise preguntarle al respecto, pero el anciano de ojos ambarinos, al que Timber había señalado con el mentón y que decía conocer a Eryon, tomó la palabra:

—Cada uno de nosotros tiene una historia, un motivo por el que decidió desafiar a la cordura. En mi caso, buscaba la muerte. —Se hizo un silencio y supe que no era el único de los lobos presentes cuya esperanza, al lanzarse al Matalobos, había sido esa—. Uno no espera ser capaz de hacerlo. Cruzarlo.

—No muchos podrían lograr algo así.

—Cierto. —Se quedó en silencio, observándome.

—Ninguno de vosotros sois lobos cualquiera —murmuré, sin dejar de mirarle—. Se puede sentir la testosterona latiendo en el ambiente.

—Todos provenimos de linajes fuertes, sí —admitió el lobo sentado a mi lado—. Yo fui beta, en lo que me parece que fue otra

vida. Ronn y Killian también descienden de un linaje de betas, igual que Andi. Ferder abandonó su manada cuando tendría veinte, pese a ser el alfa heredero, igual que Alandalus, y Jandro… bueno, él estuvo a cargo de su manada hasta que decidió lanzarse al Matalobos.

Observé al lobo frente a mí. Tenía que ser Jandro.

—Mi compañera murió. No teníamos un heredero, pero mi hermano sí. —Sentí el dolor en su mirada—. Un alfa no puede permitirse ser débil, pero yo no tenía fuerzas para seguir siendo fuerte.

Se me erizó el vello. Una confesión así era tan dura y sincera a un tiempo que me hizo pensar que tal vez había necesitado que fuera la vejez la que le diera el valor para compartirla en voz alta. Sin que la voz se le quebrara.

—Me pareces muchas cosas, pero jamás usaría la palabra débil. —Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro.

—Un alfa nunca deja de serlo —puntualizó Timber.

—¿Sois algo así como una manada?

—No —negó Alandalus—. No somos una manada, solo un puñado de lobos que hemos decidido seguir adelante. Pese a los lastres que arrastramos de nuestro pasado.

—¿Por qué aquí?

—Porque cuando crees que lo has perdido todo, cuando has tocado hondo, es el punto justo para entender que ese final no es más que un principio. Uno que no te esperabas y que, contra todo pronóstico, te da la paz, el silencio, que sin saberlo siempre te había faltado. —Hizo una pausa—. Y eso, pequeña loba, se lo debo al fae que te acompañaba.

—¿Al fae? —cuestionó Jandro frunciendo el ceño.

—Es posible que mis recuerdos de aquellos tiempos sean ya un poco turbios —admitió—. Tendría yo unos quince años. Mi padre no era un buen hombre, pero no tanto como para que mi hermano decidiera matarlo para ocupar su lugar y liderar la manada. No fui capaz de apoyarle, sabiendo lo que había hecho, pero lo último que deseaba era enfrentarle. Más sangre. Así que decidí lanzarme al Matalobos.

—Pero llegaste al otro lado —intuí.

—Dos faes me encontraron en la orilla. Di por sentado que me darían muerte.

—Eso era algo que todos esperábamos —admitió Ronn.

—Son tan irritantes que hasta nos llevaron la contraria en algo tan básico —añadió Killian con una media sonrisa, ligera.

—Me preguntó por qué un lobo intentaría cruzar el Moonwhisper y, cuando le repuse que para encontrarse con la muerte, me preguntó mi edad. —Alandalus hizo una pausa y una media sonrisa asomó en su rostro—. Con esa frialdad suya, me dijo que siendo tan joven aún no tenía edad para decidir si la vida merecía o no la pena.

Sonreí.

Esa respuesta era muy propia de Eryon, en realidad.

—¿Y qué pasó? —me interesé.

—Me propuso un trato. Sabía que los faes estaban ligados a la verdad, así que me picó la curiosidad.

—¿Qué te ofreció?

—Dos años de silencio a cambio de dos años sirviéndole. —Fruncí el ceño—. A mí también me sorprendió y, cuando le pregunté al respecto, me contó que había unas minas en las que existía un material precioso para los faes, pero que en su forma primitiva podía multiplicar de forma caótica y peligrosa su magia, así que debían realizar su extracción de forma manual.

—No sé qué sabes y qué no de los faes, pero no se ensucian las manos: utilizan su magia para todo. Yo creo que la usan hasta para cagar —puntualizó Ronn; Killian rio por lo bajo.

Llevaba tiempo viviendo con uno, pero no sabría confirmar o negarle aquello. Ni ganas.

—De ahí que antes hablarais de las minas —murmuré y el lobo de ojos ambarinos asintió—. ¿Qué es eso del silencio? ¿Qué ganabas tú trabajando en sus minas?

—Los faes son criaturas curiosas. Poderosas. Me mostró que podía silenciar las voces de la manada. El vínculo que me ataba aún a todos ellos. A mi hermano. A mi pasado. A todo aquello de lo que había huido. —Hizo una pausa—. Ser un lobo, un solitario, me pareció una mezcla entre castigo y reto. Creo que él lo sabía. Que deseaba, no sé… sufrir. De ahí que me lo ofreciera.

—Y aceptaste.

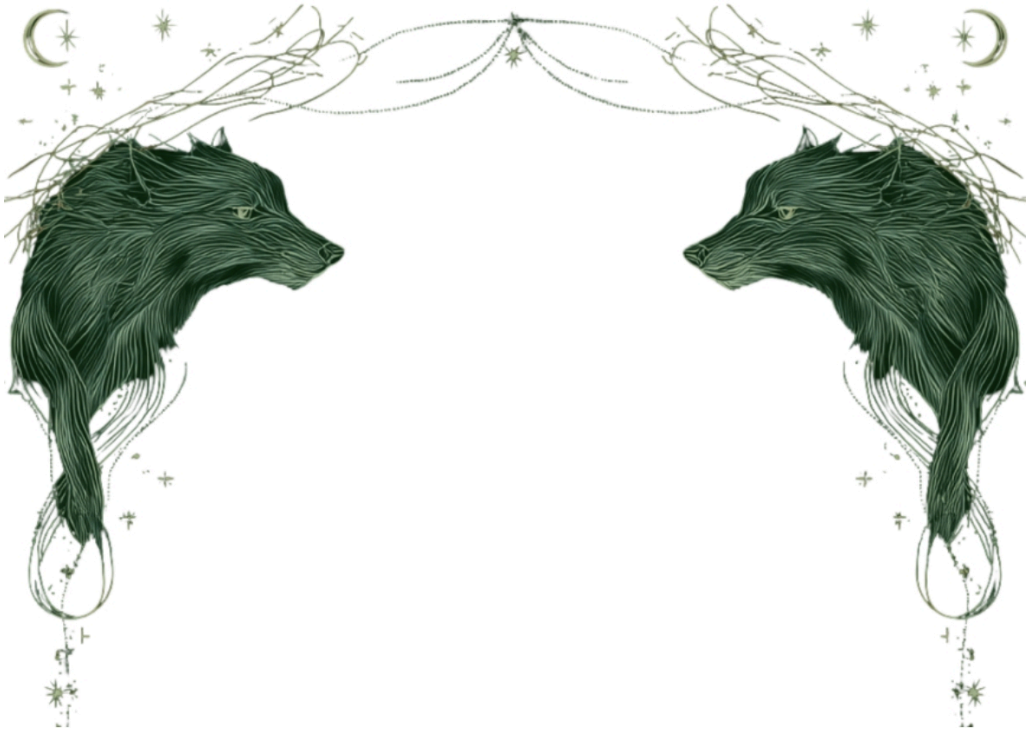
—Lo hice, sí; pero solo después de acordar que sería algo temporal. —Me sonrió—. El fae tenía razón. Por aquel entonces la muerte me parecía más una escapatoria que no como el final de la vida, así que cedí cuando se ofreció a matarme pasados los dos años si seguía deseándolo para entonces.

—Pero las cosas cambiaron.

—Aprendí a disfrutar de las pequeñas cosas. De la soledad. Del silencio. De escuchar solo mis propios pensamientos. Los latidos de mi corazón. De sentir el instinto del lobo de una forma como jamás antes había sentido, más primitiva, sí, pero mucho más fiel a la esencia de lo que somos. —Había una felicidad en su rostro al rememorar aquellos recuerdos—. Me volví salvaje, pero es algo de lo que no me arrepiento. Jandro llegó un par de décadas después. Y luego fueron llegando el resto. Cada uno con sus lastres. Sus cicatrices.

—Esas que no se ven.

—Esas mismas —asintió Jandro, el anciano sentado frente a mí, el que había perdido a su compañera.



CAPÍTULO 26

CLAROSCUROS

NOS QUEDAMOS EN SILENCIO. No hacía falta ser adivina para saber que todos estaban pensando en sus respectivos pasados. En lo que habían dejado atrás. Sospechaba que mi historia estaba a la altura de la de todos ellos. En lo de dramática, al menos.

—La vida está llena de claroscuros —intervino Andi—. Hay veces que es en la oscuridad donde encuentras el camino que te lleva a la luz.

No me pasó desapercibido que Ferder se enderezaba como un pavo real. O como un alfa. Uno que quería impresionar a su pareja. Me recordó un poco a Riker. Y eso se me hizo bola. Tanta arrogancia. Tanta dominancia. Tanta necesidad de demostrar algo.

Tal vez era culpa de lo que eran.

Una masa de músculo repleta de testosterona andante.

Y poco más.

—Lo cierto es que el amor es un arma de doble filo. Exalta. Y también mata. —Deslizó su mirada de las marcas que se podían ver en el dorso de mi mano para dirigirla a mis ojos—. ¿Un fae y una loba? ¿Es eso posible?

—Las marcas de su brazo eso sugieren, Jandro —respondió Alandalus con voz pausada.

—Esa historia es, sin lugar a duda, digna de ser escuchada —pidió el anciano frente a mí.

—No tiene por qué contárnosla, si no le apetece —puntualizó Timber; me sentí agradecida por su intervención, pero no pude negarles una respuesta. No después de que ellos hubieran expuesto abiertamente sus historias frente a mí.

—No pasa nada, pero tengo que avisaros de que es una mezcla entre tragicomedia y drama a secas.

—¿Tan mal? —cuestionó Killian y, por una vez, su aspecto era serio.

—¿Acaso el fae te secuestró? —quiso saber Ronn y, cuando alguien le soltó un gruñido, añadió—: Por su aspecto, sería un milagro que hubiera cruzado el Matalobos por sus propios medios.

Su intención no era humillarme, porque su preocupación estaba patente en sus palabras.

—¿Nadie va a preguntarle por la marca que lleva en el cuello? Esa es de un lobo —recalcó Ferder. Pese a fingir estar ignorándonos, no se perdía ni el más pequeño detalle.

—¿No crees que esa es una pregunta inapropiada?

—Si ella siente curiosidad por a quién me follo o dejo de follar, digo yo que puedo preguntarle lo propio.

En otros sitios, en otros contextos, aquello solo podía acabar de una forma: con un lobo sangrando en el suelo. Vivo, en principio, pero tampoco me sorprendería si acababa muerto.

—Andi apesta a tus feromonas, idiota, es casi un logro que el hedor no la tumbe —le soltó Timber. Mis pupilas se dilataron mientras esperaba que el alfa entrara en cólera.

—Lo hace, sí. —Ferder sonrió—. Tú también eres un idiota, ¿sabes?

—Ya, eso. —Timber puso los ojos en blanco.

Fruncí el ceño y miré confundida a Alandalus.

—¿Sorprendida?

—Por menos he acabado con varios huesos rotos y muchos dientes menos.

—No significa que no hayamos tenido nuestros más y nuestros menos, pequeña, pero aquí nadie tiene la necesidad ni la obligación de demostrar nada. Si estamos aquí, juntos, es porque nos apetece y eso marca una diferencia. Mejora la convivencia, incluso con… ¿cómo lo has definido antes? Testosterona. Con tanta *testosterona* junta.

Hice un mohín al escuchar el retintín que usó al repetir aquella palabra.

—Eryon no me secuestró —solté, liberándome de aquel peso. No lo había hecho, incluso si a veces no podía evitar sentirme que seguía siendo una prisionera. Quizá por lo que había vivido antes de cruzar el Moonwhisper—. Más bien me salvó, aunque tampoco es que quiera parecer una damisela en apuros. No soy de esas.

—Estás aquí, no podrías serlo —puntualizó Timber. Nos miramos y sentí un reconocimiento entre nosotros. ¿Cómo lo había dicho Alandalus? Eso éramos. Una panda de renegados. Un puñado de lobos.

—Nunca he sido una loba al uso, supongo. Lo de mi aspecto enjuto y mi estatura es algo que ya viene de serie. —Me encogí de hombros—. Me abandonaron en el bosque, pero nunca he pertenecido a una manada, en realidad.

—¿Cómo? —Ronn se acercó a la mesa y me observó.

—¿Es eso posible?

—Extraño, por lo menos —repuso Alandalus.

—Mi supuesta pareja predestinada me encontró y, aunque de entrada todo parecía perfecto, al final mis circunstancias eran complicadas y prevaleció su voluntad de engendrar un heredero digno sobre el de respetar los designios de la diosa.

—¿Qué quieres decir? —Ferder frunció el ceño.

—Se decantó por desposar a otra loba.

—¿Por qué haría un lobo algo así? —cuestionó Killian con aspecto sorprendido. Él y Ronn parecían buenos camaradas; ambos rondarían los treinta, más o menos.

—¡Eso es absurdo! —gruñó Andi molesto.

—No tanto si resulta que la loba en cuestión no es capaz de transmutar. —Vi que se tensaban—. La Sinlobo, solían llamarme en el instituto. —Hice una pausa, dándoles tiempo para que digirieran aquello.

—Suena un tanto despectivo —murmuró Jandro.

—No voy a negarlo.

—No pareces una loba débil. Estás aquí. Te has aparecido de la nada de la mano de un fae. Llevas sus marcas. Y no has tenido ningún reparo en sentarte con nosotros, una panda de lobos de aspecto más que cuestionable.

—Nunca me he considerado débil, aunque no posea el tamaño, la fuerza ni las habilidades apropiadas; siempre he pensado que es un tema de disposición, de carácter. —Lo miré—. Tenía una profesora; siempre pensé que me tenía manía, por todo lo que yo no era, pero cuando me fui de allí, del instituto, me sorprendió diciéndome que lo que me hacía única era mi capacidad de sobrellevar toda esa mierda. Me dijo que nunca había visto a otra loba capaz de levantarse tantas veces del suelo. —El anciano asintió, a lo que me vi obligada a añadir—: Aunque supongo que tampoco conoció a ninguna que acabara ahí tan habitualmente como yo.

—Resiliencia. —Timber sonrió—. Brindaría por eso.

—Si tuviéramos alcohol —masculló Ronn—. Andi intentó hacer algunos destilados, pero fueron un fracaso.

—Gracias por recordármelo —protestó el aludido.

—¿Qué pasó con tu lobo? —Ronn no lo hizo queriendo, pero ese «tu» aún quemaba, porque lo había sentido así, como si fuera algo mío.

—Lo dicho: decidió elegir a una candidata más apropiada, una que no era huérfana, que podía trasmutar y provenía de un linaje adecuado. Sus padres la eligieron para él, de hecho, porque la loba en cuestión había perdido a su compañero.

—¿Se supone que eso es algo bueno? —indicó Timber con el ceño fruncido.

—No, para nada, pero por lo visto ella estaba dispuesta a aceptar que él me mantuviera cerca.

—¿Como su amante?

—Algo así. Tal vez a ella no le importaba, pero a mí sí. Me negué a convertirme en la otra y, cuando me enfrenté a él y le exigí mi libertad, perdió el control.

—¿Fue entonces cuando te marcó? —me preguntó Ferder y, por una vez, su voz sonó suave, como si mi mierda al final le hubiera ablandado un poco.

—Sí.

—Sin tu permiso —susurró Timber.

—Correcto.

—Maldito bastardo —gruñó Andi por lo bajo.

—Lo que sea.

—De ahí que intentaras cruzar el Matalobos —planteó Ronn.

—De ahí que aceptara hacerlo: jamás se me habría pasado por la cabeza. —Hice una mueca—. Para cuando mi supuesta pareja ya había ido en busca de su loba elegida, tuve un sueño.

—¿Un sueño?

—Uno extraño; allí fue cuando, de alguna forma, si eso tiene algún sentido, conocí a Eryon. Yo no sabía lo que él era. Lo que todo aquello significaba. Me desperté con el brazo ensangrentado.

—Te vinculaste al fae.

—Apenas compartimos unas pocas palabras. Solo eso. —Me encogí de hombros—. Pero, por lo visto, es suficiente.

—¿En serio? ¿Solo eso? —Ronn parecía sorprendido—. Dudo que esos estirados puedan disfrutar de placeres tan banales y físicos como el sexo. —Me observó—. Sin ofender.

—Nosotros no… —Dejé la frase a medias y me sonrojé.

—Supongo que sería raro —opinó Killian.

—De cojones —añadió Ronn—. Igual hasta no saben. O lo hacen levitando. Mejor no tientes a la suerte, pequeña loba, y no le des pie a probar cosas raras.

—Dudo que esté entre sus prioridades —opinó Alandalus con una media sonrisa en el rostro. No supe si se refería a Eryon. O a mí. Lo que fuera, prefería retomar mi historia que no seguir hablando de mi vida sexual. O mi carencia de ella.

—La noche en la que me mordió… —Me froté la cicatriz del cuello—. Tal vez habría muerto; quiero decir que el vínculo del reclamo es algo que puede llegar a ser peligroso y yo, después de todo, carezco de la habilidad de transmutar y mi fuerza no está a la altura de mi voluntad.

—Pero estás aquí —puntualizó Jandro.

—Estoy aquí, sí, y estoy viva, porque él me encontró y me sacó de aquel infierno.

—Eso a mí me suena como a una segunda oportunidad, *faelan* —murmuró Alandalus, sentado a mi lado.

—Supongo.

—Una segunda oportunidad para sobrevivir, entiendo. —Ferder nos observaba—. ¿No estarás pensando que un lobo puede mantener una relación con un fae?

—Él la ha traído aquí. No niega lo que ella es. Y, aun así, fue a su encuentro.

—Hizo más que el lobo que la marcó contra su voluntad después de negar lo que eran y elegir a otra —añadió Andi elevando el mentón, afectado como el que más con todo aquello.

—¿Quién sería tan idiota como para negarse a su pareja predestinada? —cuestionó Ronn.

—Un alfa —sentenció Jandro observándome y me tensé.

—¿Cómo lo has sabido? —quise saber.

—Pocos priorizarían el bienestar del grupo por encima del propio. La responsabilidad de un alfa a veces quema. Lo sé por experiencia.

Lo observé. Ya no me sentía ni tan pequeña ni tan perdida como hacía unos meses. El tiempo me había ayudado a sanar mis heridas o, tal vez, Eryon había usado esa magia suya para que encontrara la fortaleza y fuera capaz de cerrar ese capítulo de lo que había sido. Para volver a sentir. A ilusionarme. Incluso si a veces me asustaba hacerlo. Confiar en él. ¿Amarle?

—No digo que no sea capaz de entenderle, y hubiera aceptado su decisión. ¿Perdonarle? No lo sé. Tal vez. —Alcé el mentón—. Sin embargo, no hay justificación posible para que intentara obligarme a convertirme en la otra o que me encerrara en su territorio, pese a no ser parte de su manada, como si yo fuera poco más que una posesión suya. Hay cosas que no pueden perdonarse, por mucho que ames a alguien.

—Te entiendo —susurró Timber—. No puedes imaginarte hasta qué punto.

—¿Y si dejamos tanto dramatismo y nos decantamos por celebrar que estamos bien y que seguimos vivos? —propuso Ronn.

—Bien, lo que se dice bien… —murmuró Jandro con una media sonrisa anciana.

Dejé de ser el centro de atención para convertirme en una mera observadora de cómo interaccionaban entre ellos. Me gustó aquello. La complicidad. Volver a sentirme parte de algo.

No pasó mucho tiempo desde que acabé de comer cuando sentí la presencia de Eryon. Sin llegar a verlo. La conexión entre nosotros cada vez se me hacía más evidente. Era como si poco a poco hubiera ido derribando mis murallas hasta convertirse en uno de mis pilares. No quería ponerle nombre a lo que despertaba en mí. Quizá porque era un fae, y no uno cualquiera. Quizá porque era demasiado pronto. Quizá porque aceptar que despertaba en mí emociones implicaba asumir muchas cosas a un tiempo.

Busqué un punto en la nada y las sombras se agruparon para formar una silueta. Sus ojos presos en los míos. Como si supiera, no sé, que estaba esperándole. Buscándolo entre la oscuridad que proyectaban las copas de los árboles.

—Ahora ya sabes otra verdad de lo que sucede al otro lado del Moonwhisper. —Escuché su voz en mi cabeza y se sintió como una caricia, suave y sensual.

—Podrías haberme dicho que no era la única loba.

—¿Y privarte de tus prejuicios?

—Idiota.

El cabrón me sonrió. No con la boca, ni con su rostro, sino con lo que él era. Y pude sentirlo. Dentro de mí.

Lo perdí de vista. No porque él se hubiera movido, sino porque Timber se colocó entre nosotros. Su posición era tensa. La de un lobo que está dispuesto a proteger lo que es suyo. O a los suyos.

No era un alfa, sin embargo, en muchas cosas se comportaba como tal.

Tal vez aquí los rangos no eran lo único importante. Importante de verdad, quiero decir. Estaba la voluntad. Y ahí podía entender, mejor que muchos, que es algo que hace a la persona. Sin importar de dónde vengas. Ni cómo te vean los otros. Es algo que depende solo de uno mismo.

—Se acabó el tiempo. —La voz de Eryon sonó vacía, inerte, como si todo aquello le importara entre poco y menos. Incluso si no lo hacía. Yo lo sabía. ¿El resto? Ni de broma. Una media sonrisa asomó en mi rostro, como si de repente fuera cómplice de aquella pantomima.

—Solo si ella así lo quiere. —La voz del lobo sonó firme. Alandalus se levantó. Todos los lobos lo hicieron. Y me encontré parcialmente oculta detrás de una muralla de espaldas desnudas.

—¿Por qué no debería querer?

—Eres un fae —soltó Killian con voz dura.

—Es una observación muy aguda por vuestra parte.

Apreté los labios para no soltar una carcajada.

—Está bien, en serio. —Me levanté e intenté deslizarme entre dos de ellos.

—Te veo bien, *faelan*. —Sentí una brisa cálida rozar mi mejilla. O tal vez fueron imaginaciones mías.

—He pasado un buen rato.

—Lo suponía.

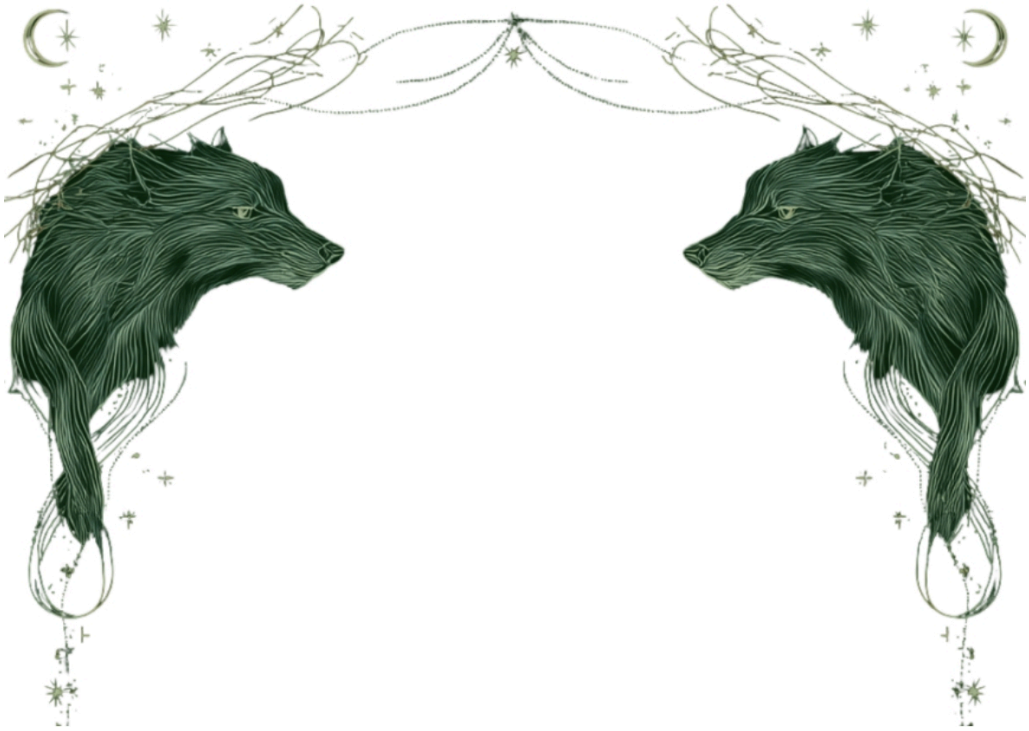
—¿Estás segura? —Ferder me observó y ladeó la cabeza, como si estuviera valorando qué posibilidades tenían de enfrentarse a Eryon si lo hacían todos juntos. Como si fueran una manada. Incluso si no lo eran.

—Sí. Lo estoy. Aunque sea un fae. —Nos sostuvimos la mirada y finalmente él asintió. Como si pudiera entender que había algo entre nosotros más allá de las marcas de nuestros brazos.

Los lobos se hicieron a un lado para dejarme pasar.

—Fae, ¿volverás a traerla? —le cuestionó Timber cuando llegué hasta Eryon. Sus ojos parecían fríos cuando ladeó la cabeza y lo estudió.

—Solo si ella así lo quiere —repitió las palabras que le había dicho y, antes de que ninguno de los lobos pudiera replicarle, me cogió con suavidad de la cintura y nos fundimos entre las sombras.



CAPÍTULO 27

RUTINAS

MI VIDA ENCONTRÓ SU PROPIO RITMO en la rutina. Solía despertarme con los brazos de Eryon rodeando mi cuerpo y nuestras piernas enlazadas, como si nos buscáramos en sueños, cuando la inconsciencia tomaba el control. O el mío, al menos.

Desayunábamos juntos en el balcón que daba al jardín. A veces lo hacíamos en silencio, observando el mundo que nos rodeaba, conscientes de la presencia del otro de una forma más íntima y profunda. En otras ocasiones, sin embargo, me daba por contarle historias de mi niñez. De Re. Del instituto. De Emma. De cómo había sido mi vida en mi antigua manada.

Hablar con Eryon era fácil. Le gustaba escuchar y sus pausas a veces decían más que las palabras de muchos. Igual que sus

miradas. Incluso si su rostro era bastante inexpresivo, había aprendido a leer sus ojos. Esos que me fascinaban tanto como la magia que habitaba en ellos.

Aunque a veces le costaba hacerlo, conseguí que fuera contándome cosas de su vida. O de sus muchas vidas, de hecho. Así descubrí que hacía bastante que había perdido a sus padres y que la única familia que le quedaba era su hermana Gina. A la que no veía desde hacía mucho. No quise presionarle en el cuánto.

No sé si evitaba traer a la superficie recuerdos que le hacían ser consciente de todo el tiempo que había pasado, o si quizá se debía a que con el paso de las décadas dejaban de ser nítidos y se convertían en poco más que imágenes desdibujadas a las que apenas podía darles, tras tanto tiempo, un sentido.

De lo que sí no había tenido reparo alguno de hablarme era de su papel como rey. De la corte, esa en la que se reunía con los representantes de los linajes no extintos de las apoderadas familias que habían construido los puntos de vigía, pero también con faes ilustres que destacaban en los diferentes gremios de su sociedad, así como maestros de las diferentes escuelas de magia.

La corte era un ir y venir de personas que querían informarle de sus mejoras, pero también de sus dificultades. Algunos acudían pidiendo un consejo, otros buscando una solución o recursos para llevar a término un proyecto concreto.

Empezaba a estar familiarizada con la escritura fae. Un poco, al menos. Y me había leído ya un libro escrito en lengua común sobre los fundamentos básicos de la Escuela de Alteración.

—Astrid y Miles vendrán a media mañana. —Levanté la vista del libro que estaba leyendo.

—¿Y eso? —Solían ir y venir un poco a su ritmo, pero la mayor parte de las veces lo hacían sin previo aviso.

—Astrid me preguntó ayer si estabas totalmente recuperada; Miles creo que sospecha que necesitaré algún tipo de entretenimiento si Astrid pretende ocupar tu tiempo. —Elevé una ceja. Empezaba a conocerle lo suficiente como para saber cuándo callaba más de lo que decía—. Me ha dicho algo sobre enseñarte a usar el arco.

—El arco.

Daba por sentado que se había olvidado de aquello.

Yo había hecho acopio de fuerzas para mentalizarme de que las verduras y las frutas formaban parte de una dieta saludable; aunque era innegable que, pese a que los huevos pudieran presentarse de una forma de lo más variable, echaba en falta un buen trozo de carne. Uno jugoso. Y a ser posible rojizo.

De hecho, me había planteado pedirle a Eryon que me llevara de nuevo junto a los lobos de las minas, no solo para volver a verlos y descubrir un poco más de sus historias, sino para beneficiarme de las habilidades culinarias de Andi. Lo que era un tanto despreciable, mi interés en su comida y no solo en sus condiciones, pero por lo visto tenía más de lobo de lo que aparentaba a simple vista.

No diré que mataría por un trozo de carne.

Aunque tal vez lo haría.

Solo que, en vez de hacer los honores con mis garras, sería una flecha la que me proporcionaría mi futura comida.

—¿Recuerdas haber mantenido una conversación al respecto con ella?

Era su forma de preguntarme qué parte de lo que le había dicho Astrid era verdad y qué parte había conseguido reemplazarla con paja.

Cosas como «usar un arco es algo útil», un «tu pareja debería ser capaz de valerse por sí misma» o algo tan básico como «el arco sería una gran herramienta para cazar». Nadie puede negar ese tipo de verdades, pero eso no significaba que yo le hubiera pedido que me enseñara. Ni que hubiéramos acordado hacerlo. Eryon no era tonto.

Sufrir a Astrid como mentora quizá acabaría haciendo que me saliera un sarpullido. O una úlcera en el estómago. Pero la oportunidad de valerme por mis propios medios era tentadora. Que no quería decir que no quisiera visitar a los lobos de las minas, pero cuando lo hiciera, quería que fuera por el motivo apropiado. Y no por un cuenco de estofado.

—¿Se le da bien?

—¿El arco? ¿A Astrid? —Asentí—. ¿Lamentarías que te dijera que sí?

Su pregunta ya era, de por sí, una respuesta.

—Le trajiste un libro de cocina a Banasha, uno con recetas de cosas que no soléis comer aquí.

—Es cierto.

—No tengo claro si a ella podría molestarle ajustarse a ese tipo de cosas, carne, ya sabes.

—¿Ese es el motivo por el que no le has pedido que te cocine alimentos de origen animal? —Parecía confundido.

—Podría cocinarlos yo.

—Si eso te satisface, Banasha no tendrá ningún inconveniente en que uses la cocina, pero sabes que también le complacería ajustar tu menú a tus preferencias, *faelan*. —Me estudió—. ¿Por qué sospecho que todo esto tiene algo que ver con el interés de Astrid en tu recuperación y en que aprendas a usar el arco?

—Ella me picó. Vino a decirme que, si quería carne, primero debería aprender a cazar. Autoabastecerme. —Eryon se quedó en silencio, observándome—. Sabes que no me gusta ser una carga, pero los lobos cazan como lobos, así que no me siento capaz de hacerlo.

—Lillan consideró que añadiendo el aporte proteico de los huevos a tu dieta sería suficiente para asegurar una nutrición adecuada para una loba, pero no me planteé que necesitaras o te apetecieran otro tipo de alimentos, *faelan.* —Parecía incómodo, como si intentara justificar lo que a sus ojos parecía un error mayúsculo, incluso si no lo era—. Si deseabas algo diferente, solo tenías que decirlo. Astrid no es la única fae hábil con el arco; yo podría haber cazado para ti.

—No te lo tomes como algo personal.

—Eres mi esposa. No puede no ser personal. —Elevó una ceja, como animándome a negarle aquello. Hice un mohín y me quedé callada—. Deberíamos mejorar nuestras habilidades comunicativas, *faelan*.

—La dieta que Lillan pautó ha funcionado bien —me defendí—. Es solo que la carne es carne.

—Y supongo que eso es algo…

—Jugoso. Y delicioso. —Arrugó la nariz, como si no compartiera esa verdad conmigo.

—En tal caso, estaría bien que me lo hubieras dicho. Llevarías comiendo carne desde que llegaste.

—No siendo una necesidad, tal vez la idea de Astrid no está mal.

—Quieres aprender a usar el arco para cazar tu propia comida. —Su enojo se desvaneció con la misma rapidez con la que había aparecido. No es que fuera algo evidente, pero podía sentirlo.

—¿Suena muy mal?

—Para nada.

—No es algo que necesite, pero sí algo que echo de menos. ¿Sabes a lo que me refiero? —Asintió—. ¿Qué opinas de que Astrid me enseñe? ¿Voy a arrepentirme? ¿Crees que aún estoy a tiempo de negarme?

—Creo que se preocupa por tu seguridad y no puedo objetar nada en contra de eso. Si comer carne es el aliciente para que aprendas a usar un arco, me parece una estrategia propia de alguien como Astrid.

Me reí ante aquel comentario.

—¿Tan mala es?

—¿Mala? No. Es leal como la que más. Astuta, también.

—¿Manipuladora?

—No voy a negarlo.

—No va a aceptar un no por respuesta, ¿verdad? —le cuestioné.

—No, pero tampoco quieres negarte, así que no veo que exista un problema.

—Era por poner un poco de resistencia. —Eryon sonrió.

—Me gustaría que aprendieras, también, a usar un arma cuerpo a cuerpo. Una daga, por ejemplo, para que, si algún día necesitas invocar a Yssey, sepas cómo usarla.

—Tengo mis garras.

—Existen drogas capaces de anular la habilidad de un lobo de trasmutar. Yssey no se vería afecta por ellas. Considéralo un plan alternativo.

—De acuerdo, pero solo si no es Astrid la que me enseña. Aún recuerdo cuando se apareció con un puñal en el cuello de Emma;

paso de que me apunte con uno de esos.

—Eso no tendría por qué ser un problema. Puedo darte unas nociones básicas.

—Si son básicas, supongo que no suena tan mal.

—Perfecto. Le haré.

¿Sesiones particulares de combate cuerpo a cuerpo con Eryon? No era el peor de los planes. Especialmente si acababa con el torso desnudo. Para no sudar alguna de esas elegantes camisas suyas. Solo por eso. Por supuesto.

—Es posible que la forma de combate fae pudiera adaptarse mejor a ti —tanteó Eryon—. No disponemos de la fuerza de los lobos, pero con la práctica hemos sabido aprovecharla para usarla en su contra.

—Pensaba que usabais vuestra magia para decantar la balanza.

—Cualquier recurso puede ser de utilidad en una situación de emergencia. Tus garras. Yssey. Usar nuestro vínculo.

—¿Para que vengas a mi encuentro? —le cuestioné.

Sus ojos brillaron, una tormenta latiendo en ellos, mientras una sonrisa asomaba en su rostro.

—Por supuesto.

—Espero que nunca más tengas que hacerlo.

—No me importaría.

—Tengo mi orgullo, ¿sabes?

—En tal caso lo mejor será hacerle saber a Astrid que te sientes en condiciones de empezar con tu formación con el arco.

Sonó como una sentencia.

Pero supuse que era demasiado tarde para desdecirme.

—Claro.

—Además, me parece apropiado que nos aseguremos de que tengas los recursos necesarios para garantizar que no me necesites, pese a que siempre estaré por y para ti.

¿Qué diablos se suponía que debía de contestarle a algo así? Carraspeé y me tomé mi tiempo.

—El otro día estuve pensando en los lobos de las minas. —Hice una pausa—. ¿Sabes que la mayoría de ellos poseen ascendencias muy fuertes?

—¿En qué sentido?

—Descienden de linajes de alfas o betas.

—¿Eso debería de preocuparme?

—No, supongo que no, es solo que se me hizo extraño que no acabaran matándose los unos a los otros. Tanta testosterona junta no suele promover nada bueno.

—No solemos entrometernos en lo que hacen o dejan de hacer.

Mientras exploten la mina, supuse.

Al fin y al cabo, tenían una función.

Les habían perdonado la vida.

Les habían dado una segunda oportunidad.

Pero a un precio.

—Uno de ellos dijo algo que no consigo entender.

—Te escucho.

—Algo sobre silenciar las voces de la manada. ¿Es eso cierto? ¿Poseéis el poder para hacer algo así?

—Entiendo tu curiosidad. —Me observó—. No podemos interferir en vuestros vínculos, si esa es tu pregunta.

—¿Entonces?

—Creamos un perímetro con cinco obeliscos y los usamos para proyectar una barrera mágica que bloquea cualquier interferencia mental.

—Si salieran del perímetro, convertidos en lobo, escucharían los rumores de su manada.

—Correcto.

—Y sabrían que siguen vivos, al otro lado del Moonwhisper.

—Es una posibilidad, sí.

—¿No te preocupa?

—¿Que sepan que no somos los despiadados asesinos que todos dan por sentado?

¿No lo eran?

De algún lugar tenía que haber salido la plata líquida.

—Exacto. —Me negué a que pudiera captar en mi mirada la duda que latía en mi interior.

—No nos preocupa. Lo que piensen unos u otros. —Se encogió de hombros—. En cualquier caso, esos lobos cruzaron la frontera

porque no querían volver. Buscaban la muerte, bien fuera en las corrientes traicioneras del río o en nuestras manos. Saben que el perímetro los protege de su pasado y les brinda el silencio que necesitaban.

—Pero también los aísla —advertí y no lo negó—. Si salieran del perímetro limitado por los obeliscos, ¿lo sabríais?

—Sí.

—Así que, en el fondo, es como si estuvieran vigilados.

—No todos los faes estarían de acuerdo en dejar vivir a un grupo de lobos en nuestro territorio.

—Lo que implica que muchos no lo saben. —Alcé una ceja y una media sonrisa iluminó su mirada.

—Cierto. La ventaja de ser rey es que, en ocasiones, podemos permitirnos tomar decisiones sin ponerlas en consideración de terceros.

—Mientras sigan en la zona acotada que les ofreciste, nadie tiene por qué enterarse. Ellos extraen ébano feérico para vosotros y, a cambio, los dejáis vivir alejados de lo que fuera que los empujó a abandonar sus manadas.

—Correcto.

—Si te pidiera volver a verlos para conocerlos un poco mejor, ¿te molestaría?

—No, *faelan*. Daba por sentado que tarde o temprano lo harías. Solo tienes que decirme el cuándo y me ocuparé de organizarlo.

—¿Y no te preocupa que me relacione con los que, en el fondo, son algo así como forajidos?

—Confío en tu criterio. Entiendo que los lobos sois criaturas sociales y que es difícil que llegues a conectar con Astrid o Miles de la misma forma con la que podrías conectar con ellos.

—Ciertamente no. —Hice un mohín.

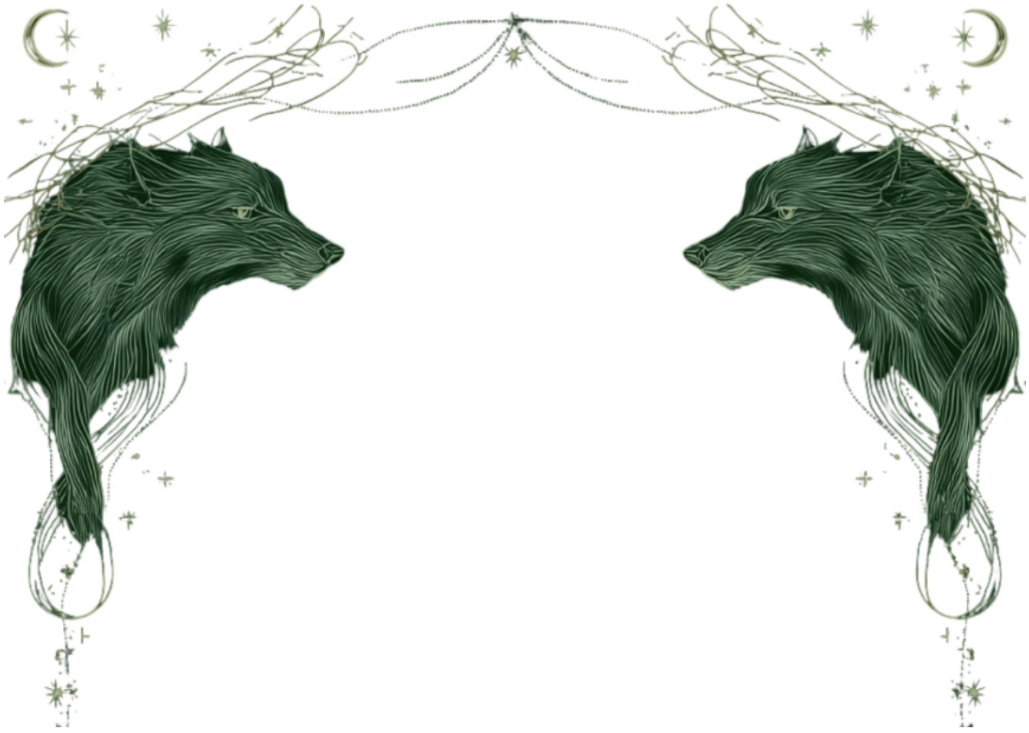
—Es como si quisieras que desconfiara de ellos o te negara a ir a su encuentro. Te dije que aquí serías libre, *faelan*, y pienso cumplir mi palabra.

Mi libertad. Tras sentir que la había perdido se había convertido en un don preciado.

Al ser un fae, su afirmación no podía ser otra cosa que una verdad. Pero me asustaba confiar en él y en lo que despertaba en mi interior, porque había muchos matices en sus palabras. En sus verdades. En el porqué de muchas de sus acciones. Le había dado una oportunidad a un grupo de lobos insurgentes, pero ganando algo a cambio. ¿Le convertía eso en una buena persona? ¿O era solo un pacto oportunista?

Las evidencias eran contradictorias. La plata líquida en el territorio de los lobos. Los lobos que vivían en el territorio de los faes.

Mi vida se estaba convirtiendo en un amasijo de emociones y pensamientos tan caóticos como contradictorios.



CAPÍTULO 28

UN ARCO Y UNA LOBA

Llegaron a media mañana. Miles con ropa elegante, túnica y casaca oscura con hilos plateados —que opté por no tocar por si eran de plata—, Astrid con unos leggins de cuero negro ajustados, botas altas y una túnica que le llegaba hasta las rodillas y que llevaba ajustada a la cadera con un par de cinturones cruzados de los que pendían un par de cimitarras y varias dagas.

A modo de chaleco, usaba una pieza de escamas.

De ébano feérico.

Ya no me sorprendían ese tipo de atuendos suyos, y casi había olvidado el vestido vaporoso que desprendía un toque de inocencia al margen de la elegancia que desprendía en cada maldito

movimiento. Esa última parte, no cambiaba, incluso si la gasa había sido sustituida por ropa de combate.

Los observé mientras charlaban. No diré animadamente, porque la entonación que usaban los faes era más plana y musical, pero había aprendido a entenderlos más allá de lo que podía percibir alguien a simple vista.

Existía una complicidad verdadera entre ellos. No es que lo expresaran abiertamente, pero era algo que podía sentirse en el aire. En sus silencios. En sus mierdas.

—Sigo sin entender por qué pierdes el tiempo intentando encontrar una fórmula para que pueda transformarse en lobo —apuntó Astrid. No es que me viniera de nuevo la falta de empatía de los faes. O tal vez era solo un problema de Astrid. Lo que fuera.

—Es una loba. Lo natural para ella es poder hacerlo.

—Ya, eso. —Apretó los labios, dejando en evidencia que no le encontraba sentido ni necesidad a que pudiera convertirme en una masa peluda que correteara arriba y abajo a cuatro patas. Me miró—. A nosotros no nos incomoda que no puedas hacerlo.

—Más bien al contrario —puntualizó Miles, empeorándolo. Sonreía, el cabrón, pero no se lo tuve en cuenta.

—No me imagino qué le podría *incomodar* a un fae, la verdad.

—Verte reír. Es extraño. Y ruidoso. —Astrid frunció el ceño. Solo por hacerla sufrir, me animé a hacer justamente eso. Lo admito, era un placer verlos allí, más tiesos que un palo, sin saber cómo gestionar mis crisis.

Eryon ya se había habituado a mis altibajos y solía observarme con esa mirada brillante suya que parecía querer leerme. O desnudarme. Dependía del día.

Miles procuraba evitarme en esas ocasiones, y Astrid solía mantener una expresión estoica, como si verme reír se le antojara más molesto que cascarse un documental de una hora sobre el apareamiento de las babosas.

Para cuando di por acabada mi peculiar venganza, tras ganarme una mirada airada de la fae, Eryon volvió a tomar la palabra:

—Así que vas a entrenarla con el arco.

—Lo más probable es que se me dé de pena —advertí.

—No te preocupes: no espero otra cosa. —Allá Astrid con la mierda de sinceridad fae.

Miles y Eryon se quedaron en el edificio y nosotras salimos a un hermoso prado que estaba a los pies del montículo en el que se había construido el que empezaba a sentir como mi hogar.

Ya no sentía tan frías las paredes de mármol, ni tan solemnes las lámparas que pendían de los altos techos o las elegantes figuras que decoraban el edificio. La frialdad que había sentido en aquel lugar, al principio, ahora ya no la percibía. Más bien al contrario. Me sentía bien allí. Incluso cuando algún fae me encontraba correteando por los pasillos.

Astrid colocó una diana a varios metros de distancia. No tan lejos como para que tuviera que esforzarme en identificar los diferentes anillos que contenía, pero sí como para que protestara por lo bajo mientras ella se acercaba, sabiendo que no podría escucharme.

—¿Has usado un arco alguna vez?

—Al otro lado del Moonwhisper usan automáticas.

—¿Sabes disparar una de esas? —Casi diría que estaba esperanzada de que la respuesta fuera afirmativa.

—¿Cambiaría algo si te dijera que sí?

—Podría conseguirte una. Como fae, seguirías siendo un fraude…

—Te recuerdo que no soy una fae.

—No me olvido de ese detalle en concreto, pero estás casada con uno y eso, por desgracia, tampoco consigo obviarlo. —Le mostré una peineta.

Habíamos llegado a ese punto de confianza.

Sabía que, aun haciéndolo, provocándola, no acabaría rasgando mi cuello con una de sus dagas. Que tal vez las ganas las tenía, pero le importaba demasiado Eryon como para provocar que pasara de esposo a viudo a costa de uno de sus filos. Yo lo sabía. Y eso me daba un cierto poder, control, sobre su arrogancia fae.

—Siempre tan maja.

—Tenía esperanza de que al menos tuvieras desarrollada la destreza ojo-mano.

—¿Qué se supone que es eso?

—Circuitos neuronales, conexiones; algunas nos vienen dadas de nacimiento, como instintos que nos empujan a realizar acciones, pero en la mayoría de los casos requieren de un cierto entrenamiento.

—Nunca se me ha dado bien el combate cuerpo a cuerpo, pero a distancia no sabría decirte. Los lobos no gastan de eso. Se considera un deshonor.

—Por eso podéis yacer muertos antes siquiera de llegar hasta el punto en el que está vuestro enemigo.

¿Ya os he dicho que era un encanto?

—Sí, lo recuerdo, los faes sois lo más. ¿Has venido a fardar o a enseñarme a usar esa cosa?

En apenas una fracción de segundo Astrid se descolgó del arnés el arco que llevaba a la espalda, capturó una flecha del carcaj que llevaba sujeto al muslo y tensó el arco mientras se giraba, dejando de mirarme para enfrentar la diana que quedaba a su espalda.

La flecha salió con fuerza vertiginosa y surcó el aire, rasgándolo. Escuché aquel ruido. El de la punta de metal dividiendo el mundo, hasta que un impacto seco, sordo, hizo evidente que se había clavado en la madera.

Me mordí el labio inferior al ver que estaba vibrando con fuerza justo en el centro.

Era una tiradora nivel dios.

Cómo no.

—¿Has usado tu magia? —le cuestioné y ladeó la cabeza mientras volvía a mirarme.

—Me gusta que me lo preguntes. No, pero un fae podría hacerlo. Recuérdalo si alguna vez una flecha se acerca a ti, incluso si la trayectoria no es la correcta.

—Espero no encontrarme nunca en esa tesitura.

—Yo tampoco; tener que salvarte sería engorroso.

—Igual no serías tan hábil como para lograrlo. —Sonreí al ver que fruncía el ceño. Yo también sabía sus puntos débiles, a esas alturas de la película.

—¿Sabes lo que es un *zihgir*?

—¿Debería?

Astrid buscó algo en uno de los saquitos que pendían de uno de sus cinturones de cuero oscuro y me lo lanzó. Lo intenté coger al vuelo, pero me rebotó, y tuve que hacer un segundo amago, pero no llegó a caer al suelo.

Era un objeto pequeño.

—¿Un anillo?

—Es mucho más que eso. Los primeros que se diseñaron fueron dentro del Imperio Otomano. —Se acercó a mí—. Para los arqueros turcos era un símbolo de su estatus y era considerado como un anillo de guerra.

—¿Un anillo de guerra?

—Rótalo para poder ponértelo. —Vi que llevaba una pieza parecida en su pulgar. Lo giró para podérselo sacar y me mostró cómo se lo volvía a colocar para que la imitara.

No me fue difícil hacerlo. Era de un material blanco tan pulido que se sentía como si fuera seda. Tenía finos grabados en su superficie, pero lo que más me llamó la atención fue que tenía un saliente, como un relieve, que Astrid me instruyó a colocar en la parte interna del dedo.

—La pieza está diseñada para atrapar la cuerda y asegurarla, sin que el pulgar sufra al hacerlo. Ganarás estabilidad y precisión. Colócate frente a la diana. —Lo hice y vi que ponía los ojos en blanco—. ¿En serio?

—¿Qué?

—¿Cómo se supone que vas a tensar el arco si estás frente a tu objetivo?

—¿No me has dicho que haga eso? —protesté.

—Frente a la diana, sí, pero no para mantener una conversación con ella, Rubis, sino para que le dispares una flecha —masculló entre dientes—. Colócate de lado. Has de tener una buena movilidad del brazo posterior y un agarre firme sobre la empuñadura.

Se colocó a mi lado. El primer pie observando a su objetivo, el segundo a noventa grados. Su posición era relajada. Un brazo extendido, el otro traccionado hacia atrás, el codo en alto, la cuerda del arco a tensión.

Copié su movimiento y me rodeó, estudiándome. Rectificó un par de detalles de mi posición, pero a continuación asintió.

—Vamos a probar con una flecha.

Cogí una del carcaj que me había dado y que llevaba sujeto a mi muslo. Se me hizo extraña esa sensación. De una forma que no sabría definir. El astil se sentía trémulo entre mis manos. Ligero. Tan fino. Y tan letal.

Lo afiancé en el punto de apoyo y ajusté el culatín en la cuerda, tras apreciar la suavidad de las plumas negras de la flecha. Aquella arma formaba parte de la historia de su pueblo. De su identidad.

Tensé la cuerda, apoyándola sobre la ranura del *zihgir* para que no se me resbalara.

—Respira. Observa tu objetivo. Siéntelo. Conecta con el espacio y la dirección que os separa. Valora el entorno. El viento. Y antes de exhalar, libera la cuerda.

Eran demasiadas cosas para hacer a un tiempo, así que me limité a observar la diana, inspirar profundamente y, tras hacer una pequeña apnea, solté la flecha.

Fue increíble. Cómo se sintió aquello.

La fuerza y velocidad que podía llegar a tener algo tan pequeño.

Se clavó en la diana.

No lo hizo en el centro, pero me encontré dando saltitos de alegría. ¡Qué bien se sentía!

—Con un poco de práctica, serás una tiradora pasable.

—¿Pasable? ¿Estás flipando? ¡Le he dado!

—¡Felicidades!, si fuera un jabalí, estaría cojeando.

—Te equivocas. —Le sorprendió que la contradijera—. Lo habrías abatido tú primero.

Astrid miró la diana; las dos flechas que había en ella.

—Puedes llegar a ser retorcida como una fae.

—Estoy aprendiendo de la mejor.

—No vas a conseguir ganarme a base de palabras amables.

—No tengo interés en perder mi tiempo en eso.

—Bien.

—Bien.

—Puedes volver a tirar.

Lo hice. Y me corrigió de nuevo. Eran cientos de detalles a tener presentes al mismo tiempo, pero me gustaba. La sensación fluida de liberar la flecha de su agarre. Escucharla surcar el aire para impactar después contra la madera.

—¿Podríais tumbar a un lobo con una de estas? —le cuestioné a Astrid.

—¿Con una flecha? No. —Titubeó antes de añadirme—: Durante los conflictos previos al Tratado, confeccionábamos puntas de una aleación de plata y acero.

—¿Plata y acero?

—El acero le confiere la dureza necesaria para atravesar protecciones de gama media y la plata… los lobos y la plata no sois muy amigos, podría decirse.

—Para nada. —Cogí la última flecha que me quedaba en el carcaj—. Eryon me dijo que aún disponéis de plata, en cantidad, en vuestro territorio.

—Si te lo dijo, sabes que ha de ser verdad.

—Que tenéis minas.

—Las tenemos.

—¿Sale de ahí la plata líquida?

—¿La plata líquida?

Respiré lento. Intenté relajarme. Pero la flecha se desvió ligeramente, aunque llegó a clavarse en la madera, pero en su porción más externa.

—El padre de Riker sobrevivió a una explosión hace unos meses, pero su sangre quedó contaminada de plata líquida. Antes de venir aquí, él murió.

—Es extraño.

—Que muriera.

—No. Eso no. La plata líquida no es algo con lo que alguien se cruza por casualidad. Y menos un lobo. —Me estudió. Creo que estaba sopesando que le estuviera mintiendo. Ventajas de ser una loba. Podía soltarle lo que me viniera de cara. Y ella lo sabía.

—¿Podría haber un residuo de tiempos pretéritos con el que se cruzó por casualidad?

—Es poco probable. Imposible, supongo que no.

—No me has dicho si se extrae de las minas.

—No te lo he dicho, no. —Se quedó pensativa, pero al final añadió—: La plata líquida se consigue mediante una fórmula magistral que documentaron nuestros alquimistas hace mucho tiempo. Su base es la plata, pero contiene aleaciones con otros metales que permiten que se mantenga líquida a temperatura ambiental, además de una mezcla de extractos vegetales con diferentes propiedades que suelen usarse para atenuar su olor y debilitar a los lobos.

La estudié. ¿A qué sabía? A fuego. A mi propia sangre. Aquel recuerdo hizo que me recorriera un escalofrío, pero fingí estar bien. Como si nada de aquello me perturbara.

—Acónito.

—Es posible.

—¿Depende de vuestra magia?

—Una vez creada, no. A lo largo del proceso, no sabría decirte; no soy alquimista, pero si tanta curiosidad despierta en ti, pregúntale a Eryon.

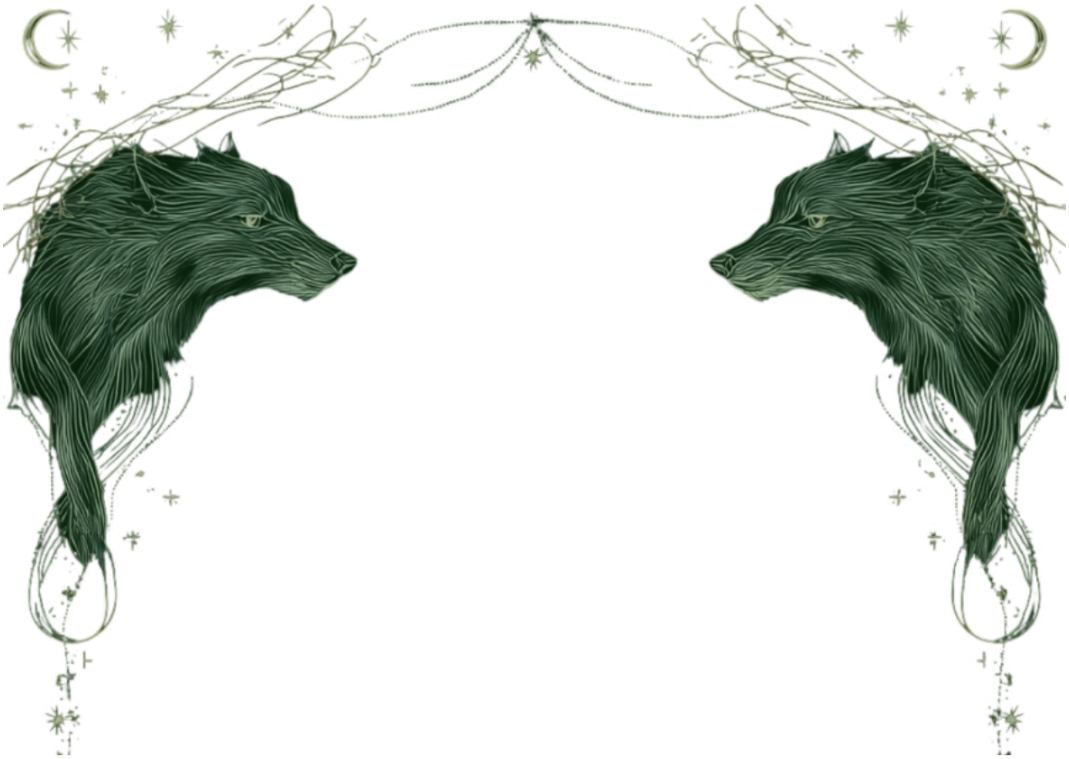
—¿Él es un alquimista?

—No, pero es nuestro rey. Dudo que exista algo relevante para la seguridad y prosperidad de nuestro pueblo que él desconozca. Incluyendo la fórmula magistral de la plata líquida. —Señaló con el mentón el anillo que llevaba en el pulgar—. Puedes quedártelo.

—¿Seguro? —Asintió.

No llegué a darle las gracias, pero a Astrid esos formalismos le traían sin cuidado. Y yo estaba demasiado cerrada en mis propios pensamientos. Sobre la plata líquida. Los ataques que había habido en territorio lobo. El hecho de que Eryon debía de conocer la fórmula magistral para fabricarla. Y que poseía la habilidad de cruzar el Moonwhisper.

Y si, después de todo, ¿no era tan inocente y encantador como aparentaba?



CAPÍTULO 29

EL TRATADO

ENCONTRÉ A ERYON en la galería.

Estaba sentado en una silla de respaldo alto tapizada en terciopelo granate. Sonreí, porque se le veía impresionante allí sentado, con una camisa de seda de un color burdeos abotonada en el pecho. Su aspecto era elegante. Solemne. Como todo él, que carecía de altibajos y conseguía que la templanza fuera su estandarte.

—¿Qué tal con Astrid? —Llevábamos una semana entrenando cada mañana con el arco y lo cierto era que se me daba mejor que muchas otras cosas.

—No demasiado mal.

—Eso suena a un bien.

—Supongo que todo depende de si eres de ver el vaso medio lleno o medio vacío. —Frunció el ceño y supuse que no estaban habituados a esa expresión—. Me refiero a que una misma cosa puede interpretarse de formas muy diferentes. Como, por ejemplo, vuestra versión de la historia de la humanidad, que difiere bastante de la que nos cuentan a nosotros al otro lado del Matalobos.

—Supongo que es bueno conocer los diferentes puntos de vista en estos casos.

—Bueno, teniendo en cuenta que no es que seáis muy accesibles que digamos, vuestra versión es como si no existiera, porque posiblemente un lobo jamás la ha escuchado.

—¿Te has despertado más quisquillosa que de costumbre? —me reprochó con una media sonrisa.

Creo que le divertía que yo fuera algo así como su polo opuesto. Disfrutaba y me desvivía en las pequeñas cosas, porque eran las que me quedaban. Había dejado de importarme si a él, o al resto de los faes, le parecía exagerado que suspirara al probar un postre o me emocionara con una puesta de sol.

No pretendía fingir algo que no era.

Dejar que las emociones florecieran formaba parte de mi naturaleza. Reír. Llorar. Lamentarme. Quejarme, también.

—Y yo que pensaba que formaba parte de mi encanto.

—Por supuesto, *faelan*. —Sus ojos brillaron con esos matices que me fascinaban. Creo que lo sabía. Que me atraía su mirada. La tormenta oculta bajo la calma que mostraba en la superficie—. En lo referente a los libros de historia, los humanos sienten una cierta predilección por los lobos, así que es normal que se decanten por su versión que no por la nuestra.

—Insisto en que la vuestra no existe más allá de vuestras bibliotecas y, además, déjame que te recuerde lo majos que somos los lobos.

Puso los ojos en blanco.

—Cuando se firmó el Tratado se les ofreció a los humanos establecerse en nuestro territorio bajo unas condiciones, pero ellos rechazaron nuestra propuesta.

Me quedé en silencio, procesando aquello. ¿Los faes habían ofrecido cobijo a los humanos? Todos dábamos por sentado que habían querido aislarse del resto del mundo. Porque eran unos soberbios. Que lo eran.

—¿En serio?

—Sabes que no miento, *faelan*.

Lo que no decía era que a los lobos no nos dieron esa posibilidad. Que sí tuvieron problemas con nosotros. Incluso si habían aceptado que algunos renegados se instalaran en sus territorios. Lo habían hecho, sí, pero con un objetivo. Que consiguieran para ellos ébano feérico. ¿Era caridad? ¿O un mero interés?

No podía ignorar los incidentes con la plata líquida. Esos que habían matado a varios lobos. Y tal vez seguían haciéndolo. Un día podría ser Emma. O su compañero. O los mellizos con los que siempre bromeaba cuando era una niña.

No saber qué implicación tenía en aquel asunto Eryon era como un arma de doble filo. No quería saberlo, porque en caso de que estuviera involucrado, sabía que no podría perdonarle. Por los que habían muerto. Y porque de forma indirecta había sido la causa de que Riker aceptara el ultimátum de su padre.

Ya no era solo el hecho de que fuera un fae. La posibilidad de que fuera un asesino, un matalobos, me asustaba.

—¿Qué condiciones?

—La ausencia de tecnología y la capacidad de autonomía.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Hay algo que no te conté sobre la tecnología: puede interaccionar con nuestra magia, por las ondas y vibraciones que genera.

—¿Como si pudiera crear campos antimagia? —le cuestioné fascinada y Eryon rio por lo bajo.

—Eso les habría gustado a unos y otros, sí, pero no es el caso. —Negó con la cabeza—. Los objetos tienden a explotar, más bien. Lo que puede convertirse en un problema.

—Comprensible.

—Y en lo referente a la autonomía, no queríamos poblados que dependieran del otro lado del Moonwhisper ni que sobrevivieran a

costa de nuestra caridad. Durante generaciones los humanos fueron capaces de prosperar en condiciones similares, pero lo cierto es que ahora se niegan a perder esas comodidades que les hacen creer que pueden conseguir cualquier cosa.

—¿Y no pueden?

—Por muchas armas de las que dispongan, jamás podrán convertirse en bestias capaces de matar en apenas unas milésimas de segundo ni poseerán la magia propia de los faes.

—Ya, eso.

—Los humanos no querían prescindir de ese tipo de privilegios y, además, está el hecho de que sienten una cierta predilección por los lobos.

—Lo que decía, molamos más.

Ignoró mi comentario. No solía afectarse por mis provocaciones.

—Más bien parecen tener un cierto interés en crear relaciones carnales con los lobos, pese a que estos ni los tratan como a sus iguales ni tienen interés por crear una vinculación más profunda o afectiva con ellos.

Dicho así, sonábamos como unos cabrones. Y un poco de razón tenía. Re era el claro ejemplo de aquello.

—No creo que vosotros pretendierais tratarlos como a vuestros iguales —argumenté.

—No, ciertamente, pero no pretendíamos fingir hacerlo.

Cuando quería era un cabrón. Pero le estaba cogiendo cariño.

—Nosotros, al menos, convivimos con ellos.

—Convivir, sí, *faelan*, pero las leyes, las oportunidades o los derechos, no son las mismas para unos y otros en el territorio de los lobos. —Me observó. En algún momento yo me había molestado, tomándome aquello como algo personal, pese a que no eran mis leyes, y él lo sabía—. Sabes por tu amigo, el mestizo, que jamás tendrá la posibilidad de vivir entre lobos, incluso si genéticamente tiene tanto de lobo como de humano.

No podía negarle eso.

—No voy a negarlo, pero es fácil criticar desde la distancia. Al fin y al cabo, vosotros os aislasteis aquí y, para los que viven al otro lado de la frontera, sois poco más que un mito.

—Establecimos una embajada en territorio humano pocas décadas después del Tratado. Aunque seamos distantes, Kierdan lleva tiempo organizando encuentros y gestionando pequeños conflictos. Si hubiéramos querido aislarnos por completo, lo hubiéramos hecho.

—No creo que ese tipo sea muy social, tampoco.

—¿Hubiera sido mejor enviar a otro fae? —me cuestionó—. A Astrid, por ejemplo.

—No conozco a Kierdan, pero conociendo a Astrid, no creo que te equivocaras en tu elección. —Le sonreí. Un poco menos molesta.

—Te confesaré que más que por su carisma, lo elegí para mantenerlo ocupado. —Vi que sus ojos brillaban con ese toque de picardía que solo en ocasiones dejaba salir a la superficie.

—¿Y eso?

—Era el otro consejero de Ihara, la reina que me precedió. Nos conocemos desde hace demasiado, podría decirse.

—¿Él sabe que yo…?

—¿Que existes? Sí.

—¿Y que soy una loba?

—Adelantar los acontecimientos nunca es una buena idea, así que no he considerado necesario compartir con él esa información todavía.

—¿Qué acontecimientos?

—La desconfianza.

—¿No confías en él?

Una media sonrisa asomó en su rostro.

—Es más bien al revés, y tiene sus motivos. Ihara y él siempre estuvieron muy unidos, hasta el punto de que fueron amantes durante un tiempo. Que me eligiera su sucesor creo que le dolió casi tanto como el hecho de perderla.

—Te culpa.

—Es posible.

—¿Tiene razón? —Ladeó la cabeza para mirarme.

—Ihara jamás fue una persona manipulable. Descendía de un linaje de reyes, ahora caduco. No podría haberla coaccionado ni para

una cosa ni para la otra, pero Kierdan o no llegó a conocerla de verdad o no quiso aceptar esa verdad.

—Así que no tienes nada que ver con su decisión.

—A todos nos dolió su pérdida, pero supongo que él la vivió de forma más intensa. Que haya encontrado a mi alma gemela es posible que remueva los recuerdos de aquel pasado. —Hizo una pausa—. Creo que él llegó a amarla. Este tipo de emociones, para un fae, son complejas.

—¿Crees que le molestará que sea una loba?

—No lo sé, pero es cierto que muchos no van a entenderlo, *faelan*, y no puedo culparlos, pero no me importa su opinión.

—¿Puede perjudicarte?

—Muchos aspiran a que mi linaje tenga continuidad, sé que algunos incluso lo están celebrando.

Esperaban algo que jamás llegaría a pasar.

Incluso si Eryon y yo acabábamos deshaciéndonos de nuestros peros, un mestizo jamás sería alguien adecuado para gobernar el pueblo fae. No hacía falta ser un lince para ser consciente de aquello.

—Así que, al margen de perjudicarte a ti, el hecho de que yo sea yo perjudica a toda la sociedad fae.

Puestos a joderla, por lo visto lo estaba haciendo a lo grande.

—Nadie esperaba que tuviera descendencia, *faelan*, en ese aspecto nada ha cambiado.

—Te equivocas, lo ha hecho. Existía la posibilidad de que encontraras alguien adecuado.

—Yo no soy como ese lobo, *faelan*.

—Lo sé.

—No nací para ser rey, pero conocí a alguien que arrastró ese lastre desde su más tierna infancia y no dispuso jamás de la posibilidad de decidir; tú, más que nadie, sabes cómo se siente carecer de libertad. —Sentí que una brisa cálida me acariciaba la mejilla—. Ni siquiera sé si es posible, pero si algún día tuviéramos descendencia, me gustaría que pudiera encontrar su propio camino sin que nadie le impusiera uno.

—¿No te avergonzarías de que fuera un mestizo?

—Me preocuparía más su bienestar y su futuro.

Era una buena respuesta.

—Sería más fácil si yo fuera una fae.

—Lo sería, sí, pero me siento afortunado de que no lo seas, si eso tiene algún sentido. —Se humedeció los labios—. Las emociones que despiertas en mi interior, la forma en la que siento que te necesito… Nada de eso es propio de un fae.

—¿Qué quieres decir?

—De alguna forma, lo que tú eres repercute en lo que yo soy mediante nuestro vínculo, y ni siquiera eso me incomoda. Desearte. Es intenso, pero, al mismo tiempo, perfecto.

Se inclinó y sus labios rozaron los míos. Lentamente, sentí cómo se abría a mí y me encontré buscándole. Sus brazos rodearon mi cuerpo. Inspiré con fuerza para captar su olor, con todos y cada uno de sus matices. El deseo despertó en mi cuerpo de una forma vivaz y un tanto desesperada, haciendo que mis colmillos emergieran.

Se separó de mí.

Ambos teníamos las miradas vidriosas y los labios hinchados. Sus ojos se deslizaron hacia mis dientes elongados.

—¿Es eso habitual?

—Entre compañeros, creo que sí.

—Tal vez es la prueba de que funcionó para nosotros.

—No lo sé. —Yo también me había preguntado eso en varias ocasiones.

—¿Hay alguna forma para saberlo con certeza?

Negué con la cabeza.

—El vínculo entre dos compañeros se manifiesta cuando están en su forma de lobo, y ninguno de los dos podemos transmutar, así que no.

—¿Y qué hay de la mordida? —Sus ojos se deslizaron hacia mi cicatriz.

—Es una forma de vincularse y darse a la otra persona. En principio, Riker no podrá reclamar a ninguna otra hembra, porque su marca no quedará impresa en su cuerpo.

—Cuando recreamos vuestro ritual, dejó de sangrar.

—Sí, pero hay veces que parece quemarme de nuevo, como si aún siguiera viva, por decirlo de alguna forma.

—¿Es eso posible?

—No lo sé.

—Hay algo que tal vez debería mostrarte.

Me liberó de su abrazo y me molestó que lo hiciera. Me gustaba sentirle. Sus manos se deslizaron hacia los botones de la parte frontal de su camisa. Sentí que se me humedecía una parte muy concreta de mi anatomía. Bajo su atenta mirada. No era un lobo. No podía oler mi deseo. Ni la urgencia que sentía.

Su torso parecía esculpido en vivo metal. Sus músculos estaban perfectamente definidos y sentí el deseo de recorrer cada centímetro de su cuerpo con mis manos. Una fina pelusilla nacía de debajo de su ombligo y descendía, perdiéndose de mi vista en el límite de sus pantalones.

Deslizó la camisa sobre uno de sus hombros, su mirada neutra, pese a que yo tenía las mejillas encendidas y era imposible que no percibiera la intensidad que me quemaba en esos momentos.

La lucha entre lo que deseaba y lo que no me sentía capaz de verbalizar en voz alta.

Y entonces la vi.

Una marca.

En su piel.

No estaba en su cuello, sino más bien en el ángulo entre este y su hombro.

Mi mordida.

Joder.

Joder.

Joder.

¿Qué significaba eso?

—Por norma general, usamos nuestra magia para mediar en nuestro proceso de sanación, pero me aseguré de no hacerlo. —Creo que estaba deleitándose con la sorpresa evidente que podía verse en mi rostro.

—¿Por qué? —Tragué saliva—. ¿Por qué querrías tú conservar la marca de mi mordida?

—Tú llevas grabada en la piel símbolos faes, *faelan*, así que me pareció que era lo justo.

—¿Crees que realmente esto entre nosotros puede funcionar?

—¿Crees que no lo está haciendo?

—No estoy segura.

Vi que fruncía ligeramente el ceño, como si reflexionara sobre mis palabras. Apretó los labios mientras motas plateadas iluminaban su mirada.

—Déjame que te lo demuestre.

Acortó la distancia entre nosotros. Sus labios buscaron los míos y me besó con arrogancia. Con deseo encendido. Con fuego. Sentí que me ardía el brazo. Todo el cuerpo. La apremiante necesidad de sentirle. Me encontré devolviéndole el beso con la intensidad salvaje de lo que yo era. Una loba. Una que deseaba a su pareja. A su alma gemela.

Mis manos buscaron el torso de su cuerpo. Su piel desnuda. Me alzó y me llevó hasta el escritorio; para cuando colocó mis nalgas sobre él, los libros ya no estaban. Cómo los había hecho desaparecer, no me importaba. Solo la sensación que latía entre nosotros. Ese deseo. Apremiante.

Se separó de mi boca para observarme y me permití devorarle con la mirada, sintiendo el deseo latiendo en mi interior, mientras él permanecía quieto, frente a mí.

Impasible.

Su cadera encajada entre la mía. Sus manos sobre mis muslos. Y sus ojos azules fijos en los míos. Como si dispusiera de un tiempo infinito. Como si no existiera nada más que mereciera ser el centro de su atención. De su mundo.

—Esto, tú y yo, no solo es posible, Rubis, es algo real. Todos tenemos derecho a elegir, *faelan,* y yo volvería a elegirte a ti todos y cada uno de los días que me restan.

Mis garras emergieron y se clavaron en la superficie de la mesa. ¿Debía ceder a ese instinto? ¿Entregarme a él? ¿Aceptarle? ¿Aun siendo un fae? ¿Desconfiando y confiando en él a partes iguales? ¿Asumir el riesgo de volver a enamorarme?

—Tengo miedo.

—¿De mí? —Su expresión era neutra.

—De lo que despiertas en mi interior.

—Eso significa que tú también lo sientes. —Su mano ascendió hasta mi mejilla—. Entiendo tu recelo. Tus dudas. Está bien, *faelan*. Los faes siempre hemos sido criaturas pacientes.

Deslizó la mano desde mi mejilla hacia mi hombro y luego siguió bajándola, haciendo que el dorso de esta rozara el lateral de mi pecho. Me estremecí ante aquel contacto, pero no se demoró y siguió descendiendo, como si se tratara de una larga y sensual caricia, hasta colocarla en el lateral de mi muslo.

—Tomarte aquí y ahora no creo que sea lo que necesitas para afianzar nuestro vínculo, pero puedes contradecirme si me equivoco. —No fui capaz de responderle, pero negué con la cabeza—. Tal vez podríamos ir a darnos un baño al arroyo, si te consideras capaz de contener tus instintos al estar los dos desnudos.

—Idiota.

—Eso me suena a que no estás segura de si vas a poder evitar que acabemos siendo uno. —Sus ojos brillaron con algo parecido a la diversión—. ¿Tanto me deseas, *faelan*?

—Sigue soñando —mascullé entre dientes.

Lo bueno de no ser una fae era que no tenía por qué ceñirme a sus costumbres. A sus verdades. ¿Sinceridad? Era negociable. ¿Jugar conmigo? Solo bajo mis condiciones.

—¿Quieres que te prepare un baño y te frote la espalda? —ronroneó. El cabrón se lo estaba pasando en grande.

—Si quieres puedo frotártela yo con mis garras —le amenacé, elevando el mentón.

—Recuerdo cómo se sienten. —Mierda. Me sentí un poco culpable, consciente de que tal vez durante el celo había desgarrado su espalda con ellas—. Como un placer prohibido, cargado de sensualidad y erotismo.

Volví a acalorarme.

—¿Te lo estás pasando bien? —le recriminé.

—Lo cierto es que sí. —Me sonrió—. Me gusta esto. Sentirte. Esta complicidad. La forma en la que me mirabas hace un momento.

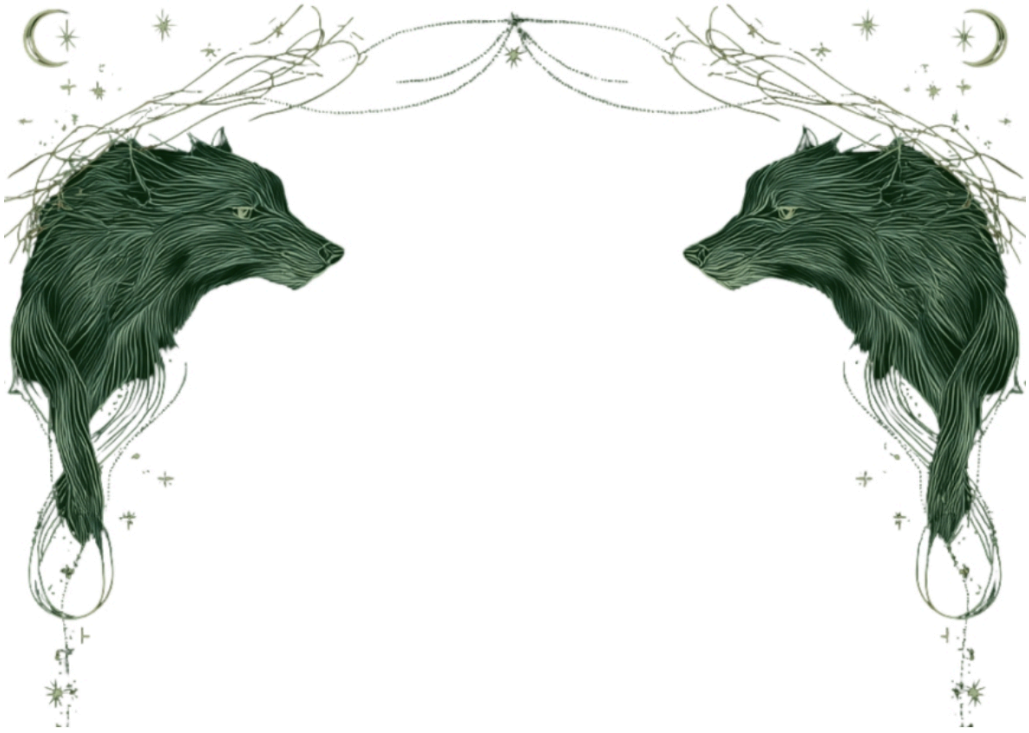
Esto. Entre nosotros. Se siente como un juego. Uno al que podría volverme adicto.

—Para ser un fae, eres un tocapelotas.

—No es eso lo que me gustaría estar tocando, pero supongo que, teniendo en cuenta nuestro acuerdo previo, tal vez deberíamos plantearnos hacer algo más neutro en el que ambos conservemos toda la ropa en su correspondiente lugar.

—Suena más apropiado.

Sentí un tirón. La magia de Eryon. Rodeándome. Al tiempo que las sombras nos engullían.



CAPÍTULO 30

PLATA LÍQUIDA

ESTABA A PUNTO DE QUEJARME sobre eso de que viajar entre las sombras no era lo que yo entendía por dar un paseo, pero Eryon entrelazó su mano a la mía y empezó a caminar.

El lugar era precioso. Estábamos en un claro, sobre una pequeña cresta. Las flores silvestres crecían de forma intempestiva, entre piedras y malas hierbas, con la vitalidad de a quien no le importa la inclemencia del tiempo ni las dificultades propias del terreno. Frente a nosotros, destacaban unas montañas parcialmente nevadas y abajo, en la meseta, podían verse varios edificios faes.

—¿Dónde estamos?

—Esa pequeña aldea es el lugar donde nací. Ha cambiado mucho desde entonces, pero creo que mi hermana volvió hace un tiempo a

la casa familiar.

—Me hablaste de ella. Era amiga de la antigua reina.

—Cierto.

—Pero me dijiste que hace mucho que no la veías.

—Aciertas de nuevo.

—¿No os lleváis bien?

—No es tanto eso, sino más bien que con el paso del tiempo fuimos perdiendo el contacto. —Su pulgar acariciaba mi mano—. Decidió abandonar la vida en la corte hace algunas décadas.

—Así que no os evitáis, pero tampoco os buscáis.

—Sería una forma adecuada de resumirlo.

Me encogí de hombros. No era quien para hablar o criticar las relaciones entre hermanos, porque yo no disponía de experiencia al respecto.

Me giré para admirar su perfil. La mandíbula recta. Su expresión serena.

Caminamos durante un rato. No estaba segura de si la intención de Eryon era llevarme a algún lugar en concreto o solo se trataba de compartir aquello. El momento. Nos paramos al llegar a un saliente de piedra. Las vistas desde allí eran increíbles. Apenas sabía nada del territorio de los faes, pero sospechaba que Eryon había recorrido cada recoveco.

—Me gusta este lugar.

—Solía subir cuando necesitaba un poco de calma.

—Puedo entender el porqué.

Nos sentamos en la roca.

El silencio.

Compartido.

Se sentía bien.

—Astrid me dijo que le preguntaste sobre la plata líquida.

¡Boom!

Suerte que ya me había sentado.

¿Qué esperaba? ¿Que la fae me guardaría el secreto? Ilusa.

—Es posible. —Me encogí de hombros.

—¿Hay algo que quieras preguntarme?

¿Eres un asesino?

¿Estás intentando aniquilar a las manadas al otro lado del Moonwhisper?

¿Pretendes romper la paz que instauró el Tratado?

—No, creo que no.

—Rubis… —Supongo que Eryon también empezaba a conocerme, después de todo.

—Solo dime una cosa: ¿tus manos están teñidas de sangre de lobo?

—Sí. —Ni siquiera parpadeó al decir aquello.

Joder.

Tragué saliva.

¿Dónde nos dejaba eso?

—¿Por qué? —Sentí que se me humedecían los ojos. No quería aceptarlo. Pero no podía no hacerlo.

—Incluso si supuso un sacrificio, Ihara hizo bien firmando ese Tratado. Vi a muchos de los míos perecer, pero es cierto que también arrebaté la vida a muchos lobos. Fueron tiempos complicados, *faelan*, de los cuales dudo que nadie se vanaglorie.

—¿Tiempos complicados? —Lo miré—. ¿De cuándo estamos hablando?

—Cuando lobos, faes y humanos estábamos en guerra.

—Viviste aquello. —Apenas era capaz de aceptar esa posibilidad.

—Sí.

Intenté normalizar mi pulso. Mi respiración.

—¿Es cierto que el padre del alfa murió a causa de una explosión de plata líquida?

—Sí.

—¿Crees que tengo algo que ver con su muerte?

—Me lo he planteado, sí.

Eryon no parecía molesto por mi afirmación.

—Podrías haberte limitado a preguntármelo, *faelan*, en vez de dar vueltas en círculo a algo que es evidente que te preocupa.

—¿Y me hubieras respondido?

—¿Alguna vez no lo he hecho?

Nos sostuvimos la mirada. Retándonos el uno al otro.

—¿Tienes algo que ver con los incidentes al otro lado del Matalobos?

—¿Incidentes?, ¿en plural?

—No me has contestado.

—No que yo sepa, *faelan*.

—Eso no es un no absoluto.

—Durante nuestras noches más oscuras, usamos la plata líquida para debilitar a nuestros enemigos, es algo por todos sabido. No puedo garantizar que no quedaran restos de ese material almacenados en algún lugar, en territorio lobo, pero sí puedo asegurarte que ningún fae está cruzando el Moonwhisper para atentar contra los lobos.

No dijo los «tuyos». Incluso si lo eran. Lobos. Como yo.

—¿Estás seguro?

—No diré que sea algo imposible, pero salir del perímetro de los puntos de vigía no es algo que pase desapercibido para los que las guardamos.

—Tú lo hiciste.

—Sí, pero lo hice desde mi propia frontera. Fue testigo de mi propia audacia, podría decirse.

—En tal caso, otros faes, que dirijan otros puntos de vigía, también podrían hacerlo.

—Es una teoría un tanto extraña, pero supongo que sí. —Me observó—. Es cierto que el linaje que protegía las altas montañas en la zona del norte hace tiempo que desapareció. Si hubiera una incursión, nos alertaría al resto, pero tal vez un fae podría cruzar la frontera y pasar desapercibido.

Que admitiera aquello podía sonar hasta humilde, pero también era una manera de justificar algo que tal vez no quería que yo supiera. Que de alguna forma estaba implicado. Por mucho que hubiera usado ese «no que yo sepa». Las verdades de los faes tenían matices. Y eran manipulables.

—Así que podría estar pasando. Que los faes estén atacando a los lobos.

—No bajo mis órdenes.

¿Podía creer en sus palabras?

¿Confiar en él?

—Algo está ocurriendo al otro lado del Matalobos, Eryon. El padre de Riker no fue el único. Por lo que sé, han muerto ya varios lobos de diferentes manadas.

Frunció el ceño.

—Me gustaría saber qué sabes de lo que está pasando.

No estaba segura de muchas cosas. Pero tampoco tenía a nadie más con quien compartir aquello. Si tenía que creer en alguien, prefería creer en él y, tal vez, en ese nosotros.

—Me has dicho en varias ocasiones que los lobos andan nerviosos, y lo cierto es que ese es el motivo. —Inspiré aire con fuerza y el aroma de las flores silvestres me evocó el rastro de Eryon—. No sé mucho, solo lo que Riker me contó. Ha habido varios incidentes. No descartan que sean ataques faes.

—¿Por algún motivo en concreto?

—Dudo que alguien sepa fabricar plata líquida excepto vosotros.

—¿Puedes hablarme de los incidentes?

Poder, podía. ¿Querer? No estaba tan segura. Recordar aquello. La sensación de que Riker pendía entre la vida y la muerte. Aquel sabor. Aquella agonía.

—Los padres de Riker le presionaron para tomar una esposa porque la sangre de su padre estaba contaminada.

—¿Con plata líquida? —Asentí.

—Hubo una explosión un día que estaba patrullando con algunos de sus hombres; murieron todos, excepto él, aunque quedó en mal estado. No sé cuándo sucedió exactamente el ataque, porque cuando llegué él ya estaba afectado. Su compañera, la madre de Riker, le trasfundía sangre a diario y gracias a eso aguantó un tiempo, unos meses quizá.

—No quiero contradecirte, pero la plata líquida, para un lobo, es inolora y, de hecho, hasta un alquimista puede tener cierta dificultad en identificarla.

—Estoy segura de que le hicieron todo tipo de estudios al respecto. Nadie tenía ninguna duda de cuál era el tóxico que lo estaba consumiendo.

—Tal vez era algún tipo de residuo de plata líquida, de tiempos pretéritos. —Me miró—. Es poco habitual que un lobo pueda sobrevivir tanto tiempo expuesto a ese tipo de tóxico.

—No sé decirte, pero él era un alfa y murieron todos los lobos que patrullaban con él. No tengo claro que estuviera muy diluida, la verdad. —Intenté respirar profundo para calmar mi nerviosismo—. Ese es el motivo de que me dieran un límite de tiempo para intentar trasmutar y a Riker un ultimátum. Querían que su heredero se emparejara con una loba, una completa, para asegurar la continuidad de la manada.

—Lo sabías cuando llegaste allí.

—Sí, pero llegué a pensar que, no sé… lo conseguiría.

—Y se agotó el tiempo.

—Su padre murió poco después de que aceptara a la otra loba.

—¿Estás segura de que era plata líquida?

—Demasiado. —Ladeó la cabeza y me observó—. Disponéis de plata, Eryon.

—Nunca he pretendido negártelo, pero la usamos para fabricar productos de joyería y embellecer nuestras prendas, no para fabricar plata líquida. —Hizo una pausa.

—Astrid me dijo que no son muchos los faes que conocen la formulación para poder fabricarla.

—Es cierto.

—Y tú eres uno de ellos.

—Sí. —Le sostuve la mirada—. Hace mucho que nos sentimos en paz con nosotros mismos, *faelan.* No necesitamos nada de lo que hay más allá de nuestras fronteras y nuestro interés para con el mundo humano o el de los lobos es escaso, por no decir nulo.

—No puedes pretender fingir que esos ataques con plata líquida fueron algo casual.

—No, desde luego que no, pero antes de mirar a los faes, si yo fuera un lobo, miraría a aquellos que tienen más cerca.

Me quedé reflexionando en sus palabras antes de añadir:

—Crees que los humanos tienen algo que ver.

—Hay quien dice que el roce hace el cariño, pero cuando se trata de una situación de sumisión, también puede generar rabia. Odio.

—Plata líquida, Eryon, estamos hablando de plata líquida.

—No puedo decirte el cómo, pero sí que el hecho de usarla nos convierte a los faes en un objetivo. ¿No sería más inteligente por nuestra parte limitarnos a arrasar sus ciudades o poblados? —Me tensé y busqué su mirada—. No pretendo asustarte, pero podríamos provocar desastres naturales que, bien planteados, evitaría que los lobos centraran su atención en nosotros. —Elevó una ceja hacia mí—. ¿Plata líquida? ¿En serio? ¿No te parece un poco demasiado obvio?

—No me lo había planteado así.

—Ni tú ni el resto de los lobos, imagino. —Su mano se deslizó por mi brazo—. Haré que Miles y Astrid indaguen al respecto. Lo que sea que está sucediendo, daremos con ello.

—Hubo otro incidente, cuando yo ya estaba viviendo con los Atrum. —Me estremecí ante aquel recuerdo y Eryon ladeó la cabeza, estudiándome.

—Intuyo que no acabó bien.

—Fue una noche de luna llena.

—¿Qué pasó, *faelan*? —Su voz sonó suave, una caricia.

—Riker estaba patrullando y yo simplemente lo supe. Sentí su dolor. La agonía de la plata líquida quemándole. —Frunció el ceño, pero no me interrumpió—. Hubo un derrumbamiento, creo. El ruido. La explosión. Los gritos. El dolor. —Cerré los ojos, intentando recordar—. Fuimos a su encuentro y lo encontramos en muy mal estado. Pude oler la plata líquida en muchos de los fragmentos que habían penetrado su cuerpo y la desesperación me llevó a intentar extraérselos antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Cómo?

—¿Cómo se extrae el veneno de una serpiente? —No lo miré, pero sentí su tensión.

—Te arriesgaste. Para salvarlo.

Asentí. La verdad de lo que Riker y yo habíamos sido. La forma en la que había estado dispuesta a ponerme en peligro para intentar salvarle a él. Ya nada de todo aquello importaba.

—Siento todo lo que sufriste por su culpa, *faelan*. —Su brazo rodeó mis hombros y acercó mi cuerpo hacia el suyo—. Me enoja y

aterra que lo hicieras, que te expusieras a la plata líquida, pero entiendo que lo hicieras. Lo amaste.

—Me permití hacerlo, sí.

—¿Cómo supiste que estaba en peligro? No puedes conectar con la mente de un lobo sin transformarte primero.

—El vínculo entre un lobo y su pareja predestinada es algo que late antes incluso de que se reconozcan como compañeros. Sé que no crees en eso. En lo que Riker y yo se suponía que éramos, pero igual que te siento a ti, pude sentirle a él.

Apretó los labios y frunció el ceño, incluso si intentó mantenerse neutro y no expresar su incredulidad ni su descontento.

—Me cuesta pensar que una misma persona pueda tener un alma gemela en un fae y una pareja predestinada en un lobo, *faelan*. —Se negaba a aceptarlo.

—Hay quien te dirá que no existe ningún lobo incapaz de trasmutar a mi edad. —Me encogí de hombros—. Hace tiempo asumí que soy rara y he decidido quererme tal cual. —Sus ojos tintinearon cuando se cruzaron con los míos y sentí esa conexión que latía entre nosotros—. Hay algo que no le he contado a nadie.

—Será un honor escucharte, en tal caso, *faelan*.

—Creo que hay algo en mí diferente al resto. Al resto de los lobos, quiero decir. No solo por eso de que no puedo trasmutar, sino que hay algo más. Algo que tiene que ver con la mismísima diosa. Y con la luna llena.

—¿En qué sentido?

—Cuando conocí a Riker, al principio, no lo reconocí como lo que se suponía que era. Hui de él. Y le conseguí dar esquiva. ¡Yo! —Reí, aunque más por el nerviosismo que por cualquier otra cosa—. Crucé el territorio de los Atrum y también el de los Ferus, esquivé las patrullas y a Riker siendo un lobo. Algo así es como, no sé… imposible. La noche que pasó lo de Riker, también era luna llena.

—Muchos faes no son capaces de conectar con la magia que late a nuestro alrededor, y podría decirse que poseen unos depósitos de magia propios que se agotan con facilidad, pero los que tenemos la habilidad de captar, transformar y dirigir la energía que nos rodea, podemos sentir el mundo de una forma diferente al resto.

—¿En qué sentido?

—Puedo asegurarte que la luna llena es algo así como un núcleo de poder. Nunca he conectado con ella, porque mi elemento natural se relaciona más con las tormentas, pero sí he podido sentirla. Igual que la energía viva y ardiente del sol. —Hizo una pequeña pausa—. No es una locura pensar que pueda afectarte o que, al no tener aún la capacidad de trasmutar, hayas aprendido a conectar con ese foco y usarlo en tu propio beneficio.

—¿Crees que eso es posible? ¿Siendo una loba? —Me giré para mirarle.

—Me parece coherente con tu historia, *faelan*, y también con la mía.

—¿Con la tuya?

—No sentiste a ese alfa, no lo reconociste esa primera vez en la que os encontrasteis.

Entendí lo que Eryon quería insinuar: pretendía negar que Riker era mi pareja predestinada y que tal vez por eso decidió dejarme a un lado; aunque no me ayudaría a superar el hecho de que lo había hecho. Quizá tenía la esperanza de que me ayudara a confiar en el vínculo que cubría nuestra piel y, por ende, en él.

Sin embargo, por mucho que Eryon no acertara a creérselo, yo sabía la verdad. De lo que habíamos sido. O podríamos haber sido.

Preferí no rebatir sus argumentos y centrarme en la posibilidad de que fuera la luna llena la que me había dado ese algo que rozaba lo imposible. Magia, había dicho Eryon. ¿Y si estaba en lo cierto? ¿Y si la habilidad de trasmutar era una forma de magia parecida a la que los faes usaban en sus conjuros de alteración? Tal vez yo poseía la habilidad de canalizar la magia de la luna, incluso si era incapaz de transformarme en loba. Era absurdo y, al mismo tiempo, se me aceleró el pulso ante la posibilidad.

—¿Crees que es posible que me afecte la luna llena?

—Es plausible.

—Hubo un tiempo atrás, en el que existió un linaje de lobos que se decía que tenían la bendición de la luna llena. —Un linaje que murió. Con el Tratado. Cuya historia tenía más de leyenda que de crónica.

—Los lobos blancos.

—¿Qué sabes de ellos? —le cuestioné.

—Que poseían la autoridad para controlar a las manadas y tenían un algo de peligrosos.

—¿Un algo? —mascullé y le golpeé en el costado. Una sonrisa bailó en su mirada—. Eran lo más, ¿sabes?

—¿Lo más? No me acostumbraré nunca a esas expresiones tuyas, *faelan*. ¿Entiendo, por lo que dices, que se extinguieron?

Asentí.

—El último lobo blanco del que tenemos constancia fue el que firmó el Tratado y de eso hace… ¿En serio eres así de viejo?

—¿Viejo? —Ladeó la cabeza—. Seguro que puedes encontrar una palabra menos hiriente para referirte a mi edad.

—Estaba pensando en una momia, de hecho; así que considérate afortunado de que me haya contenido.

Rio por lo bajo y me gustó esa sensación compartida.

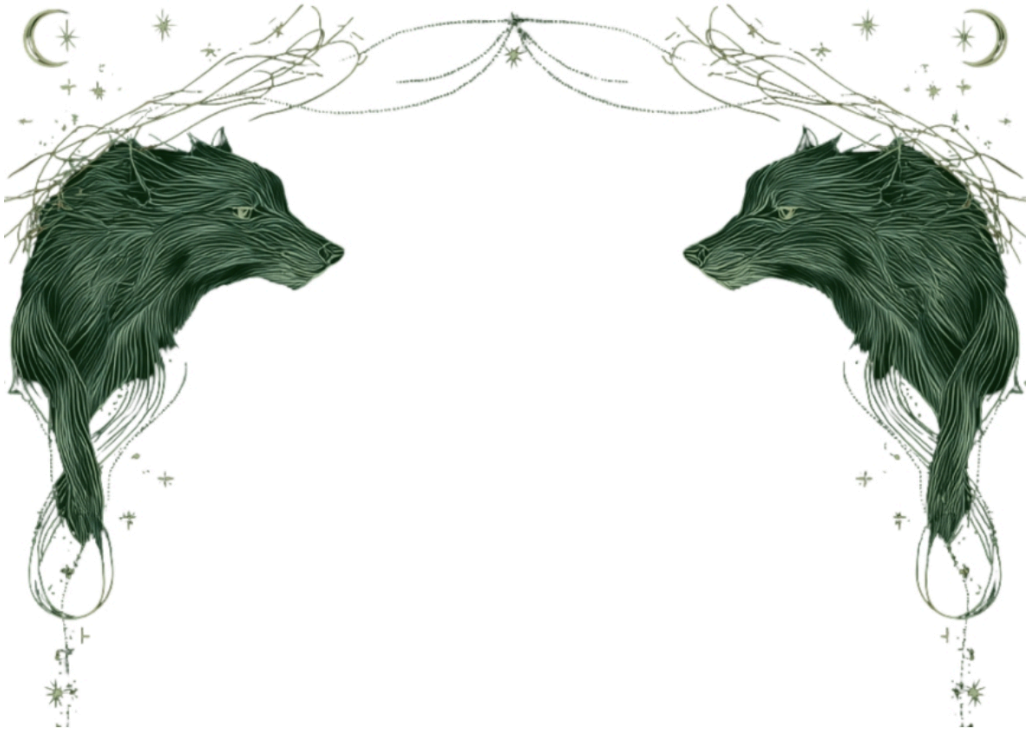
Dejé que la calidez de su cuerpo calmara mi inquietud.

¿Tenía sentido que no fueran los faes los que estaban atacando a los lobos?

¿Creía en sus palabras?

No estaba segura.

Pero quería hacerlo.



CAPÍTULO 31

LA MINA

UN PAR DE DÍAS DESPUÉS, le pedí a Eryon que me llevara con los lobos de las minas, aunque al final fue Miles quien acabó acompañándome, a media tarde, mientras Eryon acudía con Astrid a la corte. No descartaba que tuviera algo que ver con lo que le había contado de los incidentes de los lobos, pero tampoco estaba del todo segura.

Cuando nos aparecimos en medio de aquella pequeña aldea oculta en el bosque, el fae observó aquello como si se tratara de un barrio de los suburbios, uno de esos un tanto sucios y destartalados donde prefieres no tocar nada. Solo por si acaso.

—Rubis —me saludó Jandro inclinando la cabeza.

Estaba sentado en la misma mesa en la que yo había comido, con Alandalus frente a él. Entre los dos ancianos había lo que no podía ser otra cosa que un tablero de ajedrez con piezas cuidadosamente talladas.

—No quería molestar.

—¿Tú? Nunca. Él… —Jandro observó a Miles—. ¿Quién es?

Al menos no fingió no percibir las diferencias entre Miles y Eryon, que era más de lo que habrían dicho Killian o Ronn.

—Algo así como… un amigo.

Miles se mostró impasible ante mi comentario, pero creo que le había sorprendido, casi tanto como a mí decirlo en voz alta. ¿Lo era? No sabría decirlo.

Sabía que era fiel y leal a Eryon. Su consejero. Su compañero. Su amigo, aunque muy al estilo fae, así que, pese a que no compartía con él un par de cervezas frías mientras veían un partido, ni abrazos o risas, existía ese algo entre ellos. Nacido quizá del respeto. Del tiempo. De todo lo que habían vivido uno al lado del otro.

—Dos horas —se limitó a decir Miles. Deslizó la mirada por el lugar, para centrarla en los dos lobos sentados en los tocones—. Creo recordar que disponíais de ropa, además de agua potable en el que chapotear no muy lejos con lo que vuestro aspecto debería ser un tanto más presentable.

Llevaban pantalones de cuero desgastados, pero en su torso desnudo podían verse viejas cicatrices y restos de hollín.

Muchos considerarían que su estado de higiene era deplorable, incluso si a mí no me molestaba. Su olor era el de dos lobos que habían estado corriendo en medio del bosque, jugando, y se sentía perfecto.

Creo que a Alandalus le hubiera gustado contestarle algo en la línea de que podía meterse su opinión por un agujero muy concreto de su anatomía, pero Miles se desvaneció frente a nosotros antes de que pudiera permitirse el placer de soltarle aquello.

—Odio cuando hacen eso —masculló y se giró para observarme—. Has vuelto.

—¿Pensabais que no iba a hacerlo?

—Se te está enganchando la forma de hablar de los faes a base de preguntas —murmuró Jandro—, y también su olor.

Intenté que esa puntualización no me afectara. Incluso si sospechaba que era cierto. Las noches compartidas. Los silencios. Poco a poco algo de él estaba calando en mí.

—Es posible. —Me encogí de hombros mientras me sentaba en un tocón, junto a ellos, estudiando las fichas del tablero—. ¿Supone eso un problema?

—¿Que te estés echando un novio fae? —cuestionó Jandro ladeando la cabeza—. Ninguno de los que vivimos aquí estamos en posición de criticar u opinar a favor ni en contra, pequeña loba, lo único que importa es si tú estás bien con eso.

—Llevas la marca del fae, pero también la de un lobo —intervino Alandalus usando ese tono de voz suyo que le hacía parecer más anciano, pero también más sabio—. No son más que cicatrices que acumulamos, lo que realmente importa es cuando una semilla anida en nuestro corazón y es capaz de germinar y, con el tiempo, florecer.

—A los faes les gustan ese tipo de cosas; igual a ti también te está influenciando llevar aquí tanto tiempo, viejo amigo —opinó Jandro con un tono amistoso mientras movía una pieza en al tablero—. Jaque.

Me quedé pensando en sus palabras. Jandro había perdido a la mujer a la que amaba.

—¿Creéis que es posible? ¿Amar a alguien tan diferente?

—Esa no es una respuesta que podamos darte nosotros, pequeña —murmuró Alandalus; tras mirarme centró su interés en la partida y se amasó una desaliñada barba en tonos grises antes de mover una pieza.

—Un lobo ama solo una vez. No se necesita más para reconocer al que es su igual —susurró Jandro, aunque su atención estaba en el tablero.

—Lo mismo hace un fae —puntualicé al cabo de un rato.

—¿Estás segura de eso? —me cuestionó Alandalus—. ¿Te lo ha dicho?

—Es algo que se siente —le dije—. Dentro.

Jandro elevó la mirada y me observó.

—Quizá esa es tu respuesta, *faelan*.

Que usara ese apodo hizo que sintiera a Eryon. La calidez de su mirada gélida. ¿Tenía eso algún sentido? ¿Que en su silencio encontrara mi propio equilibrio? ¿Que su presencia despertara mis instintos? Los de la loba y los de la mujer que también era.

—¿Dónde está el resto? —me interesé.

—En las minas —indicó Alandalus—. Si quieres, podemos acercarnos a verlos. No solemos tener muchas visitas.

—Por no decir ninguna.

Alandalus hizo el amago de levantarse.

—No quiero interrumpir vuestra partida.

—Jandro está a punto de volver a ganarme. Tu presencia es poco más que una buena excusa para evitar mi derrota. —Sus ojos ambarinos eran cálidos.

Se levantó y nos despedimos de su viejo amigo.

Empezamos a caminar por el bosque. Alandalus lo hacía descalzo, pero no parecía molestarle. Supuse que no usaba su forma animal para honrarme. Por eso de que era una Sinlobo.

—Me recuerdas a alguien —le dije al cabo de un rato.

—¿Sí?

—A mi mejor amigo.

—Eso es poner el listón alto. —Sonrió—. ¿Un viejo cascarrabias de tu antigua manada?

—No, un mestizo del linaje de los Sangre de Ámbar. Sus ojos son iguales que los tuyos. —No negó su ascendencia. Su origen—. Estudiábamos juntos.

—¿Echas de menos esa vida?

Era una buena pregunta.

—No. Solo a determinadas personas. —Pensé en Emma—. Mi mejor amiga, una loba con la que crecí, solía acercarse cada noche a la orilla del Matalobos; cuando Eryon supo quién era y lo que significaba para mí, le ayudó a cruzar para que pudiéramos reencontrarnos.

—¿Eso hizo?

—Sí.

—¿Y cómo fue el reencuentro?

—Maravilloso. —Sentí que se me hacía un nudo bajo el pecho—. Y terrible al mismo tiempo. ¿Tiene eso sentido?

Alandalus me pasó el brazo por encima de los hombros y me acercó a él. Su piel había perdido la textura que debía haber tenido cuando había sido joven. Era anciano. Más incluso que Martin. Que la mayor parte de los lobos que había conocido. Caminaba con pasos firmes, pero más cortos de lo que uno esperaría por su altura y envergadura.

—Claro que lo tiene, *faelan*.

—¿Sabes?, es que a veces tengo la sensación de que esto no está tan mal —le confesé—. Me fascinan la historia y la cultura fae. La magia. Es increíble, en realidad. Hay veces que es como si pudiera sentirla, como si dejara algún tipo de rastro.

—Está intentando que te enamores de su mundo, ¿verdad?

—Es posible.

—¿Y qué tal lo lleva?

—Progresa adecuadamente. —Alandalus rio por lo bajo.

—¿Sabes que ostenta un cargo político entre los faes? —Me tensé.

—Sí. —Hice una pausa—. No juega a su favor el hecho de que no pueda mentir. ¿Lo sabe el resto?

—Yo no se lo he dicho, pero dudo que les importara, en cualquier caso. Si quieres que lo tuyo y ese fae funcione, no debería importarte lo que pueda decir o pensar la gente.

—Siendo una Sinlobo, esa es una de las primeras reglas de supervivencia. En el instituto no solían ponerme las cosas fáciles.

—Lo lamento.

—Nunca formé parte de nada. Nunca tuve una manada. Y ahora, no sé, es como si formara parte de todo esto.

—¿Crees en el destino?

—No lo sé.

—Yo sí —me dijo el anciano—. Creo que el tiempo te lleva justo a donde te ha de llevar. A veces el camino está lleno de dificultades, de pruebas, de travas, pero la vida es fluida y al final te lleva allí.

—¿A dónde exactamente?

—Al lugar en el que podrás hallarte en paz; aquel en el que puedas cerrar los ojos cada noche y asumir que lo que tenía que ser ya fue. —Me miró—. Donde te das cuenta de que tu vida ha tenido sentido. Y ya no tienes miedo a no volver a despertar. Aún eres joven, *faelan*, pero un día, lo entenderás… Y sospecho que, cuando lo hagas, él te acompañará.

—¿Eryon?

—Un lobo no es longevo y, aunque él lo sabe, no parece importarle. —Su mirada se volvió solemne—. Lo que sea que late entre vosotros es poco más que un suspiro en la vida de un fae, es caduco, pequeña, y por eso no tiene intención de dejarlo pasar.

—No lo había pensado.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé, pero es posible que participara en los conflictos que vivimos antes del Tratado.

—Sabemos menos de lo que nos pensamos, sobre los faes.

No lo negué.

—¿Y eso importa?

Alandalus me sonrió.

—Lo cierto es que no.

Tardamos casi una hora en llegar hasta la boca de la mina. Sentí un escalofrío y me froté los brazos mientras Yssey se volvía cálida y gélida al mismo tiempo. Su magia. Oculta en mi bota. Me había acostumbrado a llevarla siempre conmigo. Era un regalo demasiado valioso como para dejarlo en un cajón.

Frente a mí se alzaba una ladera de piedra negra, escarpada y un tanto abrupta, que parecía desafiar el terreno boscoso que la rodeaba. La humedad se podía sentir en el ambiente, en el aire. Me acerqué y toqué una piedra de color oscuro sobre la que crecía el musgo.

—Nunca le toca el sol de forma directa —me contó Alandalus—. Timber suele decir que es la boca del lobo. Ese chico tiene un sentido del humor muy suyo.

—No es el único.

—¿El fae?

—Igual suena como algo increíble, pero lo tiene.

—Quiero creerte, pero se me hace difícil. —Me sonrió—. Ven, prenderemos una lámpara. Mis ojos ya no son los que fueron.

No estaba segura de si esa deferencia era más por la posibilidad de que yo no me manejara bien en ambientes muy oscuros, que por una carencia que afectara al lobo dada su edad. En eso, al menos, era una verdadera loba. La oscuridad nunca me había asustado, porque formaba parte de lo que yo era. Los lobos son cazadores nocturnos en la mayor parte del planeta.

Al lado de la galería de entrada se encontraba una estructura de madera con un pequeño techado. Sobre las columnas había multitud de ganchos de metal con cuerdas, picas y también algunas lámparas de metal de esas viejas de aceite. Había un par de arcones; uno de ellos estaba abierto, y en él había ropa de aspecto desgastado.

Con manos expertas, cogió uno de los candiles y vertió un poco de aceite en el compartimento inferior y, usando algo parecido a un fósforo, prendió la mecha. Observé el lugar. Las paredes oscuras, húmedas. El polvo acumulado por todos lados. La sensación un tanto tenebrosa y siniestra de las sombras que se proyectaban a nuestro alrededor, mientras el olor a piedra y a tierra me hacía tomar constancia de que estábamos adentrándonos en lo que bien podría ser una enorme tumba de piedra.

—¿Estáis bien haciendo esto?

—Nos mantiene entretenidos. —Me observó—. Sobre lo que ha dicho antes, el fae, lo cierto es que nos traen todo lo que les pedimos, aunque no es mucho porque tenemos nuestro orgullo. —Sonreí—. Es obvio que les interesa tenernos contentos, que extraigamos material de la mina y no les demos problemas saliendo del perímetro, pero he de admitir que tampoco nos atosigan ni nos exigen nada en lo referente a las entregas.

—Eryon me explicó lo del perímetro. ¿Habéis salido alguna vez?

—Podríamos, pero preferimos no hacerlo. El silencio es un bien preciado, *faelan*.

—No lo habéis hecho.

—Te equivocas. No hay nada que moleste más a un lobo que sentirse atado: no existe una barrera física que nos contenga. Quizá

por eso nos está bien este arreglo. Somos libres, *faelan*, incluso si vivimos en tierra de faes y podría decirse que trabajamos para ellos.

Asentí y le seguí mientras empezábamos a adentrarnos en una gruta.

—¿Cómo funciona la mina?

—Lo cierto es que cuando llegamos existían ya varios túneles y cámaras que forjan un entramado un poco caótico en el que sería fácil perderse. —Hizo una pausa, dándole un toque de dramatismo—. Si no fuera por nuestro olfato.

Me guiñó un ojo.

Cruzamos el arco y entramos en la primera galería. La luz del candil reflejó nuestras sombras sobre las paredes de roca pulida. De una pequeña estalactita en un extremo goteaba agua de forma continua en un tic tac que parecía marcar el paso de los segundos, del tiempo.

Escuché el golpeteo de varios picos en la distancia y me sorprendió sentir la vibración en el aire, colisionando contra las paredes, haciendo que diera la impresión de que palpitaban.

—Es un lugar extraño —murmuré.

—Las vetas de ébano feérico son difíciles de encontrar. Es un material con un comportamiento atípico: se fracciona en láminas si se le golpea en un sentido, pero es prácticamente indestructible si se hace de forma perpendicular.

—Eryon me explicó que suelen hacer aleaciones con titanio.

—Dicen que es un material mágico, ¿sabes algo de eso?

—Me contó que proviene de los dragones que habitaron antaño este mundo.

—¿Bromeas?

—Palabra de un fae, no creo. —Alandalus asintió—. Por lo visto, en su forma primitiva es capaz de proyectar la magia y amplificarla, pero de forma caótica, lo que lo convierte en algo bastante peligroso para un fae.

—Y nosotros que pensábamos que lo que no querían era ensuciarse las manos —bromeó.

Llegamos a un salto al vacío sobre el que había colocados unos pocos travesaños de madera. Me impresionó aquello: no se llegaba a

ver dónde acababa aquel agujero de lo profundo que era.

—¿Quieres que los avisemos? —me cuestionó Alandalus al ver que titubeaba al encontrarme frente a la enorme grieta.

—No…

—Espérate aquí un momento. —Me colocó una mano sobre el hombro y empezó a cruzar la nada usando uno de aquellos tablones de madera que crujían bajo su peso.

Solté un suspiro de alivio cuando llegó al otro lado. Se acercó a una pared y vi que de un gancho liberaba una cuerda que pasaba por una polea sujeta al techo.

—Solemos utilizarlo para lanzarnos cajas, pero puedes usarlo a modo de amarre. —Hizo una lazada en el extremo antes de lanzármelo—. Introduce la mano dentro y sujétate a la cuerda mientras avanzas. Si un pie te juega una mala pasada, impedirá que llegues a caerte.

Hice lo que me dijo, sintiendo que mi corazón empezaba a acelerarse. Un sudor frío en mi espalda. Y la vibración. Esa que podía sentirse por todos lados. Latiendo. Cada vez más rápida. Tanto que parecía que creaba una extraña melodía. Intensa. Vibrante. Y que me asfixiaba a cada paso.

Alandalus tensó la cuerda, lo justo para que me sintiera acompañada y me obligué a seguir avanzando.

¿Quién me había mandado a mí pedirle que me acompañara a esa maldita mina?

—Dos pasos más.

Acorté el último metro que nos separaba y le agradecí que no me hubiera dicho eso de que no mirara abajo. En las películas siempre pasaba que el sujeto en cuestión lo hacía. Y las cosas se complicaban. Un montón.

Llegué a tierra firme.

—Como lobos, podemos saltar de un lado al otro sin demasiados problemas. Son poco más de tres metros.

—Solo. —Supongo que sonó más como una queja que otra cosa, así que Alandalus empezó a reír.

—Ven, creo que han bajado por esta rampa —me indicó—. Este ramal lo abrimos este año; aunque la mina había sido explotada

anteriormente, hemos ido añadiendo socavones y desde ellos ramales siguiendo las vetas del mineral.

—Es fascinante —murmuré, incluso si me sentía ahogada. Había algo en el aire. Ese zumbido en mis oídos.

Nos adentramos en un pasaje más estrecho, retorcido. La roca de las paredes estaba humedecida y el suelo era resbaladizo.

—Ya casi hemos llegado a la cámara de extracción.

No mentía. Recorrimos apenas unos pocos metros y llegamos a una caverna irregular iluminada por varias antorchas. En un lateral había una enorme roca azabache con matices brillantes que reflejaba la escasa luz anaranjada de forma caótica.

—Esto sí es una sorpresa —murmuró Killian, colocándose el pico sobre el hombro. El resto de los lobos hicieron lo propio.

—Rubis se ha dejado caer en la aldea, pero quería saludaros —les explicó Alandalus con una expresión cómplice.

—Siempre es un placer verte, querida —aseguró Andi. Dejó el pico en el suelo y se acercó para abrazarme.

—¿Abrumada? —me cuestionó Timber al ver que me tensaba ante algo que, entre lobos, era común. Tocarnos. Quizá llevaba demasiado tiempo viviendo solo con faes.

—¿Eso es ébano feérico? —me interesé mirando la enorme roca con vetas brillantes.

—Lo es —afirmó Ferder.

—Es hermoso. —Lo era, sí, más incluso que el metal con el que estaba forjado el pomo de Yssey. Quizá porque allí estaba en su forma salvaje y parecía tener vida propia.

—Hacía meses que no encontrábamos una veta —añadió Ronn—. Se siente un cierto placer cuando das con una; que no es que nos venga o deje de venir lo que luego hagan con ella, pero es como una pequeña victoria.

—Rubis me ha estado contando que la mezclan con titanio.

Esperaba que eso no fuera algo así como un secreto fae. Uno muy preciado. Lo bueno y lo malo de que Eryon respondiera a todas mis preguntas era que a veces no sabía qué información era de dominio público y cuál esperaba que no repercutiera más allá de la confianza que estaba depositando en mí.

Porque lo hacía.

Me lo estaba contando todo sobre su mundo.

—A Ronn lo que le gusta es atizarle a algo con el pico —opinó Killian con una media sonrisa—. Esas ropas caras tuyas acabarán llenas de polvo y runas si te quedas mucho tiempo aquí dentro.

—Me parece un momento tan bueno como cualquier otro para parar un rato, os parece, ¿chicos? —les propuso Timber y el resto asintió.

Empezaron a recoger parte de las herramientas en una zona en la que se veían varias estructuras de madera y un arcón. A su lado había un montón de escombros y, en una carretilla, pequeños fragmentos de aquel mineral precioso. Mágico.

Mientras los lobos se lanzaban los unos a los otros una cantimplora de metal, me acerqué a los fragmentos.

Solo quería verlos de cerca, pero me encontré buscándolos. Vibraban. Como si quisieran decirme algo. Sentí que me faltaba el aire, la necesidad de tocarlos se volvió imperativa y apenas fui consciente de cómo buscaba su contacto, a tientas, con las yemas de los dedos.

Fue electrizante. Y explosivo.

Literalmente.

Salí despedida a la vez que un dolor sordo me atravesaba.

Desde dentro.

Cada maldito centímetro de mi cuerpo.

Mis huesos.

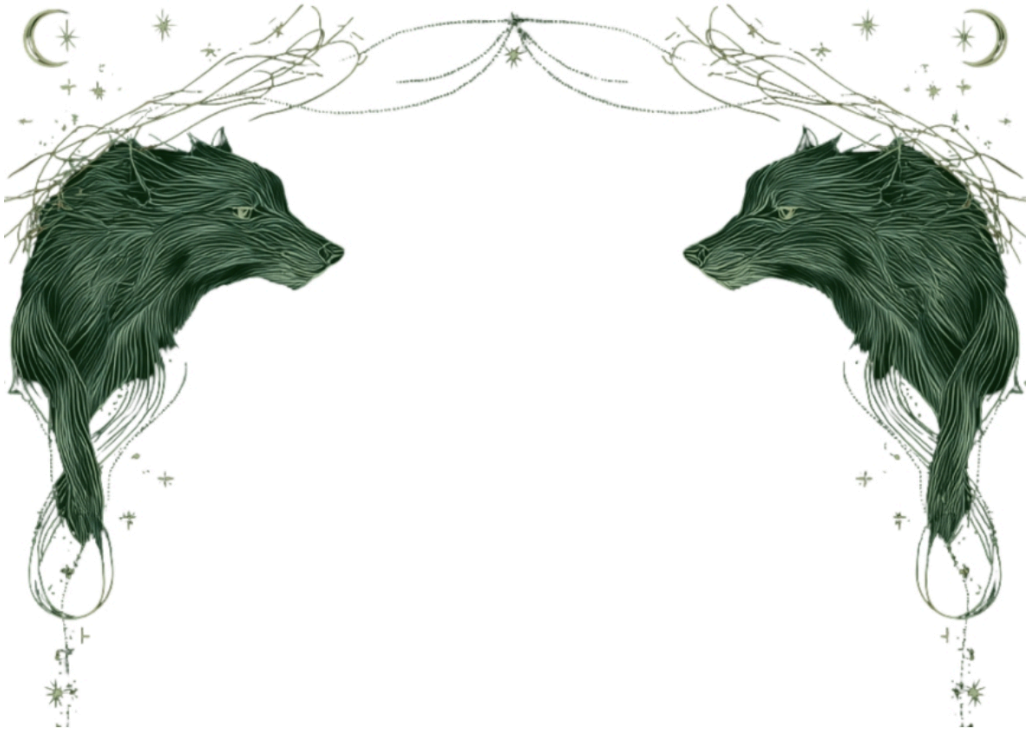
Caí en el suelo, a tan solo un par de metros, pero se sintió como si me hubieran dado la mayor paliza de toda mi vida. Intenté levantarme, pero apenas me respondió el cuerpo.

—Joder… —Esa no había sido yo, pero no podría decir quién era el lobo que acababa de soltar aquel taco en voz alta.

Intenté decir algo. Lo que fuera.

Pero lo único que se escuchó en la galería fue un condenado aullido.

Y ese, contra todo pronóstico, sí era mío.



CAPÍTULO 32

AHORA Y SIEMPRE

ME MIRABAN.

Con expresiones confusas.

Una mezcla de respeto.

Y de miedo.

Lo que no tenía sentido.

Alandalus inclinó la cabeza. Como si estuviera haciendo una reverencia. Una muestra de algo que no acertaba a entender. Timber colocó una rodilla en el suelo. Sus ojos fijos en los míos.

—Hay que joderse. ¿En serio? —Killian frunció el ceño—. No puede ser una casualidad.

—Es increíble —susurró Andi.

—Él lo sabía y la ha traído por ese motivo —masculló Ferder—. La ha sacado de entre los lobos. Lo ha hecho. La ha marcado.

—El hijo de la grandísima… —intervino Ronn.

—No sabemos cuáles fueron sus motivaciones —negó Alandalus—. Ni somos las personas más adecuadas para juzgar a nadie, incluso si se trata de un fae, no lo olvides.

Las paredes latían. A mi alrededor. Podía sentirlo. La piedra. Quebrarse. ¿Nadie más se daba cuenta de que estábamos en una trampa mortal?

Timber saltó y aterrizó convertido en lobo. Uno con el pelaje castaño con matices grises. No sentí miedo cuando se acercó a mí. Había algo en su mirada. En lo que él era. Sentí una extraña conexión.

—Ya no podrán volver a llamarte la Sinlobo.

Escuché su voz. En mi cabeza.

Y solo entonces lo supe.

Busqué con la mirada mis manos para encontrar las patas de un lobo. Uno con el pelaje de un blanco tan puro que parecía relucir en la oscuridad en la que nos encontrábamos.

Era absurdo.

Nunca había visto a un lobo con un pelaje como aquel.

Y no era la única.

Aquellas viejas leyendas acudieron a un tiempo a mi cabeza. Las clases en el Palmer. La conversación con Eryon. No podía ser.

Habían pasado varios siglos desde ese entonces.

Todos dábamos por sentado que aquel linaje se había extinguido.

Alfas de alfas.

Reyes de lobos.

Mi estómago se removió.

Timber frotó con su hocico mi costado y aquello se sintió bien.

A duras penas, conseguí levantarme. Sostenerme por mí misma.

Los ojos ambarinos de Alandalus brillaron con más intensidad cuando se transformó en lobo. No fue el único. Todos ellos lo hicieron. Y se acercaron a mí. Su pelaje contra el mío. Su olor. El mío. Un reconocimiento entre lobos.

Un ruido sordo atravesó la estancia. Una grieta en el techo. Piedra y polvo lloviendo sobre nosotros.

—*¡Está colapsando!* —grité y vi que mi advertencia llegaba a ellos.

Timber me golpeó en el costado, obligándome a seguirle. Lo hice. Con él y Alandalus franqueando mis flancos y ayudándome a avanzar cuando aún no sabía cómo hacerlo.

No les molestaron mis golpeteos torpes, ni siquiera cuando las grietas empezaron a hacerse evidentes en las paredes y comenzaban a caer fragmentos de piedra y polvo sobre nosotros, a medida que avanzábamos.

Lentos.

Íbamos demasiado lentos.

Por mi culpa. Todos ellos se estaban adaptando a mi trote trémulo mientras la mina empezaba a venirse abajo. Nos cruzamos con algunos escollos. Las grietas avanzaban mucho más rápido que nosotros.

—*Adelantaros* —ordené a los lobos que nos seguían.

Ronn gruñó por lo bajo, pero Ferder asintió. Golpeó en el costado a Andi para obligarle a reaccionar y empezaron a correr, seguidos de Killian y Ronn. Con un poco de suerte, conseguirían ponerse a salvo.

Paré para recuperar el aliento. Timber y Alandalus aprovecharon mi pausa para estudiar la estructura que nos rodeaba. Podía ver en su expresión esa mezcla de miedo y cautela. Las grietas seguían abriéndose paso por las paredes, por el techo, e incluso en el suelo, a unos pocos metros de donde estábamos. Mis ojos se clavaron en los de Timber.

—*No me obligues* —me pidió, y en su mirada vi tal determinación, que no fui capaz de negarle la posibilidad de tomar sus propias decisiones. Incluso si, tal vez, tenía el poder para hacerlo.

—*Hemos de seguir avanzando* —indicó Alandalus.

Asentí y me obligué a hacerlo. Pese al miedo, al pitido lacerante que me atizaba dentro de la cabeza y a que me faltaba el aire. El mundo estaba colapsando a nuestro alrededor. Y no nos quedaba mucho tiempo. Se escuchó un estruendo que hizo que se me erizara

el vello, pero seguimos deshaciendo los túneles, intentando escapar de la que se había convertido en una trampa mortal.

—El entibado no ha aguantado. —Escuché la voz de Alandalus al tiempo en que veía que frente a mí unas vigas de madera horizontal habían cedido y los escombros habían bloqueado por completo el paso.

No había rastro de los otros lobos, así que al menos sentí un cierto alivio ante la evidencia de que el resto habían podido cruzar aquel paso y, tal vez, ya habían llegado a la salida.

Pese a que nosotros estábamos atrapados.

Mi respiración empezó a acelerarse al tiempo que se escuchaba un chirrido.

—*¡Por aquí!* —Timber me golpeó en el costado, obligándome a reaccionar—. *Hay un túnel de ventilación que lleva desde la galería secundaria al otro lado.*

Lo seguimos y no tardamos en llegar a una estancia irregular de aspecto abandonado. Timber se transformó en hombre y se hizo con un pico para clavarlo sobre una vieja reja maltrecha. Tiró con la fuerza de diez titanes y la arrancó de cuajo.

—Solo por si acaso, cuando salgas al otro lado, no mires atrás y déjate que te guíe tu instinto.

No me preguntó. Me agarró para alzarme y me metió dentro de una estructura metálica en la que mis patas resbalaban y a duras penas cabía. Mis garras emergieron, rasgando el metal.

Arrastrándome sobre mi vientre, empecé a avanzar. El metal abierto por mis afiladas uñas me rasgó el vientre, pero no fui capaz de notar el dolor. La adrenalina pulsaba en mi interior.

Escuché ruidos y supe que Alandalus me estaba siguiendo de cerca. Esa certeza me ayudó a no colapsar. A seguir adelante. A convertirme en una loba. En una superviviente. Como todos ellos.

Había una reja al otro lado. Lancé mi garra contra ella y salió disparada hacia el suelo, haciendo que el metal resonara al tiempo en el que la montaña temblaba.

Salté, incluso si nunca había hecho algo así y, contra todo pronóstico, mis piernas encontraron la forma de sostenerme.

Me giré y en apenas unos segundos Alandalus y Timber aparecieron a mi lado; este último me lanzó una mirada enojada, pese a volver a estar convertido en lobo. No le gustaba que siguiera allí. Esperándolos. Incluso si no podía hacer otra cosa. Ellos habían hecho lo mismo por mí. Era lo justo.

—*No conozco el camino hasta la salida* —argumenté y me soltó un gruñido bajo—*, vale, sí, también está eso de que siempre he sido un poco rebelde.*

Me golpeó con su cuerpo en el costado y me animó a seguirle de nuevo. Avanzamos por un corredor y desde allí encontramos una rampa. Reconocí el lugar al que habíamos llegado: ese en el que una enorme brecha había dividido en dos porciones el camino. Un salto al vacío. Cuyo final se perdía a la vista.

Ya no había tablones y ambos márgenes estaban agrietados. Parecía inestable.

Nos paramos a un par de metros del margen.

—*No hay otro camino.*

—*Apenas es capaz de sostenerse* —puntualizó Alandalus.

—*Puede hacerlo.* —Timber me miró—. *Es una loba blanca.*

Parpadeé. La confianza que depositaba en mí. La verdad patente en su afirmación. ¿Eso era lo que era? Joder, ya podía haberlo descubierto en otro momento y no mientras se me caía a pedazos esa mezcla de piedras, roca, polvo y restos carbonizados de dragón. Menuda mierda.

—*Timber, cruza al otro lado; si no es capaz de saltar, yo la lanzaré contra ti.*

Los observé. ¿Se habían vuelto locos? Se sostuvieron la mirada, y al final Timber cedió. Se me erizó el pelaje cuando vi que se alejaba unos metros para tomar carrerilla. No llegué a gritar cuando el enorme lobo sobrevoló aquella gigantesca grieta que nos impedía avanzar hacia la salida, pero dejé de respirar y sentí que el mundo se detenía apenas una fracción de segundo, el tiempo que tardó en llegar al otro lado y, aunque la caída fue limpia, el suelo bajo sus pies comenzó a agrietarse.

—¡*Corre*! —gritó Alandalus al tiempo que Timber saltaba de un fragmento al otro, mientras los pedazos desquebrajados se

desprendían y se adentraban en la profundidad del precipicio.

Fueron unos segundos terroríficos, los que tardó en estabilizarse el margen de Timber, y la piedra volvió a convertirse en una superficie sólida. Aunque no sabíamos por cuánto tiempo. Solté el aliento al verle al otro lado, sano y salvo.

Observamos el abismo que nos separaba de Timber. Creo que hasta Alandalus tenía claro que era imposible saltar aquello. Lanzarme al otro lado. No teníamos otra salida, pero la que había frente a nosotros era infranqueable.

Apenas fui consciente del crujido que sonó sobre nosotros y que se impuso sobre el resto de los ruidos y chasquidos que se sucedían y sobreponían a nuestro alrededor. El enorme lobo de Alandalus me empujó con violencia, haciendo que me golpeara contra una pared mientras varios fragmentos de roca caían sobre el lugar en el que hacía apenas unos segundos había estado mi cuerpo. Ya no. Incluso si había un lobo allí, que aulló de dolor cuando aquel derrumbamiento se le cayó encima.

Su gemido quedó amortiguado por el silencio, roto tan solo por la roca quebrándose.

La vida.

Y la muerte.

Sentí mi propio dolor mientras mi cuerpo convulsionaba y se volvía de nuevo humano. Incluso si el golpe que me había dado contra la pared me había dejado aturdida, el dolor que latía en mi interior era tan intenso que me estaba ahogando.

Desnuda y sangrando, me arrastré hasta el lobo que yacía debajo de un montón de escombros.

Solo entonces tuve la certeza de lo que ya sabía.

Alandalus yacía sin vida.

—¡Rubis! —Apenas era capaz de focalizar mi atención en algo que no fuera el cuerpo inerte frente a mí—. ¡Rubis!

Conseguí levantar la mirada. Aunque me sentía perdida. Timber estaba al otro lado; se había transformado en humano, creo que para intentar llamar mi atención usando mi nombre.

Nos separaba un despeñadero de más de seis metros.

Seis metros que marcaban la diferencia entre sobrevivir. O acabar enterrado allí, entre aquellos montones de piedras.

Fruncí el ceño. Ladeé la cabeza. Todo se sentía extraño. Confuso. Escuché el repiquetear de unos pasos a la carrera.

Las lágrimas cubrieron mis ojos mientras mi mano se hundía en el pelaje de Alandalus.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Eryon tronó como si fuera la propia tormenta que arrasa allí por donde pasa.

A su lado estaba Astrid, vestida con una cota de escamas negras. Dos cimitarras en sus cintos y el arco sujeto a su espalda.

—¡La mina está colapsando! —les advirtió Timber—. ¡Salid de aquí!

Era un buen consejo.

Lo mejor sería que lo siguieran.

Busqué a Eryon con mis ojos y lo que vio no debió de gustarle, porque su mirada se volvió dura. Fría.

—Sal de aquí, lobo —le ordenó con una dureza afilada.

—No voy a ir a ninguna parte si no es con ella —le retó Timber.

—¿Tienes alguna idea o sugerencia de cómo salvarla?

Ni siquiera le estaba mirando: sus ojos estudiaban el abismo que nos separaba. Mientras yo intentaba aceptar el que sabía que era mi destino. Al menos no moriría sola. Lo haría junto a un lobo al que no le habían importado todas mis rarezas y, por una vez, me había tratado como si formáramos parte, los dos, de un todo.

Timber gruñó.

—Me lo imaginaba —susurró Astrid por lo bajo.

—Salid de aquí —les pedí.

—Esa es la idea, *faelan*, sí. —La respuesta de Eryon se ganó otro gruñido, pero el fae optó por ignorarlo y se giró para mirar a su consejera—. Puedo darte tres minutos. Cuatro a lo sumo.

—¿Para qué exactamente?

—Le daré suficiente magia al ébano feérico para estabilizarlo durante ese tiempo y que la cueva no colapse mientras te teletransportas hasta ella y la sacas de aquí.

—Eso es una locura. Si haces algo así, lo más probable es que la mina explote en mil pedazos y nosotros también.

—Tres minutos. —Se giró para mirar a la fae—. Saca de aquí con vida a mi esposa.

—Tiene que haber otra opción. Las posibilidades de que sobrevivas son mínimas.

—No te lo estoy pidiendo, Astrid, es una orden.

El rostro de la fae se volvió duro. Impasible. Frío.

—Así lo haré, mi rey.

Eryon se giró para mirar a Timber.

—Tienes tres minutos. Usa tu vida para algo mejor que morir aquí hoy.

—No lo entiendes. Ella es especial. Desciende del linaje de los lobos blancos.

Se giró para mirarme y ladeó la cabeza, como si aquello le sorprendiera. ¿O estaba fingiendo? ¿Acaso Ferder estaba en lo cierto y él lo sabía cuando había ido a mi encuentro? ¿Era ese el motivo por el que me había llevado a su territorio? ¿Para eliminar la posible amenaza de lo que yo era para los suyos?

Era un peligro para mí misma y para los que me rodeaban.

Alandalus.

Él había muerto.

Para salvarme.

—Demuéstrale tu lealtad sobreviviendo, en tal caso. Otro lobo muerto no veo en qué pueda ayudarla a corto ni a largo plazo.

—¿Puedes salvarla? —Pese a la desconfianza, quería creer en esa esperanza. Yo también. Aunque la idea de que Eryon usara su magia en un entorno con ébano feérico inestable no solo era peligrosa, sino que, además, según Astrid, era algo así como un suicidio.

—No contemplo otra posibilidad.

—No lo hagas, Eryon. —No quería que nadie más muriera por mi culpa. Me aferré al pelaje del lobo. Las lágrimas surcando mis mejillas.

Timber titubeó, pero acabó asintiendo y, tras convertirse en lobo, se dirigió al túnel que llevaba hacia la salida.

—Astrid te sacará de aquí, *faelan*, y enseguida os seguiré.

Empecé a llorar.

—¿Me lo prometes?

—Ahora y siempre, *faelan.*

Extendió los brazos y sus ojos se volvieron el centro de una tormenta violenta. Su cuerpo empezó a resplandecer. La luz le rodeó. Pero no una cualquiera. La furia del rayo se retorcía sobre él, palpitando con una fuerza violenta. El ruido de la tierra rompiéndose a nuestro alrededor quedó atenuado durante unos segundos por un silencio desgarrador sobre el que se impuso el zumbido eléctrico del poder de Eryon. De su magia. Su aspecto era formidable. La forma en que usaba el poder que anidaba en su interior y lo liberaba.

Sentí que me agarraban y quise resistirme, negarme a abandonar a Eryon, pero las sombras empezaron a devorarme mientras sentía el pálpito de las vetas de metal que reconocían lo que él era. Su magia. La deseaban. Con vehemencia.

Lo último que vi antes de que Astrid me arrastrara entre las sombras fue su mirada.

Gélida. De un azul tan intenso como las luces que recorrían su cuerpo y que controlaba con sus manos.

No había miedo en su expresión.

Solo la determinación de darnos esos minutos para que pudiéramos salir de esa tumba en vida.

Perdí el control sobre mis sentidos. Su silueta se desdibujó mientras el dolor que sentía se volvía etéreo.

La presencia de Astrid arrastrándome más allá del allí y del aquí. Cumpliendo con su cometido. Incluso si yo no quería dejarle atrás. No podía.

Había perdido a todos los que había querido.

Y por fin sentía que estaba reconstruyendo mi vida de las cenizas en las que el destino la había sumido, pero no me sentía con la fuerza de hacerlo sin él a mi lado.

—¡Eryon! —grité su nombre con desesperación cuando sentí mis pies de nuevo apoyarse sobre la superficie del suelo.

La boca negra de la mina se divisaba a una cierta distancia. Timber y el resto de los lobos se acercaron a nosotros mientras Astrid me sujetaba con fuerza. Intenté zafarme, pero ella aprovechó mi propia fuerza para inmovilizarme usando una llave que me dejó totalmente incapacitada. Mi mirada vidriosa se quedó fija en la nube

de polvo que emergió de la entrada a la mina mientras se escuchaba un estruendo que no podía ser otra cosa que una explosión.

Una en la que resonó el trueno por encima del estruendo de la tierra retorciéndose debajo de nosotros.

Los pájaros alzaron el vuelo.

Empecé a temblar.

Sentí la calidez del vínculo. Débil. Frágil.

Las marcas en mi piel.

Las sombras se volvieron poco más que una silueta frente a mí; Astrid me liberó de su agarre cuando Eryon se materializó frente a nosotros.

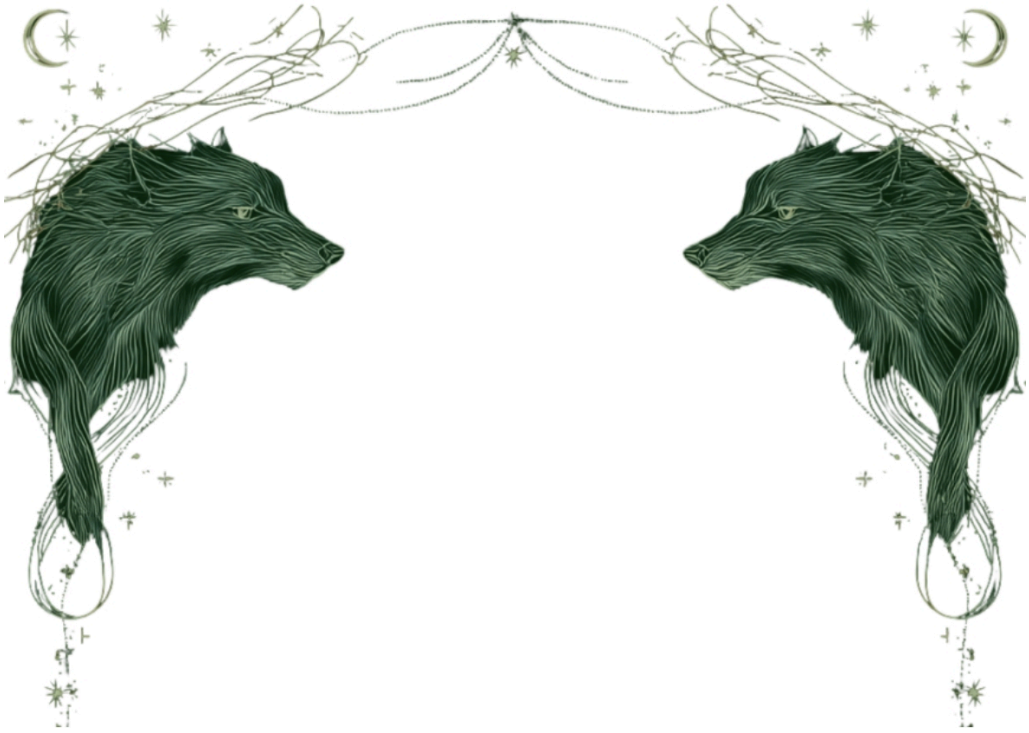
Me lancé contra él, quien me capturó entre sus brazos mientras tosía, pero sin dejar de afirmar su agarre sobre mi cuerpo.

—¿Estás bien? —Alcé el mentón para observar su rostro cubierto de una mezcla de hollín, sudor y polvo. Sus ojos azules apenas brillaban; temí que eso fuera algo así como un mal augurio.

—Estás viva. Estaré bien. —Cerró los ojos y apoyó su frente sobre la mía. Percibí su magia rodearme. Cerré los ojos, sintiendo como las sombras nos rodeaban y nuestros cuerpos se desvanecían.

No me importaba a dónde íbamos.

Siempre y cuando fuéramos juntos.



CAPÍTULO 33

UN NOSOTROS

NOS MATERIALIZAMOS EN SU CASA. Sentí que Eryon convulsionaba y, ante el miedo de que acabáramos ambos en el suelo, me decanté por empujarle hacia la mullida cama que solíamos compartir.

Caí encima de él, pero no reaccionó. Y me asusté. Mucho. Así que me encontré sacudiéndole con fuerza, una energía furiosa latiendo en mí. Abrió los ojos, pero parecía que le molestaba mi comportamiento.

—¿Eryon?

—Estoy bien, *faelan*, solo necesito descansar.

—¿Seguro?

Su mano recorrió mi espalda. Apenas había luz en su mirada, pero una media sonrisa asomó en su rostro.

—¿Sabes que desde hace un tiempo sentía curiosidad por saber cómo sería?

—¿Mi loba?

—Me refería más bien a sentir tu cuerpo desnudo entre mis brazos. —Solo entonces fui consciente de que carecía de ropa y me sonrojé al tiempo que me tensaba, pero él me retenía contra su cuerpo—. No aspiraba a que te lanzaras sobre mí tan pronto, ¿sabes?

—Eres un idiota —le solté, sonriéndole. Me pasé el dorso de la mano por el rostro, humedecido por mis lágrimas, antes de ser consciente de que tenía el antebrazo cubierto de polvo y barro, así que supuse que solo había conseguido empeorar mi aspecto—. Creo que debería darme un baño.

—No hay prisa —susurró Eryon, pero me obligué a levantarme.

Se sintió extraño estar así, totalmente expuesta, frente a él. Sus ojos resiguieron mis curvas y, aunque tal vez debería sentirme vulnerable, su mirada se sintió más bien como una caricia. Cargada de deseo. Hasta que frunció el ceño.

—Estás herida. —Tenía varias heridas abiertas sobre mi abdomen, de mi tormentoso paso por el conducto de ventilación de metal.

—Son superficiales, cicatrizarán más pronto que tarde —le aseguré.

—Tal vez yo podría…

Se movió para sentarse sobre el margen de la cama. Lo hizo de una forma un tanto trémula, casi diría pastosa, como si cada movimiento le supusiera un esfuerzo considerable.

—Ni se te ocurra usar el vínculo. Estás para el arrastre, ¿sabes?

—Es una expresión un poco peculiar y un bastante humillante. —Me senté a su lado.

—Podrías haber muerto.

—Supongo que no tiene sentido negarlo.

Nos sostuvimos la mirada.

Había emociones reales latiendo entre nosotros.

—No vuelvas a hacerlo.

Ladeó la cabeza y me observó.

—No puedo prometértelo, *faelan*.

—¿Qué era lo que le has dicho a Astrid? —Alcé el mentón—. No te lo estoy pidiendo, es una orden.

Me sonrió y vi que pequeñas motas brillantes empezaban a iluminar sus ojos. Como si poco a poco estuviera reponiéndose.

—¿Y esa orden viene dada porque eres mi esposa o porque has descubierto que puedes influir en otros lobos?

—Lo que sea. No quiero que vuelvas a arriesgarte así por mí. Nunca más.

—No eres la persona más adecuada para exigirme algo así, *faelan*, incluso si eres mi esposa.

—¿Por qué?

—Tú hiciste lo mismo. Arriesgaste tu vida por una persona a la que amabas.

Sus ojos volvían a tener mil matices. Volvía a haber vida en ellos. Mientras yo me estremecía ante lo que decían y no decían al mismo tiempo sus palabras. Me amaba. ¿Eryon me amaba? ¿O solo fingía hacerlo?

Las verdades a medias de los faes podían ser tan astutas como confusas. Tenía miedo a creer en esa verdad. Miedo a que volvieran a traicionarme. A que todo aquello, nuestro enlace, nuestra historia, ese vínculo que compartíamos, se debiera a un motivo muy concreto. Que esa aproximación por su parte tuviera como finalidad alejarme de los lobos.

No me había planteado algo así. Porque yo era solo una Sinlobo. Sin embargo, no podía evitar sospechar que tal vez ese fae frente a mí, el rey que habitaba al otro lado del Matalobos, tuviera un interés muy concreto. Convertir el linaje que podía comprometer el poder de los faes en su aliado en vez de en su enemigo. Esa sería la jugada magistral de un estratega. Y si Eryon era tan viejo como decía, bien podría ser la suya.

La plata líquida estaba matando a los lobos.

Y yo descendía de ese linaje. Lo hacía. Incluso si aún me costaba hacerme a la idea. Y seguía sintiéndome como esa loba huérfana, Sinlobo, a la que nadie solía prestar atención.

—¿Sabías que desciendo del linaje del lobo blanco?

—No.

—¿Lo sospechabas?

—¿Por qué debería haberlo hecho?

—No lo sé. Se decía que los lobos blancos eran sumamente poderosos.

—No pareces convencida de la posibilidad de que tú también deberías serlo, en tal caso.

—Es que no lo estoy. Alandalus ha muerto para protegerme. —Me obligué a no romperme mientras le miraba.

Desconfiaba de él casi tanto como necesitaba sentir su cuerpo reconfortándome después de la tragedia que acababa de vivir. Mis ojos se humedecieron y me levanté, necesitando distanciarme de lo que despertaba en mi interior para intentar pensar con claridad.

—Siento lo del lobo, pero me alegro de que lo hiciera. —Su voz sonó solemne—. Estaré en deuda con su recuerdo.

—Es la segunda vez que me salvas.

—Preferiría que no se convirtiera en una costumbre, no porque no me importe hacerlo, sino más bien porque odio esa sensación.

—¿Qué sensación?

Se levantó. Sus movimientos fueron más firmes, pero menos fluidos de lo que era habitual en él.

—La de que estás en peligro. La de que podría perderte. No me gusta. —Se acercó a mí. Elevé el mentón para poder observarle—. Hacía mucho que había olvidado lo que era sentir miedo.

Un destello, fugaz, recorrió su mirada. Su mano buscó mi mejilla y se deslizó hasta llegar a mi nuca. Se inclinó hacia mí y sus labios apresaron a los míos.

Fue un beso exigente. Urgente. Posesivo.

Sentí una mezcla de caos y deseo intercalarse a un tiempo. El deseo. Pero también algo mucho más profundo. Que nacía, tal vez, del miedo y la desesperación. De haber muerto en aquella mina. De que fuera él quien hubiera podido perecer.

Mis colmillos se elongaron.

—Es una locura lo que despiertas en mí —susurró Eryon separándose de mí. Sus ojos volvían a tener cientos de motas de plata y el azul de la tormenta latía de nuevo en ellos—. Es como si solo tú pudieras calmar esta sed que me está consumiendo.

Podía entenderle.

Demasiado bien.

Me puse de puntillas para besarle. Sus brazos me arrastraron contra su cuerpo. Jadeé cuando su boca empezó a descender hacia mi cuello y sus manos comenzaron a recorrer la piel desnuda de mi espalda, buscando la curva de mis lumbares para descender después hasta mis nalgas.

Me apretó contra él y me alzó. Mis piernas buscaron su cintura, anclándome a él, mientras nuestras lenguas se buscaban y retaban la una a la otra en una danza tan peligrosa como ardiente.

Le deseaba.

Cada maldito centímetro de mi cuerpo lo hacía.

Nos acercamos a la cama y colocó una rodilla sobre esta para inclinarse y depositarme con cuidado en ella. Se separó de mí y sus ojos me observaron. Con avidez.

Había fuego en su mirada. Un deseo primitivo.

Me encontré excitándome, sin importarme la vulnerabilidad de mi desnudez ni sentir miedo alguno por el anhelo que podía verse en su mirada.

Sabía que había una pregunta silenciosa bailando entre nosotros y que Eryon estaba esperando que le respondiera.

Conocía todos los contras, y era consciente de que tal vez debería parar aquello, alejarme de él. Sin embargo, me limité a mirarle. A esperar, en silencio, a que los pros tomaran el control del flujo de energía que podía sentir que palpitaba entre nosotros en total sintonía.

Eryon movió las manos y sentí una corriente de aire cálida acariciar mi piel. Cada centímetro de ella. De una forma tan sensual y erótica que me arqueé para él.

—No puedo soportar la idea de que estés herida —susurró.

Creó un pequeño triángulo con las manos y una suave luz blanquecina apareció en él. Tan perfecta. Tan brillante.

Movió lentamente las manos para dirigir aquella energía hacia mí y la luz cubrió mi abdomen. Sentí un cosquilleo en las heridas que aún estaban abiertas y observé cómo la magia de Eryon se deslizaba sobre mi piel, adentrándose en las heridas abiertas y regenerando el

tejido mientras dejaba tras de sí una sensación de calidez que no solo se sentía en la piel. Sino en algún lugar mucho más profundo. En mi corazón. O en mi alma. Me emocioné por la intimidad que estábamos compartiendo. La forma en la que podía sentirle y sentirme a través de sus ojos al mismo tiempo.

—¿Cómo es posible? —le cuestioné cuando su magia se desvaneció al acabar el proceso de sanación—. Apenas te sostenías hace un momento.

—No estoy seguro, pero creo que se debe a esa magia fae antigua que se dice que existe entre dos almas gemelas que se reconocen, *faelan*. Tu presencia. Tu proximidad. Me hace sentir mejor. —Me observó—. No esperaría recuperar parte de mi magia, mi poder, hasta de aquí a unas horas. Sin embargo, hay algo en ti que me da vida, me cura y me regenera. No me preguntes el cómo, solo puedo decirte que así lo siento.

—Se dice que cuando se forja un enlace de compañeros entre dos lobos a los que la diosa Luna ha bendecido se potencian las habilidades de la pareja.

—No tengo la certeza de que tu diosa bendijera todo lo que deseo hacerte.

—¿Debería preocuparme? —ronroneé sosteniéndole la mirada.

—Tal vez…

Una corriente de aire cálido removió las cortinas, ocultándonos de los últimos rayos de sol.

Los ojos de Eryon destellearon y los candelabros se prendieron, así como las velas que sostenían las lámparas del techo.

No sabría decir desde cuándo, pero había memorizado cada angulación de su rostro. La pequeña arruga que surcaba su frente cuando fruncía el ceño y alzaba una de sus pobladas cejas oscuras. Sus pómulos marcados y su mentón cuadrado.

—Me gusta cuando me miras así.

—¿Así cómo?

—Como si me desearas. Como si pudiera llegar a ser tu todo.

—Tal vez te deseo, y quizá ya lo eres.

El brillo de sus ojos era hipnótico.

Sus manos buscaron los botones frontales de la casaca que llevaba; observé cómo empezaba a desabotonarla con movimientos lentos, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, sin dejar de mirarme. Deseándome. De la misma forma en que yo le deseaba a él.

Lanzó la pieza de ropa negra sobre el sillón y me mordí el labio inferior cuando empezó a liberar los cierres de la camisa que llevaba. Tenía unos pectorales perfectamente definidos, sin apenas vello, igual que sus brazos fuertes y fibrosos o sus abdominales. Era un cuerpo varonil, masculino. Cuando se abrió la camisa y la deslizó por encima de sus hombros, vi la marca de mi mordida en su cuerpo y aquello me excitó.

Una sensación de reconocimiento.

De lo que éramos.

El uno para el otro.

La camisa cayó al suelo.

Ladeó la cabeza.

Como esperando algo.

—Quiero sentirte, Eryon.

Un destello azul en su mirada.

—Y yo a ti, *faelan*.

Se deshizo del cinturón y deslizó el resto de la ropa que llevaba antes de acercarse al límite de la cama de nuevo.

Verlo desnudarse lentamente había sido una peculiar tortura. Desear tocarlo. Sentirlo. Ansiar su cuerpo.

—Eryon… —jadeé cuando colocó una rodilla entre mis piernas y sentí el contacto de su piel contra mis muslos. Apoyó los puños a ambos lados de mi cuerpo—. Te necesito.

—No me pidas que vaya rápido, *faelan*, llevo demasiado tiempo soñando con venerar cada centímetro de tu cuerpo. Besar cada recoveco, descubrir tu sabor y cómo se siente hacerte el amor.

Se colocó entre mis piernas y noté su miembro, rígido, buscando mi cuerpo; sin embargo, no hizo el amago de querer buscar el camino hacia mi interior.

No todavía.

Se acercó a mí. Su torso desnudo en contacto con mis pechos era electrizante. Su lengua rozó mis labios y la mía buscó su contacto antes incluso de que nuestros labios se sellaran, dejando que el hambre que sentíamos el uno por el otro tomara el control de aquello.

Tras el beso, Eryon se separó ligeramente y, sin dejar de mirarme, se recostó de lado, a mi lado. Su mano buscó mi mejilla para descender después por mi cuello antes de, sin prisa, ir al encuentro de mi seno. Su pulgar empezó a trazar círculos sobre mi pezón dejando tras cada movimiento un hormigueo cálido mientras sentía que mis piernas empezaban a estar empapadas.

Deseando…

—¿Sabes que puedo oírte? —Su mano descendió hacia mi pubis y buscó entre mis pliegues el relieve de mi clítoris—. Sigue haciéndolo, diciéndome todas las cosas calientes que quieres que te haga, *faelan*, es tan jodidamente excitante…

¿Eryon había dicho «jodidamente»?

Me hubiera puesto a reír si no fuera porque uno de sus dedos decidió que era el momento perfecto para buscar la húmeda entrada hacia mi centro. Jadeé y me arqueé.

—Juego con ventaja, Rubis —ronroneó Eryon en apenas un susurro sobre mi oreja, antes de empezar a mordisquearla a la vez que comenzaba a deslizar su mano entre mis piernas, su dedo en mi interior.

Sus movimientos eran lentos pero profundos y conseguía que con cada uno saliera de mis labios un jadeo, un anhelo, el deseo de que acelerara aquello. Que me poseyera. De la forma frenética que mi cuerpo ansiaba.

No le urgí que lo hiciera. Tal vez porque deseaba alargar aquello hasta el fin de mi existencia. Quizá porque me había pedido que no lo hiciera.

Su boca descendió hasta mi pecho y empezó a succionar mi pezón con firmeza, marcando un ritmo lento, pausado, el mismo al que movía sus dedos en mi interior. Me encontré jadeando, sudando, deseando mil cosas a un tiempo. Dejando que el placer fuera *in*

crescendo, sin saber que podía llegar a sentirse de aquella forma. Pausada. Tan intensa. Tan perfecta.

—Eryon —susurré su nombre cuando algo en mi interior deseaba más, la necesidad de liberar aquella tormenta de sensaciones. De placer.

—Juntos, *faelan*, aún no es el momento. —Separó sus labios de mi pecho para empezar a trazar una línea de besos sobre la piel desnuda de mi vientre, ignorando los restos de hollín o de sangre seca.

Nada parecía importarle.

Solo yo.

Y lo que estábamos compartiendo.

No llegó a retirar los dedos de mi interior, pero se limitó a arquear las puntas, haciendo que una descarga me recorriera a la vez que su boca buscaba entre mis pliegues. Mis manos desaparecieron entre sus mechones de pelo mientras me dejaba arrastrar por el placer.

Jadeé y me arqueé contra él. Sentirlo allí, chupándome, empezó a volverme loca. Sus dedos dejaron de deslizarse por mi interior, pero seguía manteniéndolos curvados, presionando algún punto sensible que hacía que apenas pudiera respirar mientras seguía succionando de mi sensibilidad.

Se separó de mí y sus ojos buscaron los míos antes de empezar a sacar sus dedos, poco a poco, como si quisiera ver en mi rostro cada una de las sensaciones que despertaba en mi cuerpo aquel movimiento.

Se puso de pie y vi que usaba mi humedad para lubricar su polla erecta. Verlo totalmente desnudo, deslizando su mano sobre su miembro y percibir mi olor cubriéndolo, hizo que gruñera con un algo salvaje.

—Jamás pensé que un fae pudiera excitarme de esta forma.

—Jamás pensé que desearía follar y hacerle el amor al mismo tiempo… a mi esposa.

Nuestras miradas se conectaron.

—Te siento, faelan, y te deseo más allá de lo que es propio de un fae. La posibilidad de que te pasara algo en la mina… No es solo cosa del vínculo que nos une. Es algo mucho más profundo. Más

irracional. Tal vez por lo que eres. Tal vez por el hecho de que te amo.

—Te siento, Eryon, y creo que me he enamorado de ti.

Ubicó una rodilla en el margen de la cama y alzó uno de mis pies hasta colocarlo sobre su hombro, dejándome totalmente expuesta y a su disposición. Acercó su cadera a la mía y sentí su miembro entre mis piernas. Sus ojos brillaron mientras, con una lentitud que era desquiciante, fue penetrándome poco a poco, sin dejar de mirarme. La sensación de cómo se abría paso en mi interior era increíble. Todo se sentía a flor de piel, de una forma tan íntima y erótica, que apenas era capaz de contener mis garras y las ganas de clavar en Eryon mis colmillos.

Se detuvo cuando encontró una pequeña resistencia. Se mordió el labio inferior y me observó, como si esperara algo por mi parte. Me arqueé para él y usó aquella invitación para presionar y profundizar su penetración, rompiendo esa barrera con un movimiento que, esta vez, si fue algo más duro. Sentí una mezcla de dolor y placer mientras acababa de acomodarse dentro de mí. Su mano buscó mi clítoris y lo acarició mientras me adaptaba a su presencia y, solo cuando empecé a arquearme contra él de nuevo, presa de la excitación del momento, retrocedió lentamente antes de realizar una embestida firme, dura y rápida, que me colmó por completo y me arrancó un grito. Una sonrisa asomó en su rostro y sus ojos brillaron con satisfacción. Volvió a hacer aquello, retiró parte de la longitud de su miembro poco a poco, dejando que se deslizara con suavidad, para volver a embestirme con fuerza después, arrancándome un nuevo gemido. Uno de mero placer. De excitación. De éxtasis.

La sensación era extraña. No tenía nada que ver con sentir sus dedos en mi interior. Era como si me llenara por completo y mi cuerpo tuviera que adaptarse a su envergadura y longitud con cada penetración, despertando una electricidad invisible que me recorría de arriba abajo mientras las marcas de mis brazos se volvían más evidentes y parecían estar dibujándose de nuevo en un marfil tan brillante que parecía líquido.

—Sentirte así es fascinante, *faelan*.

—Lo es —convine.

Sus ojos brillaron y una sonrisa asomó en su rostro. Deslizó mi pierna por su costado y me aferré a su cintura mientras él se acomodaba entre mis piernas. En esa posición, las estocadas tal vez no serían tan profundas y sentidas como las que acababa de hacerme, pero intuía que podría moverse con más facilidad. Más rápido. Ansiaba que colmara la urgencia que sentía en mi interior.

Sus labios buscaron los míos y me besó con la intensidad del fuego, la destreza de la tormenta y la necesidad del huracán justo antes de empezar a mecerse contra mí con movimientos secos, duros, cada vez más rápidos, que despertaban en mí una mezcla de dolor y placer que era increíble.

Sentir a Eryon era increíble. Excitante. Caótico.

Sentí que su magia me rodeaba y que mi dolor se atenuaba dejando paso solo a ese placer pecaminoso y a la necesidad agónica de sentirnos. Desnudos. Sudorosos. Descontrolados.

Sus movimientos se volvieron aún más rápidos, pero sus penetraciones seguían siendo profundas, desgarrándome de sensaciones desde dentro, hasta que perdí el control de todo lo que me rodeaba. Solo podía sentirlo. Desearlo. Amarlo. Con todo lo que yo era y lo que había sido.

Empezamos a convulsionar el uno contra el otro al mismo tiempo. Las marcas en el brazo de Eryon cobraron vida, como si las sombras las estuvieran dibujando y desdibujando de nuevo.

Escuché el rugido de la tormenta mientras mis garras emergían y buscaban su cuerpo. La necesidad. Apremiante. De dejarme ir. Me tensé. Mis colmillos emergieron y me encontré buscando su cuerpo para morderle de nuevo. Marcarlo. Porque mi loba sentía que aquel fae le pertenecía. Y, presa del momento, no fui capaz de negarme a hacerlo. En el instante en el que mis colmillos se clavaron en él, Eryon se tensó y su miembro latió con fuerza en mi interior.

Alcanzamos el orgasmo juntos, a la vez, mientras los ventanales se abrían de par en par, y un viento huracanado entraba en la habitación, apagando todas y cada una de las velas que nos iluminaban. Un rayo azul surcó el cielo negro, evidenciando la tormenta que latía con fuerza en el exterior, cuando Eryon se dejó caer sobre mí.

Su cuerpo estaba perlado de motas de sudor brillantes. No me importó. Deseaba que su olor quedara impreso en mi cuerpo. Y que el mío cubriera cada centímetro de su piel. Que luciera la marca de mi mordida con el orgullo que yo sentía y el deseo de que todos supieran que era mío.

Sus labios buscaron los míos y me dio un suave beso antes de salir de mi interior. Se estiró a mi lado y me arrastró con el brazo contra su pecho. Me encontré enlazando mis piernas a las suyas mientras escuchaba el latir de su corazón. Me acarició la espalda con delicadeza antes de hacerse con la sábana para cubrirnos.

—Creo que hemos roto el trato que teníamos, *faelan*.

—¿Y eso es algo malo? —le pregunté.

—Depende.

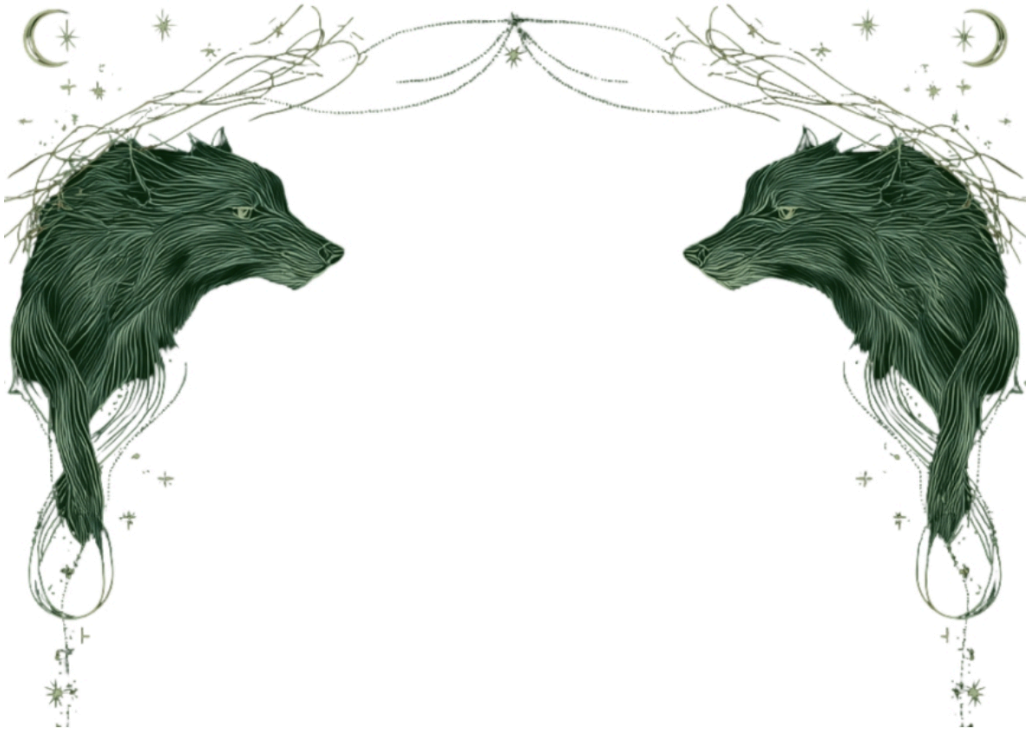
—¿De qué?

—De que no estoy en la disposición de volver a darte esa posibilidad, porque sentirte de esta forma me hace desearte más. Quiero sentirte de todas las formas posibles, *faelan*, ahora y siempre, pero aún no estoy seguro de si estás dispuesta a aceptarme como a tu esposo y compañero.

—Te he vuelto a marcar, Eryon, y nada ni nadie me ha obligado a hacerlo, así que supongo que eso lo dice todo —susurré mientras cerraba los ojos.

Sentí que su mano acariciaba mi espalda y sus labios me besaban con suavidad sobre el cabello revuelto.

Sí. Estaba dispuesta a hacerlo.



CAPÍTULO 34

UNA VISITA

TRES GOLPES. SECOS. Bostecé y sentí que Eryon rozaba mi frente con sus labios. Estábamos enredados el uno al cuerpo del otro; las sábanas que nos cubrían estaban empapadas en nuestro olor y el de las feromonas que habíamos desprendido a lo largo de nuestro encuentro.

Era perfecto. En un sentido absurdo, primitivo y posesivo. Muchas veces había pensado cómo sería mi primera vez. También había fantaseado, tiempo atrás, el con quién. Tenía unas expectativas bajas, por lo que había oído en boca de otras lobas, pero nada más lejos de la realidad. Todo se sentía como si flotara en una nube. La felicidad. Ese nosotros. Si no fuera por los golpes en la puerta, que volvieron a repetirse.

La luz que se colaba por las ventanas me hizo saber que ya era de día. Levanté el mentón y olfateé el aire.

—Es Banasha. —Eryon me observó con un gesto apreciativo. No me cuestionó que pudiera olerla. Percibirla. Esa era una de las cosas que me gustaban de él. Creía en mí.

—Adelante.

La mujer entró y, pese a que su aspecto pretendía ser neutro, pude ver que estaba incómoda. Intranquila.

Era probable que mucho tuviera que ver mi cabello revuelto o el hecho de que podía intuirse, pese a las sábanas que nos cubrían, que ambos estábamos desnudos. Quizá la culpable era alguna complicación de la tormenta salvaje de anoche, esa que sospechaba que mucho tenía que ver con la magia de Eryon y que podía sentirse en el ambiente, palpitando con fuerza, mientras hacíamos el amor.

—Lamento incomodarle, señor, pero existe una incidencia que no podremos contener por mucho más tiempo.

—Te escucho.

—Abajo. —Miró la puerta por la que había entrado y bajó el volumen—. Hay un grupo de lobos.

—Lobos —repitió Eryon; creo que más que preocuparlo, aquello lo divertía.

—Lobos, señor, sí.

—¿Y sabrías decirme qué quieren nuestros peculiares visitantes?

—Quieren hablar con la señora. —La mirada de la fae se dirigió a mi humilde persona.

Agradecí que fueran inexpresivos, de base, porque mi aspecto evidenciaba de lejos lo movidita que había sido mi noche y, por gusto, me hubiera escondido debajo de las sábanas durante un rato.

—Me sorprende que hayan salido de su perímetro, y no tengo claras las consecuencias que implica que lo hayan hecho, pero supongo que imperaba su intención de encontrarte. —Noté la diversión que escondía su voz apagada mediante el vínculo, que se sentía más fuerte y vivo que nunca—. Banasha, hazles esperar en la sala y diles que bajaremos en breve.

—Intentaré retenerlos un poco más, alteza. —Lo que implicaba que llevaba más tiempo del que le gustaría haciéndolo.

Hizo una pequeña reverencia y dio un par de pasos hacia la puerta. Se quedó quieta. Y volvió a girarse hacia nosotros.

—¿Hay algo más que desearías comentarnos? —le cuestionó Eryon, que parecía divertido con aquella inesperada visita.

—Sí, señor. Los lobos. Ellos… —carraspeó, como si no supiera cómo abordar aquello—. Ellos no han traído consigo nada de ropa.

Hice como que tosía para no ponerme a reír a carcajadas de la ofuscación de la pobre mujer.

—En tal caso, tal vez sería apropiado que les proporcionarais algo con lo que vestirse —declaró Eryon con un tono indiferente.

—Sería lo más conveniente, sí. Gracias. Señor.

Salió de nuestra habitación y cerró la puerta detrás de sí. Una vez estuvimos solos, me dio por reír. A carcajadas. Eryon me observó con una media sonrisa ladeada en el rostro.

—¿Deberé acostumbrarme a verte deambular desnuda por todos lados ahora que eres capaz de transmutar?

—Ya te gustaría.

—¿Verte desnuda? Por supuesto. Me pareces fascinante, *faelan*.

—Me parece que Banasha no debe encontrar fascinantes a los machos que andan por abajo.

Hizo una pequeña mueca y se levantó de la cama. Me tendió la mano y la acepté.

—Entiendo que la desnudez es algo habitual entre lobos, pero no tanto entre faes.

—¿Es tu forma de aconsejarme que no vaya desnuda por casa?

—Eres libre de hacer lo que te plazca, *faelan.* Aunque no te negaré que me incomoda que sean otros los que vean tu cuerpo desnudo y no solo yo.

—¿Sabes que eso ha sonado hasta cierto punto posesivo?

—¿Y sería un problema si así fuera?

—A mí tampoco me gustaría que fueras exhibiéndote frente a todo el mundo —admití—, pero eso no significa que, mientras no controle mis transiciones, pueda acabar desnuda a saber dónde.

—Lo entiendo.

—¿Sí?

—Eres una loba*, faelan,* y sé que para ti era importante lo de transmutar. Tú has aceptado lo que soy, mi mundo, mi magia, mi posición. Lo justo es que yo haga lo propio.

Me puse de puntillas para besarle.

Eryon activó la bomba de agua y nos duchamos juntos. Restos de hollín y sangre acabaron tiñendo de tonos oscuros el suelo. A ninguno de los dos pareció importarnos.

En la elegante sala de recepción de Eryon estaban seis lobos y ninguno de ellos había cedido al impulso de usar una de esas refinadas sillas tapizadas ni tampoco aposentar su trasero en uno de los sillones de cuero. No fuera caso que tuvieran que agradecerles la hospitalidad a los faes.

Sobre la enorme mesa había un par de bandejas con fruta cortada, pero no las habían tocado. Por desconfianza. Estaba segura.

Si su presencia no me hubiera traído el recuerdo de Alandalus, me hubiera dado por reírme a carcajadas, porque se veían un tanto ridículos, vestidos con túnicas faes y pantalones holgados de tejidos demasiado suaves para lo que un lobo está acostumbrado. Especialmente uno que lleva mucho viviendo en el bosque, como un salvaje, a la intemperie.

Timber fue el que se adelantó en cuanto entramos en la sala. Alzó el mentón. Aunque nos hubiéramos duchado, el olor de nuestros cuerpos se había entrelazado formando un algo único. A ninguno de los lobos les pasó por alto ese detalle. Todos eran conscientes de qué habíamos estado haciendo Eryon y yo esa noche. Lo que me hizo sentir un poco culpable. Porque tal vez ellos habían estado llorando a su amigo caído. O desafiando el perímetro de seguridad que les permitía vivir aislados de sus manadas de origen para encontrarme.

—No esperaba una visita tan temprano —sentenció Eryon.

—Eso significa que sabías que vendríamos —le retó Timber mientras todos los lobos nos observaban, tensos.

—Percibí que habíais salido del perímetro y, por lo que me contó Rubis sobre su transformación en loba, supuse que vuestra intención era encontrarla. —Deslizó su mirada sobre todos ellos.

—El instinto de un lobo puede llevarle hasta los suyos —intervino Jandro haciendo que me estremeciera. Había algo ahí, latiendo en sus palabras, algo que no decía pero que era tan o más relevante que el resto. Eryon asintió. Como si él pudiera leer más allá de lo que había dicho.

—Tú lo sabías. Quién era ella. La trajiste por eso. Para debilitar a los lobos del otro lado —le acusó Ferder, que estaba apoyado sobre una pared, al lado de uno de los enormes ventanales que daban al jardín.

—Es imposible que lo supiera. Jamás se había transformado antes —negó Eryon. Los lobos lo estudiaron, la desconfianza era patente en sus miradas—. Siento lo de vuestro camarada.

Me sorprendió inclinando la cabeza hacia los lobos. Como si les reconociera algo. Movida por un resorte, avancé para ir a su encuentro. Timber, Andi y Killian me rodearon y me fundí con ellos en un abrazo mientras me obligaba a no ponerme a llorar.

—Fue culpa mía —murmuré.

—Todos hubiéramos hecho lo mismo, alfa —susurró Andi.

—Él lo sabía —añadió Timber.

—¿El resto estáis todos bien? —les cuestioné.

—Lo estamos, alfa —contestó Ronn. Le miré, confundida, obligándome a reaccionar más allá del dolor de la pérdida.

—¿Alfa? —repetí en voz alta.

—Entiendo que eso, al margen de complicar las cosas, es el motivo por el que habéis decidido alejaros del perímetro transformados en lobos —murmuró Eryon.

—¿Complicar las cosas, fae? ¿En qué sentido? —Jandro parecía cansado. Más viejo. Supe que la pérdida de Alandalus mucho tenía que ver con su aspecto y las ojeras que enmarcaban sus ancianos ojos.

—Sé poco de la estructura de los lobos, pero entiendo que no es una casualidad que hayáis podido localizar nuestra casa en tan poco tiempo.

—¿Vuestra? —le cuestionó Killian.

—Rubis es mi esposa; lo que yo soy es suyo.

—¿Y ella sabe que los faes te llaman alteza? —presionó Timber y decidí intervenir.

—Lo sé, sí. —Pude sentir la tensión que latía en el ambiente—. Alandalus también lo sabía y a él no le importó.

—Te debemos lealtad porque desciendes del linaje de los lobos blancos, pero no puedes pedirnos que le seamos leales a él —intervino Ronn.

—Yo no os he pedido nada. Por mí, podemos hacer como que nada de todo aquello ha pasado. —Apreté los labios y busqué a Jandro con la mirada—. Entiendo que me culpéis de la muerte de Alandalus.

—Fue culpa de la mina fae. —La mirada del anciano lobo se deslizó hacia Eryon.

—Nunca había pasado nada así —intervino Killian—. Es como si algo, o alguien, lo hubiera desencadenado.

—Si Timber no te hubiera visto arriesgando tu vida y la de los tuyos, dudo que hubiéramos venido mostrando nuestros mejores modales, fae. —Ferder lo estudió—. Salvaste a Rubis, pero no confiamos en ti ni tenemos claras cuáles son tus intenciones con ella, al margen de calentarla en la cama.

Eryon no pareció molesto con su comentario, ni sorprendido con el hecho de que supieran que nos habíamos estado acostando.

—Lo que sucedió en la mina no tiene ningún sentido. —Apretó los labios y me observó—. Excepto que el vínculo que compartimos activara de alguna forma el metal inestable.

—¿Qué quieres decir? —Me tensé.

—El ébano feérico puro reacciona de forma impredecible con la magia fae —murmuró—. Es posible que, a través del vínculo, el metal pudiera percibir mi magia y eso desencadenara el proceso. Es una teoría con muchas debilidades, pero es cierto que yo puedo sentir instintos que no son propios de los míos y que de alguna forma dependen de lo que tú eres.

—¿Eso qué significa exactamente? —le cuestioné.

—Que nuestro vínculo es poco común es algo que ambos sabemos. —Sus ojos se centraron en los míos—. No acierto a entenderlo, pero no encuentro otra justificación para lo que sucedió.

Jamás me hubiera arriesgado a llevarte a un lugar que podía convertirse en una trampa mortal.

Asentí. Lo creía.

—Nuestras condiciones han cambiado, fae, y nuestras lealtades, también.

—Habéis salido del perímetro y estáis aquí —sentenció Eryon—. ¿En qué situación se supone que nos deja eso?

—Ya no dependemos de él.

—¿Es eso posible? —le pregunté a Jandro, sorprendida.

—La vida tiende a ponernos en situaciones extrañas, faelan, por lo visto. —Eryon usó un tono neutro, indiferente—. Llevas mucho tiempo sola y ahora, además de un marido, acabas de hacerte con una manada.

—¿Una manada? —Parpadeé y miré a los lobos que me rodeaban. Di un respingo y me alejé de ellos. En un acto reflejo. Mi espalda chocó con el torso de Eryon. Escuché que reía por lo bajo mientras sus manos buscaban mi cintura.

—No, no, eso es imposible.

—No es algo que puedas negar, Rubis —sentenció Jandro.

—Eres alfa de alfas —afirmó Timber.

—Algo sucedió en la mina. Rompimos los caducos lazos que nos ataban a nuestro pasado y descubrimos que se habían forjado nuevos, entre nosotros —añadió Killian.

Empecé a removerme inquieta, pero la presencia de Eryon consiguió aplacar parte de mi nerviosismo.

—No estáis hablando en serio. —Los observé. Me sentía atrapada. Acorralada. No podían estar hablando en serio.

¿Alfa de alfas?

¡Pero si ni siquiera había sido capaz de salir de la mina por mis propios medios!

—Creo que sí lo hacen, *faelan*. —Su voz sonó neutra, pero podía sentir que se lo estaba pasando en grande.

¡Cabrón!

—No, no, ¡yo no estoy preparada para mandar a nadie!

—Lo llevas en la sangre y, te guste o no, es algo que no se elige; es algo con lo que se nace —me retó Timber.

—Yo nací huérfana. Pequeña. ¡Sinlobo!

—Ya no más —sentenció Jandro.

—Ni siquiera sé cómo transmuté…

—Eso ya no importa, Rubis. Lo hiciste. Y ya no hay vuelta atrás. —Ferder mostró una serenidad que no era muy propia de él—. Ni para ti ni para nosotros.

Tenía la sensación de que no le gustaba la idea. La de volver a formar parte de algo que le había sido impuesto

—Lo siento.

Me sostuvo la mirada y acabó inclinándola, como si aceptara el hecho de que no era algo que yo hubiera provocado de forma consciente, incluso si las consecuencias lo cambiaban todo.

—Así que, por lo visto, en vez de un puñado de lobos, ahora hay una manada en territorio fae —murmuró Eryon y su voz sonó como una caricia sobre mi piel—, y dudo que estéis dispuestos a volver a los bosques que han sido vuestros durante las últimas décadas.

—Las manadas se mantienen unidas —dictaminó Jandro con un porte altivo, recordándome que había sido el alfa de la suya durante muchos años.

—Entiendo que deberemos acostumbrarnos a vuestra presencia, en tal caso. —intervino Eryon y los lobos lo estudiaron—. Estoy en deuda con vosotros, en honor al lobo que arriesgó su vida para salvarla.

—Alandalus. Se llamaba Alandalus —puntualizó Timber.

—Si, igual que la suya, vuestra lealtad es para con mi esposa y estáis dispuestos a proteger su vida con la vuestra, no interferiré en que os instaléis cerca.

—¿Habla en serio el comehojas? —le cuestionó Ronn a Killian. Ninguno de los lobos se esperaba que no hubiera algún tipo de resistencia por parte del rey de los faes.

—Eso parece.

—¿Comehojas? ¿En serio?

—Los he oído llamaros cosas peores. —Empujé mi espalda contra su torso y él afianzó su agarre en mi cadera. Sentirle me daba paz. Confianza. Incluso si tenía mil dudas sobre todo lo que Eryon no decía.

—Hay algunas casas vacías cerca de los lindes del bosque, tal vez podrían instalarse allí, siempre que eso sea lo que tú quieras, *faelan*. —Las miradas de todos los lobos se volcaron en mí. Eryon rozó mi cabeza con su mentón mientras yo me ponía roja como un tomate—. Eres mi esposa, su alfa, así que es una decisión que te corresponde tomar a ti, ¿no crees?

¿Quería tenerlos cerca? Apenas los conocía, pero lo cierto es que era innegable que poder compartir risas con alguien o que me acompañaran en el proceso de reencontrar a mi loba y enseñarme a actuar como una, me atraía mucho. Éramos criaturas sociables. Si era cierto que ahora formábamos parte de una manada, lo natural sería que lo hicieran. Que se quedaran a vivir cerca.

Mis dudas quedaron en un segundo plano cuando sentí la diversión de Eryon latiendo a través del vínculo.

—Te lo estás pasando en grande, ¿verdad? —mascullé entre dientes y vi que los lobos fruncían el ceño y se tensaban.

—Es una situación tan absurda como cómica; no puedes negármelo.

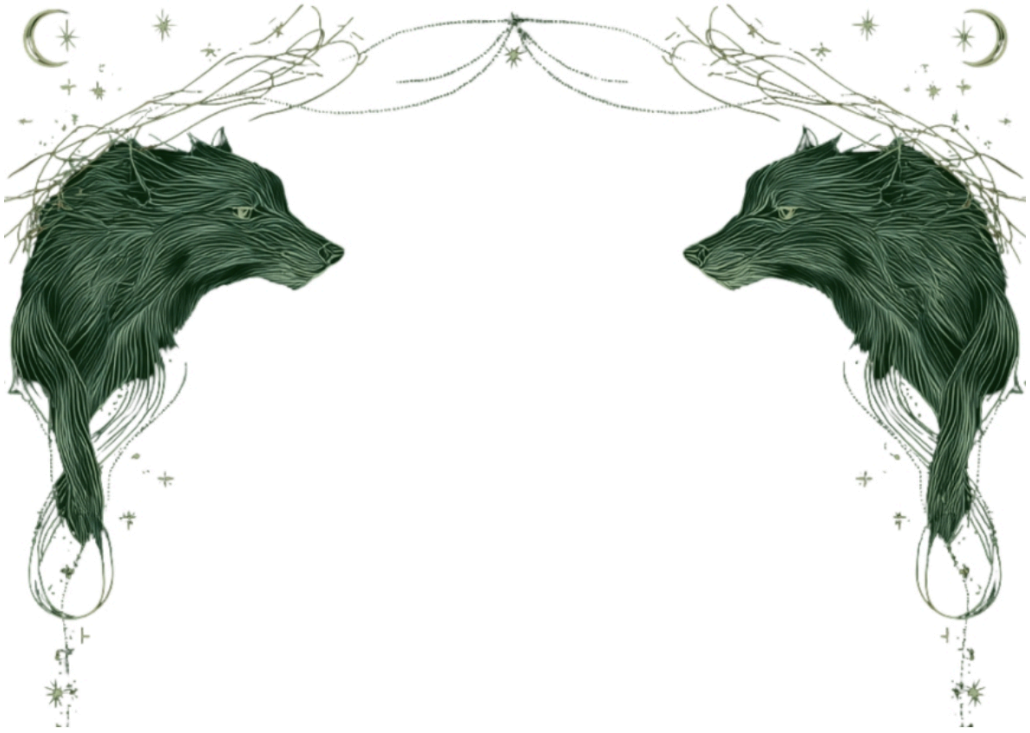
—¿Los faes que viven aquí no se sentirán violentos? —le pregunté.

—Incómodos, sí, desde luego, pero podríamos establecer algunas normas de convivencia, como, por ejemplo, que no se presenten desnudos en casas ajenas.

No pude evitar ponerme a reír por lo bajo al recordar la incomodidad de Banasha. Creo que a los lobos les sorprendió aquella complicidad entre nosotros.

—Supongo que tendremos que ajustar esas condiciones —murmuré.

—Sospecho que las negociaciones serán intensas —ronroneó y sentí los matices de su olor cambiar, recordándome el deseo compartido. Su cuerpo. Contra el mío. Le golpeé con el codo en las costillas, pero se mantuvo estoico, como si nada de aquello estuviera pasando—. Hablaré con Banasha y pediré que acondicionen un lugar apropiado. Supongo que tendréis que poneros al día.



CAPÍTULO 35

UNA VERDAD QUE QUEMA

ERYON SE INCLINÓ PARA BESARME en la cabeza antes de liberarme de su contacto, ignorando a los lobos que nos miraban con una mezcla de sorpresa e incredulidad. Me giré y nuestros ojos se cruzaron. Una pequeña sonrisa curvó sus labios, un reconocimiento entre nosotros. Miró a los lobos con la frialdad propia de un fae y se fue de la sala.

—¿Eso ha sido algo así como un fae coqueteando? —expuso Ronn con una mezcla de repulsión y curiosidad, a lo que opté por levantar el dedo corazón y hacerle una peineta.

Observé a los hombres que me rodeaban, tomando consciencia de que Eryon me había dejado a solas con esa panda de lobos.

Rectifico: estaba a solas con mi manada.

¿En serio?

¿Era cierto que descendía de aquel linaje extinto? ¿Por qué diablos me abandonaron en ese bosque mis padres?

Cuando levanté la mirada, todos estaban quietos, observándome, esperando no tengo del todo claro el qué.

Me dejé caer en una de las elegantes sillas de respaldo alto y me acerqué una bandeja.

—No puedo pensar con hambre. —Si ellos desconfiaban de la comida fae, era su problema. Yo estaba hambrienta.

—Es lo que tiene el sexo, despierta el apetito, alfa —Ronn soltó aquello y Killian le golpeó en el costado, el lobo empezó a reír por lo bajo.

—¿Estás bien? —se interesó Timber, sentándose a mi lado.

—Sí, gracias, pero me niego a hablar del tema del sexo. —Miré a Ronn y Killian, que estaban conteniendo a duras penas la risa, y les lancé una ciruela.

La cazaron al vuelo, pero, como estaba pelada, se pringaron al hacerlo. Una pequeña venganza por mi parte. Los sonreí.

Los lobos tomaron asiento a mi alrededor.

Aquello me ponía nerviosa. Se sentía demasiado solemne.

—Lo siento, en serio, pero no tengo experiencia en esto. ¿Qué se supone que queréis que haga? Si estáis esperando un discurso inspirador o alguna mierda de esas, os juro que no soy la loba apropiada.

—Jamás pensé que conocería a un lobo blanco.

—Decían que vuestro linaje era extinto.

—¿Cómo es posible?

Hablaron todos a un tiempo, de una forma caótica. Me dio por reír. Si pensaban que yo tendría las respuestas para todo aquello, lo tenían muy chungo.

—Lo único que puedo deciros es que me abandonaron en el bosque. —Mastiqué un pedazo de manzana y me animé a añadir—: Aunque es cierto que me han pasado cosas raras.

—¿Cosas como *vincularte* al rey de los faes?

—Ese es un gran ejemplo —repuse mirando a Andi, que parecía más divertido que preocupado por todo aquello. Era un tipo alegre que contrastaba por completo con su pareja.

—¿Podrías intentar enumerar esas cosas? —me pidió Jandro, y supe que quería intentar ayudarme. Entender mi historia. Eran poco más que desconocidos, forajidos, renegados, y, sin embargo, estaban allí. Habían salido del perímetro en el que la magia fae les protegía de su pasado. Del murmullo de los suyos. Para llegar hasta mí.

—Dejaron un colgante y una nota que decía: «Nadie la someterá» en el capazo en el que me encontraron.

Esa nota ahora empezaba a cobrar sentido, ¿no?

Alfa de alfas. Por muy absurdo que sonara.

¿No era algo así lo que había sospechado mi antiguo alfa? Que descendía de un linaje fuerte. Igual que Martin. ¿Por qué si no la diosa Luna me hubiera elegido para ser la compañera de un lobo tan poderoso como Riker? Ese hallazgo, mi ascendencia, cambiaba muchas cosas, pero seguía siendo un misterio el porqué me abandonaron.

—Quien te abandonó lo sabía —opinó Killian y no pude negarme a esa posibilidad.

—¿Qué hay del colgante?

—No sabría decirte; en cualquier caso, lo perdí. —O, para ser más precisos, se había quedado al fondo de algún cajón de la casa de la manada de los Atrum—. Cuando el alfa heredero de los Atrum me reconoció como a su pareja predestinada…

—No es un alfa cualquiera, ese. —Ronn silbó al escuchar aquello.

—¿Lo conoces? —le cuestioné, sintiéndome de repente un poco incómoda.

—No personalmente.

—Coincidí con su padre —intervino Ferder entonces—. Era un lobo de aspecto severo. Es sabido que era exigente para con los suyos, pero era un buen líder.

—Tanto como para hacer que su hijo se liara con otra para asegurar el futuro de la manada, sí —le contesté.

—La diosa Luna quiso bendecir a los Atrum eligiéndote a ti como compañera de su heredero —opinó Jandro—. Lamento lo que sufriste y que no supieran reconocer tu valía.

—Yo era una huérfana incapaz de transmutar. Para ellos, no era nada ni nadie.

—Aún te duele.

—No lo sé. Creo que ya no. —Le sostuve la mirada.

Creo que todos los presentes eran conscientes de que ese cambio mucho tenía que ver con el rey de los faes. Con la forma en la que nos reconocíamos o cómo nuestros olores ahora formaban parte de un todo. Para alguien que había sufrido al perder a su compañera, Jandro entendía mejor que muchos todo lo que había pasado con aquel rechazo. Con la traición.

Sin embargo, no estaba segura de si podía comprender que Eryon para mí era algo así como una segunda oportunidad. Que lo que compartíamos no era solo esa atracción física que nace entre dos lobos que se reconocen. Era algo más profundo. Casi diría mágico. Una conexión. Que podía hacer que un fae deseara mi cuerpo como si fuera un lobo y una loba sintiera la magia que latía a su alrededor. Mediante aquel vínculo.

Lo amaba. Y estaba descubriendo mi propia felicidad, a su lado. Me merecía aquello. Ser feliz.

—¿Nunca sospechaste que eras especial? —me cuestionó Timber.

—Especial en sentido mierda, sí; especial en plan molo un montón, nunca. —Se me escapó una sonrisa traicionera antes de apretar los labios—. Miento. Pasó algo. Hace meses. Cuando conocí a Riker.

No me estremecí al decir su nombre. Como si el poder que había tenido sobre mí y mis emociones estuviera empezando a desvanecerse y pudiera liberarme de su influencia.

Les conté lo que pasó aquella noche de luna llena. Cuando Emma conoció a Nathiel. Mi huida. No me interrumpieron, aunque sentí su inquietud a medida que avanzaba en la historia.

—¿Que hiciste qué? —cuestionó Andi mostrando su agitación.

—Ya me chillaron, no hace falta que repitamos eso de que se me fue la pinza, ¿vale?

—La luna te sonreía, *faelan*, por lo que eres. Incluso si tú no lo sabías, ella te reconocía como a una loba blanca —opinó Jandro.

Admito que no me sorprendió que me recriminaran lo de haberme adentrado en territorio de los Ferus. Ni tampoco cuando acabé contándoles que extraje la plata líquida del cuerpo de Riker.

—Lo amabas —murmuró Jandro, creo que recordando a la que había sido su compañera.

—Hubiera dado mi vida para salvar la suya, así que sí, supongo que sí.

—El rey de los faes estaba dispuesto a dar la suya para salvar la tuya —intervino Timber, tras un titubeo, como si intentara asumir que él había hecho lo mismo. Arriesgar su vida para salvar la mía.

—Es irónico, ¿no? —Le miré, pero, contra todo pronóstico, fue Ferder el que intervino.

—El destino, el amor, tiende a sorprendernos. No dejes que nadie te juzgue por ello. Ni siquiera nosotros. —Andi sonrió al escucharle decir aquello.

Pese a que había hablado de todo aquello con Eryon, hacerlo con los que eran mis iguales se sintió liberador. Mis miedos. Mis preocupaciones.

No sé si por el hecho de que ahora éramos en realidad una manada o porque llevaba demasiado tiempo callando y necesitaba confiar en alguien, pero volqué en ellos todo lo que me había estado ahogando a lo largo de los últimos meses.

La temporal felicidad que viví entre los Atrum y cómo me convertí en prisionera hasta que Eryon vino a buscarme.

Les conté también sobre los incidentes en el territorio de los lobos. Aquellos que habían contaminado al padre de Riker. Y matado a muchos lobos.

—Me preocupa que haya plata líquida en el territorio de los faes —opinó Timber; vi que todos los lobos asentían.

Incluso si habían abandonado a sus manadas, existía esa emoción compartida. La de protegerlos. Todos los presentes descendían de alfas o betas. Formaba parte de lo que eran. Incluso si habían buscado la muerte, el silencio, en el Matalobos, muchas cosas

habían cambiado desde que algo les empujó a tomar esa decisión radical. Y ahora tenían otros motivos por los que vivir. O luchar.

—¿Sabes que eso apunta a los faes? —me advirtió Ferder.

—Lo sé. —Suspiré—. Le pregunté a Eryon.

—¿Lo hiciste? —Se sorprendió Ronn; asentí.

—Negó saber nada al respecto. —Titubeé—. Opina que podrían ser los humanos en un intento de inculparles para que viejas rencillas vuelvan a activarse.

—¿Lo crees?

—Quiero creerlo.

—Aun siendo un fae —puntualizó Ronn.

—Aun siéndolo —asentí.

En un movimiento brusco, Timber se levantó y empezó a dar vueltas por la estancia, como un lobo enjaulado, mientras se pasaba una mano por el tupido cabello. Le observamos en silencio.

—Es posible —masculló de repente— que no sean los faes. Crucé el Matalobos para alejarme de todo aquello. Joder.

—¿Alejarte de qué, Timber? —le cuestionó con voz firme Jandro.

—Sé a fe cierta que los faes no son los únicos que disponen de plata líquida.

Nos quedamos todos en silencio, esperando a que Timber organizara sus pensamientos, aunque, por lo que podía intuirse en su mirada, tenía serios problemas en hacerlo. En recordar un pasado del que había huido.

—Poco antes de cruzar el Matalobos, conocí a mi pareja predestinada —empezó a contarnos—. Era increíble: tenía una cabellera caoba con tonos rojizos, salvaje. Los primeros meses fueron… intensos.

Escuché que alguien reía por lo bajo, pero Timber no parecía feliz con aquellos recuerdos, sino más bien como si le quemaran. Perder a una compañera era algo duro, Jandro y yo lo sabíamos.

—¿Qué pasó?

—Cuando la conocí, era el beta del alfa heredero de los Noctis, pero apenas en un par de meses, el alfa regente murió en condiciones atípicas.

—¿Plata líquida? —le cuestioné y su mirada buscó la mía.

—Se consideró una muerte natural.

—Pero no estás seguro —puntualicé; negó con la cabeza.

—La plata líquida no huele, así que, si no se analiza y se busca de forma concreta, es imposible saber que un lobo está contaminado. No es como lo que nos has contado que le pasó al regente de los Atrum, en donde hubo una explosión, un incidente, que les hizo sospechar de su dolencia —respondió tras tomarse su tiempo—. Nadie se planteó esa posibilidad.

—¿Qué cambió? —le preguntó Ferder—. Está claro que tú sospechas que no fue una muerte natural.

—Tras unos meses en los que el alfa heredero empezó a asumir su responsabilidad, Amaral empezó a hacer comentarios sobre todo lo que consideraba que no hacía de forma apropiada. —Se frotó la frente, en la que habían aparecido unas arrugas que le hicieron aparentar mucho más mayor, en vez de los *ventilargos* que debía de tener aquel lobo—. Una noche, insinuó que tal vez yo sería un alfa más apropiado y que ella sería mi luna. Le seguí el juego, pero jamás pensé…

—Que ella lo dijera en serio —murmuró Ferder y él asintió—. Lo siento, muchacho.

—Poco después, una noche, me aseguró que había conseguido algo que solucionaría nuestros problemas. —Inspiró profundo—. Era un vial de plata líquida.

Todos nos tensamos.

—¿De dónde diablos sacó una loba algo así? —masculló Jandro; parecía irritado.

—Me contó que tenía amigos en Arra y que estos tenían amigos dentro de una organización cuyo nombre no recuerdo. Hace mucho que intento olvidar aquella noche. —Su mirada parecía perdida—. Aquella realidad hizo que me planteara muchas cosas y me asaltaran cientos de dudas. Debería haberla delatado; mi lealtad era para mi alfa, el que había sido mi amigo desde que éramos apenas un par de niños.

—Pero la amabas —susurró Jandro—, y no lo hiciste.

—Me decanté por… —Se hizo un silencio. Todos sabíamos a qué hacía referencia. Prefirió desaparecer, morir, antes que delatar a su

compañera o traicionar a su alfa.

—Consiguió la plata líquida de territorio humano —intervino Ferder—. Arra es una de sus ciudades principales y no es un lugar que vaya a frecuentar un fae.

—¿Y si han aprendido a sintetizarla? —cuestionó Killian.

—¿Por qué diablos la usarían contra los lobos? —masculló Andi entre dientes.

—Eryon me hizo pensar en que tal vez los humanos no están tan felices con nosotros. Despreciamos a los mestizos y nuestras leyes prevalecen sobre los derechos de los humanos cuando están en nuestros territorios. —Los observé—. Mi mejor amigo era un mestizo. Su vida no era fácil. Ni siquiera sabía quién era su padre; ese lobo en concreto se estuvo follando a su madre durante meses, pero cuando la supo embarazada la abandonó.

Me observaron en silencio. Si censuraban aquello o consideraban que era lo correcto por nuestra supuesta supremacía, no lo verbalizaron.

—Quizá no es una locura que estén usando plata líquida, o algo parecido, para inculpar a los faes de esos ataques; de hecho, Riker me dijo que se estaba gestando una revuelta contra los faes.

—Es retorcido. —Ferder me observó—. Lo veo.

—Brillante, de hecho —murmuró Jandro—. Quieren que nos matemos entre nosotros, mientras ellos observan el conflicto que han provocado desde las sombras.

—¿A eso le llamas un plan brillante? —protestó Killian.

—Cuando te sientes inferior, un enfrentamiento directo nunca es la mejor opción —murmuró Andi.

Pensé en Timber. Al final, mi vida no era el único dramón en el mundo.

—¿Y ahora qué? —cuestionó Ronn.

—Dejar que los lobos piensen que los faes son los culpables de los ataques puede acabar desencadenando una guerra —opiné.

—Empiezas a hablar como una líder —puntualizó Killian y le mostré una peineta.

—¿Qué sugieres? —Jandro me observó, una expresión neutra pero confiada en su mirada.

—Deberíamos advertirles. —Me giré para mirar a Timber—. Sé que lo que te voy a pedir no es fácil, pero ¿crees que serías capaz de contar tu historia al que fue tu alfa?

—¿Serviría de algo que lo hiciera? —preguntó Andi al ver que Timber estaba tenso, asumiendo la posibilidad de volver y de enfrentarse al pasado del que había huido.

—Esa loba tiene un contacto, un nombre, el que sea, del que los Noctis podrían tirar para encontrar los laboratorios o donde sea que están fabricando la plata líquida —intervino Ferder, que no parecía muy ilusionado con aquello, pero era consciente de la importancia de lo que estábamos hablando—. Por lo que dice Rubis, han muerto varias decenas de lobos de varias manadas, pero eso sería una nimiedad en comparación a una guerra abierta con los faes, por no decir que nos encontraríamos en fuego cruzado.

—Hemos de destruirlos antes de que sea demasiado tarde —sentenció con dureza Jandro.

Timber asintió.

—No estás solo, ¿vale? —le aseguré—. Se supone que somos una manada, ¿no?

Jandro sonrió y vi que los lobos asentían con algo parecido a la satisfacción. Como si, de repente, formar parte de algo no les molestara. Al contrario. Como si intervenir en lo que estaba pasando al otro lado del Matalobos, proteger a los que habían formado parte de su pasado, les diera un nuevo sentido a lo que eran.

—Así que vamos a tener que volver a cruzar ese río infernal —sentenció Ronn, que no parecía asustado por volver a jugarse la vida.

—Sé de alguien que puede ayudarnos a no jugarnos el pescuezo, solo que no sé cómo diablos voy a plantearle algo así.

—Si quieres un consejo, hazlo después de un buen polvo. Incluso siendo un fae, digo yo que eso lo ablandará un poco —opinó Andi luciendo una amplia sonrisa en su rostro.



CAPÍTULO 36

UN TRATO

ME DESPEDÍ de los lobos y me dirigí a la galería, al encuentro de Eryon. ¿Cómo sabía que estaba allí? Por ese sexto sentido mío. Algo que, tal vez, tenía mucho que ver con el lobo blanco.

Ese lugar mágico se había convertido en algo así como nuestro refugio. Nadie entraba excepto nosotros y allí habíamos descubierto nuestro interés común por los libros. La mayor parte de los textos que disponía estaban escritos en lengua común, pero, al margen de eso, había empezado a estudiar el lenguaje antiguo de los faes. Se me daba de culo, pero Eryon era paciente y no parecía molestarle repetirme un mismo término, un sonido, infinidad de veces.

—¿Qué tal ha ido, *faelan*?

—No sabría por dónde empezar. —Me sonrió mientras me dejaba caer en uno de los sillones—. ¿Cómo se lo ha tomado Banasha?

—La idea de tener lobos rondando nuestros terrenos le molesta, pero menos que tenerlos desnudos en el salón.

Me arrancó una carcajada.

—Me gusta cuando haces eso.

—¿Reírme?

—Sí.

—Podrías probar más a menudo, a ti también te queda bien una sonrisa amplia y una de esas risas bajas tuyas.

—Lo tendré en cuenta. —Me observó—. Percibo que estás inquieta.

—Se me hace extraño pensar en que formo parte de algo, supongo que tardaré un tiempo en acostumbrarme. —Me obligué a sonreírle—. La parte buena es que ahora podré comer carne sin tener que insertarle a un pobre animal una flecha en medio del pecho.

—Astrid opina que tienes una habilidad natural con el arco.

—Dudo que lo haya dicho con esas palabras.

—Quizás no, pero la conozco. —Se mordió el labio inferior—. Sabes que los faes decimos mucho con nuestros silencios.

—Empiezo a acostumbrarme a ese tipo de cosas.

—¿Y qué tal?

—Bien.

—Me alegro.

Pensé en Timber y en su lealtad para con su compañera. Si Riker hubiera sido la mitad de lobo que él, las cosas habrían sido muy diferentes. Sin embargo, tal vez entonces no habría llegado a conocer a Eryon. Ni el mundo fae o la magia que latía en él. Quizá nunca habría sido capaz de transmutar. Descubrir que pertenecía a ese linaje en teoría extinto.

Era extraño como, de repente, me sentía afortunada de que el dolor y la traición de Riker me hubieran ayudado a encontrar este camino. No tenía sentido negar que amaba a Eryon. Y que, tal vez, desde el inicio ese había sido mi destino. Ser la esposa del rey fae, descubrir que era una loba blanca y acabar con una manada de

lobos renegados. Si algún día le podía contar esta historia a Re, ni de coña se la creería.

Con todo, incluso si sentía como que estaba encontrando mi lugar, no podía eludir la historia de Timber. Ni el hecho de que, de alguna manera, los humanos estaban usando la plata líquida contra los lobos.

No era que me sintiera alfa de alfas.

Ni nada de eso.

Pero una tiene un algo de moralidad.

Y un sentimiento de justicia.

Había lobos a los que preferiría no volver a ver en mi vida, como a las zorras de mi instituto o a Riker, pero también había lobos que me habían protegido y acompañado a lo largo de los años.

—Estás frunciendo el ceño —murmuró—. ¿Vas a contármelo?

—Intuyo que no va a gustarte. ¿Recuerdas lo que te conté de que estaba habiendo incidentes con plata líquida en el territorio de los lobos?

—Eso es un *algo* difícil de olvidar, *faelan*.

—¿Has descubierto algo?

Eryon dejó el grueso tomo que tenía entre manos sobre la mesa de su despacho y se apoyó en ella en una actitud que parecía relajada, pero que yo sabía que implicaba muchas más cosas.

—Es cierto.

—¿Es cierto?

—Es cierto que ha habido incidentes con plata líquida.

—Eso ya lo sabía, gracias. —Puse los ojos en blanco—. ¿Tienes un «pero» o un «algo más» que contarme?

—Miles ha estado visitando varios gremios de alquimistas. Aún no hemos dado con quién puede estar detrás, pero no es algo que vayamos a dejar pasar. —Me observó—. ¿Me crees si te digo que no tengo nada que ver con esas incursiones?

—Te creo. —Asintió y vi que se aliviaba la tensión presente en su cuerpo—. De hecho, creo que no encontrarás nada, por mucho que busques. Tengo algo que contarte.

Me estremecí y, aunque no fue por el frío, Eryon se levantó y susurró unas palabras para que en la chimenea que había frente a

mí aparecieran unas llamas anaranjadas que me aportaran un poco de calor extra. Se levantó y se acercó a mí con pasos lentos, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Movió las manos y un sillón se deslizó a esa posición.

No parecía importarle dejar de hacer lo que fuera que estaba haciendo, incluso si, tal vez, era mucho más importante que mis teorías sobre humanos, plata líquida y lobos.

—Te escucho.

—La compañera de Timber consiguió plata líquida de un amigo suyo que habitaba en Arra. —Evité contarle más allá de lo que era imprescindible, no tanto porque no confiara en él, sino porque no quería revivir la historia del lobo.

—¿La ciudad humana que hay al suroeste?

—La misma. —Ladeó la cabeza y me observó.

—Consideras la posibilidad de que la están sintetizando en un laboratorio humano. —Asentí—. Así que al final sí crees en que la podrían están usando para que la tensión entre lobos y faes vaya *in crescendo*.

—No es divertido si lo resuelves tú solo —protesté.

—Somos uno, *faelan*, y conectamos en todos los planos posibles, ¿recuerdas? —Me sonrojé por cómo dijo aquello. Sus ojos tintinearon. Quizá no podía oler los cambios en mi rastro, pero no lo necesitaba. Lo sabía. Cómo conseguía afectarme. El recuerdo de esa noche compartida.

—Hemos de desenmascararlos antes de que las cosas se compliquen.

—¿Hemos? —Ladeó la cabeza.

—Ahora llega la parte que no te va a gustar.

—Sorpréndeme.

—Quiero acompañar a Timber hasta su antigua manada para que le cuente su historia a su alfa y que interroguen a la loba que consiguió la plata líquida. —Obvié que la loba en cuestión tal vez era una asesina que había matado al antiguo alfa. Era evidente, por su rictus severo y su ceño fruncido, que no se esperaba que le pidiera algo así. Volver al territorio de los lobos. Y le molestaba la idea.

—Es una idea pésima. —Al menos no negó lo que sentía que, para ser un fae, era un logro. La verdad, no esperaba que se pusiera a dar saltitos de alegría, así que no me vine abajo ante su comentario.

—Hemos de conseguir encontrar a la persona de Arra y tirar de ese hilo para localizar y destruir el laboratorio antes de que mueran más lobos. Sé que quizá no te preocupa lo que pueda estar pasando al otro lado del Matalobos, Eryon, y lo respeto; pero si las cosas siguen así llegará un día en que los lobos decidirán romper el Tratado y declararnos la guerra.

Apenas había respirado mientras soltaba todo aquello. Me quedé quieta, esperando, pero Eryon se limitó a mirarme.

—De todo lo que has dicho, lo único que me satisface es esa última parte, la de declararnos la guerra.

—¡No puedes permitir eso! —gruñí molesta. Ahí Eryon empezó a reír por lo bajo; me tensé. ¿Acaso todo lo que creía saber de él era falso?

—Sabes que no tengo intención de volver a esa época, *faelan*, es solo que me gusta cómo lo has dicho, con esa pasión y vehemencia que te caracteriza. Tal vez no eres consciente, pero con ese «declararnos» te has incluido en mi mundo, ese que ahora también es tuyo. Me emociona sentirte así, pero más aún que tú me sientas de la misma forma.

Me quedé quieta, reflexionando sobre sus palabras, ligeramente turbada por su mirada cargada de emociones. De promesas.

—Lo hago, Eryon; también quiero creer en este nosotros. —Una brisa cálida me rozó la mejilla—. Pero no puedo negar que soy una loba, una que por lo visto desciende de un linaje que se suponía que debía de proteger a los lobos. —Hice una pausa—. Tengo amigos al otro lado del Matalobos, gente que no le importó qué o quién era y que me ayudó a salir adelante cuando estaba sola e indefensa.

—Nunca he dicho que debamos quedarnos al margen, impasibles, mientras están en peligro lobos que tal vez fueron importantes para ti, *faelan*. —Me observó—. Puedo pedirle a Kierdan que investigue al respecto; posee habilidades amplias de mentalista y no le será difícil llegar al fondo de la cuestión.

—No podrá hacerlo si no tiene al menos un nombre del que empezar a tirar.

—Ampliaré la dotación de faes en territorio humano para que le den soporte.

—La tensión que hay al otro lado es real, Eryon, si haces algo así, tal vez los lobos se lo tomen como una intromisión. No puedes, no podemos, darles más motivos para desconfiar de los faes. —Estaba tenso. Preocupado—. Los lobos solo creerán a otros lobos. Cualquier cosa que uno de los tuyos encuentre, no tendrá el mismo valor que si son ellos quienes lo hacen.

No lo negó y nos quedamos en silencio un buen rato.

Sentí que el aire me acariciaba la mejilla mientras los ojos de Eryon estaban fijos en las llamas, como si buscara una respuesta, una solución, pero no acertara a dar con ella.

—Me gusta este sitio.

—Lo sé.

—Me gusta estar contigo.

—Y a mí tu compañía, *faelan.* Es refrescante. —Desvió la mirada de las llamas para centrarla en mí—. No te bastará con que les ayude a cruzar al otro lado y ese lobo vaya en busca de su antiguo alfa mientras te quedas en un lugar seguro, ¿verdad?

—No. —Le sonreí, pero esta vez lo hice desde la tristeza, porque no me apetecía hacerlo, separarme de él, de la seguridad que sentía cuando estábamos juntos, pero no podía no hacerlo—. Me da miedo volver, Eryon, no es algo que me apetezca, pero no puedo negarme a hacer lo que creo que está bien. Lo que le estoy pidiendo a Timber es jodido. Tendrá que acusar a su compañera frente al alfa al que abandonó. —Hice una pausa—. Él no me abandonó en la mina. No sería justo que yo le fallara ahora.

—Hablas como una líder.

—¿Y eso es algo malo?

—Cuando puede comprometer tu seguridad, sí.

—La persona a la que amé en el pasado quiso retenerme y encerrarme contra mi voluntad. Sea cual sea el motivo que puede llevar a alguien a hacer algo así, no puedo volver a pasar por eso.

Apretó la mandíbula. Con fuerza.

Las venas de su cuello se dilataron.

—Te dije que aquí serías libre, *faelan*, y nada ha cambiado. —Su mirada era fría. Calculadora—. De acuerdo. Iremos.

—¿Iremos?

—Te acompañaré. —Lo miré y me dio por reír por lo bajo. Estaba tenso. Como un maldito palo. Me recordó aquella primera vez que nos vimos. Cuando huimos juntos del territorio de los lobos.

Me levanté y me acerqué a él. Me senté sobre sus piernas y me acurruqué en su regazo. Creo que eso le calmó. Un poco, al menos. Mis labios buscaron los suyos y sus manos rodearon mi cuerpo. Le besé intentando dejarme en ese beso la piel, pero no para despertar el fuego que despertábamos el uno en el otro, sino para decirle todo aquello que a veces se me atragantaba cuando quería decirlo en voz alta. Lo que despertaba en mí.

Sentí la calidez de las marcas que cubrían mi brazo, la magia que latía en ellas, despertar de nuevo. Era como si tuvieran vida propia. Y me encantaba esa sensación. La de sentir a Eryon a través del vínculo. Quizá estaba en lo cierto de que era la magia que latía entre ambos era la causa de que el ébano feérico se hubiera activado y la mina se hubiera venido abajo.

Me separé de él para colocar mi frente sobre la suya.

—Me gustaría que vinieras conmigo, ¿sabes? Cuando estamos juntos me siento, no sé… capaz de hacer cualquier cosa. —Cerré los ojos y pasé mi nariz por la curva de su cuello, para captar su olor a tormenta salvaje—. Pero los dos sabemos que no puedes hacer algo así. Eres el rey de los faes y, si unos u otros se enteran, se puede armar un buen revuelo.

—Tú eres mi reina, Rubis, recuérdalo.

—Lo soy, pero no dejo de ser una loba y, aunque a nosotros nos importe una mierda, existe ese matiz, ¿recuerdas? —Le sonreí.

—Me estás pidiendo que te deje marchar con los lobos a una tierra en la que no dispongo de ningún control para garantizar tu seguridad.

—Exacto.

—Joder.

—¿Acabas de soltar una palabrota? —Entrecerró los ojos, enojado, mientras yo contenía a duras penas la risa. Sus brazos apretaron mi cuerpo contra el suyo en un acto reflejo, claramente posesivo—. Quién te ha visto y quién te ve, ¡rey de los faes!

—Consigues sacar mi peor versión.

—Pues a mí esa me pone —ronroneé, sintiendo como su olor estaba cambiando. La forma en la que me reconocía. Y me deseaba. Incluso si tal vez me odiaba un poco, en esos momentos, por exigirle la única cosa en la que no le apetecía consentirme.

—De acuerdo —cedió, contra todo pronóstico.

—¿De acuerdo? —Sus ojos tintinearon al ver la sorpresa real iluminar mi rostro.

—Con una condición.

—Solo si es una sensata —remarqué.

—Astrid te acompañará.

Lo miré. Sabía que no estaba dispuesto a ceder al respecto. Me había prometido la libertad y no me la estaba negando, pero podía entender su miedo a que algo me sucediera. Después de lo de la mina, no podía fingir que era un imposible. Podía ser una loba, pero no era un ser inmortal.

—Me parece justo. Tenemos un trato.

—¿Cuándo? —quiso saber.

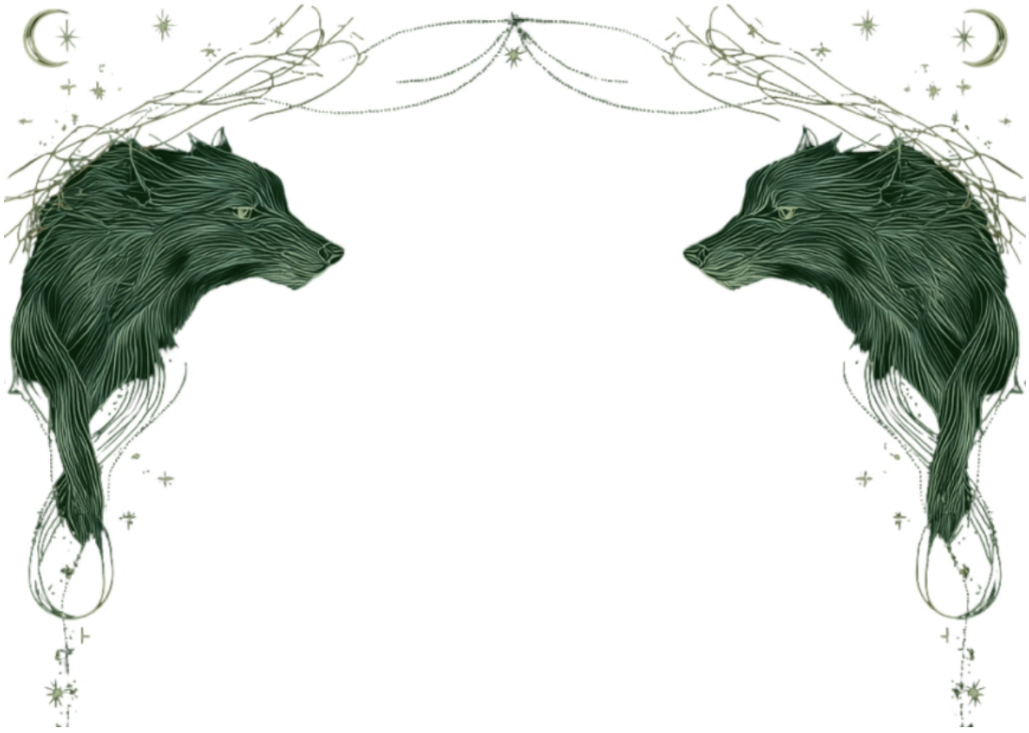
—Lo más pronto posible —titubeé bajo su atenta mirada—. Si es cierto que la luna llena me confiere algún tipo de habilidades, quizá valdría la pena plantear cruzar el Moonwhisper para entonces.

—Nos quedan tres días, entonces.

—Tres días.

—¿Te parece inapropiado que quiera hacerte el amor día y noche hasta que llegue el día?

—No sabría decirte, pero te aseguro que no me quejaría al respecto. —Le sonreí—. ¿Cuándo empezamos?



CAPÍTULO 37

LA DESPEDIDA

NO VOLVÍ A TRANSFORMARME en los siguientes días, como si aquello, lo de las minas, no hubiera sucedido en realidad.

Por desgracia, Astrid decidió estropearnos los planes, esos en los que Eryon y yo no teníamos intención de salir de nuestra habitación durante los siguientes días. A palabras textuales de la fae, era un «objetivo demasiado vulnerable» y debía perfeccionar mi habilidad con el arco, así como trabajar mi «incompetencia» en el combate cuerpo a cuerpo antes de irnos.

Eran objetivos imposibles de alcanzar para tan corto periodo de tiempo, pero no le importaba. En realidad, creo que era su forma de vengarse por verse obligada a acompañarme. Era así de maja, pero no se lo tuve en cuenta.

A las noches, sin embargo, Eryon y yo disfrutábamos de ese tipo de intimidad. Y de la complicidad que implicaba. Lo que hacía que se me hiciera más difícil la idea de irme. De alejarme de él.

Nos despertamos de madrugada y me sorprendió con ropa nueva, que nada tenía que ver con los vestidos elegantes y vaporosos con los que me había querido obsequiar al poco de llegar.

Se trataba de ropa de combate fae, resistente, que había hecho confeccionar pensando en cómo proteger cada maldito centímetro de mi cuerpo. Me ayudó a ajustarme las cinchas del peto, una pieza cuya base era cuero, pero en la que habían trenzado una infinidad de escamas de titanio. Pese a la rigidez de la pieza, se ajustaba a mis curvas con bastante precisión.

—También necesitarás esto. —Me tendió un par de botas nuevas, de caña alta y solapas, en negro, como el resto de mi atuendo.

—Mil gracias. —Me las ajusté y fui consciente de que en una de ellas había una abertura en el lateral. La misma que disponían las últimas que me había regalado esas en las que había ocultado a Yssey antes de transformarme en loba y que al poco la mina se vinera abajo.

—Quizá es hora de que la recuperes. —Fruncí el ceño; a veces Eryon era capaz de leerme, tal vez porque mi rostro hablaba por sí solo y tenía un algo de predecible, quizá por el vínculo entre nosotros o su habilidad de hurgar mentes—. Yssey vendrá a ti.

—La perdí en la mina. —Mi culpabilidad estaba impresa en aquella afirmación. Sabía que era una reliquia de su familia. Un objeto fae que durante mucho tiempo había estado expuesto en una vitrina. Y yo lo había perdido al poco de que me lo hubieran regalado.

—Te dije que Yssey no era un arma cualquiera, *faelan*. —Extendió las manos frente a él, con las palmas hacia arriba. Coloqué mis manos sobre las suyas. Sentí su magia. En el aire. Entre nosotros—. Centra tu mente en ella e intenta visualizarla. Llámala. Te pertenece.

Me sentía estúpida. Y ridícula.

Pero Eryon creía en mí. Más que yo, siendo realistas.

Inspiré aire y cerré los ojos. Intenté centrarme en la daga, en su filo cristalino y en aquel pomo tan oscuro como la noche. Percibí un tirón. Calor. La sensación de que el mundo vibraba. Y brillaba.

Abrí los ojos, confusa, y me encontré a Yssey levitando sobre mis manos. No grité esta vez. Pero mi pulso se aceleró. Elevé la mirada para ver una mezcla de calma y satisfacción en los ojos de Eryon.

—¿Has sido tú o he sido yo? —cuestioné con un deje de incerteza.

—Es obra tuya, *faelan*, sin lugar a duda; aunque tengo ciertas teorías al respecto.

—¿Teorías? —Deslicé con cuidado una mano para asir la aguja por su pomo.

—Es la magia de Yssey la que es capaz de sentir tu voluntad, pero la facilidad con la que has conseguido que eso suceda, la conexión que late entre vosotras… eso apoya la teoría de que parte de lo que yo soy fluye ahora en ti, por nuestro vínculo, igual que parte de lo que tú eres parece influir en algunas de mis necesidades.

No lo dijo, pero su mirada se volvió caliente. Y yo con ella.

—Quiero pensar que eso es algo bueno: eras un estirado cuando llegué. —No se molestó con mi comentario. Esperó a que colocara con cuidado la daga en mi bota.

—Tú, en cambio, andabas bastante caliente —me soltó cuando me incorporé.

—Idiota. —Le golpeé en el costado—. Era el celo.

—Claro. —Se ganó un bufido por mi parte—. Astrid está abajo, con los lobos. Os acompañaré hasta la frontera; si encontráis el paso bajo la roca que mencionó el lobo, es posible que lleguéis antes de que anochezca al territorio de los Noctis.

Me cubrí las palmas de las manos y los antebrazos con unos guantes de cuero negro que llevaban unas finas placas de metal en su porción externa, como si se tratara de unos guanteletes. Ocultaban las marcas que cubrían mi piel y me protegían al mismo tiempo, pero mis dedos estaban expuestos, por si necesitaba transformar mi mano en garra.

Eryon había pensado en todo lo que nos hacía diferentes cuando había pedido que me confeccionaran aquella ropa. Había intentado que aquellas piezas se adaptaran a mis necesidades en vez de imponerme lo que sería esperable entre faes. Esa era una de las

cosas que me emocionaban. La forma en la que me veía. Respetando mis claroscuros.

Banasha vino a despedirse y, aunque mantuvo una cierta distancia, estaba claro que no le gustaba aquello.

—¿Está seguro de que es una buena idea, alteza? —La fae no era del todo consciente de que, como loba, mi audición era un portento.

—No lo es, pero tengo la certeza de que sería aún peor no dejarla ir. —Su respuesta me arrancó una sonrisa trémula. Estaba en lo cierto.

Creo que todos querían acompañara a Timber, pero habíamos acordado que Jandro y Andi se quedarían con los faes, aunque no dudaron en venir a despedirnos. El primero era demasiado anciano y podía comprometer la jerarquía de su manada si descubrían que seguía con vida y el segundo… creo que Ferder tenía mucho que ver con eso de que se quedara en un lugar seguro.

Eryon llamó a una enorme bestia de crines blancas; la misma, sospeché, que nos había traído hasta su casa aquella primera vez que se sentía ya muy lejana. A diferencia de la nuestra, la de Astrid era una yegua de color negro, como la ropa y la capa que cubría a la fae, como si fuera poco más que una sombra.

Protesté lo justo, porque debíamos guiar a los lobos hasta la frontera y yo no podía correr entre ellos, como si fuera su igual. Tal vez algún día, cuando controlara mi capacidad de transmutar.

Llegamos a la orilla del Moonwhisper y la reseguimos a lo largo de un buen tramo hasta que el paisaje se volvió más abrupto y el terreno más rocoso. Nos alejamos del cauce del río para ascender por una ladera hasta que nos detuvimos en un pequeño claro elevado, separado de la orilla contraria por un vacío en el que, a varios metros, descendía con fuerza el Matalobos.

Observé las montañas que se alzaban de forma majestuosa en el norte.

—Este terreno es cada vez más peligroso —observé—. ¿Es una casualidad?

—Sabes que no. Somos cautos, *faelan,* protegemos a los nuestros. —Sentir el calor de su cuerpo rodeándome me ayudaba a relajarme—. La torre de vigía de esa zona hace tiempo que está

deshabitada, pero hay cientos de conjuros allí para ocultar y limitar el acceso a nuestro territorio.

—Pensaba que todas seguían en activo.

—Lo hacen, pero algunas de ellas están deshabitadas. Hace siglos desde que se construyeron y, dada nuestra dificultad para concebir, no es raro que algunos linajes perezcan con el paso del tiempo —me contó—. Sin embargo, existe una magia que las conecta; en caso de que se produjera una incursión, las alarmas advertirían al resto.

—¿Por qué le perdonaste la vida al Alandalus? —Creo que mi pregunta le sorprendió. No solía hablar del viejo lobo, incluso si pensaba mucho en el poco tiempo que habíamos llegado a compartir—. Te reconoció, cuando me llevaste hasta ellos esa primera vez.

—Existía la posibilidad. —Sentí su calidez envolviéndome—. Era apenas un muchacho, confundido y herido.

—Le diste una oportunidad.

—Más bien quise probarle. Entenderlo. Los lobos siempre me han parecido criaturas complejas, tal vez por el hecho de que se dejen llevar por esos instintos un tanto impredecibles suyos.

—No me lo tomaré como una crítica.

—No pretendía serlo. —Sentí que inspiraba, como si pese a ser un fae estuviera intentando hacerse con mi olor—. Ya hemos llegado. ¿Estás segura de esto?

—No, pero siento que he de hacerlo. —Eryon me besó en la cabeza. Me había recogido el cabello en una trenza que me colgaba encima del hombro.

Me ayudó a desmontar y luego, con las manos unidas, nos acercamos al abismo. El Matalobos descendía con esa fuerza violenta que le caracterizaba. Los lobos se acercaron a nosotros, aún en su forma animal.

—Os aconsejo que os alejéis —les advirtió Astrid mientras una brisa fría nos rodeaba y ella aprovechó para calarse la capucha de la capa.

Aquella pieza de tela que le llegaba hasta los muslos era diferente a cualquiera que hubiera visto. Tenía una abertura vertical a la espalda de la que sobresalía la agarradera del arnés sobre el que

sostenía un arco de puntas curvas. Ese detalle, junto a las espadas que pendían de su cintura le daban un aire exótico.

Sentí la magia que latía en Eryon, pero también la del mundo que nos rodeaba. ¿Qué me había explicado? Que solo algunos faes tenían la habilidad de hacer aquello. Conectar con la energía que latía a su alrededor para canalizarla y dirigirla. Esos eran los faes más poderosos, y también los más peligrosos, supuse.

Escuché a los lobos gruñir mientras se les erizaba el pelo. Tal vez ellos también podían sentir aquel pulso. La energía del mundo. En vez de asustarme, me encontré sonriendo. Porque se sentía bien. Puede que empezara a entender eso de que la magia podía llegar a ser adictiva.

—*Es imposible*. —Apreté los labios al escuchar la voz de Ferder en mi cabeza. Se suponía que no debería oírlos si yo no estaba en mi forma de lobo, ¿no?

Recordé que algunos alfas podían hacerlo. Enlazar sus mentes con algunos de los miembros de sus manadas pese a no estar en su forma animal. Riker lo hacía con sus betas.

—*Así fue como crucé el Matalobos.* —Sentí que mi pensamiento llegaba a ellos. Ronn y Killian bajaron las orejas, en un acto de sumisión, mientras Ferder clavaba sus ojos en los míos. Timber estaba ahogándose en sus propios pensamientos. En lo que sabía que estaba por venir.

Eryon empezó a mover las manos frente a él mientras susurraba palabras en un idioma antiguo. Ese que se había ofrecido a enseñarme y del que apenas sabía unas pocas palabras.

De la nada, como si de una explosión se tratara, un enorme géiser de agua espumosa se alzó frente a nosotros. Eryon tiró de aquello con su magia y el agua empezó a distribuirse, creando un puente fluido, vivo, latente. Al poco, comenzó a cristalizarse. Apenas tardó unos minutos en crear, de la nada, un puente que parecía de cristal.

—Es precioso, ¿sabes? —le dije—. La forma en que se siente tu magia.

—Lo que soy, es tuyo, *faelan.* —Se acercó a mí y colocó su frente sobre la mía. Sus brazos me rodearon—. Ten cuidado y vuelve

pronto.

—Te lo prometo. —Sentí el vínculo que latía entre nosotros. Más vivo que nunca.

—Si me necesitas…

—Lo sé.

Se separó de mí, aunque lo hizo a regañadientes. Desvió la mirada hacia Astrid, cuyo rostro quedaba oculto entre las sombras que proyectaba la capucha, negando lo que ella era. Se limitó a inclinar la cabeza y colocó un puño sobre su pecho. No necesitaron palabras para entenderse, sin embargo, nunca había sido tan consciente hasta entonces de lo que ella era. Una fae, sí, una capaz de fundirse entre las sombras. Una cazadora. Una asesina. Letal.

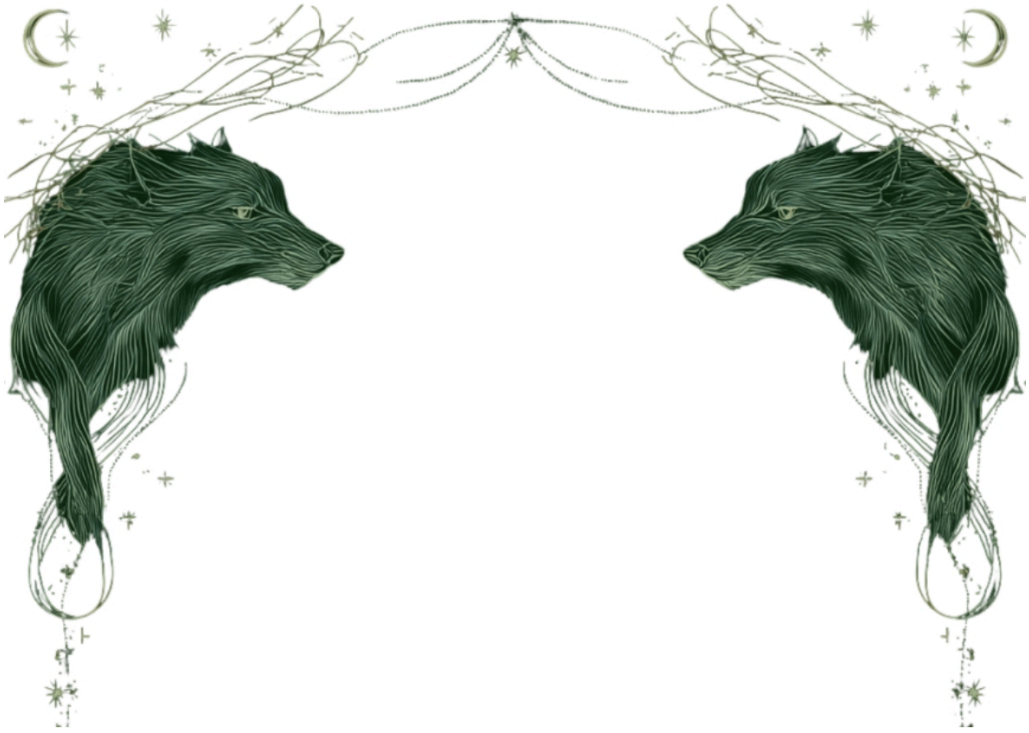
Miré a Eryon. Solo eso. Y antes de que las dudas —y los miedos— pudieran frenarme, empecé a caminar hacia el puente de hielo. Timber se acercó a mí para flanquearme un costado y Ferder se colocó en el otro. Killian y Ronn nos siguieron y, detrás de todos ellos, empezó a caminar la fae.

Me obligué a cruzar el puente con pasos firmes, pero cuando llegué al otro lado sentí la necesidad de girarme. Sus ojos buscaron los míos. Asintió y el puente se rompió en mil pedazos. Entre nosotros, el vacío.

—*Estarás bien.* —Escuchar su voz hizo que aquella separación se sintiera un poco menos pesada. Me obligué a sonreírle y una brisa cálida me acarició la mejilla antes de remover mi cabello.

¿Estaba segura?

No.



CAPÍTULO 38

LOS NOCTIS

KILLIAN GOLPEÓ con suavidad mi costado, reclamando mi atención. Timber se había adelantado un poco y parecía esperar que nos decantáramos por seguirle. Busqué a Eryon una última vez antes de darle la espalda y alejarme de él.

Descendimos por un desfiladero estrecho y empinado. El suelo era un tanto inestable, con piedras de pizarra sueltas que hacían que te deslizaras sobre ellas de tanto en tanto. A Astrid no parecía molestarle aquello. A los lobos, tampoco. Quizá no lo hice con la destreza de unos y otros, pero conseguí no acabar con el culo en el suelo, así que me di por satisfecha.

Una ha de saber qué puede exigirse y qué no.

Comimos algo ligero y seguimos avanzando. No me quejé, incluso si me dolían las nalgas, los muslos y también los pies. Teníamos por delante varios kilómetros y el terreno era demasiado irregular para llevarnos una montura que nos permitiera acelerar el ritmo.

Localizamos el paso entre las rocas del que Timber nos había hablado. Uno que daba al margen del sur del territorio de los Noctis y que muy pocos conocían. No era una manada de las más sociables. Solo esperaba que no se lo tomaran a mal, lo de nuestra visita.

A nuestro favor estaba el hecho de que nos acompañaba Timber. En contra… que también lo hacía una asesina fae. El problema era que no tenía claro qué marcaría la diferencia.

Nos adentramos en lo que era poco más que una gruta de piedra. Húmeda. Me estremecí.

—¿Estás bien? —me cuestionó Astrid, obligándome a ser consciente de que tenía todos y cada uno de sus sentidos no solo en el medio, sino también en mí.

—Sí, es solo que me ha recordado a la mina. —La fae asintió.

—Aquí no hay ébano feérico.

—Casi que mejor.

—No voy a contradecirte. —Seguimos avanzando y escuché un aleteo. Me agaché pocos segundos antes de que unos murciélagos sobrevolaran el túnel.

—Bucólico —mascullé.

—¿Ironía? —quiso saber la fae.

—Pura y dura.

—Tenéis un sentido del humor un tanto particular los lobos.

—Al menos tenemos —puntualicé. Escuché a uno de los lobos emitir un ruido ronco que no podía ser otra cosa que unas mal disimuladas carcajadas.

Seguimos andando y agradecí que las botas que Eryon me había regalado fueran impermeables cuando cruzamos un buen tramo en el que el agua cubría el suelo. No estaba segura de si las habían tratado con algún tipo de repelente, o con magia. Siendo faes, cualquier cosa era posible.

Tardamos más de un ahora en cruzar aquel camino oculto a la vista, bajo tierra. Para cuando salimos de nuevo a la superficie, agradecí la sensación de volver a sentir el aire fresco en mis pulmones y los últimos rayos de sol iluminando el cielo. Pronto oscurecería, pero habíamos logrado nuestro objetivo: estábamos en el territorio de los Noctis.

Avanzamos por un bosque tupido que apenas dejaba que la luz se filtrara entre las copas cuando se escuchó un aullido. Uno que no era nuestro.

—Quiero pensar que es la hospitalidad de los lobos del norte —masculló Astrid mientras Timber se tensaba, elevando el hocico, y el resto de los lobos nos rodeaban.

—Al menos los hemos encontrado —murmuré, incluso si se me estaba erizando el vello y sentía un nudo en el estómago.

Otro aullido que era seguido por uno más cercano. Y luego se escuchó otro. Cada vez más cerca. Hasta que oímos el murmullo de varios gruñidos y, de entre los matorrales, apareció un lobo de pelaje gris que se lanzó contra Timber.

Ferder gruñó y mostró sus colmillos al tiempo que, entre los árboles, aparecían tres lobos más.

No llegué a gritar, pero me tensé mientras Astrid desenfundaba sus espadas cortas, de puntas ligeramente curvas, cuando otros tres lobos aparecían a nuestra espalda.

—Nueve —murmuró Astrid y me encontré buscando al resto. Apenas vi dos ojos ambarinos entre los arbustos. Y poco más. Pero tenía la certeza de que la fae era capaz de ver, de sentir, más allá de lo que podían mostrarnos nuestros sentidos.

Escuché el ruido de una mandíbula morder el aire mientras Timber y el otro macho se probaban el uno al otro. Me estremecí y sentí mi mano tensarse. Yssey apareció en mi puño y me encontré empuñándola con fuerza. Incluso si apenas sabía blandirla.

Estábamos en inferioridad de condiciones.

Joder.

Sentí una convulsión. Mi loba. Ansiando salir. Pero no fui capaz de hacerlo. Transmutar.

—¡Suficiente! —grité y sentí un pulso de energía que palpitó a mi alrededor, como si se tratara de una explosión.

El cabello de Astrid se removió, haciendo que aquello se sintiera más real, pero fue el lobo gris, que empezó a convulsionar, el que me hizo saber que lo que fuera, había sucedido en realidad.

Mostré los colmillos mientras mi mano izquierda se había convertido en una garra y en la derecha empuñaba a Yssey. Mis ojos se fijaron en los del lobo gris y sentí que tenía el control. En el horizonte, se dibujaba la silueta de la luna llena, incluso si aún no había anochecido.

—Aléjate de él. —Di un paso hacia él, pero Astrid se interpuso en mi camino. Le importaban una mierda las jerarquías de los lobos. Solo el peligro que esa enorme bestia podía suponer.

Haciendo acopio de un valor considerable —y una insensatez equivalente—, Timber se irguió mientras se convertía en hombre. Exponiéndose. Los lobos ocultos entre los matorrales salieron de sus escondites y avanzaron hacia nosotros. Creo que no acertaban a comprender qué estaba pasando. Yo tampoco. Pero mejor fingir lo contrario.

—¿Ya no eres capaz de reconocer a uno de los que antaño fue de los tuyos? —La voz de Timber sonó firme.

Varios de los Noctis elevaron el mentón, buscando su olor, su rastro. Si eso no funcionaba, sospechaba que serían las espadas de Astrid y las mandíbulas de unos y otros los que tomarían el control de la situación.

Tragué saliva. Nunca había luchado contra un lobo. Nunca había arrebatado una vida. Pero supuse que, si tenía que hacerlo, lo haría.

—No puedes no reconocerme, Julius. Es importante. Tenemos que hablar con Mike.

El lobo gris ladeó la cabeza. Nos estaba estudiando. Tardó un tiempo en tomar una determinación, pero al final relajó su posición y se convirtió en un hombre de unos cuarenta.

Tenía una cicatriz que le recorría todo el pecho y otra en el hombro, además de un mordisco reciente en el brazo que sangraba bastante. Cortesía de Timber. Sin embargo, no le importó la sangre que se deslizaba por su antebrazo y que goteaba sobre el suelo.

—¿Cómo puede un lobo volver a la vida una vez muerto? —Había desconfianza en su expresión.

Se negaba a creer lo que percibía con sus sentidos. El olor del lobo frente a él. El reconocimiento del que había trotado a su lado. Timber había usado su nombre. No eran dos desconocidos.

—Nunca perecí.

—Eso es imposible. Tu voz se perdió.

—Es posible que se deba a la interferencia del Matalobos.

—¿Qué insinúas? —La mirada del lobo se desvió hacia nosotras. Astrid mantenía las espadas alzadas, cruzadas frente a ella. Apenas un montón de sombras ocultaban su rostro, pero percibió los matices que había en su rastro—. Es una fae.

Se escucharon gruñidos bajos. Astrid se limitó a ignorarlos, pero sus espadas seguían alzadas frente a ella.

—Lo es, sí.

Uno de los lobos empezó a agitarse y se adelantó un par de pasos. Ferder lo enfrentó y soltó un gruñido bajo, dominante, propio de un alfa. El lobo no pudo negar su autoridad, pese a que intentó hacerlo. Sus orejas se agacharon, en un acto de sumisión.

—¿De qué coño va esto? —masculló el lobo gris, Julius—. Los faes llevan tocándonos los cojones desde hace un tiempo, Timber, dame una sola razón para que no la mate. Para que no os mate a todos.

—Podrías intentarlo, chucho, pero quedaría en un escueto intento. —Joder con Astrid, no podía, no sé, ¿callarse?

Los gruñidos se acentuaron. Unos y otros. Le coloqué una mano en el hombro a la fae y me avancé para quedarme a su lado.

—Baja las espadas, Astrid. —La fae murmuró algo por lo bajo, lo justo para mostrar su descontento, pero contra todo pronóstico, lo hizo. Aunque no llegó a enfundarlas.

—¿Quién coño es ella? —Los ojos del lobo gris estaban sobre los míos—. ¿Qué mierda de ojos en sangre son esos?

No estaba segura de a qué hacía referencia, pero Timber no parecía ni sorprendido ni molesto por aquel comentario.

—Mi alfa, Julius, y también la tuya. La has sentido. Su voz. Su fuerza. No puedes negarte a lo que ella es. A su autoridad.

—¿De qué cojones estás hablando?

—¿Quién podría someter a un alfa? —intervino Ferder, irguiéndose de una forma majestuosa—. Solo el alfa de alfas. Y en lo referente a nosotros, considéranos su manada.

Era imposible negar su esencia. Lo que él era. Y el lobo frente a nosotros lo sabía.

—Es imposible. Eso no tiene sentido. —Noté que titubeaba. Su confusión. Di un paso hacia él y sentí que algo en mí crecía. Una sensación de poder. De autoridad.

—Sabemos de los incidentes con la plata líquida, pero no es en los faes en quién debéis poner vuestro foco. Tenemos algo, una pista, que necesitamos compartir con tu alfa.

—¿Cómo puedo confiar en alguien que lleva a un fae en su grupo? —Se negó a decir manada.

—Porque no es un alguien, Julius, desciende del linaje de los lobos blancos. —Hizo una breve pausa—. Me preguntabas por sus ojos. Puedo decirte que ese rojo salvaje que ves en ellos son los de su loba.

—Estás insinuando que ella es…

—No lo estoy insinuando, Julius, lo estoy afirmando. Y en lo referente a la fae, solo puedo decirte que es su escolta.

—¿Eso es lo que eres? —Desvió la mirada hacia Astrid.

—Créeme que, si no fuera por mi deber de protegerla, podría prescindir del placer de caminar en un lugar apestado de lobos —afirmó Astrid.

—¿Por qué una fae protegería a una loba blanca?

—Porque así me lo han ordenado.

—¿Quién? —le cuestionó.

—Mi rey.

—Sabes que están sujetos a la verdad, Julius. ¿Vas o no vas a llevarnos hasta Mike?

Sentí un cosquilleo en la nuca. Y un dolor sordo palpitando en la mordida de Riker. Esa que parecía haber quedado en el olvido. Volvía a sentirse viva. Y aquello me cabreó. La oscuridad empezó a abrirse paso en mis entrañas y con ella un poder que latía con vida propia.

—Vas a llevarnos hasta tu alfa. Y lo vas a hacer ahora. —Sentí un pulso. Una energía que era mía. Pero que ni siquiera sabía de dónde

surgía. Vi que mi voluntad quebraba a la suya.

—Joder —masculló entre dientes—. Espero no arrepentirme de esto.

No lo dije en voz alta, pero estaba pensando exactamente lo mismo.

Julius y unos pocos de los Noctis encabezaron la marcha y detrás del atípico grupo que formábamos se ubicó el resto. No es que a Astrid estar en el centro de unos y otros le apasionara, pero conseguí que enfundara las espadas, aunque sus manos estaban siempre cerca de las empuñaduras de estas.

Cada paso se sentía un poco más asfixiante.

Incluso si sabía que habíamos ido para hacer justamente aquello, hablar con el alfa de los Noctis, y que no tenía derecho a quejarme, porque Timber era el que más nervioso debía de estar ante aquel reencuentro. Sin embargo, había algo allí.

Tal vez por la sensación de volverme a encontrar rodeada de lobos.

Desde que habíamos cruzado el Matalobos, la cicatriz de Riker me quemaba. Igual que los recuerdos.

Intenté negarme a aquello.

Al pasado.

A lo que había sido.

Pero era imposible no hacerlo.

No cuando volvía a estar entre lobos.

Con todo, intenté anular mis propios fantasmas al ver la mirada perdida de Timber, que caminaba a mi lado en un silencio que era un tanto mortuorio.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No. —Se giró para observarme—. ¿Y tú?

—Genial, claro.

—Mientes fatal.

—Eso suele decírmelo Eryon. —Le sonreí.

—Contra todo pronóstico, no se os ve mal. Mal del todo, quiero decir.

—Ya, eso. No estamos mal, supongo.

Asintió.

—El amor es un arma de doble filo.

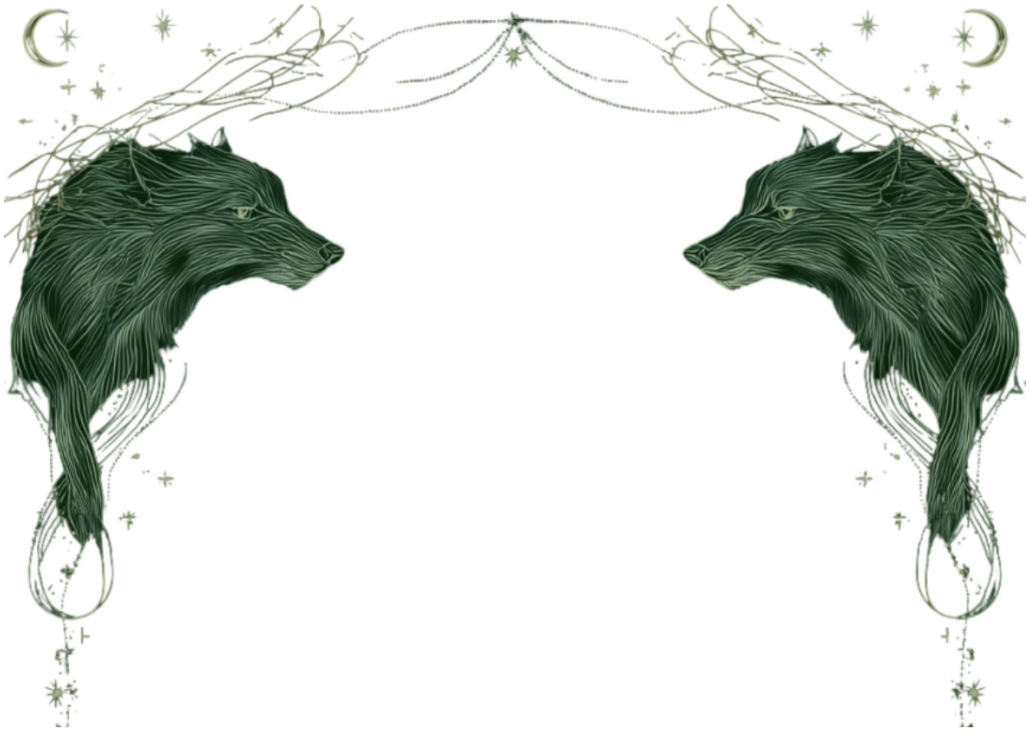
—Lo sé. Lo he vivido.

Nos quedamos en silencio. Los dos. A la mierda con mi voluntad. Al igual que a Timber, los fantasmas de mi pasado estaban acechándome entre las sombras. Mientras la cicatriz de mi cuello latía con vehemencia, como si quisiera recordarme quién se suponía que debía ser. Y a quién debería pertenecer.

Incluso si yo ya no era esa loba.

Había encontrado mi voz.

Y no pensaba dejar que nadie volviera a apagarla.



CAPÍTULO 39

LA LUNA

UNA ENORME CASA DE PIEDRA y tejado de pizarra apareció frente a nosotros. Era hermosa. Tradicional. Pero se me hizo extraña aquella imagen.

¡Era tan diferente a las construcciones a las que me había acostumbrado en el mundo de los faes!

Quizá llevaba entre ellos poco tiempo, pero era cierto que habían despertado en mí una sensación de pertenencia que hasta cierto punto desconocía. Admiraba su cultura. Su magia. Lo que ellos eran.

Sin embargo, no pude evitar emocionarme al ver la luz blanquecina en varias de las ventanas del primer piso. Reencontrarme con la electricidad. Era sorprendente qué cosas tan *random* podían evocarme esa emoción de felicidad.

La puerta principal se abrió y apareció un hombre de espalda ancha vestido con ropa deportiva.

—No puedo creérmelo.

—Mike. —Timber se irguió y pude sentir una mezcla de emociones contenidas en su interior.

Se observaron. El uno al otro. Y finalmente el alfa acortó el espacio entre ellos y le abrazó. Me emocionó aquel reencuentro. Incluso si sabía que las confesiones que Timber tenía que compartir con él podían romper esa complicidad.

—¿Por qué no he podido sentirte durante todos estos años? —Le sostuvo la mirada—. Pensaba que habías muerto, Timber.

—Una parte de mí lo hizo. —Los ojos del alfa se deslizaron hacia nosotros—. ¿Quiénes son ellos? —Frunció el ceño antes de mirar a Astrid con expresión dura y su voz se volvió mucho más agresiva—. ¿Y por qué diablos has traído a una fae a mi territorio?

Su mirada se deslizó al lobo de Julius, que agachó las orejas en un acto de sumisión.

—No es su culpa —le defendió Timber—. Era la única forma de que el rey de los faes aceptara que viniéramos a advertirte.

—¿El rey de los faes? —Mike se irguió—. ¿Advertirnos de qué? ¿De que son unos cabrones? ¿De que quieren quebrar la paz que pactaron con nuestros antepasados? Vas tarde, Timber, ya lo sabemos.

Sus ojos no se apartaron de Astrid, que se limitó a sostenerle la mirada, con su rostro oculto entre las sombras de la capucha que llevaba.

—Venimos a advertiros de que esa no es la verdad de lo que está sucediendo —intervine, consiguiendo captar su atención. Sus ojos eran verdes. Había dureza en ellos. Rabia. Y sufrimiento. Había perdido algunos lobos. Y tenía muy claro a quién culpaba.

—¿Quién mierda te crees que eres tú para intervenir en una conversación entre nosotros? —me soltó en un tono duro y frío. Ferder le gruñó y Mike se tensó, mostrando sus colmillos, sabiendo que aquel lobo que nos acompañaba era su igual. Otro alfa.

—Nadie tiene más autoridad que ella, Mike, pues desciende del linaje de los lobos blancos. Es alfa de alfas, como puedes ver. —Una

media sonrisa asomó en el rostro de Timber, apreciando la lealtad que Ferder estaba demostrando pese a sus reticencias iniciales.

—Es imposible.

—Antes creías en mi palabra.

El lobo se giró para observar al que había sido su beta.

—Jamás dejé de hacerlo. —Le colocó una mano en el hombro y Timber asintió—. ¿Estás seguro?

—La he visto, Mike. Apenas ha empezado a transmutar; es posible que los lobos blancos sean más tardíos que el resto de nosotros, pero su poder se siente dentro, en los huesos. —Colocó su mano sobre el hombro del que había sido su alfa—. Los vínculos que se han forjado entre todos nosotros trascienden más allá de las manadas de las que partimos o de la autoridad que poseíamos en ellas.

—Estás bajo el amparo de una loba blanca. —Ladeó la cabeza—. ¿Viviendo al otro lado del Matalobos?

Si Timber estaba bajo «mi amparo», que pusieran velitas si alguien nos atacaba, porque lo llevábamos claro.

—Así es, pero no son sus secretos los que venimos a desvelar, sino los de mi pasado.

—¿Qué quieres decir?

—Sería mejor que entráramos dentro —le pidió Timber.

El alfa asintió y le liberó de su contacto.

Entramos en el edificio y me encontré alzando el mentón para captar el olor de tantas cosas que me eran conocidas y que hacía tanto que no percibía. Matices. Tan diferentes. A los de los faes.

—Hay un cofre en ese baño, podéis coger algo de ropa —nos indicó el alfa. Timber y Astrid se quedaron junto a mí mientras el resto accedía al lugar que nos había indicado y salían cubiertos por pantalones tejanos.

Hacía mucho que no veía ese tipo de tejido. A los faes no les llamaba lo más mínimo, pero a mí me trajo recuerdos felices de una infancia que ahora me parecía muy lejana. Solo cuando Ferder y el resto estuvieron a mi lado, Timber aceptó ir al baño a cambiarse.

Ese detalle creo que no le pasó desapercibido al alfa, pero no dijo nada al respecto.

Entramos en un amplio comedor con muebles rústicos. Era muy diferente a la mezcla de mármol blanco y cristales iridiscentes con los que solían decorar sus casas los faes, pero admito que se sentía mucho más acogedor y cálido que la arquitectura fae.

—Pediré que os traigan algo para comer —puntualizó el alfa mientras nos distribuíamos por la sala. Astrid buscó una esquina algo apartada. Creo que para cubrirse la espalda y, al mismo tiempo, controlar el máximo de espacio posible.

Me acerqué a la chimenea y coloqué las manos cerca del fuego. La noche estaba empezando a hacer acto de presencia, pero por el enorme ventanal aún podía verse el paisaje boscoso que rodeaba a la casa.

—¿Hay más? —me preguntó el alfa de los Noctis tras observarme de una forma que se sentía un tanto intimidante.

—¿Lobos blancos? —Asintió. Me decanté por responderle con la verdad—: No lo sé.

—¿Cómo es eso posible? —me cuestionó y supe que desconfiaba de mí. De todos. Especialmente de Astrid. Pero ahí, al menos, podía entenderle. Yo también lo haría, si estuviera en su pellejo.

—Hasta hace no mucho desconocía mi origen. Los Fe de Aurora me encontraron cuando era apenas un bebé y me criaron como si fuera una omega hasta que los faes me hallaron. Desde entonces, ellos han velado por mí. —Era una verdad a medias que no me dejó un gusto metálico en la boca. Lo que estaba bien.

—¿Por qué harían eso?

—No lo sé. Tal vez forma parte de algo que se acordó en el Tratado. —Me encogí de hombros.

—Necesito que hagas llamar a mi compañera, Mike, pero no le digas que estoy aquí. —El alfa frunció el ceño ante la petición de Timber.

—Ella… ya no está aquí.

—¿Y eso?

—Todos te dábamos por muerto. —Se sostuvieron la mirada—. Volvió a casarse.

—Era una posibilidad. —Timber tragó saliva con dificultad—. No importa.

Me acerqué a él y dejé que mi brazo contactara con el suyo. El apoyo entre dos lobos. Dos a los que sus compañeros habían traicionado.

—Fue cosa de su padre. Le ofrecieron un buen acuerdo.

—Necesito que la hagas llamar.

—Ya no forma parte de los Noctis. —No sé si Mike fue consciente de ese deje de alivio que le supuso a Timber esa revelación—. Si es importante, la convocaré de forma urgente, pero incluso presionándola, tardará unas horas en llegar y es probable que venga acompañada.

—El vínculo que compartimos ella y yo ya no es lo que fue, ni yo soy el lobo que la amó tiempo atrás. —Esta vez fue Timber el que buscó su contacto, colocando una mano sobre el hombro del alfa y él imitó su gesto—. Tú, mejor que nadie, puedes sentirlo.

—Te he echado de menos.

—Había días, noches, que me arrepentía de haberme ido.

—¿Por qué lo hiciste?

—No puedo contártelo. No todavía. No hasta que ella esté aquí y pueda contestar a las preguntas que no me atreví a hacerle hace años.

—Que así sea. —El alfa inclinó la cabeza hacia el que había sido su amigo. Su beta.

Nos dejaron a solas en el comedor y nos sirvieron abundante comida. Agradecí ese momento de tranquilidad. La calma que precede a la tormenta. Era como si pudiera presentir que todo estaba a punto de explotar a mi alrededor.

Una vez más.

Sentí una picazón y me encontré frotándome la cicatriz del cuello justo antes de que se escuchara un ruido. Gruñidos. Quejas. Y unos pasos rápidos. Acercándose.

No fui la única que se tensó, pero sí la que se levantó de un salto de la cómoda silla en la que estaba sentada.

Vi que la silueta de Astrid se desdibujaba entre las sombras, en la esquina que llevaba un tiempo ocupando, mientras las luces de la estancia parpadeaban. ¿Era cosa suya?

—No, no, no… —murmuré mientras retrocedía un par de pasos.

Reconocí al lobo que acababa de cruzar el umbral.

Y me quedé sin aliento.

Como si me hubieran golpeado de lleno en el centro del estómago, pero en vez de dolor sentía una mezcla de emociones que no podía —ni quería— analizar.

Su aspecto ya no era el del muchacho al que había conocido tiempo atrás. Algo en él había cambiado.

Se había convertido en un hombre. En un líder.

Ya no era un alfa heredero, después de todo, sino el alfa sobre cuya autoridad pendía una de las principales manadas de lobos.

Pude percibir ese poder que irradiaba. Lo que él era.

Sus ojos se clavaron en los míos mientras sus aletas nasales se hacían con mi olor. La cicatriz me quemaba, mientras los recuerdos se amontonaban. El tacto de su piel. Sus besos a primera hora de la mañana. Su risa. Tan masculina.

Sus promesas y, sí, también su traición. Me estremecí.

—Rubis… —Su voz despertó algo latente en mí.

Un reconocimiento al que me negué a prestarle atención. Apreté los labios y mis manos se convirtieron en un par de puños.

Intentó acortar la distancia que nos separaba, pero Ferder le interceptó, colocándose en medio. Riker le gruñó y usó su autoridad, pero el alfa no se intimidó lo más mínimo.

—Apártate —rugió Riker usando su autoridad, pero Ferder se resistió a ella. Ladeó la cabeza y lo observó.

—Dime que no es ese bastardo, *faelan*. —Creo que era la primera vez que Ferder usaba esa palabra. Quizá porque en general despreciaba todo lo relacionado con los faes, pero, por lo visto, despreciaba aún más a Riker.

—¿Lo es, alfa? —cuestionó Ronn, observando al macho que acompañaba a Riker. Apenas pude prestar atención a Dorian, pero podía percibirle. De una u otra forma.

Riker se tensó y agarró a Ferder de la camisa, pero él se deshizo de su agarre. Se observaron y sentí el pulso de lo que ambos eran.

—Si te atreves a tocar a uno de mis lobos, te juro que me aseguraré de que te arrepientas.

—¿De tus lobos? —Riker gruñó tras decir aquello y observó a los machos que había en la sala.

—¿Sabes qué sería divertido, alfa? —Killian ronroneó aquello en un tono un tanto siniestro—. Que lo sometieras, como él pretendía hacer contigo.

Riker agarró de nuevo a Ferder y él se resistió al empeño del otro alfa de apartarle. Me encontré dando un par de pasos hacia ellos.

—Suéltalo. —Gruñí aquello. Escupí esa orden. Sintiendo la rabia que me quemaba por dentro. Al tiempo que la cicatriz de la mordida de Riker me recordaba lo que él era para mi loba. O lo que debería de haber sido.

Vi que sus manos temblaban, pero acabó haciéndolo. Ferder se sacudió el tejido en el lugar en el que Riker le había agarrado y deslizó la mirada de él hacia Dorian. Tras aquello, se hizo a un lado.

Observé al lobo al que había amado.

Ese que decía amarme, también.

—Rubis… —Por sus ojos, supuse que quería decirme muchas cosas, pero no sabía por cuál de todas ellas empezar—. Sabía que encontrarías la forma de volver. Emma me lo dijo.

Hizo el amago de dar un paso hacia mí, pero elevé una mano y Riker encontró una resistencia, como si una pared invisible se hubiera alzado frente a él. Ferder rio por lo bajo.

—¿De qué va todo esto? —cuestionó Dorian, cuya posición evidenciaba que estaba a la defensiva, observando a los lobos que había en la sala antes de centrar su atención en mí.

Era evidente su inquietud, porque no pareció ser consciente de la naturaleza de aquella silueta femenina, ligeramente apartada, que no se perdía ningún detalle de todo lo que estaba sucediendo.

—No hace mucho me transformé por primera vez.

—¡Lo hiciste! —Riker parecía emocionado—. ¡Sabía que lo harías!

—¿En serio? —escupí aquello—. Entonces, no entiendo por qué aceptaste comprometerte con otra.

—Sé que me odias por aquello, y lo entiendo. Me equivoqué, lo sé, pero prometo compensarte por todo lo que te hice pasar. El resto de mi vida, mi luna.

—¿Luna? —Escuché una voz aguda y solo entonces fui consciente de que había entrado otra persona en la sala y que a su lado estaba el alfa de los Noctis, observándonos con el ceño fruncido, sin acabar de comprender qué estaba sucediendo—. Que no te engañen, Mike, esa loba no es más que una huérfana sin conexiones ni nada que pueda aportar a una manada. —Su mirada se centró en mí—. Tal vez eras la pareja predestinada de *mi* marido, pero él me eligió a mí. No me importa que te adule y que te conviertas en su puta o en la de toda la manada, pero lo cierto es que *yo* soy la luna de los Atrum.

Riker gruñó mientras mis ojos se clavaron en los de aquella loba que me había enfrentado por primera vez en un baño y que se había asegurado de convertir mi vida en una pesadilla tras su llegada a la que por un tiempo pensé que sería mi casa.

Me tensé. ¿Cómo no se me había ocurrido?

—Amaral…

—Entérate, niñata, ¡yo soy la única y verdadera luna de los Atrum! —Rio por lo bajo mientras Riker temblaba, una mezcla de rabia y odio latiendo en él, pero no podía negar que lo que decía era cierto—. Nada ni nadie puede cambiar ya eso.

—¿Estás segura? —La voz de Timber sonó fría. Letal.

Las pupilas de la mujer se dilataron y vi que su rostro palidecía. Apenas fue capaz de moverse. De girarse para enfrentarle. Y entonces lo supe.

—Cogedla.

Killian y Ronn actuaron a un tiempo, arrastrando a la loba hasta una pared y bloqueándola allí. Empezó a resistirse. A gruñir.

—¿Qué diablos…? —masculló Riker, observando aquello, pero sin decidirse a intervenir. Era su luna la que estaba contra la pared, forcejeando con mis lobos.

Mis lobos.

No podía negarlo. Esa sensación. La de que formaba parte de algo más grande. Y que ellos eran mi manada.

—La vida tiene a veces sorpresas inesperadas. —Apreté los labios y miré a Timber—. ¿Quién hubiera dicho que tu compañera se acostaba con el que se suponía que debería haber sido el mío?

Timber gruñó y Riker frunció el ceño. Hizo el amago de acercarse a mí, pero Ferder le cortó el paso.

—Ella ha pasado página, lobo.

—Eso es imposible —se negó Riker—. Eres mi compañera. Ambos lo sabemos. Lo que pasó, lo siento, pero no cambia nada.

—Te equivocas —negué—. Lo cambió todo.

—¡Riker! ¡Ayúdame! ¡Soy tu luna! —Los ojos del alfa de los Atrum estaban fijos en los míos y se negó a girarse para mirarla mientras ella seguía llamándole de forma desesperada—. ¡Podría llevar en mi vientre a tu cachorro!

Vi que sus puños se cerraban y apretaba la mandíbula.

—No he vuelto a tocarla. Te lo juro.

—Que eso no quiere decir que no lo hicieras antes. —Alcé el mentón—. En cualquier caso, ya no importa.

—¡¿Cómo puedes decir eso?! —exclamó enojado, pero en seguida se obligó a suavizar su tono—. Te quiero, Rubis, siempre te he querido. A ti, solo a ti. ¿Cómo has conseguido escapar?

—En tierra de faes nunca he sido una prisionera. —Vi que la acusación impresa en mis palabras le golpeaba.

—¿Por qué responden a tus órdenes? —Fue Dorian el que preguntó aquello.

Tenía el ceño fruncido. Intentaba entenderlo. Darle un sentido. Era más frío y racional que la mayoría de los lobos que había conocido.

—¿Por qué no deberían hacerlo? —Le cuestioné y me encontré sonriendo, porque contestar preguntas con otras era algo muy típico de Eryon. Se me estaban enganchando algunas de sus costumbres, al margen de su olor—. Forman parte de mi manada.

—¿De qué estás hablando? —escupió Riker.

—Ni siquiera tú puedes negarte a una orden suya, en realidad —intervino Ferder—. Antes querías partirme la cara, pero has acabado soltándome. Alfa de alfas, cabrón; negaste a tu pareja predestinada, esa que te había regalado la diosa Luna, pero lo cierto es que no eres digno de ella.

—¿Alfa de alfas? Eso es imposible. ¡Rubis! ¿Rubis? —Me miró.

—No es a ti a quien hemos venido a ver. Apártate. —Me sostuvo la mirada. Sentí su aura de alfa. La fuerza que desprendía. Su autoridad. Apreté los dientes. Los puños.

Sentí la oscuridad de la noche que nos rodeaba. Las luces de la habitación volvieron a tintinear. Algo cambió en mí. En lo que yo era. Riker se tensó.

Di un paso hacia él.

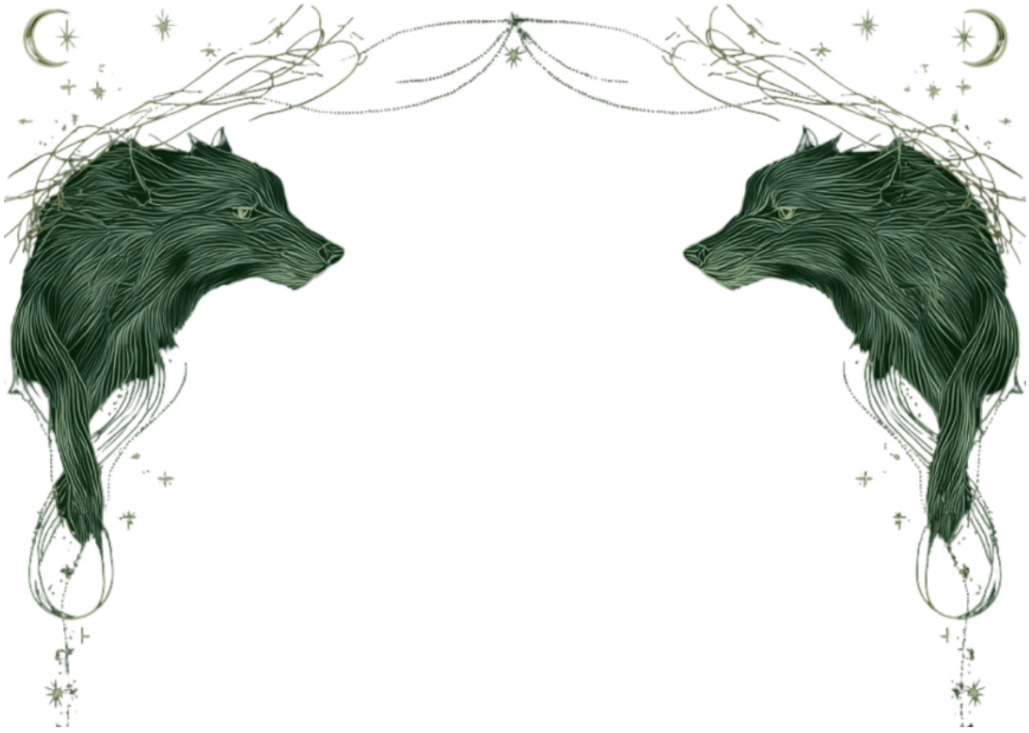
Y él retrocedió.

Sus pupilas se dilataron. Su respiración se agitó.

—Lo eres —susurró, impactado.

Alcé el mentón.

—Lo soy.



CAPÍTULO 39

EL CAOS

LA LOBA ESTABA FORCEJEANDO con Killian y Ronn, pero no parecía que tuvieran demasiada dificultad en sostenerla.

Me recordó a la mujer aquella que me obligó a tomar a la fuerza un brebaje para que no pudiera quedarme embarazada. Riker sabía que era imposible, porque él y yo no nos habíamos acostado y, sin embargo, no se opuso.

Lo miré.

—Puedes quedarte o marcharte, pero no interfieras.

—No voy a irme a ningún lado, Rubis. —Me sostuvo la mirada. Había dolor en ella. Tristeza. Y algo más. Esperanza. No tenía del todo claro de qué. Alzó el mentón—. Te fallé.

—Sí, me fallaste, y también estuviste a punto de matarme.

—No. Jamás te haría daño.

Parpadeé y me dio por reír. Una risa un tanto histérica, lo admito.

—Me marcaste, Riker, cuando aún no era capaz de transmutar.

—Lo hice con la certeza de que lo que éramos prevalecería. ¿No te das cuenta? ¿Y si tu loba ha despertado justamente porque lo hice? —Fruncí el ceño—. ¿Recuerdas que lo hablamos? Existía la posibilidad de que necesitaras lo que yo era, lo que soy, para poder convertirte.

—Y también la de que al hacerlo me mataras, pero esa no la tuviste en cuenta. —Desvié mi mirada hacia Timber—. Siento este dramón.

—Yo solo siento no haberla delatado cuando tuve la oportunidad de hacerlo. —Se acercó a mí—. Tal vez entonces las cosas hubieran sido diferentes también para ti.

—Tal vez. —Me encogí de hombros y miré a Dorian antes de preguntarle—: ¿Te supone algún problema que la interroguemos? —Señalé a la loba que se retorcía contra la pared.

—Créeme si te digo que no, luna. —Una sonrisa ladeada asomó en su mirada y se hizo a un lado. Apreté los labios, sintiendo que los recuerdos volvían.

Dorian siempre había sido un tanto distante, pero le había acabado cogiendo cariño. Hubo un tiempo en el que me solía llamar así y sonaba bien cuando lo hacía. Como si él aceptara la autoridad que algún día se suponía que debería ejercer en su manada.

Jamás ostentaría ese título, así que no tenía claro si lo había usado para complacer a Riker o para recordarme esa época en la que sí fui feliz.

Acompañé a Timber. Amaral llevaba ropa de marca, lujosa, pero que en comparación a la ropa que solían usar los faes me pareció vulgar. Los ojos de la loba buscaron los de su compañero.

—Te lloré. Durante años. —Gimoteaba y se retorcía al mismo tiempo.

—¿Lo hiciste?

—¡Claro! ¡Eras mi compañero!

—¿Sabes por qué me fui?

—Pensaba que los faes te habían matado. Ellos están atacando a los lobos. —Soltó aquello a trompicones. Lágrimas en sus ojos. Si eran reales o fingidas, no sabría decirlo. El miedo que podía olerse en sus matices, ese sí era real.

—Algo he oído —susurró Timber—. También que lo hacen con plata líquida. —La loba se quedó rígida y su respiración se agitó—. Lo que me hizo recordar cosas, ¿sabes?

—Mi padre me obligó a contraer matrimonio. Era un alfa. No podía negarme. Siempre te amé. Te amo. —Las palabras se le atragantaban.

—Te debo una justificación, Mike. —Timber se giró para mirar al que había sido su alfa—. Poco después de que asumieras el control de la manada, Amaral empezó a divagar sobre cosas vagas, absurdas. Jamás pensé que fueran otra cosa que bromas lanzadas al azar, hasta que trajo un vial de plata líquida al que era nuestro hogar.

—¿Plata líquida? —Mike se tensó y se acercó a nosotros. Miró a la mujer.

—¡Miente! ¿Cómo podría yo tener algo así? —Intentó desasirse, de nuevo, pero no fue capaz de hacerlo.

—Pretendía que vertiera aquello en tu comida.

El alfa se tensó. Sentí cómo cambiaba la energía a su alrededor.

No fui la única en percibir aquello.

Amaral empezó a temblar.

—Quería que asumiera tu lugar, que me convirtiera en el alfa de los Noctis para poder ser la luna de la manada.

Mike se giró para enfrentar a la loba.

—Habla. —No llegó a alzar el mentón, pero su voz sonó letal y cargada de rabia.

—¡Miente! ¡Lo dice porque sabe que yo te amaba a ti! ¡Solo está buscando venganza!

Timber se tensó.

—¿Amarme? —Mike la observó y pude sentir que la despreciaba—. Lo que hiciste fue intentar meterte en mi cama cuando yo aún lloraba a mi amigo. Así que era eso. Querías convertirte en luna. A cualquier precio.

—En tal caso, al final consiguió su empeño —observó Ferder, mirando a Riker, que se mostraba indiferente pese a que era su mujer, su esposa, la que estaba siendo acusada de todo aquello.

Mike se giró para mirar a Timber.

—No la toqué, te lo juro, y me ocupé de que volviera a la casa de su padre.

—Debería habértelo dicho. Avisarte de la clase de víbora que era… —El lobo negó con la cabeza.

—Deberías, sí, pero lo entiendo. Y te perdono.

Me alegré de aquel reconocimiento entre ellos.

Ferder miró a la mujer.

—¿De dónde sacaste el vial de plata líquida? —Ella se limitó a mirarle con una mezcla de rabia y odio, pero no le contestó.

—Me dijo que lo había conseguido de alguien que vivía en Arra —intervino Timber.

—¿La ciudad humana? —cuestionó Mike, frunciendo el ceño y Timber asintió—. ¿Es eso cierto? ¡Habla!

—¡Soltadme primero!

—No estás en condiciones de negociar —le advirtió Killian y Ronn presionó con más fuerza, haciendo que se retorciera.

Me encaré a la loba.

—Habla. —Empezó a convulsionar. Su voluntad intentando negarse a la mía.

—Mi doncella. Ella. Siempre. A mi lado. Conocía gente. En los suburbios. Están en Arra. Pero también en otros lados. Poderosos. Ella consiguió la plata líquida. Mi destino era convertirme en luna. Estaba en mi derecho. —Vi que se resistía y presioné con mi mente la suya. Sentí un escalofrío. Y vi un recuerdo. La mujer que me había atormentado. Dos viales. Un despacho. Un lobo. Una copa.

—Lo hizo —susurré—. Consiguieron dos viales.

—¡Sal de mi cabeza! —gritó mientras empezaba a sangrar por la nariz.

—¿Dos viales? —Mike frunció el ceño. Supe el momento en el que llegaba a una conclusión. Su cuerpo convulsionó—. ¡Tú! —Su mano se había convertido en una garra—. ¡Niégalo! ¡Dime que no tuviste nada que ver con la muerte de mi padre!

No lo negó. Sus ojos se centraron en los del alfa. Un segundo antes de que su garra atravesara su pecho. Y el alfa de los Noctis le arrancara el corazón para tirarlo después al suelo como si fuera un deshecho. Gruñó. Con la fuerza de lo que era. La rabia que le consumía. El dolor. La traición.

No sé qué habría sucedido a continuación si una explosión no hubiera hecho que las paredes de la casa convulsionaran y se escuchara una mezcla de gritos y aullidos, entre los que se oyeron varias llamadas:

—¡¡Ayuda!!

—¡¡Nos atacan!!

En el exterior se había desatado el caos.

—¡Proteged la casa de la manada! —Mike gritó aquello antes de convertirse en lobo. Me miró apenas una fracción de segundo y saltó por la ventana, rompiéndola en mil pedazos.

—¿Qué está pasando? —mascullé, ignorando la sangre que aún brotaba del cadáver que Ronn y Killian habían dejado caer en el suelo.

—Se escuchan armas de fuego —intervino Riker, acercándose a mí. Demasiado. Lo suficiente como para que su olor me golpeara de lleno—. Hemos de ayudarles. —Gruñó aquello, mirando a Dorian, pero se giró hacia mí—. Prométeme que no te desvanecerás.

—¿Acaso te importaría? —Alcé el mentón.

—Sabes que sí. —Escuché un grito agudo. Aullidos. Disparos. Y una segunda explosión.

—Necesitan ayuda. —Riker asintió y se lanzó por el marco de la ventana rota, convirtiéndose en lobo mientras saltaba. Una segunda mancha negra le siguió. Dorian cubriría su flanco. No debería importarme que lo hiciera.

—¿Alfa? —me cuestionó Ferder.

—La mayoría de los machos estarán patrullando; pocos son los que suelen quedarse a proteger la casa de la manada. —Vi la mirada de preocupación de Timber.

—Ve, Timber, no me debes nada.

—Al contrario, te lo debo todo.

—Yo me quedaré con ella —intervino Astrid, que había estado observando aquello desde un extremo de la habitación, ignorada por todos hasta entonces.

—Si algo le pasa… —le advirtió Ferder elevando una ceja.

—No serás el primero que exija mi cabeza, lobo, no te preocupes. —Hizo un chasquido y, contra todo pronóstico, Ferder sonrió.

Se convirtieron en lobo antes de saltar por la ventana, dejándome a solas con Astrid. Los segundos se volvieron pesados mientras los ruidos que se escuchaban fuera eran caóticos. Aullidos. Gritos. Disparos. Empecé a moverme por la sala, inquieta.

—Saben cuidarse. —Astrid me miró. Creo que pretendía calmarme. O algo así—. Te pediría que te apartaras de la ventana; si una bala perdida acaba taladrándote el cráneo tendré que dar muchas explicaciones.

Asentí y retrocedí, para seguir caminando como un perro enjaulado por la habitación, cuando una sombra atravesó el marco de la puerta. Parpadeé. Confundida.

Llevaba un pasamontañas, pero sus ojos ambarinos se clavaron en los míos al tiempo que su olor llegaba a mí.

¿Qué diablos?

—¿Rubis? —Creo que, al menos, la sorpresa era mutua.

No fui capaz de reaccionar. Llegó hasta mí y se sacó el pasamontañas para que le reconociera, incluso si no necesitaba que lo hiciera.

—¿Eres tú? ¿De verdad eres tú? —Sus manos me tocaron la cara, como si no acertara a creerse aquello—. ¡No puedo creérmelo! ¿Estás bien? ¿¡Estás bien!? ¿Rubis?

—¡Re! —Le abracé al tiempo que empezaba a hipar y llorar. Sus brazos me rodearon con fuerza.

Me olvidé de dónde estábamos. Del caos que se había desatado a nuestro alrededor. Hasta que alguien carraspeó. Solo entonces, la realidad del mundo que nos rodeaba se sobrepuso al hecho de reencontrarme con mi mejor amigo.

Me colocó a su espalda.

—Primero tu ex y ahora… ¿Puedo preguntar quién diablos es este? —cuestionó Astrid, señalando a Re con el dedo índice.

—Eres una fae.

—A todos les molesta que lo sea aquí, así que lamento decirte que tu rictus severo no me incomoda lo más mínimo.

—Tal vez debería porque, al fin y al cabo, si estamos aquí, es porque te estábamos buscando.

—¿En serio? —La expresión de Astrid era neutra, pero la diversión bailaba en sus ojos.

—Sé quién eres. —Elevó un brazo y solo entonces fui consciente de que Re sostenía un arma de fuego en su mano y que estaba apuntando a Astrid.

—¿Quién soy? —le cuestionó y sentí que la magia de la fae latía a nuestro alrededor.

—La reina de las faes.

—¿Y cómo puede ser que sepas eso? —le preguntó sin dejar de fijar su mirada en la de Re, como si solo existieran ellos dos.

—Porque hemos venido a matarte.

Sin más, apretó el gatillo.

Grité.

No tengo claro el qué.

Pero sé que lo hice.

Miré el espacio que Astrid había ocupado hacía apenas unos segundos y exhalé aliviada al ver que no había un cadáver de fae retorciéndose en el suelo.

Las luces empezaron a parpadear.

Se escuchó un trueno surcando el cielo y una brisa gélida, furiosa, removió todo lo que había en el comedor mientras una tormenta descontrolada se imponía en el exterior.

—¿¡Te has vuelto loco!? —conseguí gritar, confundida, por no decir aterrada.

—¡Mierda! ¡Hemos de salir de aquí! —Intentó agarrarme del brazo, pero una fuerza invisible lo lanzó contra la pared. Vi como su cuerpo chocaba con violencia contra ella y el arma se le escurría de la mano.

Otro trueno rasgó el silencio y un rayo iluminó el cielo al tiempo que una silueta emergía entre las sombras. Una que tenía la mano extendida hacia Re y que de alguna forma hizo que su cuerpo se

elevara, como si fuera capaz de controlar una fuerza invisible que lo sostuvo contra la pared.

Mi amigo empezó a forcejear para liberarse de ese algo que estaba apretándole el cuello.

Ahogándole.

Corrí hacia la silueta que se había materializado en el centro de la estancia cual ángel vengador.

—¡Eryon, no! —grité al ver que el rostro de mi amigo empezaba a tomar un color grisáceo—. ¡Es Re!

—¿Re? —Frunció el ceño y vi que aflojaba su invisible agarre sobre mi amigo—. ¿El mestizo? ¿Ese Re? —Me miró antes de deslizar su mirada hacia él—. ¿Por qué querría él matarte?

—Quería matar a la reina de los faes. —Astrid se había aparecido en el otro extremo de la sala. Caminó hacia nosotros con esa fluidez suya.

—Sigo sin comprenderlo.

—Dio por sentado que era yo, mi rey. —Hizo una ridícula reverencia. Re parpadeó al escuchar a Astrid usar su título.

—No deberías haber venido, Eryon.

—Astrid me ha advertido telepáticamente que había alguien diciendo que quería matarte. —Parecía molesto—. Disculpa si me preocupo por ese tipo de nimiedades, *faelan*, pero no puedo evitar hacerlo.

—Re no me estaba amenazando a mí. —Intenté justificarle—. Todo esto… no puede ser otra cosa que un malentendido.

—¿Lo es? —le cuestionó a Re, liberándolo de la presión sobre su cuello. Cayó al suelo, de rodillas, pero consiguió poner las manos antes de golpearse la cara.

Quise ir a su lado, pero Astrid se interpuso en mi camino.

—Lo siento, pero no voy a dejar que te acerques a un humano inestable.

—¿Estás bien? —Re se incorporó y nos miró. A los tres.

—Estoy bien Rubis, ¿estás bien tú? —Tosió mientras decía aquello, haciendo que su respuesta fuera un tanto menos creíble. Un nuevo rayo iluminó el cielo. Eryon estaba de un humor de perros.

—Re, no sé qué haces aquí, ni de qué va todo esto, pero Astrid es de fiar.

—¿Astrid? —Se palpó el cuello, como si quisiera asegurarse de que no había nada oprimiéndolo.

—Presente. —La muy zorra hizo una ridícula reverencia.

—Bromeas, es una fae —masculló mi amigo.

—Si alguien debiera tener cierta reticencia por el comportamiento del otro, sería yo; al fin y al cabo, has intentado matarme.

—Lo único que lamento, es no haberlo conseguido.

Astrid se deslizó entre las sombras para acabar justo detrás de él, con un cuchillo apoyado contra el cuello de mi mejor amigo, sin que él tuviera tiempo de reaccionar o defenderse.

—En otras circunstancias, estarías muerto.

—Astrid —gruñí, mostrándole los colmillos. Apartó la daga de su cuello y se alejó un par de pasos de él, pero no soltó la daga que llevaba en la mano.

—He dicho en otras circunstancias —puntualizó la fae cuando se escuchó una tercera explosión.

—¿Qué está pasando y dónde se supone que están tus lobos? —me cuestionó Eryon frunciendo el ceño, observando por primera vez nuestro entorno y sin focalizar su rabia y atención en Re.

—Alguien está atacando a los Noctis; Timber y el resto han ido a ayudar a contenerlos.

—¿Alguien? —Deslizó la mirada hacia Re, que se tensó—. Ya veo.

Se escuchó un ruido sordo, como un látigo, cuando una tercera sombra se apareció en la sala. Vestía ropa de combate, con una armadura completa y una espada larga en el cinto.

—Un lugar encantador, la tierra de los lobos —masculló Miles mientras fruncía el ceño, captando los ruidos de lo que estaba sucediendo en el bosque próximo a la casa, antes de dirigirse a Eryon—. ¿Qué necesitas?

—Te aseguro que jamás pensé que te pediría esto, pero hazme el favor de ayudar a los lobos que andan por ahí fuera.

—¿A los lobos? —Creo que le escuché reír por lo bajo—. ¿Puedo preguntar contra quién se supone que luchan?

—Humanos, creo, mestizos, tal vez.

—Ya veo. Así que ahora luchamos a favor de los chuchos. —Miles se giró para mirarme—. ¿Por qué será que sospecho que esto tiene algo que ver contigo?

—Vete a la mierda, Miles.

—¿Puedo salir a rebanar cuellos, mi rey? —Creo que a Astrid le apetecía un poco de acción. Lo más posible es que prefiriera abrir en canal a un lobo, pero se conformaría con lo que se encontrara.

—No, llévate al amigo de Rubis a casa. Vigílalo, pero considéralo un invitado. —Eryon se acercó a mí y me rodeó por la cintura. Las pupilas se Re se dilataron ante aquella complicidad entre nosotros.

—¿Rubis?

—Confía en mí, vale, te prometo que vendré pronto.

No sé si llegó a escucharme, porque Astrid se acercó a él y lo arrastró a ese mundo de sombras que yo tan bien conocía.

—¿La compañera del lobo? —Eryon señaló con el mentón el cuerpo sin vida de Amaral. Asentí—. ¿Qué habéis descubierto?

—Consiguió dos viales, pero la que hizo el contacto con quien sea que lo distribuye en Arra fue su doncella. —Titubeé antes de añadir—: Por desgracia, está muerta.

—¿Y eso a dónde nos lleva?

—A ningún lugar en realidad. La pista de la cual pensaba que podríamos tirar, ya no existe.

—Lo lamento.

—El alfa de los Noctis, sin embargo, ha oído su historia. Quizá no es mucho, pero al menos evidencia que los humanos también disponen de plata líquida. Si no muere esta noche, espero que comparta esa información con sus iguales.

—Esperemos que así sea, en tal caso.

Escuché un gruñido. Oscuro. Denso. Cargado de rabia.

Eryon se giró y con un brazo me arrastró para colocarme a su espalda mientras con la otra mano convocaba un rayo azul que impactó contra la enorme mole negra que había saltado contra él.

El cuerpo de Riker voló por los aires y chocó con una pared, haciendo que varias grietas se dibujaran en ella tras el impacto. Empezó a convulsionar mientras los restos de la magia celeste de Eryon cubrían su pelaje. Vi que gruñía, como si se resistiera a ese

poder, pero acabó sufriendo unas sacudidas bruscas y su cuerpo transmutó, convirtiéndose en hombre.

—¡Tú! —gruñó Riker—. Apártate de ella.

—Creo que esta discusión ya la tuvimos hace un tiempo.

Riker se levantó. Recordaba demasiado bien su cuerpo. Y cómo era sentirlo contra el mío. Su olor. Sin embargo, no solo parecía más duro y salvaje, sino que fui consciente de que había infinidad de finas cicatrices marcando la piel de su pecho. Ese en el que pendía una cadena con un colgante que pensaba no volver a ver nunca más. Ese en el que había un enorme rubí en su centro.

¿Desde cuándo Riker llevaba aquello?

¿Por qué su piel estaba marcada de aquella forma?

Sentí un escalofrío.

Alcé el mentón y pude percibir el característico olor de la plata; entonces lo supe. Ese era el único metal que un lobo no podía destrozar en mil pedazos al hacer la transmutación. El único que le abriría heridas con cada roce fortuito y con cada movimiento que hiciera.

—¿Te has vuelto loco? —Parpadeé, confundida—. ¿Por qué llevas una cadena de plata?

—No es nada comparable al daño que yo te hice. —Levantó la mirada para centrarla en mí—. Te amo, Rubis, y nunca dejaré de amarte. Sé que lo sabes.

Tragué saliva.

¿Lo hacía?

¿Me amaba?

¿Me había amado?

—Te dije que lo entendía. —Me obligué a mirarle a los ojos, incluso si me costaba alejar la mirada de aquel colgante y me había sorprendido el hecho de que lo llevara puesto—. Yo solo era la Sinlobo y tú el gran heredero, el próximo alfa. Te amaba tanto que hubiera llegado a perdonarte. A aceptar que priorizaras a los tuyos sobre mí. Sobre la felicidad que yo ansiaba compartir contigo.

—Quise hacer lo que se esperaba de mí, pero eso solo me ha llevado a ser consciente de que no puedo hacerlo. No puedo seguir viviendo sin ti, Rubis.

—Lo que hiciste, tu elección, no estuvo mal. —Apreté los puños—. Es lo que hacen los héroes, ¿no? Sacrificar su propia felicidad por el bien del resto.

Riker empezó a temblar.

—Si lo entiendes, dame una oportunidad. Solo una. Soy tuyo. Siempre lo he sido.

—¿Una oportunidad? ¿Para qué? ¿Para volver a encerrarme? ¿Para obligarme a convertirme en tu amante? —Alcé el mentón—. Esa es la parte que no puedo perdonarte, Riker.

—Dame una oportunidad para amarte. Para demostrarte que puedo ser el lobo que te mereces. He aprendido de mis errores. Solo tú haces que mi vida tenga sentido. Eres mi pareja predestinada, Rubis, mi luna, no puedes negarnos eso.

Las luces parpadearon de nuevo y un trueno sonó antes de que un nuevo rayo surcara el cielo. Eryon estaba cabreado. Incluso si yo seguía a su lado. En un primer momento pensé que se debía a las palabras con las que me estaba intentando convencer de que volviera a su lado, sin embargo, supe que algo andaba mal cuando dio un paso hacia Riker, alejándose de mí.

La posibilidad de que fuera a cumplir su amenaza, que fuera a matarlo, hizo que algo en mí quisiera revelarse. Le odiaba, sí, pero no podía desearle algo así. Porque le había amado. Porque una diminuta parte de lo que yo era tal vez seguía haciéndolo. Una que se preguntaba cómo habría sido nuestra vida si las circunstancias hubieran sido diferentes.

Incluso si no quería cambiarla.

Porque me habían llevado hasta Eryon. Y el mundo de los faes. Hasta la manada de los lobos. Hasta mi peculiar y extraordinario linaje.

—Ese collar. No te pertenece. —La voz de Eryon sonó letal. La temperatura había bajado varios grados en la habitación y la tormenta que azotaba fuera era casi más aterradora que los ruidos que podían escucharse.

Levantó las manos y una corriente de aire violenta rodeó a Eryon, haciendo que su ropa revoloteara con un deje de furia antes de

atacar a Riker, como si una mano invisible le hubiera golpeado en el pecho.

Escuché que gruñía cuando el viento furioso le arrancaba el collar del cuello y la cadena de plata le abría una herida profunda en este.

Me estremecí al ver que aquel colgante salía volando, arrastrado por el aire, pero conseguí calmar mi furioso corazón cuando vi que Eryon abría la mano y la pieza acababa entre sus dedos.

Cogió la cadena de plata y dejó que el colgante colgara frente a él, como si se tratara de un péndulo. Después de aquello, volvió a observar a Riker.

—¿Dónde lo encontraste?

—¿Qué más te da, fae?

—¿Acaso lo compraste? —le cuestionó.

—A ti voy a decírtelo. —Riker le escupió, pero Eryon usó su magia para aplacar las babas antes de que pudiera impactar con su impecable ropa.

—No suelo ser temperamental, pero, por una vez, estaría dispuesto a comportarme como si lo fuera. Tienes la molesta costumbre de apoderarte de lo que no te pertenece, lobo. —Un rayo surcó el cielo e iluminó a Eryon, remarcando el azul intenso de algunos de los mechones de su cabello—. Marcaste a mi esposa contra su voluntad y luces como si fueran tuyas posesiones de tiempos pretéritos.

—Rubis es mi compañera, mi luna, y no veo qué interés puedas tener en un maldito colgante. —Riker le sostuvo la mirada mientras se incorporaba.

El cuerpo de Eryon se desdibujó entre sombras y se apareció frente a Riker, pero lo hizo ajustando la punta de una daga sobre su cuello. Vi cómo intentaba adelantarse y el metal atravesaba su piel, haciendo que la sangre empezara a emanar de ese corte. Escuché a Riker gruñir, me tensé, pero no volvió a hacer el amago de moverse y Eryon tampoco de querer profundizar el corte.

Apenas podía respirar.

—¿Vas a matarme delante de ella?

—Solo si ella me lo pide, chucho. —Se sostuvieron la mirada—. El collar. De dónde lo sacaste.

—Puedes matarme si quieres, pero no pienso decírtelo.

Un rayo volvió a iluminar la estancia. ¿Por qué Riker no le decía la verdad? ¿Por qué le ocultaba que era mío?

Me sorprendió la única conclusión posible: estaba intentando protegerme de Eryon.

Ese descubrimiento fue tan extraño como abrumador.

—Eryon. ¿Por qué es importante ese colgante? —le cuestioné con un hilo de voz, observando la espalda del hombre al que amaba mientras amenazaba con el filo de una daga al que había amado.

—Es una larga historia, *faelan*.

—Quiero oírla. *Necesito* oírla.

—¿Ahora? —Escuché un tono de duda en su voz. Como si no acertara a comprender mi urgencia.

—Ahora. —Se giró para mirarme y dio un paso hacia atrás, alejándose de Riker y acercándose a mí.

—¿Tu interés en esta historia se debe a que estás intentando protegerle? —Mantenía la daga alzada, pero sus ojos buscaron los míos—. Sabes que, aunque desee matarlo, no lo haré si eso te disgusta.

—No quiero que lo mates. —Tragué saliva y miré a Riker—. Lo que pasó entre nosotros, lo bueno y lo malo, ahora forma parte del pasado. —Vi que se tensaba, negándose a aceptar aquello—. Muchos lobos dependen de él. Emma, entre ellos. Quiso ser un héroe, salvar a su manada, pero al hacerlo se convirtió en mi villano.

—Sabes que estaría dispuesto a quemar el mundo de los lobos, a romper el Tratado, si me pidieras que te vengara por lo que te hizo.

—Y al hacerlo, te convertirías en el mayor villano de la historia.

—La moralidad de los faes es algo un tanto voluble, *faelan*, no me importaría si eso me convirtiera en tu héroe.

—Sabes que dañar a los lobos es lo último que te pediría.

—Lo sé, *faelan*, y te admiro por ello.

—El colgante, ¿por qué te importa tanto?

—Es fae.

—¿Fae? —Parpadeé y sentí que mis piernas empezaban a flaquearme.

Era imposible. No tenía ningún sentido. ¿Cómo había acabado aquella joya fae en el capazo en el que me abandonaron? Me estremecí.

Mis ojos buscaron la joya que pendía de la mano de Eryon. Algo en ella cambió. Pude sentirlo. Antes incluso de que emitiera un sutil brillo rojizo.

Me tensé.

Di un paso hacia atrás.

Alejándome de él.

Del collar.

De una verdad que parecía querer abrirse paso a través de una niebla tan pesada como impenetrable.

—¿Rubis? —La voz de Eryon me obligó a despertar de aquel trance.

—Aléjate de ella, fae —gruñó Riker, que hizo el amago de acercarse a mí. Sentí la magia de Eryon latir con fuerza y vi que el cuerpo de Riker volvía a salir disparado, golpeando de nuevo contra una pared, que se quebró por el impacto. Una enorme grieta apareció de la nada.

Las marcas de mi piel tintinearon y sentí algo que tiraba de mí. O yo de él. La cadena se deslizó de entre los dedos de Eryon y el rubí llegó a mi mano, como si hubiera un gran imán capaz de atraerlo hasta ella.

—¿Rubis? —Eryon ladeó la cabeza y me observó mientras mantenía a Riker retenido con su magia.

Sentí una quemazón, la plata quemando la piel de mi mano. Solté la joya, sin entender qué había pasado. Ni por qué. Cayó al suelo. Y sentí que la magia que latía en ella se atenuaba. Busqué a Eryon con la mirada. Mientras empezaba a temblar.

—¿Por qué tenía justamente él esta joya, Rubis? —me cuestionó en un tono de voz suave, casi una caricia, el fae al que amaba.

—Los que me adoptaron me llamaron Rubisselle. Rubis elle. La del rubí. —Una lágrima se deslizó por mi mejilla—. El colgante estaba en el capazo en el que me encontraron.

Se quedó quieto, analizando mis palabras, durante un tiempo que se me antojó infinito.

—Entiendo que eso, entonces, lo cambia todo.

Sentí la magia de Eryon rodearme y cómo las sombras me engullían mientras escuchaba a Riker gritar mi nombre, llamándome, de telón de fondo.

Nota de la autora,

Queridos lectores:

Gracias por vuestro comentarios entusiastas en redes, las reseñas que estáis dejando en Amazon y por vivir esta historia con tanta pasión.

Tal y como os prometí, seguiré centrando mi foco en la historia de Rubis para que podáis disponer de la tercera parte lo más pronto posible.

Pronto convocaré por redes sociales una reunión para *gossipear* con otras lectoras de esta historia y me encantaría poder contar con vosotras para escuchar vuestras teorías: si queréis perdonar a Riker, si sois del *team* Eryon, si creéis en las segundas oportunidades y desconfiaríais de un fae que se aparece de la nada o si, por el contrario, hay toxicidades que son un punto final en toda historia.

Me encanta este juego entre héroes y villanos, lo admito.

Quiero recordaros que, si os suscribís al *newsletter*, recibiréis un *link* para acceder a mi contenido oculto en el que, entre otras cosas, hay algún fragmento de texto inédito de *Wolves and Faes*. ¡No puedes perdértelo!

Además, si quieres convertir esta historia en un recuerdo que brille en tu estantería, puedes comprar tu ejemplar dedicado, con su marcapáginas y otros detallitos relacionados con el libro a través de mi página web. ¿Te apuntas?

Igual que os pedía en el primer libro, os agradecería muchísimo que me ayudarais a darle vida a esta trilogía dejando vuestros comentarios y opiniones en Amazon para darle visibilidad.

Gracias a todos los que habéis hecho posible esta historia; a los que estáis en casa, aguantando mis ataques creativos a horas intempestivas y a los que os ajustáis a mis *deadlines* un tanto absurdos, frenéticos, y en esta ocasión casi diría místicos.

Y gracias, siempre, a vosotros, por leerme y traerme un poco de luz a un mundo que a veces parece consumirse entre sombras.

¡Feliz lectura!

Ahora y siempre
Cristina

SI QUIERES DESCUBRIR MÁS DE LA AUTORA…

